



Oh là là!

¿Quién es ese bombón?

PHAVY PRIETO

Oh là là!
¿Quién es ese bombón?

Phavy Prieto

A mis queridísimas florecillas Nesi y Sue.

Sin vosotras no habría podido vivir esta historia
con la misma intensidad y emoción que la he vivido.

Gracias por tanto cariño a cambio de tan poco,
pero sobre todo gracias por llenar mi vida con vuestra dulce sonrisa
sabiendo que estáis a mi lado cada día.

¡Que disfrutéis del Dios Nórdico! Porque es únicamente vuestro.

“Solo porque alguien no te ame como tú quieres, no significa que no te ame con todo su ser”

Gabriel García Márquez

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[EDMOND](#)

[OLIVIA](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[EDMOND](#)

[OLIVIA](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[EDMOND](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[EDMOND](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[EDMOND](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[EDMOND](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EDMOND](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[EDMOND](#)

[OLIVIA](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[EPÍLOGO](#)

[BIOGRAFÍA DE LA AUTORA](#)

Capítulo 1

—¡Olivia despierta! —escuché volviendo a la realidad para descubrir la cara mustia de mi madre reprendiéndome por volver a soñar despierta.

Hace tiempo que me acostumbré a hacerlo, desde el mismísimo momento en que supe cual sería mi destino;

«Una mierda pinchá en un palo» para que nos vamos a engañar. Al menos no podían arrebatarme mis sueños e imaginar despierta para mi fortuna, era gratis.

—Que si mamá... —respondí con una apatía monumental, la misma que padecía desde hacía años.

—Sabes que hay que entregar este tapiz antes del viernes, ¡Así que no duermas en los laureles! —gritó en última instancia como si con ello pretendiera acobardarme, asustarme o vete tu a saber qué, porque yo iba a quedarme igual de pancha que antes.

«Como si a mi me importara el puñetero tapiz de las narices»

Hace más de cuatro generaciones que mi familia se dedica a fabricar tapices y vive de ello. Para todos es una tradición que pasar de generación en generación, pero si me lo preguntáis a mi diré que es *una tortura china de las gordas*, aunque de pequeña me fascinaran los telares y entrar en la fábrica llena de hilos por todas partes, pronto descubrí que lo que a mi me fascinaba era la moda, no aquellos insulsos tapices, aunque eso a mi padre le entraba por un oído y le salía *literalmente* por el otro.

Cuando de mis labios salió la frase; quiero ser diseñadora de moda, la única respuesta que recibí fue que trabajaría en la fábrica de tapices como lo harían mis primos, mis tíos y mis hermanos. Precisamente esa era mi desgracia; ser la única mujer de todos ellos.

Supuestamente en mi familia existe la creencia de que la magia de crear tapices se salta una generación y pasa de “abuela a nieta” puesto que la abuela de mi abuela Fernanda, es quien creo el primer tapiz en la familia y era tan buena que hasta el mismísimo rey se quedó prendado del arte que ella creaba con sus manos. Al parecer ninguno de sus hijos había heredado ese

don, pero mi abuela si que lo hizo y ahora todos creían que sería yo la siguiente afortunada, de ahí que viviera enclaustrada en aquel pueblo como una ermitaña.

Así que allí estaba yo; aburrída, frustrada, y sin comerme un rosco porque nadie en el pueblo iba a osar mirarme siquiera teniendo que pasar el control monumental de mis tres hermanos, ocho primos, cuatro tíos y eso sin contar a mi padre que era el peor de todos.

«A veces me pregunto si no hubiera sido mejor nacer hombre, aunque fuese gay» Vamos, que era más virgen que las monjas de clausura.

Al menos podía consolarme con que los chicos del pueblo le hacían competencia a las cabras si es que hablábamos de belleza. Tampoco yo es que pueda decir mucho de mi; morena, ojos grandes y verdes... ¿Simplona? Realmente no sabía ni definir si era guapa o no porque solo me lo decía mi abuela y eso amigos míos; ni cuenta. Igual pienso que los chicos no se me acercan ni con un palo porque están amenazados por mis hermanos y lo mismo soy yo que los espanto porque soy más fea que un pie.

Mi pueblo es una de esas comarcas pequeñas en las que en invierno todo se congela, «Sí, todo; hasta los pelillos del chirri» Y sin embargo, en verano hace tanto calor que hasta las gallinas se arrancan las plumas a descuajo.

«Una mierda tiempo, eso es lo que es»

No me extraña que aquí a la mínima oportunidad, la gente huya despavorida escapándose de este lugar infernal como a mí me gustaría hacer. Todos suelen marcharse a estudiar fuera y terminan quedándose en la ciudad, a mi ni siquiera esa oportunidad me dejaron tener por temor a que no quisiera volver, aunque yo realmente solo tengo un sueño; no deseo viajar a recorrer el mundo, ni ver países o conocer otras culturas como suele ser lo habitual. No. Yo solo quiero ir a un sitio, ser una cosa y ser la mejor en ello, pero los sueños son sueños y desgraciadamente para mi no creo que pueda existir oportunidad teniendo tantos ojos controlándome.

—¿Te ha vuelto a regañar tu madre? —escuché la voz de mi abuela Fernanda acercándose.

El verano se acercaba, pero aún parecía resistirse a que llegara y mi abuela aún llevaba sus calzas y aquel pañuelo al cuello para abrigarse como lo hacía en sus tiempos de buena moza. En el fondo siempre he creído que mi abuela era la única que de algún modo me comprendía, quizá porque a diferencia de los demás, no tiene esas expectativas sobre mi, ni me presiona a

cada momento, sino que simplemente me deja ser yo misma.

—Ya sabes cómo es mamá —contesté tratando de fingir una sonrisa mientras movía los hombros para estirar el cuello de aquella postura en la que llevaba un par de horas—. Se estresa cuando hay un encargo importante.

Y esos encargos siempre me tocaba a mi hacerlos. A pesar de no gustarme, era algo que no se me daba mal, realmente lo hacía por inercia casi sin pensar, y aún así tenía que reconocer que eran mucho más buenos que los que hacía el resto de mi familia por más que me había empeñado en hacerlos mal.

—Sé que éste no es tu lugar Olivia —dijo mi abuela de pronto sorprendiéndome—. Cada día te observo en el telar soñando con estar en otro sitio y no dejo de preguntarme si en realidad estas desperdiciando aquí tu tiempo.

—Soy feliz aquí —mentí—. Aunque me habría gustado hacer otra cosa... intentarlo al menos, aunque hubiera fracasado —añadí con cierto atisbo de ensoñación.

Y con toda probabilidad habría sido un fracaso porque solo pocos diseñadores de moda consiguen hacerse un hueco en ese mundo por mucha fe o convicción que tenga en mi misma, pero por lo menos podría pasarme el resto de mi vida sabiendo que lo intenté a pesar de que no pudo ser. Ahora tendría que conformarme con la simple idea de que nunca se me permitió hacerlo y con mis nulos ahorros no me daba ni para el billete avión.

—Mentir nunca se te ha dado bien, pequeña —sonrió mi abuela y me acarició la cara—. Prométeme algo —dijo de pronto sentándose a mi lado.

—Lo que quieras —dije sonriente porque mi abuela tuviera razón, otro de mis muchos defectos *porque en mi caso lo era*, es que mentir no se me daba nada bien, de lo contrario me podría haber fugado hacía cuatro años, cuando al fin cumplí la mayoría de edad.

—Cuando tengas la oportunidad de marcharte, no mirarás hacia atrás, no pensarás si estás haciendo lo correcto; simplemente intentarás cumplir tu sueño, aunque fracases.

En aquel momento miré a mi abuela extrañada, era más probable que los cerdos volaran a que se ofreciera la oportunidad de marcharme a París y ser diseñadora de moda, pero ¿Qué le iba a decir a una anciana de casi noventa años?

—Te lo prometo abuela.

Esa misma noche mi abuela Fernanda exhalo su último suspiro y bajo la almohada de mi cama encontré un sobre de su puño y letra que recitaba las últimas palabras que había mantenido conmigo en aquella conversación. No era lo único que me había dejado antes de morir, también dejó el dinero suficiente para el viaje de ida y una dirección a la que acudir.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo cuando metí todo lo que encontré a mi paso en aquella maleta diminuta, pero supe que era el momento de cumplir mi palabra y sobre todo aquella promesa que me había hecho hacerle. Salí de casa aprovechando que todos estaban fuera. Era lo que ella había deseado y aunque no tuviera ni idea de cómo llegar, ni de hablar francés, ni de lo que haría cuando estuviera en París; me iría. Nada podría ser peor que quedarme tejiendo en aquel telar para el resto de mi vida, ¿verdad?

No había montado en avión en mi puñetera vida y probablemente di mas vueltas por el aeropuerto que la rueda de un hámster tratando de encontrar la puerta esa de embarque. Cuando al fin me vi sentada en aquel aparato metálico sintiendo como éste alzaba el vuelo, supe que al fin ponía rumbo hacia mi destino; cumplir mi sueño gracias a mi abuela Fernanda.

Nada más bajar del avión comprendí dos cosas; La primera que no entendía un carajo de francés; ni leído, ni escrito, ni hablado, ni leches en pepitorias. La segunda es que no sabía como demonios me iba a ganar el pan que comer.

Pero ¡menuda mierda!, ¿Y ahora que demonios iba a hacer? Yo creía que con añadir una é al final y san google iba a ir tan pichis por la ciudad del amor.

«Eso me pasa por ser una cateta de pueblo» medité después de no saber ni como preguntar donde estaba el baño en aquel aeropuerto.

«Busca los muñequitos, tú solo busca los muñequitos» me alenté.

Nada más encender el teléfono comenzaron a llegarme mensajes por doquier de mi madre, mi padre, mis hermanos mis tíos... y hasta mis propias amigas sabían que me habían fugado.

«Pues sí que había cundido pronto el pánico»

Llamé inmediatamente a mi madre, después de todo no quería preocuparla demasiado y que pusieran una denuncia internacional a modo entrada en pánico.

—¡Olivia!, ¿Dónde estás? —gritó mi madre en cuanto descolgó el teléfono.

—Estoy bien —jadeé mientras me llevaba una mano a la cabeza.

—¡Vuelve inmediatamente! —insistió mi madre y de fondo podía oír la voz estrepitosa de mi padre.

—No voy a volver —contesté con calma— y cuanto más insistas menos lo haré.

—¿Se puede saber que mosca te ha picado?, ¿Estás sola?, ¿Te has ido con alguien del pueblo?

«Pues como no sea con el hombre invisible o el espíritu santo, no sé con quien iba a fugarme»

—El mundo no gira en torno a la tapicería —dije sin más—. Y no pienso arrugarme como una pasa fabricando tapices.

—¡Déjate de tonterías y dime donde estás! —insistió mi madre.

«De verdad que no he visto mujer más obstinada y bruta que ella. Es más dura que un bocadillo de cemento»

—Adiós —solté tal cual y colgué el teléfono.

«Ahora va a volver mi tía Frasquita, esa que ni existe» pensé mientras apagaba el teléfono.

Por orgullo propio más me valía no tener que llamar a modo desesperado porque no tenía un céntimo para volver.

Me senté en un taxi y mencioné la dirección de aquel papel que mi abuela me había dejado, el conductor me miró con cara de extrañado, —seguro que mi acento dejaba mucho que desear—, pero enseguida hizo una afirmación.

—Oui, oui —escuché justo después mientras oía el motor arrancar del vehículo y emprender el camino lejos del aeropuerto.

No tenía ni la menor idea de que había en aquella dirección, ¿Tal vez fuera una vieja amiga de mi abuela?, ¿Algún familiar? A mi no me sonaba que tuviéramos familia en Francia, menos aún en París... así que cuando llegamos a aquella dirección de edificios lujosos me sorprendió.

—¿Seguro que es aquí? —insistí antes de bajar.

—Oui, oui —volvió a decir—. Rue de la miséricorde.

«Genial, no entiendo un cagao» pensé así que pagué y me bajé rezando porque realmente fuera ese el lugar.

—Bien... bien —dije añadiendo una é al final, igual así me entendían por arte divino pese a que yo no les entendiera ni jota con pelota.

Me acerqué al número cuarenta y dos que era el que indicaba el papelito. Era un edificio de al menos cinco plantas en una calle más bien tranquila,

aunque muy cerca de una gran avenida. En la dirección del papel que llevaba no indicaba ningún piso, así que no tenía ni la menor idea de por quien preguntar, pero cuando traspasé aquella cancela de color negro un señor debidamente uniformado con chaqueta granate de botones dorados y gorra a juego salió a mi encuentro.

El hombre hablaba y hablaba y yo solo podía pensar en que parecía a un mono que había visto en alguna película, ¿Qué película era?

«¡Basta Olivia!, ¡Vuelve al mundo real!»

Aquel hombre debió hacer una pregunta porque yo solo afirmé con la cabeza y por si no fuera suficiente lo expresé en voz alta.

—Oui, oui —insistí pese a no tener ni idea de qué había preguntado, pero para mi sorpresa me abrió la puerta del ascensor antigua y me acompañó hasta la última planta del edificio donde llamó debidamente al timbre de aquel apartamento.

En cuanto se abrió la puerta apareció un chico rubio de ojos azules que me dedicó una vaga sonrisa mientras me estudiaba.

«Ala mi madre... ¡Pero que cacho bombón!» expresó mi cerebro con la boca semi-abierta.

Para colmo de males el tipo en cuestión llevaba una camisa con al menos tres botones abiertos y donde se apreciaba unos musculitos bien marcados.

«¡Olivia reacciona, ten neuronas! Ni que fuera el primer hombre que ves en tu vida. Aunque desde luego era el primero que estuviese así de bueno sin salir en la revista Vogue»

—Bonjour Madmoiselle —dijo en un tono risueño.

—Emmmm... Ummmmm..... esto.... ¿Bonjour? —comencé a balbucear Bonjour era hola o algo similar, ¿no?

Para mi bendita suerte aquel hombre de uniforme que suponía sería el conserje del edificio habló por mi y me limité a sonreír. En el momento que aquel chico me hizo pasar a ese lujoso apartamento mientras el señor que me había acompañado desaparecía no sabía si es que tenía demasiada suerte o por algún milagro divino me estaban esperando.

Me invitó a sentarme en un sillón tapizado bastante bien acomodado y comenzó a hablar rápidamente. Yo solo podía fijarme en aquellos ojos azules embelesada y ver como movía aquellos jugosos labios de pecado hasta que dejó de hablar esperando una respuesta por mi parte o eso pensaba.

—Disculpe —dije en un más que evidente español—. ¿Podría repetirle?

—dije imitando un acento así un poco de franchute.

Para mi asombro aquel chico comenzó a reír

Si ya era guapo mas serio que un cura en un funeral, imagináoslo como el anuncio de una marca de pasta dental

«Pá morirse y no resucitar»

—¿Es española? —preguntó en un evidente acento marcado.

«Esto es tener una estrella en el culo y lo demás es tontería» pensé inmediatamente.

—¡Si! —exclamé—. ¡Acabo de llegar!

—Los de la agencia no me dijeron que enviarían a una chica española... tal vez hubo cambios a última hora.

¿Agencia?, ¿Chica?

¡Oh dios mío!, ¿Donde me había metido?, ¿Acaso estaba esperando a una de esas mujeres de compañía? Aunque bien visto no sé porque ese hombre iba a tener que pagar por acostarse con una mujer si más bien sería todo lo contrario, aunque para gustos colores...

Capítulo 2

—Pues... no sé... —No sabía que contestar.

—Mi hermano es el que se suele encargar de este tipo de cosas, pero se encuentra fuera de la ciudad y esto era bastante urgente, por eso he venido yo en su lugar.

«No sé si tengo más suerte de que hable español o de que esté tan bueno» dijo mi cerebro por inercia.

—¿Hermano? —logre decir con la poca lucidez que tenía en aquel instante.

—Si —afirmó—. Aunque es más feo que yo —añadió riéndose y provocando que yo también lo hiciera. Se levantó de aquel asiento y le imité—. No creo que sea un problema que aún no hables muy bien francés ya que mi abuela no es muy habladora, solo lo hace cuando Edmond viene a visitarla y no suele ser frecuentemente debido a su trabajo, pero como te habrán comentado solo debes hacerle compañía y controlar su nivel de azúcar.

Entramos en una salita donde había una mujer de avanzada edad, aunque no tanto como había imaginado, viendo la televisión. A pesar de que aquel chico le habló me dio la impresión que se hizo la sorda “literal” y supe a lo que se refería cuando había mencionado que no era una mujer muy habladora.

—Esta sería tu habitación —dijo enseñándome un dormitorio bastante decente para tratarse de la habitación de una empleada con cama doble y decorados florales. De hecho, era bastante reconfortante—. Y como sabrás tu día libre sería los domingos, que suele ser cuando se reúne la familia—. ¿Está todo conforme?

—¿Te puedo confesar algo? —pregunté un poco avergonzada.

—Claro —contestó alzando una ceja mi mirándome de reojo.

—No me ha enviado ninguna agencia —aclaré.

«Más valía ser sincera antes de que se pensara que era una impostora o vete tu a saber qué»

—¿Qué? —exclamó y comenzó a parecer desesperado.

—Pues es que entré en el portal y ese señor empezó a hablar y hablar... no entendía nada y terminé aquí.

Para mi sorpresa en lugar de recriminarme algo comenzó a reírse.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —preguntó confundido.

—Me parecía interesante, de hecho hasta estaba valorando la idea de aceptar el empleo teniendo en cuenta que acabo de llegar a la ciudad y aún no he encontrado un lugar donde quedarme —confesé.

—Espera un momento —indicó mientras le observé sacar el teléfono y hacer una llamada.

Me quedé en aquella habitación observando cada detalle de ella, incluso había una máquina de coser antigua que parecía estar para formar parte del decorado y que por alguna razón me moría de ganas de probar.

—La agencia ha constatado que no ha enviado a ninguna chica y que no tienen candidatas debido a las condiciones del puesto. ¿Te interesaría entonces quedarte?

—¿No me vas a pedir referencias? —pregunté.

—Me fio de ti —confesó sonriente—. Eso y mi desesperación por encontrar a alguien hacen que seas la candidata idónea.

—Pues supongo que ya tienes empleada... —contesté sin detenerme a pensarlo demasiado.

No tenía mucho dinero para quedarme en un hotel por un largo periodo de tiempo y de todos modos, debía estudiar urgentemente francés si pretendía hacer algún curso de moda que iniciara el próximo semestre.

—¡Genial! Agilizaré toda la documentación esta misma tarde para dejarlo todo listo y si te lo preguntan; te ha enviado la agencia, ¿vale? Así este secreto quedará entre tu y yo, o mi hermano Edmond me agriará la existencia.

«Empezaba a no desear conocer al tal Edmond ese, fijo que estaba más amargado que un limón»

—Está bien —respondí con una sonrisa mientras dejaba mi maleta en aquella habitación y me dedicaba a terminar de inspeccionar la casa en la que iba a vivir las próximas semanas.

A última hora de la tarde firmé aquel contrato en el que para mi asombro estaba bastante bien remunerado. Como ya me había advertido Antoine, que así era como se llamaba concretamente el pibón, debía permanecer interna en aquella casa haciéndole compañía a la señora Charpenlier de lunes a sábado incluidos, teniendo libre únicamente el domingo durante el día.

«Mas me vale que haya wifi o cogeré síndrome de Diógenes» pensé mientras meditaba en mi nula vida social.

Los primeros tres días los dediqué a investigar aquel mausoleo y hablar como si no hubiese un mañana con aquella mujer mientras me dedicaba a ver las miles de revista de moda que había desperdigadas por aquella casa desde tiempos inmemoriales. Nadie, absolutamente nadie había venido a visitarla, así que al tercer día y con la nevera al borde del abismo, me aventuré a salir de aquella casa.

—Señora Charpenlier... ¡Hoy nos vamos a la calle! —exclamé con la mirada atenta de aquella mujer que me observaba como si fuera un alienígena.

«Nadie había mencionado nada sobre salir o no de aquella casa, así que tenía completa libertad, ¿no? Total, dudaba que el tal Edmond ese fuera a enterarse»

Para mi bendita suerte la mujer andaba, eso sí, más lenta que un caracol asmático, pero andaba. Lo cierto es que hasta sentí un atisbo de sonrisa cuando la ayudé a vestirse a pesar de no necesitar demasiado mi ayuda.

«Me preguntaba para qué narices querían a una interna, si la mujer era bastante autosuficiente a pesar de estar mas arugadilla que una uva pasa»

Había llamado a mi madre para decirle —muy a su pesar—, que tenía trabajo y por lo pronto no volvía. Insistió en darle mi dirección, pero pasé de ella como del que siente llover porque era consciente que se presentaría allí mismo en cuestión de horas y me arrastraría de regreso al taller.

Había aprendido a decir tres cosas “pelás y mondás” en los cuatro días como quien dice que llevaba allí.

«Bonjour, o sea “Hola”», «Merci, como los bombones que significaba “gracias”» y «Désolé, que venía a ser “Lo siento” porque fijo que iba a desgastar la palabra con mi torpeza extrema»

Aquel conserje uniformado nos saludo al salir, así que supuse que no estaba cometiendo un delito y hasta el momento todo parecía normal.

Por suerte, el guapo de Antoine había dejado dinero suficiente para imprevistos —imaginaba que ahí entraba también hacer la compra—, la cuestión es que a ver donde demonios había por allí algo parecido a una tienda de alimentación porque llevaba tres días sin comer un donuts glaseado... blandito... esponjoso... de esos que se te derretían en la boca.

«¡Dios!, ¡Voy a desfallecer!» gemí interiormente mientras se me deshacía

la boca imaginando el sabor explosionando en mi boca.

¿A quien no le gustan los donuts? Y si hay alguien que no se preocupe, que yo me los como todos, sobre todo los que tienen glaseado de fresa por encima y virutas de colores... ¿Existirán en París? Soy capaz de volverme al pueblo solo por eso.

—Bonjour —dije al conserje con una sonrisa—. ¿Sabe donde haber una tienda de comidé?

Su cara de no haber entendido un carajo lo decía todo.

—Comer —insistí haciendo un gesto con la mano llevándomela a la boca abierta.

Ese gesto era internacional, ¿verdad?

—Oh, oui —contestó seguidamente de una parrafada con indicaciones varias.

¿Pa que preguntas Olivia? En serio, ¿Pa qué? Si no te vas a enterar una mierda de lo que te van a decir.

—Veo mi futuro muy negro en este país —dije asintiendo y posteriormente salí a la calle con aquella mujer del brazo.

—Café —susurró aquella mujer señalando una cafetería donde la gente parecía estar desayunando tranquilamente y su persistencia en estirar de mi brazo me hizo avanzar hacia ese lugar.

En cuanto llegué a la vitrina de aquella cafetería mi baba comenzó a caer literalmente por mi barbilla de forma inconsciente.

—¡Oh là là! —susurré porque no sabía si mirar al mostrador repleto de dulces o al bombón que había tras la barra.

«Madre del señor bendito, ¿Dónde fabrican aquí a esos hombres?»

—Señora Charpenier, creo que vamos a venir a desayunar aquí toditos los días —dije en un perfecto español mientras sonreía al chico de la barra cuando se disponía a atenderme

—Con mucho gusto la atenderemos —contestó el chico con un acento del que juraría sería argentino o gallego.

«Tierra, ¡Trágame!»

—¡Hola! —exclamé apretando los dientes con una cara que decía; pillada in fraganti por pasarte de lista.

—¿Qué desea? —preguntó mucho más que sonriente.

—Dime que tienes rosquillas de glaseado rosa —jadeé olvidándome por un segundo de mi gran metedura de pata.

«Nota mental; no creer que todo el mundo es francés o que no te va a entender»

Para mi sorpresa aquel bombonazo exclamó una carcajada y sacó una bandeja repleta debajo del mostrador de donuts glaseados.

—Creo que acabo de tener un flechazo... —susurré.

¿Encima de estar como un queso es capaz de hacer donuts glaseados? Que me digan donde firmo que yo me caso.

—¿Por las rosquillas? —preguntó con doble intención y me puse roja como un tomate.

¡No me jodas que lo he dicho en voz alta!

—¡Claro!, ¡Es que tienen muy buena pinta! —exclamé.

«Casi tanto como tu»

Olivia, mejor estate calladita.

Gracias a ese bombón pastelero, me enteré de que tenían dulces sin azúcar aptos para diabéticos realizados con edulcorante natural.

—Tome, pruebe esto... es nuestra especialidad —dijo ofreciéndome un pastelito redondo de color rosa que estaba relleno por algo en el mismo color. Al probarlo la explosión dulce me embriagó por completo y cerré los ojos casi jadeante—. *Macarons* —pronunció con un acento francés perfecto.

—¿Qué? —exclamé abriendo los ojos y podría asegurar mi pulso estaba acelerado.

—Se llaman *macarons*

—Creo que acaban de convertirse en mi nueva perdición —admití sin quitarle la vista de encima a aquellos ojos verdes.

Capítulo 3

Me fui de allí con la promesa de regresar al día siguiente, aunque solo fuera para ponerle nombre al bombón pastelero que me había regalado una cajita de *macarons* como manjar succulento que no tardé en zamparme con ansia viva antes de llegar al supermercado donde esperaba poder encontrar algo que pudiera cocinar decentemente.

La señora Charpenlier no hablaría, pero bien que sabía coger todo lo que tenía azúcar la muy jodía para echarlo al carrito de la compra. Me sentía como una de esas madres petardas que no paraba de devolver todo lo que el niño va echando a la cesta, al menos es lo que hacía la mía cuando nosotros éramos pequeños.

Para no sentirme tan culpable decidí yo misma hacer un pastel al no encontrar nada apetecible sin azúcar en todo el supermercado —que igual existía, pero no lo había encontrado—, como encontré el edulcorante natural que me había mencionado el buenorro del pastelero y hacer postres no se me daban tan mal —o eso decían mis hermanos—, no tenía mejor plan para el sábado por la tarde que hacer de repostera.

«Oye pues igual le digo al bombón del argentino que me eche una mano...» pensé mientras volvía cargada como una mula con cuatro bolsas de la compra mientras la señora Charpenlier parecía vivir en la inopia.

—¿Por qué es tan habladora señora Charpenlier? —ironicé sabiendo que no iba a entenderme.

Al parecer su nombre sí que entendió, porque me miró, pero no dijo nada al respecto.

—Ya podía hablar algo de francés, aunque no me enterase de nada, pero igual se me pega un poco y termino aprendiéndolo.

Y lo hizo. No tengo ni la más mínima idea de qué dijo —Lo mismo me ha puesto de vuelta y media—, pero al menos tuvo la decencia de decirme algo.

No cocinaría tan mal cuando en aquellos tres días la mujer no se había quejado de la comida, así que al menos me sentía en cierta forma satisfecha.

De todos modos aquello era temporal, pero me venía demasiado bien ganar algo de dinero y no pagar alojamiento hasta que aprendiera un poco de francés e indagara sobre el próximo curso de diseño de moda que había en la escuela de arte de la ciudad. Aún no sabía ni como presentar la documentación, pero todavía faltaban dos meses para que iniciara el curso.

Habría hecho la tarta de chocolate, pero finalmente me decanté por hacer primero la de limón que era más fácil y probablemente se notaría menos el sabor de aquel edulcorante. Para mi absoluto asombro salió igual de esponjosa y suave que cuando la había hecho con azúcar normal y de hecho apenas podía notarse en el sabor en la diferencia del edulcorante.

«Si no me gano a esta mujer por el estómago, desisto» medité mientras me dirigí con su té de la tarde y un trozo de tarta hacia el pequeño saloncito en el que casi siempre estaba.

Cuando coloqué la tarta delante de sus narices me miró incrédula, pero no mencionó nada, sino que cogió el tenedor y comenzó a comérsela. Probablemente creería que si decía algo se la quitaría. En cuanto probó el primer bocado me miró expectante y aquello me causó gracia porque sabía que ella creería que se trataba de un dulce con azúcar.

—¿A que está buena? —exclamé en un francés —buscado previamente por google— con una pronunciación probablemente muy torpe por mi parte, pero de forma sonriente y cruzándome de brazos esperando una respuesta.

Y ocurrió lo que nunca pensé que ocurriría... que aquella mujer se puso a hablar sin parar de un sinfín de cosas que no entendía, pero pareció darle igual que yo no la entendiera.

Me acosté bastante pronto aquella noche queriendo aprovechar mi primer día libre, ya que sería domingo y tenía muy claro que iría a desayunar así se extinguiera el mundo a la cafetería de al lado solo para ver al bombón argentino. Así que con esa premisa me metí en la cama alrededor de las doce y cuando abrí los ojos me di cuenta que aún era de noche.

«Juraría que he escuchado un ruido» pensé mientras aún estaba algo somnolienta y encendí la luz de la mesilla para comprobar que eran las dos de la mañana en el reloj de alarma.

Con una sed de mil demonios me levanté de la cama maldiciendo no haberme llevado una botella de agua como siempre hacía y en cuanto atravesé el salón y entré en el pasillo que conducía a la cocina descubrí que había luz allí.

¿Es que la señora Charpenlier se ha despertado a estas horas? Tal vez había sido ella la causante de ese ruido que me había sobresaltado.

Con esa idea avancé y todo estaba en absoluto silencio.

«Fijo que me la voy a encontrar zampándose la tarta de limón a escondidas» pensé mientras abría la puerta que permanecía entornada.

En aquel momento pensé que estaba en el cielo, tenía delante de mi a un bombón relleno —y no precisamente de chocolate—, con el torso descubierto y unos abdominales definidos, curtidos, marcados y sumamente moldeados a la perfección.

«¡Santa madre virgen de todas las tabletas de chocolate habidas y por haber! Dime que no he muerto y que ese bombón es de carne y hueso» Creo que he sufrido un shock anafiláctico producido por ese hombre porque definitivamente a mi se me ha olvidado respirar. Bueno... respirar, pestañear, hablar e incluso andar...

No puede existir tanta perfección en un solo cuerpo, tiene que ser un sueño o definitivamente no está fabricado en este mundo, ¡Si hasta tiene los abdominales marcaditos en relieve!, ¡Me muero!, ¡Me muero!, ¡Me muero!

—¿Eres dios? —jadeé finalmente mientras sin ninguna duda la babilla de mi boca salía sin cesar observando aquel espécimen tan succulento.

En ese momento comprobé que se estaba comiendo un trozo de mi tarta de limón, ¡Se la estaba zampando sin contemplaciones!

Aquel dios nórdico rubio de ojos azules alzó la vista y me observó detenidamente...

¿Qué pintas llevo? Pensé inmediatamente bajando la vista para ver un pantaloncito corto de bambi con la camiseta a juego y ambos de color rosa, ¡Dios!, ¡Me quiero morir! El hombre de mis sueños acaba de verme con un pijama infantil.

«Consuélate con que no es el de la abeja maya que encima de ridículo es amarillo pollo»

Me preguntó algo que no entendí señalando la tarta como dando a entender si la había hecho yo.

«Si está buena digo que si, sino va a ser que finjo que es comprada y me hago la sueca»

Observé como le dio otro bocado y entonces afirmé con la cabeza que si lo sé no digo nada porque ese hombre comenzó a alzar la voz como si estuviera profundamente cabreado.

«Ya me queda claro que no es dios» Asumí en aquel momento mientras me encogía de hombros conforme él se acercaba gritando no se qué historias que no comprendía hasta que escuché el nombre de Antoine.

—¡Si, si!, ¡Antoine! —dije asumiendo que si yo estaba allí era por él.

Le oí resoplar y sacó el teléfono móvil de su bolsillo, ¿Se iba a poner a llamar a estas horas? Si eran las dos de la mañana...

¡Mierda!, ¡Seguro que llama a la policía!, ¡O a los loqueros y me llevan detenida porque se cree que estoy aquí de ocupa o algo así!, pero... ¿Quién demonios es ese dios nórdico? En ese momento observé más detenidamente sus rasgos y en cierta forma me recordaron a los de Antoine, solo que su rostro era menos dulce y más... masculino, rudo... firme. Incluso había algo en el que irradiaba pura sensualidad para qué negar lo evidente.

Quien quiera que fuese al que había llamado pareció responderle y le habló de una forma tosca y borde, hasta que se acercó a mi y puso el altavoz.

—Ya te dije que mi hermano era más feo que yo —escuché y alcé la vista para observar la expresión de aquel dios nórdico que no pareció inmutarse.

«Así que ese era Edmond, *el famoso nieto Edmond*. Pues ya me podían haber advertido que estaba para mojar sopas, pures y todo lo divinamente tremendo de este mundo»

—Si —afirmé—. Y tenías razón —mentí como una bellaca y aparté la mirada de ese rostro que me hacía hasta temblar de solo pensar que me estaba observando.

Encima le he preguntado que si era dios... ¡Madre bendito que no se haya enterado o se me cae tó!

—Espero que no te haya asustado con su temperamento, pero quiere saber porqué has preparado una tarta y la has dejado en un lugar de fácil acceso teniendo en cuenta que la abuela es diabética.

—¿Eso era lo que gritaba como un energúmeno? —No pude evitar preguntar en voz alta—. Pues porque sencillamente no tiene azúcar, ella la puede comer.

En lugar de responderme, Antoine habló en francés y alcé la vista para observa la cara de pánfilo que el tal Edmond iba a poner... su rostro era de incredulidad y volvió a gritar enfurecido.

—¿Seguro que no tiene azúcar? —insistió Antoine.

—No soy idiota, ¡Claro que no tiene azúcar! Le eché un edulcorante natural que ella puede tomar.

Antoine volvió a hablar en francés y aquel dios nórdico pareció relajar los músculos del rostro.

—Voy a tener que probar esa famosa tarta cuando vaya —contestó Antoine riéndose—. Y disculpa a mi hermano.

—El que se tiene que disculpar es él, no tu —respondí con sorna.

—Ya... pero las disculpas no son algo que suela entrar en su vocabulario —admitió con cierto pesar.

—Pues cómprale una lámpara —tercié cruzándome de brazos y alzando la vista para observar aquellos ojos azules.

—¿Una lámpara?, ¿Para qué? —exclamó confuso Antoine.

—Para que se guarde su puto genio —contesté y justo después las carcajadas al otro lado del teléfono que permanecía en altavoz inundaron la cocina, aunque noté aquel semblante serio en el rostro de ese dios nórdico.

El dios nórdico desconectó el manos libres y se colocó el teléfono en la oreja. Quizá quería saber que acababa de decir que a su hermano le parecía tan gracioso y lo cierto es que me daba absolutamente igual que Antoine se lo confesara. Me fui hacia la jarra de agua que había sobre la encimera obviando mi pijama de bambi rosa y como si aquel elemento sin camisa que lucía palmito no estuviera, me serví el vaso al mismo tiempo que me temblaban las rodillas como un flan.

«No te está mirando Olivia... ¿En qué mundo un dios nórdico como ese iba a mirarte?»

Con ese pensamiento me di la vuelta y no solo me estaba mirando sino que hasta podría jurar que le brillaban los ojos.

En aquel momento mencionó algo en un tono mucho más suave que todo lo que había dicho hasta el momento y parecía música celestial para mis oídos al escucharle hablar de esa forma proveniente de aquellos labios. Incluso me mordí el labio sin pensarlo...

—¿Ein? —musité, pero en ese momento me di cuenta que se estaba marchando.

¿Quizá sí se había disculpado después de todo?, ¡Mierda de vida!, ¡Tenía a un dios nórdico en aquella casa y era incapaz de entender una palabra!

«Yo aprendo francés, aunque solo sea para decirle que está como un quesito»

Capítulo 4

«Más vale que me tome una tila —o cuarenta ya que estamos—, para intentar conciliar el sueño sabiendo que tienes a Thor a un metro de distancia como quien dice» pensé mientras rebuscaba por los muebles de aquella cocina tratando de encontrar de verdad una tila o algún hierbajo lo suficientemente potente para dejarme grogui.

En algún momento de la noche debí quedarme dormida, tratando de pensar en tejidos de estampados florales para una hermosa falda que tenía idealizada, conseguí dispersar mi mente unos instantes de ese dios nórdico que debía estar durmiendo a poca distancia.

Válgame el señor como ese hombre duerma aquí todos los fines de semana. ¡Me da un patatus si le veo cada dos por tres sin camiseta! Bueno, más que patatús ¡Lo que me dan son ganas de colarme en esa cama en la que debe estar como dios le trajo al mundo!

El silencio sepulcral de la mañana me dio a entender que no había nadie en la casa. Era mi día libre según me había explicado Antoine y probablemente se habrían ido todos o algo así, todavía no comprendía demasiado las costumbres de esa familia, sobre todo si ese dios nórdico vivía o no allí para haber pasado la noche. Fuera como fuese no pensaba salir con el pijama de bambi de nuevo, así que me coloqué uno de los vestidos cortitos y sueltos que había llevado bastante frescos y mis convers para ir cómoda por la ciudad ya que pensaba aprovechar el día para conocer la zona. Con una trenza de espiga para ir fresquita y un poco de máscara de pestañas ya volvía a ser alguien decente.

Salí sigilosamente atravesando el salón y supuse que debería llevarme las llaves para volver, así que las cogí con toda la tranquilidad de quien sabe que esta sola y como si de un fantasma se tratara una voz salió de la nada provocando que gritara y lo tirase todo al suelo, incluyendo el chisme en el que se encontraban las llaves que era de cristal.

—¡Joder que susto! —grité a pleno pulmón dándome la vuelta y contemplando aquella melena rubia mirando al suelo, algo que hice justo después para contemplar todos los trocitos rotos esparcidos por aquel suelo de madera.

El dios nórdico comenzó a decir una parrafada de palabras sin sentido para mi como si estuviera cabreado. No entendí un carajo, pero la culpa no era mía, sino suya por asustarme.

—¡Para el carro musculitos! —tercié alzando las manos en señal de stop.

«Este se cree el ombligo del mundo y no llega ni a pelusilla» Bueno, al menos en carácter porque lo que es físicamente llega a todo lo que quiera.

—Calm —dijo como si así le entendiera.

—¿Qué me calme? Estoy más calmada que un osito de peluche haciendo yoga... ¡Cálmate tú! —grité cogiendo las llaves del suelo sin esmerarme en recoger ningún cristal—. Eso es obra tuya por asustarme —añadí señalándole y entrando en la cocina a por el chisme ese de aspirar de mano, que pena que no tuvieran una escoba porque hubiera sido mucho mejor—. Así que tú lo recoges musculitos —dije colocándoselo en el abdomen de forma que mi mano rozó aquel torso envuelto por aquella camisa blanca impoluta y pude comprobar lo realmente firme que estaba.

«La madre que parió al dios nórdico con tableta de chocolate» susurré en mis adentros mientras la saliva no corría por mi garganta.

Mejor salgo corriendo o soy capaz de tirarme a su cuello por muy prepotente que sea.

Sin esperar que dijera nada me di la vuelta y no miré hacia atrás, directamente salí de allí en dirección a aquella pastelería donde estaría el bombón argentino, que a pesar de no estar tan bueno como el tal Edmond, bien podía ser un premio de consolación aceptable.

—¡Buenos días! —exclamé sonriente entrando por la puerta de aquella pastelería, sobre todo porque no dejaba de pensar en la cara que debía haber puesto el dios nórdico cuando le di la aspiradora y salí pitando de aquella casa.

¿Realmente lo limpiaría él? No me terminaba de imaginar a ese señorito más bueno que los propios donuts aspirando aquel desastre.

—Buenos días hermosa dama —contestó el pastelero de lo más zalamero.

—Puedes llamarme Olivia —contesté de lo más sonriente.

—Un nombre precioso para una mujer hermosa.

«A este paso mi cara será un tomate rojo» pensé mientras miraba el stand y vi los donuts rosas a la vista de todos provocando que abriera la boca, pero esta vez de emoción.

—¡Los quiero todos! —grité.

—Esperaba que volvieras, así que los hice especialmente para ti —contestó mientras comenzaba a depositarlos sobre una bandeja—. Te pondré unos cuantos para llevar —añadió guiñándome un ojo y me fijé en que a pesar de no ser comparable con el dios nórdico era increíblemente apuesto.

En cuanto me senté en la mesa de aquella terracita y observé la caja de cartón en la que había colocado los donuts sobrantes, la abrí solo para ver el contenido y deleitarme. En la solapa descubrí que había algo escrito a mano y me mordí el labio instantáneamente.

Espero que te gusten, llámame.

Junto a la frase había un número de teléfono acompañado por un nombre; Daniel.

Alcé la vista sin evitarlo y le encontré tras la barra atendiendo, pero justo en ese momento se giró y me vio con la tapa de la caja levantada. Me enrojecí instantáneamente y aparté la vista no sin antes darme cuenta que estaba sonriendo.

«Premio de consolación, premio de consolación» me repetí una y otra vez.

La cuestión era si me apetecía conformarme o no después de haber visto al mismísimo Thor.

Después de estar tres horas dando vueltas por; *ni puñetera idea de donde estaba* y el gps no funcionaba ni a tiros, probablemente porque había gastado todos los megas del teléfono buscando los cursos de moda o que directamente había visto oportuno dejar de funcionar en aquel preciso momento, alcé la vista en un cruce y no supe hacia donde ir.

—Vale lo admito, estoy más perdida que Pinocho en un ikea —susurré mirando a mi alrededor donde no me sonaba absolutamente nada porque apenas había salido de casa en todo el tiempo que allí llevaba.

Eran las ocho de la tarde y no tenía ni idea de cuando debía volver, aunque tener el día libre implicaba al menos hasta las doce de la noche, ¿no? Pero estaba empezando a ponerse el sol y me estaba entrando un ataque de pánico, sobre todo porque en mi magnifico plan de salir a indagar por la ciudad ni tan siquiera había apuntado la dirección de la casa en la que vivía y

de paso trabajaba.

«Brillante idea, Olivia... mejor te hubieras quedado en el pueblo para vestir santos el resto de tu existencia. Joder, joder, joder. Olivia piensa... piensa con ese cerebritito que dios y tu madre te han dado...»

El teléfono comenzó a vibrar, al menos el jodido tenía algo de batería a duras penas.

—¿Sí? —contesté esperanzada.

«Como sea mi madre literalmente cuelgo antes de que me exija que vuelva otra vez»

—Olivia, soy Antoine, ¿Dónde estás? Se suponía que debías regresar a las ocho.

—¿A las ocho? —contesté sorprendida—. ¿Cuándo dijiste eso?

—Mi hermano Edmond te lo dijo esta mañana o eso dice él —afirmó tajante.

—Cuando, ¿Antes o después de que me diera un susto de muerte apareciendo como un fantasma sigiloso? —ironicé—. Fuera como fuera no me enteré.

—Será mejor que vengas inmediatamente, le diré que la próxima vez te lo de por escrito para que sea más fácil que lo entiendas o lo traduzcas.

«Si ya... próxima vez si es que vuelvo»

—Esto... hay un problema —susurré un poco acongojada.

—¿Qué pasa? Sé que Edmond puede ser un tanto...

—Me he perdido —confesé—. No sé donde estoy y el gps no me funciona.

Escuché un profundo jadeo por su parte y habló algo en francés a alguien que tenía al lado. Supe por su tono de voz inconfundible que el dueño de aquellos gritos era el tal Edmond.

Mucho dios nórdico para tener el carácter del enanito gruñón en el cuento de Blancanieves. ¿Qué demonios le habrá picado a ese hombre para ser tan desagradable?

—Dime el nombre de la calle —escuché decir a Antoine.

—Umm —comencé a decir mientras caminaba buscando un letrero—. Es... a ver... ¡Ya! Rue de la Serenata —dije leyéndolo tal cual.

—Quédate justo donde estas, en diez minutos te recogerá Edmond.

No pude contestar porque cortó la llamada.

¿Qué el dios nórdico viene a por mi?, ¡Ay dios!, ¿Qué pintas tengo?

Pensé dándome media vuelta para verme en el reflejo del cristal que había en el escaparate de una tienda.

«Pues patético Olivia... patético» gemí interiormente al verlo.

Me fijé en cada coche que pasaba, sobre todo en los coches lujosos. Incluso vi uno deportivo de color rojo y di un paso para acercarme dando por hecho que sería él y que, aunque solo fueran diez minutos iba a sentir lo que se siente al montar en un vehículo de alta gama, pero para mi sorpresa no era él. ¿Habían pasado ya los diez minutos o es que mis nervios hacían que el tiempo fuera demasiado lento?

En el momento que vi como una moto se situaba a tres pasos de distancia frente a mi fue inevitable mirar quien era el piloto que la manejaba. Era una de esas motos grandes de las que siempre había visto por la tele en las carreras de circuitos porque mis hermanos no me dejaban cambiar de canal, de hecho era impresionante ahora que la veía a tan corta distancia, aunque no estaba plagada de propaganda como en esas carreras, sino que era completamente negra con el logotipo de la marca en dorado.

En cuanto se quitó el casco enmudecí, literalmente se me cayó el alma a los pies.

«Dios santo bendito de mi vida y de mi corazón» jadeé en mis adentros quedándome completamente descompuesta.

Si ya era imponente sin ropa o con traje, sobre esa moto en pantalones ajustados definitivamente era el mismísimo Thor.

«¿Llevo bragas? Porque casi era preferible no llevarlas debido a semejante espécimen»

—Monte sur le vélo —mencionó ofreciéndome el casco y haciendo un gesto que señalaba la parte de atrás de la moto.

Imaginaba que eso significaba que me subiera, no podía ser otra cosa.

Llevaba vestido, pero a la porra si me importaban tres pepinos enseñar el culo si hacía falta con tal de estar cerca del dios nórdico.

«No hagas un drama... solo es subirte a una moto, ¿Qué puede tener de complicado?»

Cogí el casco y me lo puse, la moto era tan grande que dudaba que pudiera saltar y literalmente montarme, pero entonces el dios nórdico me señaló una especie de pedal o similar que sobresalía y me apoyé. Coloqué mis manos sobre el asiento para no caerme y cuando me había sentado noté que me agarró del brazo y paso mi mano por su abdomen.

Lo confirmo, está más duro que una piedra. Mejor no me imagino si todo lo tiene así de firme...

En cuando cogió velocidad me aferré a él con tanta fuerza que no sabía si tenía más miedo o ganas de apretujarle para saber cuántos músculos escondían aquel cuerpo.

«Creo que si me muero ya estoy en el paraíso, así que probablemente lo hacía por la segunda opción mas que por la primera»

—Au revoir —escuché decirle secamente en cuanto la moto frenó. Sabía que significaba eso, era un seco y borde adiós.

—Au revoir mister musculitos —dije sonriente—. Espero que mañana desayunes all bran de kellog mas asiduamente, a ver si así te vuelves menos borde y más simpático que falta te hace hijo mío.

No esperaba que contestara, sabía perfectamente que no me había entendido o de lo contrario no me habría quedado tan pancha.

Al menos que no supiera español, me daba esa gran ventaja de decirle cuatro verdades a la cara.

Lo cierto es que por muy borde que fuera el tío, por más antipático, sin gracia y petulante, la verdad es que estaba más bueno que los donuts glaseados de fresa.

«Maldita sea mi estampa, ¿Ahora como olvido yo esa cara de dios nórdico tan perfecta? Ni en mis mejores sueños me iba a olvidar tan fácilmente de Edmond por más imbécil que fuera»

Capítulo 5

Después de dos semanas en aquella casa internada, había aprendido dos cosas. La primera es que la señora Charpenlier no era para nada silenciosa, solo había que descubrir su punto débil que no era otro que los dulces y su nieto predilecto *Edmond*. Porque entre tanta palabrería, el término *Edmond* sobresalía en su énfasis al decirlo, de hecho hasta yo misma lo pronunciaba a estas alturas perfectamente de tanto escucharle gastar el nombre al dios nórdico. La segunda es que tenía menos vida social que yo en el pueblo —y eso ya era decir mucho—, así que después de todo ese tiempo, al fin me atreví a llamar al pastelero argentino, sobre todo porque en aquellas dos semanas no había vuelto a ver el pelo el rubiazo con pectorales de infarto y empezaba a sospechar que probablemente me evitaba a toda costa por ser un completo desastre.

«Mejor hacer como que fue un sueño etéreo» pensé mientras buscaba el teléfono de Daniel en la agenda, puesto que a pesar de no haber regresado a la pastelería, ni haberle enviado ningún mensaje, sí que debía admitir que lo había grabado en cuanto había terminado mi desayuno aquel día.

En el momento que saltó el contestador pensé en colgar directamente, pero quizá era mejor dejar un mensaje después de haber tardado tanto en llamar y si aún estaba interesado, que me contestase en cualquier caso.

«Ni yo misma sé que quería exactamente haciendo aquello, supongo que solo necesitaba salir y distraerme un poco»

—¡Hola Daniel! Soy Olivia. Siento no haber llamado antes, pero es que he estado demasiado ocupada con el trabajo y me preguntaba si te apetecería ir a tomar algo este domingo a alguna parte. Bueno, solo era eso... llámame si estas interesado.

—¿Interesado? —gemí justo después de colgar—, soy idiota... lo más probable es que ni recuerde que soy la chica loca obsesiva de los donuts rosas.

En cuanto alcé la vista observé de nuevo aquella máquina antigua de

coser. Había comprobado que aún funcionaba, pero no había sacado tiempo de ir a por unas cuantas telas y algo de material con los que diseñar alguna prenda.

—¡Olivie, Olivie! —exclamó la señora Charpenlier.

—¡Voy! —contesté en francés a mi manera, porque al menos esas dos semanas me habían dado de sí para defenderme medianamente con cuatro palabrejas sueltas y algunas frases hechas.

«Al menos ya no era tan palurda como al principio»

En cuanto entré a su habitación la vi sacando todo del armario como si se hubiera vuelto loca de repente.

—¿Qué hace? —exclamé tratando de frenarla, más que nada porque quien iba a tener que guardar todo eso era yo, ya que la de la limpieza venía dos veces por semana y hoy precisamente no tocaba.

En su lenguaje entendí algo de una cena familiar de etiqueta y buscaba un vestido que ponerse en la inmensidad de armarios que tenía en aquella habitación.

«Si había algo que a la señora Charpenlier le sobraba era ropa... además de dinero y joyas»

—¿Una cena elegante? —pregunté repasando visualmente el armario y divisando una cantidad de vestidos de firma demasiado impresionantes para mi pobre bolsillo.

Por el énfasis de su respuesta afirmativa supuse que debía ser un sitio de esos en los que un plato de espaguetis costaría más que mi salario de todo un mes.

—Está bien... seguro que podemos encontrar algo que esté a la altura. — Aunque eso implicara que estuviera pasado de moda, pero quizá con unos arreglillos por aquí y por allá...

—¡No! —exclamó por enésima vez la señora Charpenlier cuando llevaba al menos dos horas sacando vestidos.

Me resigné y lo tiré sobre la cama, probablemente esa mujer se había empeñado en fastidiarme y que sacara todo el armario por completo para estar satisfecha. Volví a rebuscar entre las prendas mientras ella se recostaba aún más en el sillón y me contemplaba, hasta que cierto reflejo llamó mi atención y di con un vestido azul noche de seda. Si no fuera por las mangas retro un tanto ochenteras y un estampado extraño que llevaba la falda, podría ser absolutamente precioso por la caída que tenía.

—¡No, no! —gritó en cuanto lo vislumbró al sacarlo del armario.

—¿Está segura? Es seda... —mencioné en español tocando la prenda y dejándome caer el vestido por el cuerpo mientras cerraba los ojos al sentir la prenda.

Nunca había tenido nada de seda y era sencillamente espectacular.

—No es adecuado. —O algo así quise entender que había mencionado.

—Yo “arreglar”. —Me atreví a decir—. Prometo que gustar.

«Definitivamente mi francés dejaba aún mucho que desear»

Por la expresión de su cara supuse que era demasiado incrédula ante la perspectiva de que alguien como yo pudiera arreglar aquel vestido y sacar algo decente, pero cuando finalmente me hizo un aspaviento con la mano dándome permiso, supuse que lo hacía porque no tenía nada que perder...

Sonreí instintivamente y observé como la señora Charpenlier se marchaba a ver su serie favorita mientras me dejaba a solas para arreglar todo aquel desastre. Al menos había sacado algo bueno de todo aquello, iba a poder demostrarle que la niñera de adultos tenía una cualidad más aparte de cocinar postres.

Aquella noche me acosté tarde, quizá por el interés ferviente de ver como quedaba aquel vestido con las modificaciones que tenía en mente y había visualizado nada más descolgarlo de aquella percha, así que cuando el teléfono vibró a las dos de la mañana me sorprendió inesperadamente y al cogerlo vi que tenía un mensaje.

Estoy muy interesado, pero imagino que a estas horas debes estar dormida. ¿Que te parece una visita guiada por la ciudad? Te espero en el café a las diez.

Pd: El desayuno corre por mi cuenta, bella.

Creo que releí ese mensaje como tres veces antes de asegurarme que tenía una cita ese domingo, ¡Y ya era sábado! Dejé el vestido terminado a un lado, había quedado muy bien y estaba bastante satisfecha, solo esperaba que la señora Charpenlier no me lo tirase a la cabeza. Me metí en la cama apartando a un lado las sábanas porque hacía bastante calor y cogí el teléfono para leer de nuevo ese mensaje. ¿Sería conveniente responder? Quizá hacerlo sonaría a estar medio desesperada y no pretendía dar esa sensación, por lo que deseché la idea y lo dejé de nuevo sobre la mesilla de noche. En ese momento tuve un

atisbo de curiosidad y lo cogí de nuevo abriendo el navegador. Nunca había hecho ese tipo de cosas, pero supongo que el hecho de no volver a ver al dios nórdico en tanto tiempo me había hecho querer rememorar su imagen así que teclee en google “Edmond Charpenlier” y le di a buscar.

Nada. Si era rico desde luego no era famoso.

«A la porra la idea de averiguar si tiene novia» suspiré dejando de nuevo el teléfono sobre la mesita de noche.

—Olivia Damas, céntrate en lo importante. Ese dios nórdico no es, ni será nunca para ti. Estás muy lejos de interesarle —susurré antes de colocarme de lado y pensar que después de todo, tendría una cita con alguien.

Cuando le enseñé a la señora Charpenlier el vestido, supe por su gesto que no le desagradaba en absoluto lo que veía.

Me tenía tan acostumbrada a su cara de limón amargado cuando algo no le gustaba, que ya sabía reconocerlo inmediatamente y aquella expresión no era la de algo que le desagradaba.

Sorprendida de que hubiera hecho aquello, me dio una cantidad desorbitada de vestidos para que los modificara. Yo llamo a eso: explotación. Aunque teniendo en cuenta que es algo que me gusta, no puse ninguna objeción, después de todo me serviría para ir cogiendo habilidad y práctica antes de que pudiera crear mis propios diseños. Estaba habituada a modificar más de una prenda, teniendo en cuenta que vivía en un pueblo, no solía ir a menudo de compras y gran parte de la ropa que tenía me la hacía yo misma o modificaba la que tenía. Teníamos máquinas de coser de sobra en el taller y afortunadamente nunca me habían negado el acceso a ellas.

—¡Hola Olivia! —exclamó la voz de Antoine provocando que me asustara. No había escuchado sus pasos con el ruido de la máquina por lo que tardé unos segundos en recuperarme—. Perdón, ¿Te he asustado? La abuela Clarissa me dijo que estabas aquí y he venido a saludarte.

—Tranquilo, no pasa nada. ¿Ya has vuelto de tu viaje? —pregunté tratando de ser cordial y dejando a un lado la prenda que estaba arreglando.

—Si... volví hace varios días —contestó observando la habitación y fijándose detenidamente en lo que estaba haciendo—¿Qué estás haciendo?

—Tu abuela me dio unas cuantas prendas que deseaba que arreglase —contesté sin entrar en detalles.

—No sabía que entendieras de costura —dijo algo abstraído.

—No creí que fuera necesario para el trabajo que iba a desempeñar aquí,

pero lo cierto es que me apasiona el mundo del diseño de moda.

—¿Y haces esto para que la abuela le hable de ti a Edmond? —exclamó con una vaga sonrisa.

—¿Qué? —exclamé confusa—, ¿Para qué iba a ella a decirle a tu hermano que yo le arreglo unos trapos viejos?

—No sé si eres demasiado ingenua o se te da demasiado bien mentir. En cualquier caso lo cierto es que estás haciendo un gran trabajo con la abuela Clarissa.

—¿Me puedes decir exactamente qué es lo que pasa? —contesté levantándome y abriendo los ojos extrañada—. Solo le arreglé un vestido para una especie de cena familiar o algo así que decía que tenía ya que nada le gustaba, pero lo hice porque me gusta hacer ese tipo de cosas... empezaré a estudiar diseño dentro de dos meses y ...

—Y te gustaría ser diseñadora de moda —terminó la frase por mi.

—Obviamente me encantaría poder lograrlo, sí.

—Y supongo que no sabes que nuestra familia se dedica al sector de la moda.

—¿Tu familia? —Abrí los ojos estupefacta.

—Sí —afirmó—, Edmond es el director de la empresa desde que el abuelo murió.

—Yo... no tenía ni idea. Aunque eso no cambia nada, no pretendo tener privilegios, ni tampoco referencias. Estoy aquí solo hasta que comience el curso y de verdad que no pretendía nada más...

—Te creo, Olivia —contestó de pronto Antoine cogiéndome la mano—, pero Edmond no lo hará. Es demasiado desconfiado y probablemente pensará que estás aquí solo para acercarte a la empresa.

—Sinceramente, empieza a darme igual lo que piense o no de mi tu hermano. Es demasiado... demasiado...

«¿Perfecto?, ¿Buenorro?, ¿Musculoso?, ¿Guapo?»

—Imbécil —admití finalmente—, si no sabe ver más allá de su perfección. Y perdona que le insulte, pero no es que se haya portado educadamente ninguna de las veces que me lo he cruzado.

—Vaya... creo que eres la primera mujer que no se arrastra limpiando el rastro que deja al pasar.

—¡Anda ya! —exclamé—. Si con ese ceño fruncido y esa cara de amargado que parece que está comiendo limones todo el día hace que

cualquiera salga corriendo. No es más bruto porque no se entrena.

—No te preocupes, si por casualidad sale a relucir el tema. Yo estaré de tu parte, preciosa.

En ese instante me ruboricé, pero deseché la idea de que le pudiera resultar preciosa a Antoine. El chico era guapo, no tanto desde luego como el engréido de su hermano, pero definitivamente era un seductor nato y se notaba a leguas que probablemente trataba de coquetear con cualquier chica que se le acercase.

—Te lo agradezco.

—Como ya te dije, me hiciste un gran favor al quedarte y la abuela parece contenta de tenerte aquí, de hecho, creo que todos se darán cuenta en la cena de esta noche.

—¿Era hoy? —pregunté sintiéndome idiota por no saber nada.

—Sí —afirmó—, supongo que Edmond llegará más tarde, así que si te apetece salir a tomar algo eres libre. De todos modos él pasará aquí la noche y también estará mañana.

Saber que el dios nórdico pasaría de nuevo allí la noche era igual de emocionante que escalofriante.

—Gracias, quizá decida salir.

—Diviértete. Te vendrá bien desconectar, pero un día de estos me dejarás llevarte de fiesta por la ciudad.

Sonreí tratando de esquivar su mirada y aproveché para retirar algunos vestidos que había sobre la cama y dejarlos sobre una de las sillas.

—Tal vez cuando dejes de ser mi jefe y yo tu empleada.

En ese momento escuché la risa de Antoine y acto seguido una profunda voz que nos silenciaba a ambos.

Allí estaba en el marco de la puerta de mi habitación, vestido con aquel traje azul oscuro que le sentaba infinitamente mejor que al mismísimo Thor. Con ese semblante duro y serio, aquella mirada fija observándome y ese aroma embriagador que eclipsaba de lejos a cualquiera que hubiera podido apreciar antes.

«Esto va a ser muy difícil de superar Olivia... pero que muy, muy difícil. Porque definitivamente ese hombre, era inigualable»

Capítulo 6

La mirada de aquel dios nórdico se centró entonces en su hermano que aún sonreía vagamente y le hizo un gesto de desaprobación mientras Antoine se encogía de hombros y me observaba enmudecida. No había sido capaz siquiera de saludar, sino que mi cuerpo permanecía en tensión desde que le había visto aparecer.

—Podrías saludar, hermano —dijo en castellano y supuse que lo hacía para que yo le entendiera.

La respuesta de Edmond fueron dos palabras secas que entendí perfectamente en francés. Venía a decir algo así como buenas tardes y mi pulso se aceleró más de lo que estaba al escuchar su voz. Solo fui capaz de asentir con la cabeza. En situaciones como esas, cuando analizaba en profundidad lo que ese hombre provocaba en todo mi ser, no creía posible que hubiera sido capaz de soltarle cuatro frescas, aunque era cierto que lo había hecho porque sabía a ciencia cierta que no iba a entender nada de lo que le dijera y porque en caliente era capaz de decir mucho y hacer más bien poco.

Mientras lo analizaba me di cuenta que él volvió a hablar dirigiéndose a su hermano y entonces éste asintió antes de que Edmond desapareciera y dejara de alumbrar luz celestial con su presencia.

«Necesito urgentemente una cura antidioses»

—Tenemos la reserva en una hora, así que mi hermano y yo te agradeceríamos que ayudaras a la abuela Clarissa a prepararse.

Supuse que esa había sido la razón de que se acercara hasta mi habitación, para decirme que hiciera mi trabajo cuidando a su abuela, que por otro lado me pagaban para eso después de todo, pero en aquel momento me hizo sentir un poco inferior... y pequeña. Desde luego ese deslumbrante hombre jamás se fijaría en una pobre desgraciada extranjera, que era muy probablemente la imagen que debía estar proyectando ante él.

—Claro. En seguida estará lista —dije tragándome mi orgullo y saliendo antes que él de mi habitación para ayudar a la señora Charpenlier a

prepararse.

Apenas tarde media hora en ayudarla a vestirse adecuadamente con el vestido que le había arreglado y le maquillé un poco las mejillas con algo de rubor y los labios suaves. Era sutil, nada llamativo, pero que efectivamente daba un buen resultado. Le recogí el cabello en un moño bajo poco elaborado, pero al mismo tiempo elegante y la ayudé a elegir las joyas adecuadas para el vestido, puesto que ella prefería optar por algo demasiado ostentoso, aunque la hice entrar en razón al enseñarle una joya preciosa del mismo color azul de sus ojos que combinaría perfectamente con el vestido.

Quedé bastante satisfecha cuando la vi sonreír al fijarse en el espejo. Parecía haber rejuvenecido unos cuantos años a pesar de sus arrugas y el cabello blanco, pero me daba satisfacción saber que aquella mujer anciana cuyos primeros días ni siquiera me dirigía la palabra, ahora me sonreía y aunque no me había dado las gracias explícitamente, podía notar por sus gestos y su ligero toque de brazo que realmente estaba agradecida.

«Por lo menos se te da algo bien aparte de los tapices, Olivia» me apremié a mi misma.

No es que pensara pasarme la vida cuidando gente mayor, pero me enorgullecía que en apenas dos semanas y media hubiera podido ganarme la confianza de aquella mujer que en el fondo estaba segura de que era simpática.

En el momento que la acompañé al salón donde esperaban sus nietos, no me sorprendió la sonrisa y grito de júbilo de Antoine, pero casi me dio un paro cardíaco cuando observé al dios nórdico sonriendo.

«Bendito sea el señor, si más serio que un juez es para ponerle una estatua, no te quiero ni contar cuando sonrío y le brillan los ojos al hacerlo. Creo que acabo de perder mis bragas, las de repuesto y las del repuesto del repuesto»

—Espero lo pasen bien —comenté dubitativamente en mi poco hablado francés.

—Gracias. Y no te preocupes, vuelve a la hora que quieras, como si pasas toda la noche fuera. No habrá problema —contestó Antoine guiñándome un ojo justo cuando terminó la frase y enrojecí.

«Menos mal que nadie nos entiende» pensé asintiendo y dirigiendo la mirada hacia el dios nórdico una vez más para grabar esa imagen que me acompañaría en mis sueños más profundos y porqué no decirlo; húmedos.

No volví a mirar a Edmond, por temor a que se diera cuenta de lo nerviosa que me había puesto y desde luego lo que menos pretendía era que interpretara que podría ser por él, puesto que era incapaz de sostener aquella mirada azul demasiado tiempo, terminaba siempre mirando hacia el suelo, así que me di media vuelta y volví hacia mi habitación. Tenía toda la noche por delante, pero lo cierto es que salir sola por la ciudad no me parecía una opción conveniente y llamar a Daniel parecía una acción desesperada teniendo en cuenta que ya había quedado para desayunar al día siguiente.

—Genial Olivia. Tu primera noche en la que puedes salir por la ciudad y no tienes ni un mísero plan en tu agenda.

Al final terminé haciendo un bol enorme de palomitas tan grande que probablemente podrían comer seis personas y puse una lista de reproducción de videos en el teléfono sobre los últimos desfiles de moda de la temporada. Cuando desperté desorientada debido al sonido de la alarma en el móvil, busqué a tientas el teléfono por la mesita aún con los ojos cerrados y recordando que me había quedado dormida, comencé a tratar de encontrarlo entre las sábanas. Abrí fuertemente los ojos ante aquel irritante sonido cuando comprobé que no lo encontraba y fui consciente de que el sonido provenía de la mesa donde estaba la máquina de coser. ¿Cuándo demonios lo había dejado yo ahí? Hasta el momento no era sonámbula que supiese... me fijé en la puerta de la habitación y estaba completamente cerrada cuando yo nunca la cerraba porque no me gustaba sentirme encerrada.

¿Quién había entrado en mitad de la noche a mi habitación?

—¡Ay dios!, ¡Ay dios! —comencé a hiperventilar sabiendo de sobra la respuesta y al mismo tiempo que me venía un color se me iba otro—. No puede ser. Es imposible que se haya atrevido a entrar en mitad de la noche para...

Pero no había otra explicación. Se suponía que solo él y la señora Charpenlier eran los que estaban en aquella casa y desde luego dudaba mucho que la anciana supiera siquiera como se silenciaba un teléfono o bloqueaba.

Definitivamente no ha podido ser él, probablemente también habría regresado Antoine y de él si era más que probable atreverse a hacer algo así. Si. Definitivamente ha sido su hermano, sobre todo teniendo en cuenta que el dios nórdico no había sido capaz ni de saludar cordialmente a la empleada hasta que se lo habían mencionado...

—Se lo dijo en español —me dije en un leve susurro llevándome una mano a la boca como si sintiera que ésta se abría por inercia—. Antoine se lo dijo en español y él saludó inmediatamente. —Seguí hablándome a mi misma.

«Calma Olivia, calma esos nervios porque te va a dar un chungo y de los malos. De esos que te llevan al hospital y no sales con vida»

—Si entiende el español, definitivamente me pido el destierro voluntario —asumí instantáneamente sentándome sobre el colchón mientras analizaba punttilosamente la situación.

¡Mierda la hora! No tengo tiempo para lamentaciones, de todos modos, sería completamente imposible que supiera español y se lo tuviera reservado después de lo que le había soltado a la cara.

«Nah... es imposible que ese dios nórdico entienda una mísera palabra de castellano»

Con esa idea me puse un vestidito floreado algo fresco y las zapatillas deportivas porque realmente no sabía qué planes tendría Daniel para pasar el día. Todo comenzaría —o así lo esperaba fervientemente— con un desayuno en la cafetería y después... a la carta.

Todo estaba bastante silencioso cuando salí de la habitación hasta que escuché el sonido de la televisión en la salita donde siempre solía estar la señora Charpenlier y supuse que ya se habría levantado. No hice por asomarme, aún tenía presente que alguien había entrado en mi habitación en mitad de la noche y si descubría que no había sido Antoine me querría morir de la vergüenza, por lo que sin despedirme cogí las llaves y salí del apartamento cerrando suavemente la puerta de entrada.

No iba demasiado arreglada especialmente, teniendo en cuenta que tan solo me había lavado los dientes y soltado el pelo del típico “moñete” que solía tener para dormir y con el que se me quedaban unas ligeras ondas bastante decentes. Algo de máscara de pestañas por llevar un poco de maquillaje y brillo de labios que probablemente desaparecería antes de llegar a la cafetería, pero al menos no estarían tan secos.

En cuanto crucé la calle y di unos cuantos pasos, vi que la cafetería estaba bastante llena, por lo que esperaba que, a pesar de haber tanta gente Daniel pudiera tener un hueco para verme, ¿Estaría trabajando?

—¡Buenos días bella durmiente! —exclamó la voz de Daniel e instintivamente sonreí al descubrir aquella sonrisa y rostro carismático.

—Siento llegar tarde —contesté encogiéndome de hombros—. Lo cierto es que me entretuve más de la cuenta.

—Te perdono por estar tan guapa —dijo acercándose mientras me daba un beso en la mejilla al estilo francés que aún no me acostumbraba y para mi asombro colocó el brazo rodeándome por la cintura y atrayéndome hacia él—. Tienes hambre, ¿verdad?

En ese momento fui consciente de que la gente nos observaba, probablemente porque había gritado lo suficientemente alto como para que todos nos prestaran atención.

—Emmm... —comencé a balbucear mientras miré al frente un tanto confusa por la cercanía y en ese momento observé aquellos ojos azules que casi tenía idolatrados en ese rostro del mismísimo Thor.

¡Maldita sea mi estampa!

El dios nórdico me observaba atentamente, o más bien nos observaba a ambos si tenía en cuenta que Daniel me tenía completamente atrapada y pegada a él.

—Imaginaré que sí, porque te he reservado una caja entera de rosquillas con cobertura de fresa especialmente para ti.

—Vas a hacer que me tenga que poner a dieta —susurré apartando la mirada del dios nórdico por un segundo o de lo contrario sería incapaz de coordinar la mente con la lengua.

—Déjame decirte que eres absolutamente perfecta así —contestó en mi oído y temblé con aquella voz ronca.

Ay si eso mismito lo hubiera dicho quien yo me sé...

—Adulador... ¿A cuántas les dices exactamente lo mismo? —dije con cierto tono de broma.

—Tocado y hundido, pero en tu caso debo reconocer que es verdad. —Admitió levantando la mano que tenía libre como señal de juramento.

—Ya no sé si creerte... —contesté algo sonriente y por inercia busqué de nuevo a Edmond, pero al parecer debían haberle entregado su pedido porque se había marchado y no había ni rastro de él por la cafetería.

¿Pensará que Daniel es mi novio? Quizá era mejor así, para que no sospechara que se me caía literalmente la baba cada vez que aparecía, o peor aún, que se notara que mis ojos hacían chiribitas cada vez que su nombre salía a relucir.

Para mi absoluta desgracia, los donuts estaban demasiado buenos, así que

como soy una *ansias*, me comí la friolera de tres con el pensamiento de que haría ayunas el resto de la semana para compensar tanta caloría vacía. Daniel me animó a seguir comiendo con la excusa de que necesitaría energía para toda la ruta que tenía preparada por la ciudad, por lo que di gracias al cielo el haber llevado zapatillas de deporte. El resto del día fue increíblemente genial. Daniel era un encanto de chico; alegre y divertido. Si no fuera por el hecho de que inexplicablemente mi pensamiento se iba cada cierto tiempo al dios nórdico, podría haber caído literalmente rendida a sus pies. No solo era elocuente y adulador al mismo tiempo, sino que además era un chico trabajador, honrado y bastante guapo a su estilo. Digo estilo porque no es rubio, hipermusculitos y con unos ojazos azules de infarto, pero era consciente de que no me llenaba, que por más que lo intentara, era forzar la situación después de haber visto a ese bombón rubio.

«¡Porqué demonios tendría que aparecer ese mequetrefe de ojos azules en el momento más inoportuno!» medité en mis adentros.

Estaba completamente segura de que si no le hubiera conocido, de que si Edmond no hubiera aparecido, me habría ilusionado con la idea de salir con Daniel, pero aquel maldito hombre había puesto el pedestal demasiado alto y eso que era un engreído con mal genio de mucho cuidado.

Regresé a casa después de cenar, había quedado con Daniel en volver a vernos pronto, puesto que me habían faltado demasiadas cosas por ver; entre ellas subir a la torre Eiffel, pasear por el Sena o visitar el museo donde estaban los cuadros más preciados, pero como eso según Daniel era más típico de turista, decía que había tiempo. En su defecto habíamos pasado el día visitando los cafés más pintorescos, las calles más encantadoras y los edificios más curiosos por sus anécdotas.

En cuanto entré todo estaba silencioso y oscuro. Por la hora supe que la señora de la casa debía estar dormida y supuse que su nieto predilecto también se habría marchado o acostado. Sin hacer ruido llegué hasta mi habitación y me desnudé rápidamente puesto que necesitaba una ducha urgentemente, así que cogí la toalla y salí de puntillas para que nadie se despertara mientras caminaba a tientas en ropa interior por el pasillo de aquella casa. En cuanto llegué al baño que utilizaba únicamente yo, giré el pomo de la puerta y empujé sin esperar que alguien estuviera dentro, pero jamás olvidaría la imagen que tras aquella puerta existía. Definitivamente era un dios porque aquello no podía ser normal.

—¡Joder! —grité cuando fui consciente de que me había quedado allí parada observándole completamente como dios le trajo al mundo—. ¡Lo siento! —volví a gritar y cerré la puerta sin esperar una respuesta.

«Ay dios mío... ¡Santo bendito que bien puesto lo tiene todo!»

No sabía que hacer, ¿Me iba?, ¿Me quedaba allí esperando a que saliera?, ¡Qué demonios hacía en mi baño!

—Seguro que me echa a patadas de aquí esta misma noche, ¿Donde me voy a ir? —susurré llevándome las manos a la cara

Ay dios... ¡Y me ha visto en ropa interior! Aunque en su caso es peor, porque le he visto en bolas.

Definitivamente no voy a superar ese cuerpo del deseo en mi vida. Me he quedado jodida para siempre.

Entre mis delirios mentales se abrió la puerta del baño y aquel dios nórdico salió con una toalla atada a la cintura. Dijo algo en francés que no comprendí, más que nada porque mi cerebro estaba frito en aquel momento y solo podía procesar las gotitas de agua que recorrían esos pectorales marcados.

En ese instante observé que se había quedado parado frente a mi, recorriendo mi cuerpo hasta los pies y cuando yo bajé la mirada hacia mi cuerpo descubrí que seguía en ropa interior e instintivamente fui a taparme con la toalla, pero él lo evitó sujetándome la muñeca del brazo donde la sostenía.

—No —pronunció esa voz ronca y rota que me provocó un estremecimiento inaudito.

¿No?, ¿Cómo que no?, ¿Que demonios significaba ese no? Y antes de darme cuenta aquellos labios estaban acercándose a los míos...

«¿Me va a besar?, ¿El dios nórdico me va a besar? Olivia no te desmayes... ¡Ni se te ocurra desmayarte porque como lo hagas te tiras por un puente!»

Capítulo 7

En el momento que creí que rozaría mis labios por la cercanía su gesto se torció en dirección hacia mi oído y sentí como su nariz rozaba aquella fina piel provocando que cerrase los ojos por pura inercia.

«Me va a dar algo... ¡A mi me va a dar algo!» gemí interiormente sintiendo el calor que emanaba ese cuerpo a pesar de que no tocaba el mío, pero su seducción era tan potente que daba igual si lo hacía o no llegados a ese punto.

—Buenas noches —susurró en un perfecto francés pausado haciendo que entendiera perfectamente cada palabra.

Para mi agonía se alejó lentamente volviendo a recorrer con su mirada mi cuerpo y posteriormente se marchó caminando completamente erguido con aire chulesco, y que seguramente le vendría de nacimiento.

¿Buenas noches?, ¿Eso era todo?, ¿Donde estaba mi maldito beso!

Cuando fui consciente de que seguía parada en mitad del pasillo, semidesnuda y en shock, salí de aquel trance y me metí en el baño como si mi vida dependiera de ello, cerrando la puerta una vez que estaba dentro.

—¿Qué demonios ha sido eso? —susurré en un gemido a mi misma mirándome frente al espejo.

No podía quitarme la imagen de ese dios nórdico desnudo. Menos aún de sus ojos recorriendo mi cuerpo y esas gotas de agua que caían por ese perfecto cuerpo.

—Definitivamente de aquí voy directa al psiquiatra y después al manicomio, ese hombre ha volatilizado mi poca cordura.

Aquella ducha sirvió para despejarme vagamente de esas imágenes, pero cuando me metí en la cama no podía dejar de pensar que él estaba a tan solo unos metros de distancia bajo el mismo techo de aquella casa, ¿Y si le daba por venir a mi habitación en mitad de la noche?

«No digas idioteces Olivia. Probablemente ese dios con patas solo pretendía ponerte nerviosa»

Y de ser ese el objetivo, lo había conseguido sin ninguna duda.

No le vi a la mañana siguiente, ni tampoco durante las siguientes tres semanas en las que había mejorado con creces mi francés y ya había planificado mi estancia en la ciudad Parisina. Daniel el repostero, había resultado ser todo un amor de hombre al prestarse para ayudarme a rellenar todos los documentos necesarios de acceso a la escuela de artes donde realizaría los estudios de diseño. Además, me había indicado donde podía encontrar los mejores sitios para buscar algún piso compartido y estaba dispuesto a contratarme en la pastelería si no encontraba ningún trabajo por las tardes que complementara mis estudios.

Lo cierto es que me entristecía no sentir por Daniel ese deseo o emoción como el que me había transmitido el magnánimo de Edmond, pero finalmente él había comprendido que era mejor una bonita amistad que un intento fracasado de relación teniendo en cuenta lo bien que habíamos congeniado.

—No sé como voy a agradecerte todo lo que me estás ayudando —dije dando un sorbo de aquel sabroso café que me había preparado.

—Tranquila, para eso están los amigos. Tú conviértete en una famosa diseñadora de moda y así me sentiré compensado —contestó con una sonrisa.

Bendita fuera la hora en que entré en aquella cafetería gracias a la señora Charpenlier.

—Lo intentaré —sonreí alejándome para dejarle trabajar.

Aún tenía que hablar con Antoine para decirle que me marcharía en apenas tres semanas del trabajo, puesto que compaginarlo con los estudios sería inviable, ya que tendría que estar toda la mañana en clase. Lo cierto es que me había encariñado con la señora Charpenlier, abandonar esas tardes de novelas mientras degustábamos un trocito de tarta con té y después me hablaba sobre moda mientras yo arreglaba alguno de sus vestidos, me resultaría extraño. Incluso me atrevía a creer que algo de cariño si que me había cogido aquella mujer a pesar de su carácter reticente y frío al principio.

Decidí llamar aquella tarde yo misma a Antoine, puesto que siempre le rendía cuentas a él por hablar mi idioma, aunque lo cierto es que ya me podía defender medianamente bien a grandes rasgos en cuanto se refería al francés. Al menos ya tenía menos temor a la hora de iniciar el curso por no saber absolutamente nada del idioma y aunque me quedase aún mucho por aprender, estaba mucho más animada respecto a ese tema.

—Olivia, ¿Ocurre algo? Normalmente me llamas los lunes —dijo nada más descolgar el teléfono un Antoine algo extrañado.

—No. No —negué algo evasiva—. Solo te llamaba porque tenía que comentarte algo y quería hacerlo con tiempo suficiente.

—Por supuesto, ¿De qué se trata? —preguntó y noté cierto ruido de fondo.

—Si te pillo en un mal momento puedo llamarte más tarde o esperar al lunes si hace falta...

—Tranquila, solo estoy en el gimnasio. Dime, ¿Necesitas un aumento de sueldo? —preguntó directamente.

—¡No! —exclamé algo aturdida por creer haber dado esa impresión, aunque el dinero no me vendría mal, pero lo cierto es que el sueldo era muy bueno—. Te llamaba para decirte que me iré tres semanas y como mencionaste cuando entré que os resultó complicado contratar a alguien quería que tuvieras el tiempo suficiente de encontrar a la persona adecuada.

—¿Irte?, ¿Por qué?, ¿Es que no te sientes bien?, ¿Ha pasado algo? —Hizo tantas preguntas que no sabía por donde empezar.

—Te dije cuando entré que estudiaría diseño de moda, ¿Recuerdas? —exclamé tratando de que recordase aquel día en que se lo había comentado—. Y que me iría cuando comenzase el curso.

—¡Cierto! —exclamó sorprendido—. Casi lo había olvidado. Lo cierto es que la abuela parece muy contenta contigo y eso es poco frecuente, será una lástima que te vayas, ¿No puedes compaginarlo? Seguro que te queda mucho tiempo libre estando en casa.

—No puedo Antoine —Negué a pesar de que yo también sentía tener que marcharme y dejar el trabajo—. Lo lamento porque yo también me siento bien aquí y le he cogido bastante cariño a pesar de llevar un mes y medio, pero vine por una razón y no puedo posponer mis planes iniciales.

—Está bien, no te preocupes. Lo consultaré con Edmond y encontraremos una solución. Gracias por avisarme con tiempo.

—Gracias a ti —respondí justo antes de colgar.

Sentía que me había quitado un peso de encima, ahora tendría que encontrar si o sí un trabajo y un apartamento al que mudarme. Tenía exactamente tres semanas para conseguirlo. Era suficiente, ¿no?

Había conseguido realizar todo un dossier de diseños gracias a los vestidos que me había regalado la señora Charpenlier para que hiciera con ellos lo que quisiera y los había adaptado a mi silueta otorgándoles un aire moderno y completamente distinto. En el fondo había tenido muchísima

suerte de haber terminado en aquel lugar y estar aprendiendo tanto de aquella señora que poseía demasiado conocimiento en cuanto a moda se refería.

El sábado mientras estaba sentada en una de las sillas haciendo el bordado a mano de una orquídea en un vestido de color negro demasiado simple con el que había tenido la insólita idea de llenarlo de orquídeas blancas, escuché el sonido de la puerta. Clarissa, que a pesar de no referirme nunca a ella por ese nombre porque le tenía demasiado respeto, charlaba animadamente sobre los guantes de satén de los años sesenta alegando que era una moda que debía volver y recordando aquellos tiempos se podía pasar hablando hasta bien entrada la noche.

Aunque ella seguía hablando, no podía dejar de notar esos pasos que se acercaban poco a poco hacia donde nos encontrábamos y la incertidumbre por saber quien de los dos hermanos sería me consumía por dentro.

Por un lado, deseaba que fuera Antoine. Con él no sentía que debía activar todas mis defensas, sino que muy al contrario podía sentirme relajada y risueña. En cambio, Edmond me ponía en tensión y más aún cuando recordaba lo ocurrido la última vez que le había visto.

—¡Edmond! —exclamó la señora Charpenlier con una gran sonrisa en su rostro en cuanto debió aparecer por la puerta porque yo me negué a volver la mirada hacia aquella figura masculina tan imponente que había hecho acto de presencia.

«Genial. Ahora solo tienes que mirarle sin que tu cara se vuelva un tomate»

—Abuela Clarissa —contestó éste en un tono menos efusivo, pero que generaba cierta simpatía.

Probablemente aquella señora era una de las pocas cosas que le importaban a ese patán egocéntrico. Que injusta es la vida, ¿Porqué tenía que estar tan condenadamente bueno y ser tan antipático al mismo tiempo?

Alcé la mirada y pude contemplar aquel espécimen vestido con un traje impecable rodear la mesa e inclinarse para dar un beso en la mejilla a su abuela.

«No si en el fondo hasta me parecerá tierno y todo»

—¿No saludas a Olivia? —exclamó la señora—. ¡Donde están tus modales, muchacho! —Le reprendió y yo abrí enormemente los ojos.

Para mi asombro él pareció completamente sorprendido y como un acto reflejo me observó mientras yo permanecí enmudecida.

—Hola Olivia, ¿Qué tal estás? —preguntó en un marcado francés que por suerte ahora sí entendía.

—Muy bien, gracias —contesté educadamente y me importaba un pimiento que mi francés fuera mediocre o imperfecto.

Le vi alzar una ceja, como si estuviera sorprendido de que le hubiera contestado en su idioma.

—He reservado mesa en tu restaurante favorito para esta noche, abuela. Aunque en esta ocasión Antoine no podrá acompañarnos, está algo ocupado —mencionó ofreciendo al final una leve sonrisa.

—Ese hermano tuyo... debería aprender a ser más responsable como tú, que siempre estás trabajando para que él esté viajando y viviendo la buena vida —contestó Clarissa con un tono airado.

—Es joven, ya tendrá tiempo de ser responsable —mencionó Edmond que mantenía la mirada en el vestido que tenía en las manos mientras seguía cosiendo.

No pude evitar hacer mis propios prejuicios al respecto. Podía tachar a Edmond de ser prepotente, egoísta y todo lo que quisiera, pero aparentemente se preocupaba y protegía a su familia.

—¿Por qué no vienes con nosotros Olivia? —preguntó la señora Charpenlier y al escuchar mi nombre alcé la vista hacia ella.

¿Qué?, ¿Cómo? En ese momento desvié la mirada hacia Edmond que tenía el rostro neutro. No sabía si le agradaba o no la idea de que los acompañara.

—No creo que deba... —dije no queriendo meterme donde no me llamaban.

—¡Vamos Edmond!, ¡Invítala a que venga con nosotros! Tiene muchísimos vestidos que ponerse en lugar de quedarse aquí encerrada —exclamó la señora y él parecía algo confuso.

—Por supuesto. Vendrá con nosotros —contestó aquel dios nórdico cuyos ojos azules parecían retarme a algo que aún no sabía si quería descubrir.

«Eso no había sido una invitación, sino una orden»

Si había algo de lo que la señora Clarissa tenía razón es que tenía demasiados vestidos que poder ponerme debido al trabajo que había realizado para tener un dossier de presentación, eso sumado a la estima que parecía haberme cogido la buena señora, había hecho que no solo aquellas semanas

se hubieran pasado rápido, sino que además, había adelantado muchísimo trabajo. Era consciente de que necesitaba presentar mis trabajos al inicio del curso la duda en aquellos momentos era sobre qué debía ponerme.

¿Se trataba de un sitio elegante?, ¿Distinguido? Probablemente a juzgar por ese hombre estirado, dudaba mucho que fuese a acudir a un tugurio de mala muerte o lo suficientemente mediocre para que se mancharan sus zapatos de cuero.

«No. Definitivamente el restaurante tendrá hasta estrellas Michelin»

Con esa idea cogí un vestido rojo burdeos lo suficientemente entallado para que casi no pudiera respirar, pero es que la señora Charpenlier en sus tiempos mozos, estaba más delgada que un espagueti. Me coloqué los únicos zapatos de tacón que tenía —bastante básicos para qué mentir—, y con el cabello suelto y algo de maquillaje discreto me dispuse a acudir a la habitación de la anciana para terminar de ayudarla a vestirse.

Mientras le abotonaba aquel vestido en la espalda, no dejaba de pensar en la imagen de ese cuerpo de dios completamente desnudo y mi cara se volvía igual de roja que el vestido que llevaba.

«Dios mío... va a ser una noche demasiado larga» pensé cuando salía del brazo con la señora Clarissa y pude apreciar que aquel dios nórdico nos esperaba elegantemente vestido con un traje gris claro que sin duda alguna le quedaba mejor que al modelo de pasarela que lo luciera.

«Virgen santa... no está como un quesito, está como un quesón. Dios le da pan al que no tiene muelas» susurré en mis adentros gimiendo internamente porque ese hombre tenía que ser tan jodidamente atractivo y ser tan *snob* al mismo tiempo.

Noté sus ojos recorriéndome lentamente y me sentí demasiado cohibida, sobre todo porque me había deleitado con el mismo tipo de mirada estando casi desnuda en ropa interior y solo con recordarlo, el calor se apoderaba de mi cuerpo e incluso mi pulso se aceleraba.

«Aleja esos pensamientos Olivia porque ese hombre jamás se dignaría a salir contigo, es más, probablemente piense que bebes los vientos por él» Y ¿Quién en su sano juicio no lo haría? Debe estar acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas a sus pies. Vamos, yo soy la primerísima en caer redondita sin contemplación alguna.

El trayecto hasta el restaurante fue silencioso para mi, puesto que mientras Edmond conducía y su abuela iba a su lado, yo me había sentado en

el asiento trasero y permanecía completamente en silencio mientras les escuchaba hablar sobre lo que parecía ser la familia, ya que me sonaban palabras como “tía”, “primo” e incluso su propio hermano. Efectivamente aquel restaurante era de esos lujosos de revista, de los que te cobran hasta por respirar y empezaba a tener demasiada curiosidad sobre aquella familia. En su momento Antoine había mencionado que se dedicaban al sector de la moda, pero por más que había tratado de investigar no había encontrado absolutamente nada. Al menos nada por el apellido de la anciana, ¿Quién demonios eran ellos?, ¿Tanto dinero podía generar aquel mundo? Yo solo había aspirado a poder crear una pequeña colección e incluso me podría dar por satisfecha si conseguía en algún momento tener mi propio desfile de moda, algo que sería sumamente complicado por no decir que impensable sin tener un solo céntimo.

—Monsieur de la Court —mencionó aquel metre en cuanto entramos por aquellas puertas acristaladas.

¿De la Court?, ¿Edmond se apellidaba de la Court?, ¿Y de qué me sonaba a mi ese apellido? Si no fuese porque me parecía una falta de respeto coger en ese momento el teléfono para cotillear lo habría hecho de buena gana.

Todo iba perfecto hasta que me dieron aquella carta eterna donde tanto nombre raro no había quien lo entendiera. Podía intuir más o menos algunas cosas, pero mi nivel de francés aún no me llegaba a escala elevada para tratar de adivinar otras cuántas.

—Olivia, deberías pedir el “Boeuf Bourguignon” —Sonrió la señora Clarise y yo miré con cara de circunstancia.

«Si supiera qué es a lo mejor lo pediría, pero para que me traigan algo crudo, va a ser que no»

—Esto....e... —No sabía ni qué responder—. ¿Qué es? —pregunté finalmente en francés.

—Díselo tú Edmond —le dijo a su nieto y yo le miré de forma inmediata.

—Carne. —Soltó secamente.

«Genial... y carne de qué, ¿De mono? Y lo más importante, ¿Cruda o hecha?»

—Este hombre es más inútil que una nevera en el polo norte —musité en voz baja... —¿Qué carne? —insistí en francés a pesar de que él había apartado la vista de nuevo a la carta.

«Me importa un pepino que piense que soy insolente, él me ha obligado a

venir»

En ese momento levantó la vista, parecía sopesar el lugar, la gente y miró a la anciana que acababa de apartar la carta.

—Vamos Edmond... explícaselo —le increpó y hubo un momento en el que sentía que parecían estar ocultándome algo, solo que jamás imaginé que precisamente eso iba a torturarme el resto de la noche.

Escuché un profundo bufido por parte del dios nórdico y me miró fijamente.

—Es carne de buey. Buey a la borgoñona —dijo en un perfecto español con leve acento francés. Acto seguido cogió la carta y se dispuso a seguir leyendo.

«Me muero. Me falta el aire. Creo que me está dando un infarto y es en serio. No puede ser verdad, esto es una pesadilla, ¡Una jodida pesadilla del infierno!, ¡El dios nórdico no puede saber español!»

—Creo que necesito ir al baño —susurré en mi estupefacto estado de shock mental que incluso no sabía si lo había dicho en francés, en español o vete tu a saber en qué idioma, pero yo necesitaba echarme agua en la cara o me iba a dar un colapso.

«Dios mío de mi vida, ¿Cuántas cosas le he dicho a ese hombre con la idea de que no iba a entender jota con pelota?» me dije en cuanto entré en el baño y posé las manos sobre el lavabo.

Y lo mejor de todo ¿Porqué no me ha recriminado nada?, ¡O peor aún!, ¡Ha dejado que crea que no entiende ni papa de español!

—Voy a matar a Antoine... ¡Juro que lo mato por no decírmelo!

Y en ese momento le llamé. Me importaba un pimiento donde se encontrara o que hora era en el país remoto del mundo en el que estuviera, o qué demonios estaba haciendo en aquellos momentos.

—¿Si? —respondió para mi atónito asombro.

—¿Tu hermano Edmond sabe hablar español? —pregunté directamente.

—¿Cómo lo sabes? Porque dudo que él haya dado algún indicio siquiera de que conoce el idioma. Lo desterró de su vida hace años.

«Que me maten... que me destierren, ¡Me quiero morir de la vergüenza!»

—¿Y en qué momento no se te ocurrió decírmelo? —le grité.

—No iba a servir para nada porque hace años que se negó a hablar esa lengua, ¿Cómo lo has sabido?

—¡Porque me acaba de decir algo precisamente en esa lengua! —grité

llevándome una mano a la cabeza.

—Imposible... —susurró—. Si él mismo... —Se calló, como si se hubiera dado cuenta de que estaba hablando de más—. Hablamos mejor en otro momento porque ahora te tengo que dejar.

Ni tan siquiera me dio tiempo a decir adiós, sino que escuché como la llamada se había cortado, pero Antoine me había dejado claro que sí, que el dios nórdico conocía perfectamente mi lengua materna.

«Menos mal que me marcharé en solo unas semanas y mi vergüenza ajena se quedará en el olvido»

Capítulo 8

No quería volver a aquella mesa y enfrentarme a ese dios nórdico sabiendo que cada estupidez que había salido por mi boca él la había entendido perfectamente, ¿Podría tener esperanza de que no la hubiera entendido? Lo dudaba. Al menos tenía algo a mi favor; no me había dicho nada al respecto y menos aún me había despedido por ilógico que pareciera ahora que lo pensaba, aunque todo eso no eliminaba la vergüenza que sentía en aquellos instantes. Le había preguntado si era dios, le había llamado mister musculitos ¡E incluso le había dicho que comiera All bran de Kellog para que dejara de ser tan borde!

«Esto es peor que cortarse las venas con un cuchillo de plástico» pensé mientras respiraba profundo antes de salir del baño y dirigirme de nuevo hacia aquella mesa tratando de llevar la cabeza bien alta a pesar de mi absoluta vergüenza.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó la señora Clarissa.

Probablemente estaba más blanca que la leche desnatada.

—Si... esto... Oui, oui —afirmé esquivando completamente la mirada de ese tormento de hombre que me tenía en aquellos momentos así.

«Tres semanas Olivia, tres semanas y seguro que ni vuelves a verle el pelo para que no te martirice» Aunque por otro lado saber que no volvería a ver ese rostro junto a ese cuerpo de pecado que... ¡Ay madre que bueno que estaba! No sabía que era peor; si mi vergüenza por saber que debía pensar que era una loca desatada o el hecho de privarme de aquellas buenas vistas por el resto de mi existencia.

Por suerte el camarero vino enseguida para tomar nota de la comanda y mi alivio fue notable.

Pasé casi toda la velada silenciosa, degustando cada plato que debía reconocer estaba increíblemente succulento mientras el dios nórdico y su abuela conversaban apaciblemente sobre temas que se escapaban a mi control —a veces lingüístico y otras tantas desconocido—, en el fondo agradecí que fuese así porque si tenía que mirarle directamente a los ojos, sabía que no iba

a saber decir ni mi nombre.

—¿Lo has pasado bien, abuela? —escuché que preguntó Edmond una vez nos encontrábamos dentro del vehículo de regreso a casa.

—¡Oh!, ¡Lo he pasado muy bien!, Olivia es mejor compañía que tu hermano —intuí que dijo entre risas.

¿Mejor compañía? Si prácticamente no había hablado salvo cuando me habían preguntado directamente mi opinión o sobre el atuendo que llevaba que había creado yo misma.

—Si, eso parece —contestó aquel dios nórdico sorprendiéndome en el hecho de que me regalase un elogio, aunque no fuera de forma explícita.

«Y yo que pensaba que los criados no valían nada para él»

No tardé en descubrir que pensaba quedarse a pasar la noche en casa de su abuela. Me pregunté si lo hacía porque no tendría vivienda propia en la ciudad o si de esa forma no tenía que madrugar al día siguiente que sería mi día libre. De una forma u otra esperé, o más bien me puse a rezar mentalmente para no encontrármelo como la otra vez en el baño o en la cocina, porque el miedo a que me soltara alguna frase sobre lo que le había dicho a la cara tiempo atrás pensando que no entendería nada, me abrumaba.

Esperé pacientemente a que el silencio inundara la casa para salir de mi habitación y sin más ropa que aquel camisón de dormir fui de puntillas por el pasillo hacia la cocina atravesando el salón completamente a oscuras alumbrando con la luz del móvil para no tropezar con nada. Escuché un leve ruido detrás de mi y me di la vuelta rápidamente sin ver nada, ni escuchar nada y menos aún sentir nada. Así que volviendo a respirar tranquila di un paso hacia delante y me di de bruces con algo duro.

—¡Mierda! —exclamé sin poder evitarlo llevándome una mano a la nariz.

—¿Te has hecho daño? —exclamó esa voz profunda en francés y toda la sangre que había en mi cuerpo se congeló. Abrí los ojos y en ese momento vi levemente iluminado el torso desnudo de ese dios nórdico.

«¡Ay mi madre! Mis peores pesadillas o sueños eróticos hechos realidad»

—No... estoy bien. —Ni me molesté en responder en su idioma sabiendo que me iba a entender—. ¿Es que no puedes darle a la...

Antes de acabar la frase fui consciente de que una de sus manos me tenía sujeta por la cintura firmemente y el calor que sentía recorrer mi cuerpo comenzó a expandirse de forma incontrolada. ¡Dioses! Ni siquiera podía tragar porque tenía la garganta más seca que la mojama.

—Antoine me ha comunicado que te irás en tres semanas —mencionó en aquel silencio que de pronto nos había invadido y aunque no me había soltado aún, la coherencia comenzaba a volver a mi atrofiado cerebro en aquellos instantes.

¿Por qué seguía hablándome en francés si ya había revelado que comprendía y hablaba el español? Sabía que le entendería mejor en mi idioma y sin embargo seguía hablándome en francés. La curiosidad me embriagaba, pero no tenía, ni tendría la confianza suficiente para preguntarle por ello.

—Si —afirmé—. Me iré en tres semanas.

—No quiero que se lo menciones a Clarissa hasta entonces —contestó con voz seria y comencé a notar aquella situación un poco tensa. ¿Qué cazaros hacíamos hablando en medio del salón, de noche y a oscuras? Nada con ese hombre era normal desde luego.

—Por supuesto. Si no quieres que se lo mencione, no lo haré —contesté dando por finalizada la conversación e intentando apartarme de él, solo que para mi absoluto asombro él no me soltó, sino que me atrajo aún más hacia él...

—Me gustaría salir un día. Solos tú y yo —Su voz era insinuante... ¡Válgame Jesucristo!, ¿Me acababa de proponer una cita ese dios nórdico?

—¿Solos?, Pero... solos de ¿solos? —exclamé.

«¡Genial Olivia! Si por casualidad no pensaba que eras tonta, ahora definitivamente cree que eres idiota»

—Solos —reiteró en un perfecto español y mi cuerpo tembló. ¿Qué digo temblar? Directamente fue un terremoto de nivel catástrofe.

—Si. Claro. Desde luego —afirmé tres veces porque una parecía no bastarme.

«¡Cállate de una jodida vez Olivia!»

—Mañana —contestó en un susurro que pude notar cerca de mi oído y de la impresión giré el rostro sin querer dándome cuenta de que mi mejilla acababa de tropezar con su incipiente barba.

¡Contrólate Olivia!, ¡Contrólate porque aunque te estén sujetando, desmayarte no es una opción!

—Mañana —susurré cerrando los ojos y dejándome arrastrar por esa calidez de su cuerpo cercano.

«Como no me bese, me va a dar un “algo” y un “que se yo” que no lo voy a soportar»

Podía notar su aliento, estaba casi segura de que sus labios debían estar a tan solo unos milímetros de los míos y cuando casi iba a suplicar porque se acercara, porque quería probar esos labios antes de morirme de una jodida vez. Noté que se alejaba.

¿Qué mal he hecho en otra vida para que me lo paguen así en esta? Definitivamente no es justo... ¡No es justo! Pero me negaba a mendigar un puñetero beso.

—Buenas noches Olivia —escuché en su perfecto francés.

—Buenas noches Edmond —contesté en mi perfecto español.

Todavía no podía creermelo que fuese a tener una cita con ese hijo del mismísimo Odín y sobre todo la pregunta era, ¿Se trataba de una cita en plan... “cita” o más bien solo era una especie de agradecimiento? Aunque no tenía ni idea de que me tendría que agradecer, pero lo cierto es que mi cerebro no asimilaba que ese dios nórdico pudiera tener interés en mí, en este ser insignificante, patosillo y desastroso.

«Menudo concepto de mierda tienes de ti misma Olivia. ¡Viva la baja autoestima!»

Pero era la pura realidad, si me comparo con esa masa de músculos perfectos, esos ojazos, un rubiales al completo y ese porte que... ¡Madre mía mejor ni lo pienso porque me quedo sin aire!

—Definitivamente es imposible que pueda gustarle. Ese hombre solo sale con mujeres de cargos importantes, piernas infinitas y que usa lencería fina, no bragas de mariposas o lunares.

Abrí la puerta dispuesta a salir al baño y cuando escuché un ruido la cerré de inmediato.

«¡Joder!, ¡Que está aquí!» Me dije recordando que debía llevar pelos de loca salida del manicomio y unas pintas de matar.

«Por no hablar del aliento, maja»

Me recogí el cabello en una cola alta, me vestí con un vestido suelto algo colorido para darle alegría a mi cara y me miré al espejo antes de salir para comprobar que estaba decente por si me lo encontraba de nuevo en el pasillo, pero sorprendentemente no fue así. Tampoco le encontré en la cocina cuando me estuve preparando el desayuno y para mi sorpresa, no estaba en el pequeño saloncito donde siempre solía estar la señora Clarissa.

Pues más sola que la una me metí la cuchara de cereales en la boca y pensé que si lo llegaba a saber, me habría ido directamente a la cafetería de

Daniel a desayunar unos buenos donuts con cobertura de fresa. Solo de pensarlo ya se me estaba haciendo la boca agua y probablemente tendría la mirada perdida.

—Buenos días —escuché a mi espalda y del gesto inesperado me atraganté con los cereales que estaba masticando de forma que empecé a toser aparatosamente.

Me faltaba el aire, no podía respirar y en ese momento sentí como me cogía fuertemente y me apretaba el tórax de forma que escupí literalmente lo que me estaba ahogando.

—¿Te encuentras bien? —escuché mientras trataba de volver a respirar con normalidad.

—Pero, ¡Porqué siempre apareces de forma sigilosa como un fantasma! —grité por toda respuesta sin siquiera girarme.

—¿He pasado de Dios a fantasma? —replicó en un perfecto español y en ese momento me quise morir de la vergüenza.

«Joder, joder, joder» ¡Encima reiteraba que se había enterado de absolutamente todas mis meteduras de pata! Fijo que me ha pedido una cita para tirarme por el puente del río Sena y perderme de vista a lo tipo *au revoir*.

—¡Tú! —exclamé—. ¡Se suponía que no hablabas más que francés! —solté enfrentándome a él y mirándole a la cara.

Como excusa era patético, pero teniendo en cuenta que no podía excusarme, encima iba vestido de punta en blanco como síntoma de que pensaba salir o acababa de regresar y comencé a percibir el aroma a perfume que emanaba en todo su esplendor provocando que mis hormonas se revelasen y mis neuronas quedasen incapacitadas completamente.

¡Bendita sea la hora en la que se inventó el perfume masculino!

Un amago de sonrisa se alojó en su rostro y en ese momento mis piernas se convirtieron en flanes. ¿He muerto y estoy en el paraíso?, ¿De verdad está sonriendo?, ¿O más bien riéndose de mi ridiculez?

—Prefiero ser un dios antes que un fantasma —susurró volviendo al francés—. Te veré esta noche, Olivia —dijo antes de bajar su mirada para recorrer mi cuerpo y posteriormente salir de aquella sala.

Limpié aquel desastre que había acabado con mi apetito —mentira, pero me negué a volver a meterme una cucharada de cereales en la boca— y me fui a la cafetería de Daniel como solía hacer cada domingo a pasar la mañana.

Para mi absoluta delicia él me tenía siempre preparada una caja, aunque

ante mi insistencia había comenzado a hacerlos tamaño mini o iba a terminar siendo una bolita rellena de azúcar para mi desgracia. Pasé la mañana viendo revistas de moda mientras de vez en cuando Daniel venía a charlar un poco cuando la cafetería se despejaba, y lo cierto es que me había acostumbrado a esa rutina dominguera, donde pasaba las hojas visualizando las tendencias, imaginando como habría realizado yo algún diseño novedoso mientras soñaba con mi futuro e imaginaba que finalmente alcanzaba mi sueño, ese sueño por el que estaba en ese momento precisamente allí; en París.

Cada vez lo veía más cerca, cada minuto, hora y día veía que se aproximaba. Sabía que me costaría trabajo, esfuerzo, sudor y probablemente sangre en mis dedos, pero estaba dispuesta, estaba mucho más que concienciada para ese sacrificio.

—¿Qué te parece si salimos esta noche? —preguntó Daniel cuando me levanté para marcharme.

—Tendrá que ser otro día, porque he quedado —contesté sonriente.

—¿Tú?, ¿Me estás poniendo los cuernos con un franchute? —contestó con ironía fingida y estallé de la risa.

—Ojalá —admití sonriente—. En realidad ni yo misma sé que esperar de esa cita si te soy sincera.

—¿Por qué?, ¿Quién es?

—Es el nieto de la señora para la que trabajo, se llama Edmond. Edmond de la Court.

—¿De la Court? —preguntó con cara de estupefacción.

—Creo que si. Alguien le mencionó así anoche cuando les acompañé a una cena.

—Te cuidado Olivia. Esa gente no suele mezclarse con... —Se calló y supe que lo hizo porque no pretendía ofenderme, aunque entendía perfectamente a lo que se refería.

—Lo sé. No te preocupes que es algo que tengo muy presente, pero dime, ¿Le conoces? —pregunté ávida por encontrar respuestas.

—No sé mucho más allá de que poseen un imperio en la industria de la moda. Tienen fábricas repartidas por todo el mundo, son muy reservados con su vida privada, pero creo que ocurrió algo con sus padres, por eso heredó tan joven las empresas de la familia.

No era gran información, pero la suficiente para confirmar lo que me había mencionado Antoine de que probablemente su hermano creyera que

entré a esa casa por interés. ¿Sería esa la razón de la cita?, ¿Descubrir si de verdad era una interesada que solo pretendía colarse en su empresa? Nada más lejos de la realidad, de hecho, no quería privilegios, primero quería saber si yo verdaderamente tenía talento en ese mundo o no.

Cuando regresé tenía una nota en mi habitación con la hora a la que debía estar lista. Decidí ir lo más sobria y sencilla posible esa noche. No me apetecía en absoluto llamar la atención y menos aún teniendo en cuenta que creía que iba a ser objeto de estudio y análisis durante la velada. Con un vestido negro algo ajustado, mis zapatos de tacón y el cabello suelto, no llevé ni tan siquiera un solo adorno que complementara el atuendo. Cogí el bolso y salí decidida al salón principal, vi que él me estaba esperando con una ropa un poco más informal de lo habitual, pero igualmente elegante.

—¿Voy bien así? —pregunté al ver que no dejaba de observarme fijamente sin decir nada.

—Si —afirmó seriamente e hizo un gesto para que me adelantara y de esa forma fuera la primera en salir de casa.

Cuando me monté en aquel vehículo no tenía ni idea sobre qué hablar o qué decir. Si pasaba toda la noche en silencio, aquella cita sería la más desastrosa de toda mi existencia y eso que no es que hubiera tenido muchas, por no decir prácticamente ninguna.

—¿Dónde vamos? —pregunté por tratar de sacar un tema.

—Hay un pequeño restaurante francés a las afueras de París. Es muy bueno, aunque poco conocido.

¿Me llevaría allí para que nadie nos viera? No pude evitar pensar que efectivamente existía una posibilidad muy grande de que esa fuera la idea.

—Suenan interesante —contesté.

Me hacía gracia que yo le hablara en español y él siempre me contestase en francés, pero me negaba a preguntarle porqué no lo hacía en mi idioma, algo me decía que ese era territorio prohibido y probablemente jamás tendría la confianza suficiente para averiguarlo ya que Edmond no demostraba tener un carácter precisamente amistoso, sino más bien retraído y lo suficiente celoso de su vida privada para que no me permitiera acercarme.

—¿La señora Clarissa sabe que hemos salido juntos? —pregunté curiosa.

—No. Y no creo que sea conveniente mencionarlo —decretó con la vista fija en la carretera.

Las luces de la ciudad comenzaban a difuminarse y después de media

hora de camino finalmente llegamos a lo que parecía un restaurante pequeño con decoración pintoresca de madera y cuadros antiguos, como si imitara una cabaña en mitad de la montaña.

—¿Cómo descubriste este sitio? —pregunté sonriente devorando toda la decoración del lugar. Me parecía fantástico y jamás habría imaginado que Edmond pudiera acudir a un lugar así, nada fino y elegante en comparación con lo que él debía estar acostumbrado y si tenía en cuenta el restaurante lujoso al que habíamos asistido la noche anterior.

—Simplemente casualidad —contestó sin entrar en detalles y rodé los ojos porque de lo contrario soltaría una de las mías y se enteraría absolutamente de todo lo que diría.

«Definitivamente ese hombre era un imposible, estaba por asegurar que la velada sería el fiasco más grande de la historia»

Para no liarme con la carta dejé que pidiera él, no es que me fiara especialmente, pero si ya había estado en alguna que otra ocasión seguro que sabría lo que elegir por ser la especialidad del chef. Fue un acierto porque realmente todo estaba absolutamente delicioso y la gran parte de la cena nos limitamos a hablar de comida, de París o sencillamente de Clarissa.

—¿Cuál es tu interés en la moda? —preguntó justo cuando metía la cuchara en aquel coulant de chocolate tan apetecible.

Ahí estaba, esa probablemente era la pregunta que tanto le interesaba.

—Quiero ser diseñadora —admití llevándome la cuchara a la boca sin añadir nada más.

—¿Y por eso te irás dentro de tres semanas? —insistió como si realmente no tuviera interés, pero algo me decía que lo tenía y mucho.

—Si. Me iré para cursar los estudios y formarme. —Vi que en ese momento me estudiaba, como si tratara de adivinar algo más allá de mis palabras y no lo soporté—. Te aseguro que no sabía que tu familia se dedicaba al mundo de la moda cuando entré a trabajar en la casa de tu abuela, es más, si tu hermano Antoine no llega a decírmelo un día que me vio arreglando un vestido jamás me habría enterado. No quiero trabajar en tu empresa, ni tampoco busco que el día de mañana tenga preferencia o algo similar. La señora Clarissa es una grandísima mujer y me cae muy bien, la echaré de menos cuando tenga que marcharme.

—Está bien —respondió dejándome allí con la boca abierta.

¿Ya está?, ¿Así de simple?, ¿No iba a dudar siquiera un poquito?, ¿Tanto

poder de convicción tenía?

Al salir del restaurante hacía bastante frío y me abracé a mi misma tratando de conservar el calor en los brazos hasta que sentí como la fina chaqueta de Edmond cubría mis hombros.

—Gracias —dije frenándome en seco sin creerme que aquel gesto tan simple hubiese salido tan natural en aquel dios nórdico.

—Agradécemelo de otra forma —replicó en un español rudo, cogiéndome del brazo y atrayéndome hasta él de forma que sentí todos esos músculos de tableta de chocolate bajo aquella camisa blanca de rayas grises.

Alcé el rostro, estábamos en el aparcamiento de aquel restaurante donde la oscuridad estaba lo suficientemente presente para que pasáramos desapercibidos, no tenía ni la más mínima idea de a qué se refería, pero me importaba un cuerno todo lo que no fuera ese hombre.

Sentí su mano subir por mi brazo rozando levemente mi pecho y ascendiendo por mi cuello de forma pausada, como si estuviera a cámara lenta, hasta que finalmente sus dedos rozaron mis labios y los entreabrí.

—He pasado toda la noche imaginando a qué debían saber tus labios —susurró acercándose peligrosamente—. Y me niego a pasar otra noche igual —admitió justo antes de acortar la distancia y unir sus labios con los míos.

En el momento que sentí aquel calor embriagándome, esa sensación inigualable apoderándose de todo mi ser, simplemente morí para irme directamente al paraíso, a Asgard o a donde puñetas vivieran los dioses nórdicos.

«Esto es infinitamente mejor que todos los donuts con glaseado de fresa del mundo»

Capítulo 9

«Esto es infinitamente mejor que todos los donuts con glaseado de fresa del mundo»

Noté el frío metal en mi espalda del que supuse sería la carrocería del vehículo en el que habíamos venido, seguidamente sus manos se agarraron lo suficiente a mis muslos para impulsarme y sentir su cuerpo musculoso frotándose junto al mío a la vez que notaba como hundía su lengua entrelazándose junto a la mía en un voraz beso que parecía no tener límites. Entrelacé mis manos sobre su nuca y comencé a masajear su cabello mientras sentía el roce de sus dedos bajo el vestido negro que llevaba puesto.

Estaba a su merced, tan sumamente entregada a esas caricias y aquellos besos que sin duda alguna era consciente de que podría hacer conmigo lo que quisiera en aquel aparcamiento. Me tenía eclipsada desde el mismo momento en que le había visto por primera vez y lo cierto es que a pesar de todas y cada una de las situaciones o cosas que habían ocurrido, de su petulancia, engreimiento o carácter agrio... lo cierto es que a mi cuerpo aquello no parecía importarle y ya puestos; a mi juicio tampoco.

Escuché un sonido ronco de su garganta, como una maldición y en cuanto separó sus labios de los míos fui consciente del ruido de un motor. Al parecer era uno de los vehículos aparcados que vendría en nuestra dirección.

—Sube al coche —dijo en un tono tan grave que por un segundo pensé que estaba enfadado.

Algo desorientada hice lo que me pidió. En cuanto abrí la puerta y me senté en el asiento, me llevé una mano a la cabeza recriminándome por mi actitud.

¿En qué demonios estabas pensando Olivia?, ¿En serio te parece oportuno que tu primera vez sea en el aparcamiento de un restaurante perdido por una carretera que ni siquiera sabes qué lugar es?

Siempre había pensado que mi primera vez sería especial y desde luego con un chico que me valorase. Probablemente ninguna de las dos opciones se hubiera cumplido de no haber detenido lo que acababa de empezar y

pensándolo fríamente sabía que ni yo misma lo habría detenido llegado el caso, quizá eso era lo que más miedo me daba, que fuera pura gelatina en manos de ese hombre.

No dije nada cuando él arranco el vehículo para lo que supuse sería regresar a casa. Tampoco él mencionó nada durante todo el trayecto, sino que ambos parecíamos estar meditando lo ocurrido, aunque no tenía ni la más mínima idea de lo que él podía pensar, pero me hacía diversas conclusiones. Probablemente creyese que mi interés en él era debido a su dinero y posición o que no hubiera descartado del todo que sencillamente era una oportunista. Lo que sí tenía claro es que después de todo yo parecía atraerle.

Uno no daba besos de película como el que él me había dado si no le gusta la otra persona, ¿verdad?

Intentaba creer que sí. Mi experiencia en besos era casi nula, pero sin duda alguna el que había protagonizado con ese dios superaba con creces a cualquier otro e incluso me anticipaba a creer que superaría a los posteriores que pudiera recibir en un futuro.

¡Joder! Si antes ya me parecía que el dios nórdico sería insuperable, ahora sencillamente ha pasado a ser nivel excelencia suprema.

«Me voy a quedar solterona el resto de mi vida. Seré una de esas mujeres ancianas rodeada de gatos como sustituto de compañía»

Todo estaba en absoluto silencio cuando entramos en casa. Me quité los zapatos para no hacer ruido al caminar pensando que probablemente la señora Charpenlier estaría profundamente dormida.

—Si no le importa, voy a prepararme un té antes de dormir —pronuncié rompiendo aquel incómodo silencio que nos había acompañado desde que me había dado aquel beso.

—Si —afirmó antes de añadir que iría a avisar a la mujer que había contratado para hacer compañía a su abuela durante el tiempo que estuviéramos fuera.

Resultaba chocante que aquel hombre aparentemente tan frío fuese tan considerado con la anciana mujer. En el fondo casi me atrevía a decir que la trataba como a una madre. Yo había tenido una gran devoción por mis abuelos, pero no sabía si al mismo nivel que el dios nórdico evidentemente tenía con la suya.

Escuché el leve sonido de las voces que me indicaban que Edmond debía estar despidiendo a la mujer que se había quedado como cuidadora esas tres

horas que habíamos estado fuera y cuando escuché la puerta me puse nerviosa, porque algo me decía que entraría allí en la cocina y solo de imaginar que pudiera continuar lo que habíamos iniciado en el parking de aquel restaurante mi pulso se aceleraba, la respiración se me entrecortaba y hasta mis pensamientos se chumarrascaban.

—Buenas noches —escuché a mi espalda y me giré rápidamente ante la suavidad de su voz.

—Buenas noches —contesté por inercia.

¿Nada más?, ¿Después de se beso de película nivel top diez y más allá la noche terminaba en un simple buenas noches?

Iba a decir algo, me quedé con la palabra en la boca sin saber que narices decir para retrasar aquel momento un minuto más, pero en lugar de eso, sencillamente cogí los minidonuts que tenía encima de la nevera para que la señora Clarissa no los viera y cuando fui a coger uno como premio de consolación, recordé que me había zampado un postre de tres mil calorías.

—¡A la porra! —gemí dándole un buen mordisco.

Lo necesitaba casi tanto como respirar. Tenía la sensación de que la noche había empezado mal, después fue a mejor, minutos antes de acabar fue el culmen y posteriormente había terminado tan horrible como al principio.

¿Y si estaba equivocada y no le gustaba? Tal vez solo habían sido impresiones mías, quizá solo me había besado porque en el fondo sabe que me atrae y trata de jugar conmigo para divertirse a su manera. Desde luego me iba a volver desquiciada mental al paso que iba. Con esa idea cogí la taza y me fui hasta mi habitación, me coloqué el pijama, me retiré el maquillaje y tras terminar de tomarme el té y cepillarme los dientes, traté de que el sueño me venciera, de no pensar en todo lo ocurrido, pero era impensable.

«Ese hombre me tiene más perdida que la maldad de Winnie de Pooh» medité antes de dejar el teléfono sobre la mesita de noche y cerrar los ojos tratando de pensar en otra cosa que no fuese Edmond de la Court.

Supe que debía ser lo suficientemente temprano cuando abrí los ojos porque la alarma del teléfono no había sonado y la luz no era aún demasiado brillante a esas horas. Efectivamente eran las siete de la mañana, cuando lo normal es que la señora Clarissa se despertase sobre las nueve. Siendo consciente de que sería imposible volver a dormirme me levanté y fui hasta la cocina para prepararme un café doble o tripe que me hiciera estar despierta todo el día. Cuando empujé la puerta tuve que abrir los ojos para asegurar que

no fuera una visión, un sueño, aquello no podía ser real.

Allí estaba el dios nórdico vestido únicamente con un chándal gris en la parte inferior y sin nada, —como si le gustara exhibirse públicamente— en la parte superior, dejando a la vista esa pedazo de tableta de chocolate que había comprobado por mi misma que estaba más dura que una piedra. Allí estaba él, apoyado sobre la encimera de la cocina con un donuts en la mano.

—¡Esos son mis donuts! —grité cuando mis neuronas funcionaron.

—¿Tuyos? —exclamó en francés.

—¡Sí!, ¡Míos! —dije cruzándome de brazos.

—No he visto que tuvieran tu nombre —contestó mientras se lo metía en la boca de un bocado y yo ponía cara circunstancia con la boca abierta—. Creo que me he comido el último.

—¿Qué?, ¡No! —grité mirando la caja completamente vacía. Podía soportar su soberbia, su petulancia y que tuviera esa fachada de niño engreído, mimado y rico, pero ¿Qué se zampara mis donuts?, ¡No!, ¡Ni hablar! —¡Serás desgraciado! —exclamé cogiendo la caja entre mis manos.

Y en lugar de contestarme con alguna frase coherente o simplemente reprenderme por insultarle, sencillamente se echó a reír. No una simple sonrisa, ni tampoco se limitó a enseñar los dientes, sino que reía a carcajada limpia.

«Joder, joder, joder... ¡A la mierda los donuts y a la porra los dulces si hace falta! Por esa sonrisa todo merece la pena»

—La próxima vez no los dejes a la vista —mencionó cuando su risa comenzó a apagarse, pero aún podía notar cierta evidencia en sus labios que dejaba entrever sus blanquísimos dientes.

—La próxima vez los guardo bajo mi almohada —solté cruzándome de brazos y algo cabreada por dejarme sin mi delicioso desayuno.

—¿Es una invitación para que acuda a tu habitación? —gimió observándome con esos ojos azules que parecían retarme en su mirada.

¿Había entendido bien la pregunta? No... quizá no, o tal vez solo estaba jugando conmigo. Su tono era serio, pero por su ceja alzada y la forma de mirarme intuía que esperaba ver mi reacción ante su pregunta.

—No entiendo —contesté mirando hacia otro lado porque no sabía ni qué demonios responder y acto seguido caminé hacia el frigorífico para perderle de vista, como si el contenido que había dentro de la nevera fuera mucho más interesante que ese cuerpo de dios nórdico que poseía ese hombre.

Probablemente lo hiciera más de una vez ya puestos, entre el nerviosismo que me hacía tener y esa especie de acercamiento extraño que se gastaba en algunas ocasiones, estaba al borde del colapso mental por no saber ni como actuar.

Fui consciente de su presencia justo detrás de mi, era como si el calor que emanaba ese cuerpo me atrapara completamente y por más que intentara encontrar leche, zumo o lo que fuera que hubiera en esa nevera , aunque lo tuviera delante de mis narices, era incapaz de encontrarlo.

—Me has entendido perfectamente —susurró en un perfecto español a mi oído tan sumamente cerca que mis rodillas temblaron, el vello de la piel se erizó completamente y de pura inercia mi cuerpo se fue hacia atrás, hasta el punto de que mi espalda tocaba su firme pecho sosteniéndome.

Lo había dicho en un español tan marcado, tan perfecto que probablemente eso me hacía estar así de nerviosa. Pocas veces eran las que me había deleitado con mi idioma natal, pero en esas contadas ocasiones me había afectado lo mismo que un vendaval, sencillamente me dejaba nockeada.

—Si quieres asegurarte de ello, tendrás que decírmelo en mi idioma —susurré en un jaleo casi sin voz, era incapaz de que un sonido realmente decente naciera de mi garganta cuando era plenamente consciente de su cuerpo pegado a mi espalda. Menos aún, cuando ese aroma varonil comenzaba a inundarme por completo haciendo que mi coherencia se fuera con viento fresco a freír puñetas.

—¿Es una invitación a tu cama? —preguntó ahora en castellano y me atrevería a decir que incluso con más intensidad que antes.

«¿Y ahora qué demonios respondo ahora?» Pensé después de asumir que sí lo había comprendido perfectamente la primera vez.

—¿Y si así fuera? —exclamé sin pensar dos veces lo que aquello significaba—, ¿Irías? —añadí queriendo saber con urgencia esa respuesta.

—Lo descubrirás la próxima vez que nos veamos.

«¡Ay por diosooooooooos!» gritó mi cerebro porque yo misma era incapaz de procesar ni una sola palabra.

Iba a darme la vuelta rápidamente, necesitaba ver qué decía su mirada, pero antes de hacerlo él se había apartado y salió por la puerta de la cocina dejándome allí sola de nuevo. ¿Qué puñetas había hecho?, ¡Que cojones acababa de hacer!

—Dios... ¿Qué he hecho? —exclamé en voz alta llevándome las manos a

la cabeza y mirando hacia el techo.

¿Y si venía?, ¿Y si realmente aparecía en mi habitación?, ¿Qué se supone que haría? Yo no era ninguna de esas mujeres expertas con las que seguramente él saldría, ni el tipo de mujer a la que probablemente estaba acostumbrado a frecuentar.

«Mierda, mierda, mierda, ¿Dónde está el botón de rebobinar hacia atrás para repetir la escena?»

Tres días después seguía aún en estado de shock, quizá algo menos que el lunes cuando había ocurrido todo, pero incluso la señora Clarissa había notado que algo me ocurría. ¿Y si me inventaba una excusa para desaparecer ese fin de semana?, ¿O si casualmente algún familiar se moría, me daba la gripe aviar o la enfermedad de las vacas locas? Lo admito, estaba literalmente asustada y al mismo tiempo expectante por lo que podría suceder, ¿Podía ser una mezcla de ambas? Como demonios podía desearlo y tener pánico mortal al mismo tiempo. Por un lado mis miedos afloraban cada vez que lo pensaba; era virgen, sin experiencia o mejor dicho con nula experiencia y por otro lado ¿No había detestado siempre serlo? Una de las razones de desear irme del pueblo además de querer ser diseñadora de moda, era precisamente dejar de ser monjil, aunque desde luego mi planteamiento no era acostarme con el primer tío que encontrara, pero también era consciente de que mis huesecillos se morían por ese hombre desde el mismo instante en que le vi.

¿Qué podría pasar? Era consciente de que un tipo como él jamás tomaría en serio a alguien como yo, es más, me costaba incluso creer que quisiera tener aunque fuera un lío de faldas conmigo, quizá fuera porque me marcharía en poco tiempo y no volvería a verme. Si. Definitivamente debía ser eso, o quizá solo estaba comiéndome la cabeza para nada y finalmente ni aparecería, ni vendría y definitivamente no sucedería nada, por lo que llevaba días comiéndome las uñas sin motivo o así lo quería creer.

El sábado mis nervios estaban a flor de piel, como si estuviera expectante de escuchar el sonido de la puerta, de sentir que esa llave giraba y después unos pasos se acercaran tan masculinos y desafiantes como los de su dueño. Me habría gustado decir que deseaba que no viniera, que en lugar de aparecer el dios nórdico lo hiciese su hermano para tener una semana más de incertidumbre, pero en lo más profundo de mi interior quería que fuera él quien apareciese, deseaba fervientemente que lo hiciera para acabar con esa sensación que llevaba arrastrando toda la semana. Así que cuando escuché el

sonido de la puerta hacia mitad de la tarde mientras el sol comenzaba a evaporarse y la luz del atardecer iluminaba sombríamente la habitación, agradecí la poca iluminación de la sala para que mi cara de desconcierto no me delatase y probablemente el blanco nuclear de mi rostro no se confundiera con el de un fantasma.

—¡Edmond! —escuché el sonido de la voz de la señora Clarissa y me mordí la lengua para no soltar un leve gemido.

Escuché el sonido de su voz claramente, y supe que efectivamente era el dios nórdico. Bien. Era él y no su hermano. ¿Y ahora qué?

—Les dejaré a solas —mencioné en voz baja mientras me levantaba sigilosamente y salía de la habitación.

—Esta noche cenaremos en casa —advirtió esa voz potente justo antes de que saliera de la sala.

—Por supuesto. Les prepararé la cena para las ocho —contesté cordialmente.

—Tú también cenarás con nosotros —contestó con esa voz tan profunda que consiguió que mi estómago diera un vuelco.

Ni siquiera hablé. Solo afirmé con la cabeza y salí de allí echando humo hacia la cocina donde comencé a improvisar el menú de dicha cena.

«Cálmate de una puñetera vez, Olivia» me dije tres veces mientras salteaba las verduras de la sartén y rezaba porque no se quemaran.

Probablemente hasta se habría olvidado de la conversación que habíamos tenido la última vez. Sí. Definitivamente Edmond de la Court tendría mejores cosas en las que pensar que recordar una conversación absurda sacada de contexto un lunes a las siete de la mañana, ¿verdad? Aunque a mi me hubiera atormentado cada segundo del día desde entonces.

La cena estaba siendo bastante tranquila, sobre todo porque el tema central de conversación era sobre el difunto marido de la señora Clarissa hasta que la anciana anunció que estaba demasiado cansada y se retiró antes del postre.

—Tal vez yo también debería irme —dije tratando de levantarme para acompañarla.

—¡Oh no, querida! —exclamó alzando las manos—. Puedo ir yo sola, vosotros terminad la cena, no os preocupéis por mi.

«Menudo momento escoge esta mujer para hacer de medio celestina» pensé mientras la veía salir del comedor.

—¿No hay postre? —exclamó la voz de Edmond captando de nuevo mi atención.

—Hay... bueno... esto... hay... hay... —No era capaz de hablar, probablemente estaba hiperventilando en ese momento.

—Déjalo. No me interesa el postre ahora mismo —advirtió con esa voz rota que conseguía estremecerme de punta a punta.

¿No le interesa?, ¿Cómo que no le interesa? Mi cuerpo estaba paralizado y definitivamente era incapaz de pensar correctamente.

—¿Qué te interesa? —pregunté por pura inercia.

—Te demostraré lo que me interesa —afirmó antes de acercarse lentamente, lo suficiente para percibir su aliento y cuando rozó mis labios mi cuerpo se derritió como mantequilla en sus manos.

«No. Definitivamente no se había olvidado de esa conversación»

Capítulo 10

Creo que me había dado una indirecta lo suficientemente directa para saber que acababa de convertirme en el postre de esa cena. Mi mente retorcida empezaba a pensar que incluso podría haber pactado de algún modo que su abuela desapareciera en mitad de la cena dejándonos solos, es más, ¿Estaba la ancianita compinchada con su nieto? A este le veía capaz de eso y de mucho más.

Noté su mano posarse en mi cintura de forma delicada y en menos de dos segundos sentía como me arrastraba hacia él, de forma que me dejé caer en su regazo mientras llevaba mis manos hacia sus mejillas devorando sus labios.

«Está pasando Olivia. Está ocurriendo de verdad»

No eran imaginaciones. No era ninguna película. Ni tampoco un fantaseo absurdo como era lo habitual desde que me encontré a ese dios nórdico en la cocina por primera vez. No. Eso era definitivamente real.

Sopesé el huir, incluso las luces rojas parpadeantes que iluminaban mi cerebro me alertaban del peligro y aún así hice caso omiso. Quería aquello. Necesitaba eso y aunque me diera de bruces contra el muro o me estampase haciéndome puré desde un decimotercer piso... caería en la tentación con todas las consecuencias.

Reafirmándome en mi intención acerqué mi cuerpo aún más si es que era posible al suyo, como si la idea de fusionarme fuese posible en esa postura. Llevaba puesto un vestido algo liviano de flores y no sabía si agradecer la ligereza de aquella prenda porque podía notar absolutamente todo bajo su pantalón de traje perfectamente a medida y probablemente más caro que todo mi guardarropa junto.

Sus manos fueron bajando de mi cintura hasta las nalgas y como si no pesara más que una simple hoja de papel me alzó repentinamente para sentarme sobre la mesa al mismo tiempo que apartaba lo que fuera que allí estuviera, ya que solo escuchaba el sonido de platos chocar entre sí, importándome muy poco que aquella vajilla se rompiera.

Sus labios se apartaron lentamente de los míos para comenzar un camino

en descenso por mi cuello bajando poco a poco hacia el incipiente escote que lucía con aquel vestido, que pese a no ser exagerado tampoco era muy discreto. Con cada roce era incapaz de no proferir un pequeño espasmo, para mí era tan nuevo, tan excitante que no podía dejar de estar expectante ante cada uno de sus movimientos.

En el instante que sentí como los tirantes del vestido caían y sus ávidos dedos bajaban la prenda revelando mis pechos por primera vez a un hombre, ¡A un tío que estaba cañón! —Y mejor no añadimos forrado o colapso mentalmente—, fui consciente de que estábamos en el comedor. ¡Mierda!, ¿Y si a la señora Charpenlier le daba por volver? O peor aún, aparecía alguien por arte de magia como mismamente pudiera ser Antoine.

—No me siento cómoda aquí —susurré mirando hacia la puerta y agudizando el oído como si así pudiera percibir que se acercaba alguien o que incluso nos podrían estar observando.

«Menudo momento eliges para volverte paranoica, guapita»

No contestó, sino que se limitó a meter sus manos bajo mi trasero y alzarme aún más fuerte de forma que tuve que aferrarme a su cuello para no caerme de bruces hacia atrás y así tal cual, emprendió camino lejos de aquella sala en dirección a las habitaciones.

Por un momento pensé que iría a mi habitación, después de todo por culpa de su mera mención había comenzado todo, pero para mi sorpresa no fue eso lo que divisé cuando cruzó la puerta de una de las habitaciones, sino que más bien era el dormitorio en el que siempre solía dormir él. ¿Me llevaba a su cama y no a la mía?, ¿Por qué? Tal vez la respuesta era sencilla; era mucho más grande que la que yo tenía. Dio una patada a la puerta al entrar de forma que se escuchó como se cerraba y pareció no importarle que alguien nos escuchara. Lo cierto es que su abuela estaría en el quinto sueño y si a eso añadíamos que se habría quitado el aparato que llevaba en la oreja para oír mejor antes de acostarse, no escucharía absolutamente nada de lo que allí ocurriese.

En el momento que se aproximó a la cama supe que tendría que mencionar mi nula experiencia antes de que se diera cuenta, que por razones de la vida yo era una de esas chicas pueblerinas virginales en especie de extinción, pero en cuanto abrí la boca para encontrar el valor suficiente de hacerlo sentí que caía y aterrizaba en esa mullida cama que desde luego parecía infinitamente cómoda.

«No me extraña que elija esta habitación, yo también la elegiría solo por el colchón» ¿Se dará cuenta si duermo en ella durante los días que él no esté?

Cuando volví mi vista hacia él su camisa había desaparecido y como un tigre que se acerca a su presa colocó una rodilla sobre los pies de la cama para comenzar sigilosamente su acecho.

No iba a huir, ni a gritar, ni a correr, ni siquiera a luchar puesto que había marcado mi rendición hacía demasiado tiempo, probablemente la marque inconscientemente desde el mismo instante en que le vi esos músculos definidos y puramente marcados que Odín y el gimnasio le habían dado.

«Por favor, por favor, por favor. Que al menos no piense que soy una patosa monumental en la cama porque definitivamente lo seré»

Ni siquiera tenía iniciativa propia, ni sabía muy bien que hacer, pero mi problema fue resuelto cuando sus labios se acercaron de nuevo a los míos y acorté la poca distancia que nos quedaba para volver a deleitarme de nuevo en ellos mientras esta vez, posaba las manos sobre su espalda acariciando aquella piel curtida de músculos perfectos.

«Al final, este hombre me creará adicción a su cuerpo» medité mientras descendía mis manos hacia su pecho y ahora sí, podía notar cada trocito de esa tableta de chocolate que definitivamente poseía en todo su esplendor.

«¡Joder! Seguro que no vuelvo a ver una tableta de chocolate de la misma forma a partir de ahora»

Cuando reaccioné mi vestido estaba siendo volatilizado de mi cuerpo, de forma que me incorporé para permitir que me lo retirase por completo y ahora en ropa interior mi primera impresión fue llevar mis manos a cubrir esas partes de mi anatomía que nadie había contemplado hasta ahora y que no estaba muy segura de que fueran dignas de admirar puesto que no había sopesado el que ningún hombre lo hiciese hasta ahora, pero ni tan siquiera llegué a hacerlo porque interceptó mis manos adelantándose a mis intenciones y me sujetó por las muñecas con sus manos. Su mirada era oscura, como si emanase un fulgor inexplicable de ella, pero sus ojos se habían oscurecido considerablemente y me observaba de una forma extraña que era incapaz de definir. A eso había que añadir que Edmond de la Court era un hombre de pocas palabras, aunque precisamente eso en aquella ocasión, me encantaba.

Supuse que le gustaba lo que estaba viendo cuando me soltó una de las muñecas para recorrer la piel desnuda de mi cuerpo y justamente hacer de

nuevo el mismo recorrido con su lengua.

—La próxima vez te compraré lencería fina para que no sientas vergüenza —escuché en un susurró perfectamente comprensible y cerré los ojos al pensar que había creído que esa era la razón de intentase taparme.

«Más quisiera» medité, pero fui incapaz de contestar porque su boca se aproximaba demasiado a una parte de mi anatomía lo suficientemente prohibida para que sus labios se acercasen.

Cuando noté sus dedos acariciando mi entrepierna por encima de la fina tela de mis braguitas enrojecí y no pude evitar volver la cara hacia la almohada para contener un enorme jadeo.

—¡Dios! —grité ahogando el sonido con la mullida almohada, pero probablemente me habría escuchado porque lo que vino después fue mucho peor, más agonizante y desde luego infinitamente más vergonzoso.

Sentí su lengua abrasarme, noté perfectamente su aliento en mi entrepierna y por ilógico que pareciese en lugar de apartarme solo pude alzar mi pelvis para buscar de nuevo ese contacto.

«¡Joder!, ¿Qué me estaba pasando?» Traté de pensar mientras una oleada de un no se qué y qué se yo iba y venía desde mi garganta hasta el bajo vientre como si algo en mi interior se estuviera resquebrajando.

Aferré mis uñas a la sábana de aquella cama conforme sentía que una oleada de infinito placer se avecinaba y llegados a ese punto me importaba bien poco la vergüenza que hasta hace unos minutos me embriagaba. Quería saborear aquello, se había convertido en una necesidad de alcanzar el culmen de lo que fuese aquello.

«Y pensar que me había estado perdiendo eso todo este tiempo» Jadeé en mi interior cuando noté como algo comenzaba a entrar en mi interior y aguanté la respiración ante la infinita sorpresa abriendo los ojos de repente.

Inesperadamente noté como se apartaba rápidamente y entonces me atreví a mirarle para observar como se llevaba algo a la boca de color brillante y después sacaba lo que pude apreciar que era un preservativo para colocárselo en... ¡La madre del cordero!, ¡Joder, joder, joder!

—Yo... esto... —Titubeé de pronto tragando saliva fuertemente, pero de pronto observé a ese dios nórdico que me miraba como si tratase de devorarme y cualquier razonamiento se esfumó como por arte de magia, más aún cuando se acercó de nuevo poseyendo mis labios con ansia al mismo tiempo que noté como se abría paso en mi interior hasta que el dolor me

superó y grité, solo que esta vez no lo hacía por placer.

«¿Por qué cojones tenía que doler tanto?» gemí profundamente e incluso noté como las lágrimas conteniendo ese dolor se escapaban de mis ojos.

—¿Qué ocurre? —exclamó apartándose levemente y fui incapaz de abrir los ojos.

No supe contestar. No sabía qué contestar.

—Eres virgen. —Aseguró ante mi silencio. Lo había dicho en español y no fue una pregunta, sino una afirmación.

—Lo siento —susurré aún con los ojos cerrados por miedo a su rechazo.

—Abre los ojos —ordenó de forma clara y concisa. Al parecer había elegido ese momento para abandonar su idioma natal y dirigirse hacia mi por el mío.

Lo hice. Abrí los ojos y allí estaba esa mirada azul observándome fijamente.

—¿Por qué no me lo dijiste?

No se había movido un ápice, de hecho, aún podía notarle dentro de mi, solo que el dolor estaba mitigando hasta el punto de ser una simple y pequeña molestia casi inapreciable.

—No sabía como decirlo. No es fácil admitirlo y menos a alguien como tú —contesté tratando de ser lo más sincera posible.

—Eres capaz de decirle a mi hermano que me compre una lámpara que guarde mi puto genio y en cambio incapaz de contarme el pequeño detalle de que eras virgen. —No sonaba enfadado, más bien me atrevía a decir que parecía confuso.

—¡Se suponía que no hablabas español! —exclamé tratando de moverme y entonces noté que su expresión cambiaba y ahora definitivamente el dolor se había evaporado del todo.

—Y no lo hablo. Nunca lo hago —admitió mirándome fijamente.

—Ahora lo has hecho —susurré volviendo a moverme.

—¡Arg!, ¡No hagas eso! —jadeó cerrando los ojos como si se estuviera conteniendo—. No quiero hacerte daño, al menos no más del que ya te hice.

«Al final resultará que es adorable bajo ese escudo impenetrable»

—¿No quieres que me vaya? —pregunté posando mis manos sobre sus hombros y llevándolas lentamente hasta su cuello. Se veía tan guapo estando a solo un palmo de distancia y sabía que aquella imagen debería atesorarla en mis más profundos recuerdos.

—¿Irte?, ¿Por qué iba a querer que lo hicieras?

—Porque... bueno, es evidente, ¿no? Seguro que no pretendías acostarte con alguien como yo que...

—Tenía muy claro lo que pretendía hacer contigo esta noche —atajó antes de que pudiera contestarle y esta vez acertó la distancia posando sus labios sobre los míos de forma suave y delicada, como si estuviera acariciando una rosa que acababa de florecer.

Una de sus manos se posó sobre mi clítoris mientras lo acariciaba suavemente y noté como salía lentamente de mi interior para volver a hundirse de la misma forma no pudiendo evitar emitir un sonido de evidente sorpresa ante aquello.

—¡Oh, señor! —exclamé apartándome de sus labios mientras arqueaba todo mi cuerpo hacia su contacto.

—¿Ya no sientes dolor? —exclamó con sorna.

—No —negué—. Desde luego que no —admití justo antes de gemir de nuevo.

¿Qué me estaba haciendo ese hombre?, ¿Qué demonios me estaba haciendo para enloquecer de aquella manera?

Me aferré a su cuerpo con cada una de sus embestidas mientras sentía el roce de sus dedos provocando que gimiera con cada una de ellas y cuando creí que moriría, que eso era un martirio agonizante de placer y algo en mi interior se apoderó por completo de mi cuerpo embriagándolo.

«Me muero... ¡Dios!, ¡Me voy a morir!» grité en mi interior cerrando los ojos con fuerza mientras sentía que algo iba a estallar en mil pedazos desde dentro.

Los labios de Edmond apresaron uno de mis pezones succionándolo de tal forma que aquella oleada de placer estalló finalmente y rompiéndome o no en mil pedazos lo único que supe es que me importaba un cuerno morirme en aquel instante después de haber experimentado semejante placer.

Cuando fui consciente de que no había muerto, de que mi respiración era agitada y de que definitivamente sobre mi cuerpo estaba el de ese dios nórdico, abrí los ojos enfrentándome a la realidad y definitivamente no estaba preparada para ver a ese hombre mirándome de aquella forma y con una sonrisa en los labios casi celestial.

—¿Era tu primer orgasmo? —preguntó estudiando mi rostro.

—Si —admití no pensando siquiera en la repercusión de aquella

respuesta.

—¿Cómo es posible?, ¿Dónde te has escondido todo este tiempo? —
gimió de forma que parecía más bien que se lo preguntaba a sí mismo, pero
aún así respondí.

—Aquí —contesté con media sonrisa.

No hubo respuesta por su parte, sino que acertó de nuevo la distancia que
había entre nosotros para volver a besarme de forma intermitente. No quise
pensarlo. Tampoco quise ser consciente, pero supe que algo entre nosotros
había cambiado, que definitivamente esa atracción que parecíamos sentir
desde un principio había mutado a algo más que pura seducción.

Capítulo 11

Respiré profundamente cuando se hizo a un lado y no sabía que se suponía que se debía hacer en esas ocasiones. ¿Debía irme?, ¿Debía quedarme? Desconocía absolutamente en qué términos se suponía que estábamos y pensé que antes de que me lo dijera o no lo mencionara por temor a dañar mis sentimientos, prefería marcharme.

En el momento que me incorporé para quedarme sentada sobre la cama mientras recogía mi ropa del suelo para vestirme, notaba de alguna forma su mirada fija en mi nuca, pero traté de no volver la vista para no delatarme.

—¿Dónde vas? —Su pregunta retumbó en mis oídos hasta el punto de creer que quizá lo estaba escuchando erróneamente.

—A mi habitación —aseguré—, no debes preocuparte porque haya sido la primera vez que... bueno; eso. Ya sé que entre nosotros nunca ocurrirá nada y antes de que me pidas que me vaya, prefiero hacerlo por mi cuenta.

Ya está. Lo había soltado literal, ¿Ni si quiera tienes filtros Olivia? Pensé mientras me mordía un labio y cerraba los ojos por pura vergüenza ajena.

—¿Nunca ocurrirá nada? —gimió y entonces sentí uno de sus fuertes brazos rodearme por la cintura y arrastrarme hacia atrás—. Yo diría que ha ocurrido bastante.

El tono en el que decía aquello era tan seductor, que incluso me estremecí de nuevo por completo. ¡Ay no!, ¡Este hombre ejerce un poder supremo sobre mi!

«Normal... es un dios, ¿De que otro modo sería?» Pensé en mis adentros.

—Yo sé que esto... quiero decir, que se que tu y yo no...

—No sé si eres demasiado ingenua o muy astuta, pero por una vez me gustaría que fuese lo primero —susurró mirándome fijamente y contemplar esos ojos azules definitivamente derribaba cualquiera de mis defensas.

No entendía del todo aquellas palabras que parecían más bien dichas para sí mismo. ¿Deseaba que fuese ingenua? En ese momento comprendí que tal vez pensara que trataba de fingir solo por cazarle, pero nada más lejos de la realidad, era consciente de que me iría en pocos días y a eso probablemente

habría que sumarle la simple y llana realidad; que él debía ser un hombre de los que no se dejaban cazar.

—Me marcharé dentro de unos días y probablemente desapareceré de tu vida —dije esperando que creyera que aquel hecho no había cambiado mis planes.

—¿Qué pasaría si quisiera que te quedaras? —preguntó y tuve que meditar tres veces si decía en serio aquella pregunta.

—¿Cómo? —exclamé atónita.

No podía ser verdad. No podía ser real.

—Que ocurriría si te propongo quedarte aquí un tiempo más y a cambio entrar a trabajar en mi empresa. Ninguna formación te dará más prestigio que trabajar con nosotros, todos los diseñadores de moda sueñan con entrar a formar parte del equipo, aunque solo sea para ponerlo en su currículum.

¿De verdad me estaba proponiendo aquello?, ¿Edmond de la Court me estaba diciendo que me ofrecía un puesto en su empresa? Probablemente era la mejor propuesta que recibiría en toda mi vida y no sabía si debía aceptarlo o renunciar a ello.

—¿Me ofreces un puesto como aprendiz en tu empresa de diseñadora si me quedo aquí más tiempo?, ¿Cuánto tiempo? —pregunté algo aturdida.

—Solo unos seis meses... quizá un poco más, lo iremos viendo —decretó sin darle mucha importancia—. De todos modos será mucho menos tiempo del que tendrán esos estudios y pases a formar parte de la plantilla de alguna empresa de diseño convencional y poco conocida.

Debía admitir que la oferta era tentadora y lo cierto es que jamás había pensado que me fuera a decir aquello después de acostarse conmigo, pero... ¿Quién podía resistirse a una oferta así? Solo con poner en mi curriculum que tenía experiencia en diseño y todas las cosas que podría aprender estando dentro de una firma tan importante como al parecer era la de ellos, tendría mucho terreno avanzado en mi largo camino.

—Lo pensaré —admití, aunque probablemente la decisión la tenía más que tomada, pero tampoco quería parecer que estaba desesperada.

—Aceptarás —confirmó acercándose a mis labios y mordió lentamente el inferior degustándolo pacientemente—. Me aseguraré de que aceptes.

El olor a café recién hecho me despertó y cuando abrí los ojos algo somnolienta me encontré con una caja cuyo envoltorio conocía demasiado bien y un café en vaso de cartón en la mesita de noche. Cuando miré a mi

alrededor no encontré rastro alguno de Edmond, ¿Dónde estaba? Y entonces me fijé que había un sobre sobre la caja con mi nombre. Lo cogí inmediatamente para leer su contenido creyendo que quizá encontraría ahí la respuesta.

“He recibido una llamada urgente esta mañana en la que debo solucionar unos asuntos fuera de la ciudad. Lamento estropear tu día libre y espero que no tengas que cancelar ninguno de tus planes. Nos vemos pronto, Edmond.

Pd: Al menos compensaré los donuts robados de la última vez.

Se había ido. ¡Se había largado! Bueno... es cierto que era por trabajo y se disculpaba, pero no dejaba de sentir si era la culpa de haberse acostado conmigo y me daba esa excusa.

«No seas tan mal pensada Olivia, ¡Si hasta te ofreció trabajo en su empresa y eso implica que puedas seguir viéndole!» ¿Y si se arrepentía de lo sucedido?, ¿Y si esa oferta ya no seguía en pie? Lo cierto es que no sabía como sentirme, así que cogí la caja y al abrirla encontré tres rosquillas de azúcar cubiertas de glasé de fresa como a mi me gustaban. Por primera vez le di un bocado a una y no me supo igual. Definitivamente los orgasmos son mejores que los donuts con cobertura de fresa...

«Era un hecho que la semana iba a ser muy larga hasta que volviera a verle de nuevo» pensé terminando de tomar el desayuno y me levanté apresuradamente para ver que me deparaba el resto del día, a pesar de que mis jornadas solían ser exactamente las mismas salvo en domingo.

Durante toda la semana medité suficientes veces aquella propuesta. Había echado los papeles y me habían aceptado en el próximo curso, no tenía ningún apartamento mirado y lo cierto es que había bajado el ritmo de la búsqueda porque la idea de quedarme allí durante unos cuantos meses más y renunciar a la formación se estaba asentando en mi cabeza. Ya tendría tiempo de hacer una formación académica para ostentar un título más tarde, ¿no? Incluso podría compaginarlo con el trabajo muy probablemente. Si, definitivamente tenía mucho más que ganar si aceptaba aquella propuesta de Edmond.

«En el fondo lo que más te convence es seguir viendo al dios nórdico, admítelo Olivia» Me gritaba a voces mi subconsciente.

Si. Debía reconocer que la idea de verle con aquel traje paseándose por la empresa era toda una tentación. En el momento que sonó mi teléfono —algo que solía ser infrecuente por desgracia—, supuse que podría ser mi madre a pesar de haberse resignado a aceptar mi decisión de quedarme en París o quizá alguno de mis hermanos, pero era un número desconocido con prefijo francés y pensé si había llamado a alguno de aquellos anuncios de pisos sin obtener respuesta.

—¿Sí? —contesté sin saber exactamente como se debía contestar al teléfono en Francia.

—Esta noche te llevaré a cenar fuera y tendrás toda la noche libre. Pasaré a recogerte en dos horas. —Su voz era sensual al otro lado del teléfono, tanto era así, que un temblor me recorría por todo el cuerpo provocándome sudores fríos de solo pensar en lo que ese hombre era capaz de hacerme solo con escucharle.

—Estaré lista —contesté sin siquiera negarme a su invitación, sin tener un ápice de duda en decir que no.

¿Quién era capaz de decirle que no a semejante bombón? Sii los bombones estuvieran tan buenos como lo estaba Edmond de la Court probablemente ahora yo tendría cientos de cajas vacías en mi habitación...

Para mi absoluta tranquilidad, tenía varios conjuntos entre los que elegir esa noche debido al guardarropa modificado de la señora Charpenlier. Decidí elegir después de darme una larga ducha en la que no dejaba de evaluar lo que pasaría esa noche y si terminaría conmigo de nuevo en la cama de ese dios nórdico ya fuera en aquella casa o en un hotel, por lo que mis mejillas no necesitaban ni colorete esa vez, puesto que la abrumación por tales pensamientos me enrojecía las mejillas de forma constante.

Decidí elegir finalmente un vestido blanco ajustado que llevaba un brocado bordado en tonos dorados y rojos. Era un diseño único, probablemente de un diseñador reconocido dada la peculiaridad del corte que se abría con un volante final bajo el entalle a media pierna haciéndolo más largo por detrás que por delante y al ser con escote bardot, le daba una sofisticación sublime que me daba la seguridad de estar lo suficientemente arreglada para un restaurante lujoso. Siendo franca, no tenía la menor idea de donde pensaba llevarme ese dios nórdico, solo tenía ganas de volver a verle... ¿Me besaría?, ¿Tendría que besarle yo? Lo cierto es que no sabía en qué punto se suponía que estábamos, ni tampoco qué esperar de aquella cena.

Había refrenado cada pensamiento que intentaba alzar el vuelo con sus propias alas para soñar en lo que podía transformarse aquella no-relación que existía entre Edmond y yo, solo que me repetía una y otra vez encarecidamente de que aquello no era viable, alguien como él solo se limitaba a pasar el rato con alguien como yo, y debía ser realista en cuanto a eso. Por otro lado, había sido yo quien había deseado que él fuera el primero, experimentar esa sensación de acostarse con alguien como él y sobre todo no pasar el resto de mi existencia soñando con como habría sido, más aún ahora que sufría en carnes propias la experiencia del placer.

No me arrepentía. Arrepentirse era de cobardes según mi abuela y lo cierto es que nunca solía hacerlo por las decisiones que había tomado. Ni me arrepentía de haber venido a París a cumplir mi sueño, ni tampoco haberme acostado con Edmond de la Court a sabiendas que aquello solo quedaría en un simple encuentro. Quizá con el tiempo y los años encontrase a alguien que supliera con cariño el deseo infernal que ese hombre me transmitía hasta límites insospechados.

Escuché el timbre y pensé que por alguna razón inaudita sería él, solo que cuando abrí la puerta descubrí que se trataba de la asistenta que vendría a sustituir mi ausencia y fui consciente de las molestias que él se estaba tomando para tener una cita a solas conmigo.

«No te hagas ilusiones Olivia. Seguramente solo se trata de algo casual, quizá solo quiera divertirse como la pasada noche, la cuestión es si tú quieres también divertirme...»

¿Lo quería?, ¿Lo deseaba? Desde luego que desearlo lo deseaba, pero no sabía si mi corazón estaba preparado para algo así. Edmond era el primero y de paso podría añadir que el único puesto que el resto de chicos con los que había salido o me habían llegado a medio gustar no se acercaban ni a un chicle pegado en el zapato de ese dios nórdico.

Había un abismo entre los hombres en general y Edmond, era como tratar de comparar el agua y el aceite; no tenían parangón.

Mi teléfono estaba sonando cuando volví hasta mi habitación y descubrí que era precisamente él quien me estaba llamando.

—Te estoy esperando abajo. ¿Estás lista? —Anunció nada más descolgar sin esperar a que respondiera.

—Por supuesto. Bajo enseguida —contesté guardando de nuevo el teléfono en el bolso y respirando hondo para tranquilizar esos nervios que

tenía acumulados ante la certeza de saber que estaba a escasos segundos de volver a verlo.

En cuanto salí del portal y avancé unos pasos, reconocí el vehículo de Edmond y como él observaba el teléfono en lugar de mirar hacia mi. Supuse que era un hombre ocupado, bastante ocupado de hecho cuando solo aparecía un día a la semana para ver a su abuela, pero era mucho más que lo que hacía su hermano Antoine, por lo que deduje que su compromiso familiar era mayor que el de su hermano menor. Había tantas cosas en ese hombre que me parecían un misterio que no sabía por donde empezar; desde su semblante taciturno hasta su negación a hablar español, algo que por cierto se estaba saltando desde la noche pasada en la que nos habíamos acostado y me resultaba extraño que lo hiciera, pero supuse que quizá lo hacía solo para asegurarse de que le entendiera. Había creído que era un egoísta, patán y absolutamente creído niño rico, pero más bien me parecía que era la responsabilidad por sentirse el cabeza de familia el que lo hacía desprender ese papel difícil de interpretar por los demás. Yo misma había visto la protección que emanaba hacia sus familiares más cercanos y la preocupación por controlar que todo estuviera bien, me preguntaba porqué no habría formado una familia puesto que algo me decía que ese hombre se desviviría por cualquiera de sus hijos.

«Alto Olivia. Para el carro que tu vas muy deprisa... ¿Hijos?, ¿En serio estás visualizando a Edmond teniendo hijos? Pues más te vale que no lo visualices teniéndolos contigo porque eso no va a pasar j-a-m-a-s»

—¡Hola! —exclamé más nerviosa de lo que pensaba y mi saludo captó su atención desviando la mirada del teléfono hacia la ventanilla del coche que estaba bajada.

—Sube. Te dije a las ocho en punto y vamos tarde —contestó arrancando el motor del coche y hubo un momento en el que tuve ganas de mandarle a freír espárragos y darme la vuelta, pero respiré hondo en lugar de hacerlo...

—Si hubieras especificado que te esperase en el portal habría estado clavada como un reloj —contesté subiendo al asiento, pero dejando bien claro que yo no era la culpable.

—La próxima vez lo tendré en cuenta... al menos vienes vestida adecuadamente —dijo volviendo la vista para repasar con esos ojos azules mi cuerpo de forma que me sentía inquietante tras verme evaluada.

—¿Perdona? —exclamé sin poder evitar que el sonido saliera de mis

labios en lugar de formular la pregunta en mi mente.

—No. A ver... quiero decir que me ha surgido algo en el último momento que había olvidado, no quería decir que no vistieras adecuadamente en general, sino que debo dejarme caer por un sitio a entregar algo y después podremos marcharnos. No me habría agradado tener que dejarte esperando en el coche a mi regreso.

No es que fuera una disculpa, pero al menos calmaba mi furia.

—No entiendo nada, ¿Dónde se supone que vamos?

—Vamos a una gala benéfica —anunció mirando al frente y prestándole toda la atención a la carretera—. No suelo quedarme más del tiempo necesario de entregar el cheque y saludar a algunas personas, solo tardaremos media hora.

—Está bien —asentí mientras algo dentro de mí hacía palmitas porque era la primera vez que asistiría a algo así. ¿Habría gente famosa?, ¿Diseñadores de moda?, ¿Miembros de la alta sociedad francesa? Lo cierto es que en esos lugares solo se encontraban los personajes públicos o escandalosamente ricos de la ciudad y evidentemente Edmond de la Court debía ser de los segundos en ese grupo.

La sensación de sentir su mano en mi espalda me provocaba oleadas de calor y conforme ascendía las escaleras seguida por él que me apremiaba a subir más rápido, sentía un palpitar creciente en mi estómago por si no conseguía estar a la altura de las circunstancias por más normalidad que él aparentase.

—Te rogaría que no hicieras mención alguna sobre tu actual posición laboral. Te presentaré como una pariente lejana que no habla el idioma. ¿De acuerdo?

En aquel momento no supe como sentirme o más bien solo sentí que él se avergonzaba de mí, por lo que simplemente asentí sin decir una sola palabra. Aunque mi mente se aferraba a creer que si le avergonzase no me habría traído con él. Más bien me inclinaba a pensar que no quería revelar quien era para preservar su intimidad y dicho sea de paso; la mía también.

No creo que fuera plato de buen gusto que todas las noticias se hicieran eco de que Edmond de la Court estaba saliendo con la cuidadora de su abuela; una pueblerina española sin experiencia alguna en absolutamente nada. Lo único que había hecho toda mi vida era tejer telares de alta gama y por más que fueran bien considerados en Francia, no es que fuera de lo más

glamuroso.

Si era o no la razón por la que me había dicho aquello, me auto-convencí de que debía serlo para no martirizarme en el caso de que no lo fuera y decidí seguirle la corriente, después de todo yo no era quien para exigir o no que me presentara de otro modo, ni tampoco era quien para convencerle de lo contrario puesto que no sabía absolutamente nada de ese mundo... solo sé que cuando las puertas de madera se abrieron y entramos a ese salón abarrotado de gente, comprendí lo que era el verdadero lujo y me felicité a mi misma por haber elegido aquel atuendo reestructurado por mis propias manos que acaparó la atención de un gran número de presentes.

—¿Tan famoso eres para que todos me miren así? —pregunté sintiéndome algo cohibida al sentir tantos ojos puestos sobre mi.

—Hasta ahora quería pensar que no —contestó algo abrumado y uno de los presentes se acercó hasta nosotros saludando primero a Edmond para después fijar la vista en mi—. Le presento a una prima lejana, la señorita Olivia Damas. Ha llegado recientemente de España y lamentablemente aún no habla nuestro idioma —añadió Edmond en lo poco que llegue a comprender.

—Un placer conocerla, señorita Damas —contestó el aludido en un español con un marcadísimo acento francés.

—El placer es mío señor...

—Lysson —contestó sonriente estrechándome la mano delicadamente—. ¿Podría deleitarnos a todos los presentes si nos dice quien es el diseñador de tan espléndida modificación en su vestido? —preguntó directamente y sin rodeos.

—¿Cómo dice? —pregunté anonadada.

—Es evidente que es un Lacroix de los años ochenta, pero el estilo con el que ha sido transformado para convertirlo en lo que lleva puesto es absolutamente asombroso... ¿Quién es el artista?

—Lo cierto es que...

—Formará pronto parte de nuestra plantilla y como comprenderá pretendemos preservar su anonimato hasta entonces —contestó Edmond de forma atropellada dejando mi frase a medias.

—Le auguro un absoluto éxito si ha sido capaz de transformar un clásico pasado de moda en lo que lleva puesto. ¡Espléndido!, ¡Estaré deseoso de conocerle!

«A esto lo llamo yo publicidad gratuita» pensé en cuanto vi como más miradas se centraban en mi persona y comprendí que no se trataba ni de Edmond, ni de mi, sino del espectacular vestido que llevaba puesto.

Capítulo 12

La fiesta parecía bastante aburrida, probablemente era uno de esos eventos en los que todos fingen sonreír y que su vida es perfecta porque solo tratan de ocultar sus verdaderos problemas.

Seamos claros; los ricos también son desgraciados a pesar de que creamos lo contrario, pero lo cierto es que como era la primera experiencia que tenía en un lugar así y ahora era consciente de que si me miraban era por mi vestimenta y no por acompañar a semejante dios nórdico, me tranquilicé.

Cogí una copa de champán que uno de los camareros servía en bandejas tratando de entretenerme en algo que no fuera mirar a los invitados descaradamente y cada diseño espectacular que más de una invitada lucía.

—Entregaré el cheque y nos iremos enseguida —dijo después de saludar a varias personas y volver a insistir en que yo era un pariente y no hablaba francés. En la tercera ocasión que lo hizo me sentí en cierta parte infravalorada, ¿No podría haberme presentado como una amiga?, ¿Conocida?, ¿Futura diseñadora?

«Cálmate Olivia, así no vas a conseguir nada» medité tras beberme todo el contenido de la copa de champán y coger otra.

—Por supuesto —dije sin ningún entusiasmo.

Apenas fueron cinco minutos los que tardó en regresar, los mismos para que un pequeño grupo me abordara y como todas hablaban casi a la vez, tuve que darle la razón a Edmond y fingir que no comprendía nada porque era incapaz de entenderlas.

En cierto modo su rescate fue bastante glorioso, porque me sacó de aquel círculo en dos segundos con varias disculpas sobre un asunto urgente familiar y prácticamente me llevó a rastras de aquel lugar.

—¿Tanta prisa tienes por marcharte? —exclamé mientras trataba de no caerme por aquellos infinitos escalones con los zapatos de tacón.

—Tengo hambre —rugió dándose la vuelta y abrí los ojos consternada.

Su rostro estaba ligeramente bronceado y ese rubio lo acentuaba aún más, de hecho sus ojos parecían haberse oscurecido también ahora que lo observaba.

—Hambre... —susurré sin terminar de reaccionar—. Ahí había comida —dije señalando con un dedo hacia arriba refiriéndome al lugar.

—No es ese tipo de hambre —gimió acercándose a mi de forma que sus labios casi rozaban los míos. No pude evitar escapar un leve jadeo adelantándome al momento, creyendo que esos milímetros se acortarían y podría sentir de nuevo sus labios, labios que llevaba demasiados días sin probar—. Aquí no —susurró con voz ronca mientras se apartaba de mi y volvía apresuradamente a estirar de mi mano de forma que tenía que correr para seguirle el ritmo.

«Olivia no te caigas. Ni se te ocurra estamparte de bruces porque eso es poco glamuroso hasta para ti» pensé haciendo malabares entre la grava del parking hasta que grité en el momento que un pie se me fue y me imaginé el destrozo, ya no solo de mi misma sino del vestido, solo que el suelo no llegó, en cambio lo hicieron esos enormes y fuertes brazos musculados que pude sentir bajo mi piel

—¡Bienvenida al paraíso! —susurré en cuanto contemplé su rostro observarme.

—No... ahí es donde probablemente te lleve luego —amenazó caminando la distancia que quedaba hasta el coche y después depositarme suavemente en el suelo de nuevo.

¿En serio había hablado en voz alta? Probablemente era uno de mis peores defectos, que la ensoñación me obnubilaba el juicio.

Mientras Edmond conducía y yo no dejaba de martirizarme por lo sucedido, pensé que al menos tenía clara una cosa; esa noche pretendía volver a acostarse conmigo y desde luego yo estaba más que dispuesta a repetirlo de nuevo.

—¿Has pensado en la propuesta que te hice sobre quedarte unos meses más en casa? —preguntó ante el repentino silencio que nos había sobrecogido. Ya hacía varios minutos que habíamos abandonado el sitio donde tenía lugar la gala benéfica, por lo que siendo sincera no tenía ni la menor idea de hacia donde nos dirigíamos.

—Si —afirmé porque lo cierto es que sí lo había estado pensando y bastante.

—¿Y has tomado una decisión? —preguntó ahora algo curioso.

—No del todo —confirmé porque seguía teniendo serias dudas. Por un lado ansiaba la experiencia y por el otro no quería dejar pasar la oportunidad de comenzar ya con los estudios en lugar de posponerlo otro año más, pero quizá la posibilidad de trabajar en su empresa no la tendría pasado este momento en el que me lo ofrecía y en cambio siempre podría estudiar a pesar de mi edad. La cuestión es que, si entraba a formar parte del equipo de su empresa tal vez le seguiría viendo y teniendo en cuenta que entre el dios nórdico y yo no existiría ningún tipo de relación formal o seria, quizá era incluso perjudicial para mi propio raciocinio aceptar su oferta.

—Bueno... —susurró adentrándose en un garaje y eso me confundió por completo. ¿No se suponía que íbamos a cenar a un restaurante? Quizá existía uno en la última planta del edificio, uno de esos modernos y vanguardistas a todo lujo que se llevaban en los últimos tiempos—. Tengo toda la noche para hacerte cambiar de opinión —insistió ahora cegados por la oscuridad hasta que las luces del parking se encendieron en cuanto detectaron la presencia del vehículo.

—¿Toda la noche? —pregunté pensando que volvería a la casa de la señora Clarissa en unas horas.

—A menos que tu deseo sea volver, tengo intención de acapararte absolutamente toda la noche aquí, en mi apartamento —decretó apagando el motor del coche ahora que había aparcado y entonces se abalanzó sobre mi cuerpo para avasallar con sus labios los míos no dándome tiempo alguno de reacción.

¡Dios!, ¡Que bien sabe! Pensé dejándome besar por esos cálidos y suaves labios que me hacían entreabrir la boca para sentir como su lengua se entremezclaba con la mía y entonces jadeé por puro instinto queriéndome fusionar con su cuerpo.

Ese hombre sabía lo que hacía, probablemente había nacido con la lección aprendida de como encandilar a una mujer porque desde luego a mi me tenía encandilaita perdía.

¿Pasar toda la noche en su apartamento?, ¿Dónde hay que firmar?, ¡Porque yo firmo ya!

Era consciente de que podría conformarme con las migajas que me diera, con una atención mínima o un breve encuentro, sabía que sería capaz de aceptar lo que fuera que viniera por parte de él porque me había aferrado como un clavo ardiendo a la idea de que aquello era pasajero y que tarde o

temprano se cansaría y me daría la patada del *si te he visto no me acuerdo*. Así que, aunque pasara el resto de mi vida queriendo encontrar lo que él me hacía sentir en otro hombre a pesar de que sería impensable que lo hiciera, aprovecharía cada instante a su lado.

—No tengo ningún deseo de volver —aseguré apartándome levemente de sus labios para después volver a besarlos con la misma intensidad.

—Tenía pensado aguantar hasta después de la cena, pero lo cierto es que no creo que logre siquiera salir de este coche sin antes poseerte —jadeó cerca de mi oreja y me estremecí al saber que él también podía perder el control.

No respondí que no esperase, que yo tampoco quería que lo hiciera, sino que bajé mi mano hasta rozar su entrepierna y noté la dureza que ésta tenía a sabiendas de que esa protuberancia la había provocado yo.

Saber que me deseaba, que yo era capaz de gustarle hasta ese punto me hacía sentir que no era tan insignificante como quería creer que lo era, que a pesar de que podría estar con cualquier mujer de todo París, Edmond de la Court me había elegido a mi por alguna incuestionable razón.

El sonido que graznó su garganta fue plausible, tanto, que noté su fuerte agarre en mi cintura hasta llevarme hacia él y colocarme sobre su regazo mientras sentía como la palanca de cambios se clavaba en mi costado al no poder moverme tan fácilmente con aquel vestido. En aquel momento ya podía romperme una costilla que solo me importaba que aquel dios nórdico me besara y cuando sentí sus labios apresando los míos fuertemente mi mundo enloqueció de placer. Decidí explorar con mis manos aquel torso endurecido sobre la camisa que llevaba puesta y noté como sus dedos se deslizaban ávidamente desde mi cintura hasta mis nalgas acercándome más a él.

—¡Ay! —exclamé sintiendo como la palanca de cambios me perforaba literalmente las costillas

—¿Estás bien?, ¿Qué pasa? —exclamó frunciendo el ceño.

«Puñetera palanca de cambios, ¿A ver para qué carajos existes?»

—Si, si —afirmé—. No es nada... susurré tratando de incorporarme, pero sin lograrlo.

—Ven aquí —jadeó y entonces me alzó con tal fuerza que directamente me quedé en su regazo y con mis pies en el asiento del copiloto.

Edmond deslizó su asiento hacia atrás para tener más espacio y antes de darme cuenta siquiera estaba desabotonando su camisa mientras iniciaba un

camino con mis labios recorriendo su piel hacia aquella parte de su anatomía.

Durante un segundo se me pasó por la cabeza la imagen que podíamos estar protagonizando para alguien que nos viera, sobre todo porque estaba segura de que en aquellos recintos debía haber cámaras de seguridad por todas partes, pero mis plegarias fueron escuchadas cuando la luz del aparcamiento se apagó dejando aquel lugar prácticamente a oscuras, solo iluminado por las pequeñas luces de emergencia que había cada pocos metros de distancia y eso me dio una especie de iniciativa hasta ahora inexistente debido quizá a la vergüenza que aún poseía.

Busqué de nuevo los labios de Edmond expectante por probarlos de nuevo y me encontré con un ardor incontrolado también por su parte. Su lengua buscó la mía entrelazándose en una batalla sin precedentes, saciándome de su sabor por completo y provocando un deleite de sensaciones que me tenían abrumada por completo. Ni tan siquiera fui consciente del momento en que el vestido se había arremolinado a mi cintura hasta que sus dedos rozaron levemente mi entrepierna y supe que estaba demasiado húmeda para mi propio bochorno.

—Saca un condón de mi guantera, belleza —soltó en un tono tan sugerente que solo me faltó gemir de puro deleite.

Me deslicé hasta tantear donde estaba la guantera y encontrar la manivela que abría la puertecilla y por fortuna se iluminó cuando esta se abrió o habría sido incapaz de encontrarlos. Había una caja a plena vista, mi primer pensamiento fue creer que se lo montaba con demasiadas chicas allí mismo hasta que vi el brillo del precinto de la caja.

«Está sin estrenar» me dije pensando si eso era o no una buena señal.

Rasgué el plástico y abrí la caja hasta coger uno, solo que venían en una tira unidos

«De lo que yo he tanteado condones en mi vida. Para mi todo era demasiado nuevo»

—Rómpelo con los dientes —me indicó y le hice caso en lugar de decirle que yo era muy torpe para esas cosas, pero en ese momento el fulgor por volver a sentirle era más patente que mi torpeza.

Cuando saqué aquel condón de la funda y se lo di, noté que se lo colocaba con premura y después me apremiaba a sentarme encima de él.

No quería decir que era la primera vez que hacía aquello porque se suponía que lo debía saber tan bien como yo.

—No sé si... —dudé.

—Yo te llevaré —jadeó—. Tu solo balancéate sobre mi —jadeó y conforme sus manos en mi cintura me invitaban a bajar, notaba la presión en mi interior y como ésta cedía con cada centímetro que se adentraba más y más.

Me mordí el labio de puro deseo carnal por sentir tal invasión en mi interior y notar que era yo quien controlaba la situación. En cuanto mis muslos tocaron los suyos y fui consciente de que lo había acogido completamente, entonces empujó sus caderas hacia arriba y grité de pleitesía.

—¡Joder! —exclamé sin evitarlo y me aferré donde pude que no fue otro lugar que el reposacabezas de su asiento, dejando mis brazos encarcelados entre su rostro.

Noté que me alzaba levemente para después dejarme caer y entendí a la perfección lo que debía hacer, acompasando su movimiento de brazos junto al mío para comenzar a sentir ese deleite inconfundible.

El fuego recorría mis entrañas, incitándome a continuar un movimiento cada vez más fuerte, noté entonces que él dejó de guiarme en aquel balance de cintura y sentí su boca en mi pecho, de alguna forma había bajado la cremallera del vestido hasta conseguir liberar uno de ellos y mordió con descaro el pezón provocando que gritase de goce, rindiéndome ante aquel cúmulo de sensaciones que acababan de explotar en mi interior como si viera estrellas de colores.

—Para ser virgen te mueves demasiado bien, belleza —jadeó con la voz entrecortada y entonces fui consciente de que a mi también me faltaba el aliento.

—Tengo un gran maestro —susurré sedienta y acercándome de nuevo a sus labios, levemente iluminados por la poca luz que nos acogía.

Acababa de darme cuenta de que era mucho más desinhibida en la oscuridad, como si esta me diera el privilegio de no avergonzarme, de poder ser algo febril y descarada al mismo tiempo.

Cuando entré en el ascensor y me vi reflejada en el espejo, me mordí el labio algo cohibida. Tenía el pelo alborotado, el vestido arrugado y mal colocado, los labios hinchados y una cara que gritaba sexo casi tanto como la de cierto dios nórdico, pero fui consciente de una cosa; ese solo había sido el primer orgasmo de muchos que acontecerían esa noche.

«¿Se puede morir de un infarto por múltiples orgasmos?» pensé en mi

absoluta ingenuidad.

Capítulo 13

«Si en este momento me viera alguno de mis hermanos me mataría, o quizá a cierto dios nórdico» pensé en todas esas veces que habían amenazado a los chicos que se acercaban o a todos en general para que no lo hicieran.

—¿Qué probabilidades hay de que nos vea alguno de tus vecinos? — exclamé tratando de colocar el vestido en su sitio para eliminar todas las arrugas sin éxito y acomodarme el cabello de forma que pudiera acercarme a ser una señorita decente.

—Aunque solo hace falta mirarte para darse cuenta que rezumas sexo por todo tu cuerpo, sigues estando igual de bella —contestó con esa voz grave que me hacía sentir espasmos en cierta parte de mi anatomía prohibida.

«Si que va a ser larga y exquisita esta noche» susurré reconfortándome gratamente.

—¿Eso lo dices para tranquilizarme? —pregunté mordiéndome el labio.

—¿De qué te tendría que tranquilizar si los dos sabemos lo que va a pasar? Si lo digo es porque lo veo

«Joder, joder, joder... infarto; ¡Prepárate!, ¡Vete llamando a una ambulancia si eso!» gritó una mini-Olivia en mi fuero interno.

—¿Y vives aquí? —pregunté con evidente señal de que me costaba un infierno tragar saliva ante tanta expectación.

¿Mis reacciones eran normales o yo era la anormal? No tenía ni idea de si era una reacción coherente lo que mi cuerpo sentía por ese hombre inhumano.

—No —negó y las puertas del ascensor se abrieron dando lugar a un pasillo amplio—. Solo es un apartamento que poseo en la ciudad.

¿Me estaría diciendo aquello porque era verdad o porque pretendía que no le viniera a buscar? De todos modos ahora que lo pensaba era normal que semejante bombón con patas tuviera un apartamento en el que traer a sus ligues de una noche, ya que se podía permitir el lujo de tener un *picadero* como lo llamarían en mi pueblo.

No sabía si el hecho de sentir cierta aprensión sabiendo que yo era otra

conquista era fundamentada o no, puesto que desde el primer momento había sabido que aquel hombre no deseaba de mi algo más allá de un simple encuentro y lo había aceptado a plena conciencia, pero ahora en retrospectiva era incapaz de no desear que aquello fuese mucho más que pasajero.

—¿Y porqué duermes en casa de Clarissa a veces? —pregunté curiosa.

No me nacía referirme a ella como su abuela, pero sentía demasiada curiosidad por saber porqué alguien como él dormiría en casa de su abuela teniendo apartamentos por la ciudad de sobra.

«Eso sin contar que tiene una cartera suficiente para pagar el mejor hotel de la capital»

—Porque quiero.

Su respuesta fue claramente una señal de «Tema prohibido, no sigas por ahí o saldrás ardiendo» así que afirmé con un gesto de cabeza dando por zanjado el asunto. Seguramente nunca lo sabría y tampoco es que me interesara saberlo. En ese momento reprendí mi puñetera curiosidad porque no quería que se hubiera molestado por ello, aunque realmente mi pregunta no tenía ninguna maldad o intención alguna, sino simplemente saciar esa demanda de información que sentía por saberlo todo de aquel hombre.

Aquel apartamento era sin duda un picadero en toda regla y además sacado de la revista; arquitectura y diseño, porque no le faltaba detalle digno de admirar o alfombra fuera de lugar.

«Está claro que aquí no vive nadie» me dije viendo la absoluta falta de vida en aquel sitio.

Todo estaba unido; salón, cocina integrada que se distanciaba del salón con una enorme isla y al otro extremo se habría una doble puerta que supuse sería el dormitorio por la posición discreta en la que se encontraba a pesar de estar parcialmente abierto.

—Espero que te guste el sushi —mencionó y comprobé tras dar unos pasos que la mesa estaba debidamente preparada para dos comensales a falta de colocar la comida en los platos.

—Si te confieso la verdad no sé si me gusta, aún no lo he probado — advertí mientras seguía observando todo el apartamento hasta dar con un gran ventanal que tenía vistas a la ciudad.

¡Y qué vistas! Al fondo se veía la torre Eiffel iluminada y supuse que solo por eso debía costar una pequeña fortuna.

—¿Hablas en serio? —preguntó y fui consciente de que estaba

manteniendo más o menos una conversación conmigo.

¿Qué contesto yo a eso?

«Olivia hazte la inteligente. Olivia hazte la interesante. ¡Olivia no digas algo que te haga ser muy palurda!»

—Es que... me dijeron que la mejor experiencia para probar el sushi era comerlo sin las manos y con los ojos vendados.

«Pero ¿Qué carajos estás diciendo Olivia? Va a pensar que eres idiota... ¡Fijo!, ¿Sin manos y con ojos vendados?, ¿Te has sacado eso de un libro de sadomasoquismo o algo?»

Dios... mátame y que sea rápido.

—Eso tiene fácil solución... —jadeó con un tono de voz más ronco de lo normal y vi como dejaba lo que fuera que estuviera haciendo para acercarse a donde me encontraba sigilosamente, como un tigre cuando estudia a su presa y en ese caso, yo me sentía la presa en lugar del tigre—... desnúdate.

«Acabo de sufrir un bloqueo por cortocircuito cerebral» medité y hasta tuve que parpadear para comprender el significado de aquellas palabras

—No entiendo...

Pero sus manos se deslizaron por mi cintura bordeándome hasta llegar a la espalda y ascender de forma que bajó lentamente la cremallera del vestido en un completo silencio que ambos guardábamos.

—No querrás correr el riesgo de manchar tan delicada prenda, ¿verdad? —gimió en mi oído y sentí como sus dedos tocaban mi piel deleitándome con el gesto hasta que el vestido cayó al suelo y me sentí parcialmente expuesta.

Tiene guasa que me sienta avergonzada cuando hace escasos minutos estaba completamente desinhibida en un vehículo a oscuras.

—Desde luego —asentí intentando tragar saliva.

Vi entonces como se desabrochaba el cinturón del pantalón y pensé que se desnudaría, pero en lugar de eso me indicó colocar las manos detrás de la espalda hasta que sentí como envolvía el cuero en mis muñecas mientras las maniataba.

¿Eso estaba pasando de verdad?, ¿En qué clase de juego me he metido sin pretenderlo?

«Si es que eso te pasa por no callarte la boquita de piñón que tienes, bonita» gemí pensando en las veces que mi madre me había reprendido por hablar más de la cuenta.

Pese a las circunstancias en las que había llegado a estar en ese punto, lo

cierto es que en el fondo sentía curiosidad por lo que saldría de aquello.

«Aunque nadie tenía la más absoluta idea de que estaba allí» pensó mi lado prudente.

Solo hizo falta que mordiera levemente mi oído para que todas mis dudas se disiparan como un soplo de viento y observé que se alejaba mientras rebuscaba algo por los cajones de la cocina. Finalmente divisé una especie de trapo de los que se suelen utilizar como paño de cocina.

—Cierra los ojos —ordenó acercándose de nuevo y obedecí mientras perdía la visión momentáneamente—. Ahora podrás decir que la experiencia fue placentera —susurró con cierto atisbo de entusiasmo en su tono de voz.

«Y tanto» me dije a mi misma cuando me alzó en aquellos fuertes brazos notando como sus manos se aferraban a mis nalgas y perdí el contacto del suelo hasta notar como me depositaba sobre algo frío que supuse sería la encimera de aquella isla de cocina.

—Te lo diré cuando termine —admití mordiéndome el labio.

Realmente no me preocupaba la comida, no era demasiado delicada en cuanto a texturas o gustos se refería, aunque sentía ese cosquilleo ante la curiosidad de sabores que se trasladarían a mi paladar, pero lo que realmente me ponía nerviosa es lo que pudiera suceder más allá de que aquel dios nórdico me diera de comer mientras me tenía maniatada y a su merced.

«Eso ha sonado demasiado sensual hasta para mi» jadeé.

No podía evitar agudizar el oído a cada roce, sonido o leve movimiento que él hacía esperando con fervor cualquier contacto por su parte.

—Abre la boca —ordenó y no sé porque razón aquel sonido de su voz me pareció de lo más excitante.

El succulento bocado que entró en mi paladar era un sabor nuevo, no sabría definirlo con ningún otro que había probado, pero era una mezcla extraña que no resultaba exótica ni tampoco un sabor fuerte, al contrario... era suave y delicado.

—Quiero más... —dije en cuanto tragué aquella delicatesen

En el momento que otro bocado entró en mi boca, sentí una de sus manos acariciar mi vientre y contuve parcialmente la respiración.

«Respira... no te ahogues porque esta vez no podrás respirar por la boca» jadeé ante su contacto.

Mi pulso comenzó a acelerarse conforme seguía dándome a probar aquellos pequeños bocados y al mismo tiempo el roce de sus dedos

comenzaba a acalorar mis sentidos.

Cuando su boca mordió literalmente uno de mis pechos gemí por puro instinto y entonces me dejé caer hacia atrás sin poder evitarlo.

La comida pasó a un segundo plano cuando supe que él estaba igualmente excitado al sentir el roce de su entrepierna frotándose con la mía. No sabía en qué momento se había desnudado, pero era plenamente consciente de que no llevaba ropa alguna puesta.

—Quítame esta cosa de los ojos —jadeé completamente indefensa.

Quería verle, ver su deseo, ver su fulgor y ver el brillo en sus ojos de aquel ardor que al menos a mi me estaba consumiendo.

No lo hizo, sino que toda su respuesta fue hundirse tan profundamente en mi interior que grité al verme saciada ante el deseo que no cesaba de ser constante.

«Madre de dios... ¿Cómo era posible que sintiera aquello si no hacía ni media hora que habíamos tenido sexo en el aparcamiento?» me dije notando de nuevo como esa oleada de placer me iba consumiendo con cada una de sus embestidas que me hacían sentir como llegaba hasta el infinito del propio frenesí de mi cuerpo.

Mi respiración era aún agitada cuando sentí que el trapo que cubría mis ojos se evaporaba y entonces pude contemplar la piel desnuda y el rostro de Edmond llenando mi vista.

«Pagaría por una escultura de ese hombre» pensé deleitándome con aquel cuerpo musculoso digno de estar en un museo.

—¿Ha sido placentera? —gimió con un atisbo de sonrisa y cierta superioridad en su rostro.

—Aún no lo tengo claro —contesté solo por no admitir que desde luego no se me iba a olvidar la experiencia cada vez que viera o comiera sushi.

—Mentirosa... —contestó acercándose levemente hasta mis labios—. Aunque tu inocencia me vuelve loco, belleza —agregó antes de sentir como succionaba mi labio inferior mordiéndolo suavemente y convertía aquel gesto en un beso apasionado.

Edmond llevó las bandejas con sushi a medio saborear hasta la mesa debidamente preparada y en aquel momento divisé su camisa tirada sobre una de las banquetas que había en aquella isla, por lo que la cogí sin preguntar para tapar mi desnudez.

«Era eso, o ponerme de nuevo aquel vestido estrecho»

Aquel dios nórdico se paseaba en calzoncillos de esos tipo pantaloncito blanco por aquel apartamento de manera tan natural que pensé en la falta de pudor por su parte o que estaba demasiado acostumbrado a exhibir su cuerpo serrano.

—Espero que no te importe —dije en cuanto se dio la vuelta y me vio con su camisa medio abrochada.

—Diría que te queda incluso mejor que a mi —contestó con cierto atisbo de sonrisa y caminé hacia la mesa donde él se acercó de nuevo esta vez con un vino blanco para degustar.

Era extraño. Normalmente en una cena se supone que primero hablas, te conoces y quizá luego puede llegar el sexo. En este caso todo había comenzado al revés y por partida doble, ahora no sabía si sentir cierta incomodidad a pesar de la naturalidad con la que se mostraba ese bombón o quizá era yo, que no sabía como comportarme porque era la primera vez que estaba de esa forma con un hombre.

«Y menudo hombre»

—¿Qué era lo que hacías antes de trabajar en casa de Clarissa? —preguntó después de sentarnos a la mesa.

¿Debía contarle la verdad? Lo cierto es que no era de esas chicas que podría inventarse una vida fantástica y hacerla real, yo no servía para mentir, no valía para aparentar lo que no era y desde luego se veía a la legua que no tenía experiencia.

—Trabajaba en un taller de tapices artesanales —admití sin reconocer que dicho taller pertenecía durante generaciones a mi familia.

—¿Tapices? —exclamó alzando una ceja—. Poco tiene que ver eso con la moda...

—Lo sé —admití—. Por eso decidí venir a París para formarme.

—¿Eres consciente de que es muy difícil hacerse un hueco en la moda si no cuentas con el apoyo de alguien conocido en el sector o con al menos un mentor? —preguntó llevándose la copa a los labios y no sabía si aquella pregunta era para presionarme y que aceptara su propuesta o porque se estaba ciñendo a una realidad presente.

Yo ni siquiera sabía si era buena o no para preocuparme aún de ello, solo quería ponerme a prueba, cumplir mi sueño y no había pensado en qué sucedería después.

—Imagino que es así como funciona —admití sin saber demasiado al

respecto.

—Probablemente perderías la única oportunidad de poder triunfar en este mundo si rechazaras mi propuesta —añadió sin mirarme, sino que daba vueltas a su copa como si estuviera meditando lo que decían sus palabras—. Piénsalo, ¿Quién más te podría ofrecer lo que yo te ofrezco?

—¿Por qué me lo ofreces? —pregunté sin poder evitarlo.

¿Era porque me había acostado con él? ¿Porque había empatizado conmigo?, ¿O porque me hacía alguna especie de favor? Necesitaba saber la respuesta.

—Creo que mereces esa oportunidad y además le caes bien a Clarissa y a ella le suelen gustar poco o nada sus cuidadoras.

¿En qué mundo iba a pensar que era porque le gustaba tenerme cerca o porque había visto potencial en mi?

«Despierta Olivia, esto es la realidad»

¿Qué eran seis meses más cuidando a Clarissa si luego podría tener la oportunidad de trabajar en una de las mejores empresas de moda más relevantes de la ciudad?

Allí aprendería todo, aunque comenzase como una simple becaria e incluso puede que al principio no pudiera compaginarlo con una formación adecuada, pero quizá después tuviera el tiempo suficiente para hacerlo. Verdaderamente sería idiota si no aceptaba aquella oportunidad única que Edmond me ofrecía.

—Está bien. Acepto —dije alzando la mirada para verle directamente y observé en ese entonces una pequeña sonrisa se dibujaba en su rostro de complacencia.

—Brindemos entonces por nuestro trato —gimió levantando su copa para brindar con la mía.

No tenía la menor idea de que supondría aquello, pero al menos no sería el fin de dejar de ver aquel dios nórdico, sino que seguiría viéndole indefinidamente durante el tiempo que siguiera en casa de Clarissa y posteriormente en su empresa.

«Olivia, vas a terminar más enamorada de lo que ya estás» jadeé en mis adentros.

Después del postre Edmond me llevó al enorme jacuzzi que había en el baño donde terminamos de tomar aquel delicioso vino y finalmente me dejé arrastrar por el sueño cuando alcancé el duodécimo orgasmo aquella noche.

Quizá no iba a morir de un infarto multiórgasmico, pero si de agotamiento» susurré en mis pensamientos dejándome arrastrar por el sueño de morfeo.

En el momento que abrí los ojos no sabía exactamente donde me encontraba y notaba como cada uno de mis músculos estaban resentidos ante tanta actividad nocturna.

¡Dios!, ¡Quería morir de vergüenza solo por recordarlo! En aquel momento me giré y contemplé la cama vacía.

¿Dónde estaba aquel bombón con patas?

Era la segunda vez que dormía en una cama junto a él y no estaba cuando despertaba.

Me levanté y me envolví en la sabana al no encontrar nada con lo que cubrirme. El baño tenía la puerta abierta así que allí no estaba, pero mi sorpresa fue creciente cuando exploré por aquel apartamento y no había rastro alguno de Edmond de la Court en aquel lugar.

¿Es que se había marchado dejándome allí sola?

«Calma. Seguro que tiene una excusa razonable» medité

Cuando me giré sobre mi misma y volví a la habitación, vi la nota sobre la mesilla de noche.

«Otra nota y esta vez sin una caja de donuts» recordé pensando que tal vez había ido a por el desayuno.

«Ilusa» me dije después de ver que en aquella nota decía que hoy era mi día libre y disfrutara de el, solo debía cerrar la puerta cuando me marchara de aquel apartamento.

—¿Ya está? —exclamé dándole la vuelta a la nota y esperando encontrar alguna disculpa, alguna idea de porqué se había ido sin siquiera decir adiós o algo similar.

«Disfruta de tu día libre, solo cierra la puerta cuando te marches. Nos vemos pronto, Edmond» releí de nuevo aquella nota intentando encontrar algo más en ella.

¿Eso era todo después de la noche apasionada que habíamos compartido? No quería hacerme ilusiones, sabía que no existiría nada más allá de esos encuentros entre el dios nórdico y yo, pero mentiría si no confesaba haber tenido una ligera esperanza de que hubiera compartido conmigo al menos la mañana.

«Se realista, disfruta de lo que te ofrece y no esperes nada más» me dije

para soportar con mi mente lo que mi corazón no era capaz.

Mi día libre, ¿Y que carajos se hace en tu día libre si la persona con la que quieres compartirlo no está?

En aquel momento pensé en Daniel, ¿Trabajaría hoy en la pastelería?

«No hay nada que unos buenos donuts con cobertura de fresa no solucionen» medité vistiéndome de nuevo con aquel precioso vestido blanco que tantas miradas había acaparado y salí de aquel apartamento con cierta aprensión, pero con la seguridad de que no habría cambiado la noche que había tenido a pesar de conocer el final.

Capítulo 14

—¡Olivia!, ¡Que sorpresa! —exclamó Daniel al verme entrar en la cafetería.

Había cogido un taxi hasta acercarme al río y después había decidido ir caminando mientras contemplaba las vistas, respiraba ese ambiente de calma que tenían los domingos soleados y se respiraba los últimos vestigios del cálido verano.

En apenas unas semanas comenzaría el otoño y con él la vuelta a todo, aunque yo seguiría en el mismo lugar y con la misma inexistente vida social hasta que Edmond cumpliera lo pactado y pasara a formar parte de la plantilla de su empresa.

No tenía la menor idea de porqué necesitaba esos seis meses más aproximadamente en los que debía permanecer cuidando a Clarissa, suponía que era el tiempo suficiente para encontrar a otra cuidadora capacitada y quizá con más experiencia. Ya me había comentado que normalmente la señora Charpenlier las detestaba y ya fuera por suerte o porque desconocía inicialmente el idioma y por consecuencia hablaba poco, finalmente había terminando por caerle en gracia.

—¡Me muero de hambre! —exclamé con una gran sonrisa mientras divisaba el estante donde aún tenían varios dulces expuestos.

—Aún me queda una rosquilla con glasé rosa para ti —mencionó guiñándome un ojo y pese a que me hubiera comido mil dado que estaba segura que con el ejercicio de la pasada noche había quemado las calorías suficientes, tuve que conformarme solo con una mísera rosquilla para mi desgracia.

—Eres un sol —contesté agradecida.

—¿Dónde vas tan elegante? —preguntó Daniel ahora fijándose en mi atuendo.

Había perdido cualquier rastro de maquillaje y el vestido estaba

ligeramente arrugado, pero era tan hermoso que lucía espléndidamente bien ajustado al cuerpo.

—Di más bien de donde vengo —admití mordiéndome el labio y él comenzó a reír cómplice de mi afirmación—. ¿Te tomarás hoy el día libre? —pregunté entusiasmada.

No me apetecía en absoluto encerrarme en casa y menos aún hacerle creer a Edmond de la Court que era una chica insulsa y sin vida más allá de aquellos muros donde trabajaba. Si él podía desaparecer por la mañana después de acostarse conmigo, lo que menos necesitaba es que pensara que le perseguía como un perrito faldero allá donde se encontrara.

—En dos horas soy libre, ¿Dónde quieres ir? —preguntó curioso.

—Me da igual... siempre y cuando regrese tarde a casa —advertí sonriente y como respuesta Daniel me guiñó un ojo.

Fui a ducharme y cambiarme de ropa en cuanto terminé de desayunar. Comprobé que no había nadie en casa, ni rastro de la señora Clarissa, la cuidadora que me había sustituido o Edmond en persona. Era evidente que habrían salido a almorzar o estarían dando un paseo. No me preocupé, es más, mi mente quiso creer que quizá esa era la razón por la que se habría marchado en la mañana y era la forma de excusarlo, pero ¿Por qué no me despertó?

«Tal vez solo quería dejarte descansar después de la novecita que habéis tenido» sugirió mi conciencia.

No sabía porque buscaba las excusas para defender su comportamiento o porque justificaba sus actos, supongo que en el fondo era consciente de que no podía sentir enfado o rabia por sus actos puesto que entre aquel dios nórdico y yo no existía más que una relación carnal de beneplácito para ambos.

«Y qué beneplácito...» susurré en mis adentros mientras el agua caía por mi cuerpo estremeciéndome al recordar la intensa noche que había tenido.

Pasé todo el día con Daniel y finalmente cenamos en un pequeño restaurante junto al río, el ambiente era de lo más romántico y casi me culpé a mi misma por no haberme enamorado precisamente de él por muy galán que fuera con las chicas... porque desde luego a mi me trataba con interés a pesar de ser solo amigos.

—¿Estás segura de que has tomado la decisión adecuada aplazando tus planes? —preguntó Daniel cuando le conté la propuesta recibida por parte de

Edmond sin mencionar que me estaba acostando con él, aunque eso creo que ya lo había dado por sentado sin necesidad de constatarlo.

—Realmente no lo sabré, pero si no aceptaba su propuesta perdería la oportunidad y dudo mucho que ese tipo de ofertas vuelvan a presentarse ante mi puerta en un futuro. Siendo realista, jamás podré tener la misma oportunidad que él me ofrece por mis propios medios —constaté mojando aquel panecillo en la fondue de queso para degustarlo junto al vino.

—Desconozco como funciona ese mundo, pero si que debe ser difícil lograr hacerse un hueco. De todos modos eres tú la que debe decidir y ya parece haberlo hecho. Me alegro por ti, seguro que llegarás lejos —contestó en tono alegre.

—Eres un cielo Daniel, si no fuera por ti y tus dulces París sería demasiado aburrida —dije sonriendo y después riéndome ante el gesto de incredulidad por mis palabras.

Regresé a casa de la señora Charpenlier sobre las once, cuando guardé las llaves en el bolso tras cerrar la puerta comprobé que todo estaba a oscuras e imaginé que debía estar durmiendo, ¿Dónde estaba su cuidadora? En teoría debería de marcharse solo cuando yo regresara como había sucedido algún que otro domingo que libraba.

Me quité los zapatos y decidí ir descalza el resto del recorrido hasta mi habitación por si ya estaba durmiendo, pero por no encender la luz del salón para no molestar, me di un golpe con uno de los muebles y los zapatos se cayeron al suelo formando un gran estruendo.

—¡Mierda! —grité ante el dolor que tenía en el pie y me encogí para cogerlo entre las manos.

La luz del pasillo se iluminó y acto seguido Edmond se presentó con ese pelo revuelto y esos pectorales marcados que provocaba una gran repercusión en mis revolucionadas hormonas

¿Estaba allí?, ¿Iba a dormir allí? Había dado por sentado que no le vería hasta dentro de al menos una semana, pero estaba claro que la realidad era bien distinta, no parecía estar huyendo de mi lado o de lo contrario no se habría quedado.

—¿Has bebido? —preguntó frunciendo el ceño y yo alcé una ceja en respuesta.

—No más de lo que bebimos anoche —contesté apartando la mirada de su cuerpo para ver ahora los dedos de mi pie—. No quise molestar

encendiendo luces por si Clarissa estaba dormida y me tropecé con la mesa —dije recogiendo los zapatos del suelo y apoyando el pie con delicadeza.

—Quizá sea más conveniente la próxima vez que le des a la luz, más aún teniendo en cuenta que mi abuela tiene el sueño profundo —contestó impasible en mitad del pasillo impidiendo que avanzara.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —inquirí haciéndole ver que me impedía el paso.

—¿Es que volverás a estas horas todos los domingos? —preguntó con cierta intriga.

—No lo sé, ¿Debo informar a qué hora regreso? —rebatí alzando el mentón para verle.

—No mientras regreses —dijo entonces acortando la distancia que había entre nuestros labios—, ya que te estaré esperando para volver a poseerte —añadió antes de sentir como el fulgor de su boca demandaba un beso ardiente y fui incapaz de negarme ante la impaciencia de mis labios por volver a saborear su esencia.

Mi rutina en las siguientes semanas se convirtió en algo extremadamente aburrido y casi frustrante. Por momentos pensé que había sido una mala decisión aceptar aquella propuesta de Edmond, pero me convencía a mi misma que era lo mejor de cara a mi vida profesional si de verdad quería tener una oportunidad en el mundo de la moda. Pondría todo el esfuerzo, ganas y trabajo de mi parte para destacar en la empresa una vez que entrara y así poder tener un hueco como diseñadora cuando terminara mis estudios. Que figurase en mi curriculum haber trabajado como aprendiz en su empresa o que incluso pudiera compaginar el trabajo con la carrera, me daría la oportunidad que necesitaba para ponerme a prueba y saber si realmente servía para eso, si el ímpetu que me había llevado hasta París para perseguir mi sueño, había sido en vano o por el contrario me había llevado al lugar que me correspondía.

Si existía algo de lo que no me arrepentía en la decisión de seguir cuidando a la señora Clarissa eran esos fines de semana en los que Edmond siempre llegaba para pasar la noche en casa de su abuela y por ende, yo terminaba durmiendo en su habitación después de haber probado un pedacito de cielo.

No hubo más citas entre nosotros, ni más salidas, cenas o intento alguno de avanzar en esa no-relación que manteníamos, puesto que no me atrevía a

ponerle nombre o llamarla de ningún modo por más que quisiera catalogarla.

Edmond no era mi amigo, ni mi novio, ni mi chico, ni mi pareja, ni mi nada... de hecho no sabía siquiera si catalogarlo como jefe, puesto que a pesar de que era quien pagaba mis honorarios por el trabajo que ejercía en aquella casa y podía decidir cuando me marchaba, no sentía que realmente fuera mi jefe puesto que tampoco sentía aquello como un trabajo.

Cuidar de la señora Charpenlier era más un gusto que una obligación. Gracias a las revistas de moda y los enormes archivos que guardaba de antaño en su casa, conseguí pasar las semanas mucho más amenas, puesto que la información que ella me otorgaba revisando aquellos archivos plagados de bocetos y figurines, me servía para ver como había evolucionado el mundo de la moda desde su época hasta ahora.

—Mira, este diseño fue creado para la emperatriz de Austria —mencionó enseñándome un espectacular vestido en tonos satén con una fina capa troquelada en melocotón muy señorial.

De tan solo verlo se me venían a la mente mil ideas que haría basadas en ese espectacular vestido, pero adaptadas a la época actual.

—Es precioso —contesté con evidente tono de ensoñación.

—También son muy bonitos los vestidos que adaptas, pero deberías crear tus propios diseños, no puedes vivir eternamente de arreglar los vestidos de otros grandes artistas —dijo sin venir a cuento.

Nunca le había dado a entender a la señora Clarissa mis intenciones de ser diseñadora más allá de que me encantaba la moda. Ni siquiera le había mencionado el hecho de que me marcharía para estudiar diseño porque no lo vi conveniente hasta que no se acercara el momento, ya que le había cogido especial cariño a esa amable anciana.

No entendía porqué le caían mal las cuidadoras según Edmond si lo cierto es que a mi me trataba muy bien, aunque recordaba en mis inicios que prácticamente no me dirigía la palabra y resultaba algo incomodo, pero yo lo agradecí por desconocer el idioma.

—Gracias señora Charpenlier, lo cierto es que me encantaría poder crear mis propios diseños, pero imagino que tendré que aprender para hacerlo.

—¡Oh tonterías! —exclamó la anciana y sonreí por ser capaz de entender el idioma y comprender ahora esos pequeños matices o maldiciones que antes era incapaz de darles lógica—. Donde realmente se aprende es en el taller, delante de los tejidos... ¡Ahí es donde sucede la magia!

Ella parecía entenderlo muy bien, ¿Habría diseñado alguna vez para su propia empresa?

—¿Fue usted diseñadora? —me atreví a preguntar, aunque la intuición me decía que no, que ella más bien se había limitado a llevar esos diseños y lucirlos en pasarelas o fiestas más que a plasmarlos en un cuaderno que después se convertirían en realidad.

—¡Oh no! Jamás tuve esa visión artística que tenía mi marido, pero siempre he vivido de la moda, mi nieto tampoco tiene ese don único que tenía su abuelo, pero él sabe dirigir nuestro legado.

En ese momento comprendí el significado que tenía la familia De la Court..., debían ser los familiares del gran diseñador Francois de la Court, casi un mito de la moda parisina y del mundo entero.

«¿Cómo no me he dado cuenta antes?» pensé en mis adentros rememorando las iniciales F.C que había estado viendo en aquellos figurines y en un montón de revistas donde aparecía su nombre. Había dado por sentado que la familia de la Court estaba ligada a la moda por sus empresas pero no que en ellas trabajaran los mejores diseñadores de París.

«Voy a aprender de la mano de los mejores diseñadores del mundo» gemí en mi interior.

No me lo podía creer. Hasta ahora había dado por sentado que la empresa de Edmond sería grande, conocida, relevante, pero no que era un referente mundial y que era sin lugar a duda el sueño de cualquier diseñador si quería triunfar; solo los mejores trabajaban para la Court Royale y si mis cálculos no me fallaban, esa debía ser la empresa que dirigía Edmond y que había sido fundada por el gran Francois de la Court.

«Me quiero morir» gemí pensando en que yo, una mera pueblerina de un perdido pueblo español se había acostado con el nieto del grandísimo Francois de la Court.

¿En que mundo había pensado que de la Court era un apellido común? Si ya indica propiamente de la corte como si indicara que pertenecía a la nobleza o algo así...

«Desde luego podridamente rico si que es» medité segundos después.

Mi teléfono comenzó a vibrar en ese momento y agradecí que me sacara de aquel círculo vicioso en el que habían entrado mis pensamientos por conocer esa noticia. Visualicé que era Antoine y me disculpé un segundo mientras dejé a la señora Charpenlier viendo los álbumes con los bocetos y

figurines cuyas fotos del modelo real estaban plasmadas al lado.

—¿Si? —pregunté indecisa puesto que últimamente hablaba de todo lo referente a mi estancia en aquella casa con Edmond y me parecía muy extraño que Antoine me llamase para algo, ¿Quizá le había ocurrido algo a su hermano? Un sentimiento de preocupación me sobrecogió repentinamente llevándome una mano al pecho y fui consciente de que aquel hombre me importaba, y me importaba demasiado siendo franca.

—Olivia, ¿Te encuentro en un buen momento? —preguntó y sentí que por su tono de voz estaba algo nervioso, es más, parecía agitado.

—Si. Claro ¿Qué ocurre? —contesté preocupándome aún más.

Ha pasado algo. Fijo que ha pasado algo.

—Sé que has anulado tus planes y que has decidido quedarte en casa de mi abuela por un tiempo indefinido... —mencionó dejando caer que conocía al detalle aquella información.

¿Se lo habría contado Edmond? Supongo que si Antoine sabía de mis intenciones al decidir marcharme, se lo habría contado para no buscar a alguien momentáneamente o que se yo...

—Bueno... —susurré para que Clarissa no me escuchara—. En realidad solo serán unos meses más, aunque no lo especificamos no serán más de seis u ocho según mencionó Edmond.

—Olivia no sé como decirte esto.... —dijo con cierto deje de voz dolida —, pero creo que eres demasiado ingenua y mi hermano demasiado oportunista para no decirte la verdad.

—¿Qué verdad?, ¿De qué me estás hablando Antoine? —exclamé ahora completamente confundida.

Capítulo 15

¿Qué tendría que decirme?, ¿A qué haría alusión cuando decretaba que yo era demasiado ingenua y su hermano demasiado oportunista?

En aquel momento me imaginé lo peor, como si de algún modo se hubiera estado aprovechando de mi, pero era consciente en todo momento que había sido yo quien se había entregado a él por voluntad propia, quien se había metido en su cama dispuesta a asumir las consecuencias de que de allí no saldría ninguna relación, por lo que en ese sentido no me iba a sentir engañada.

—Clarissa se muere —contestó en un tono triste y melancólico—. Hace unos meses nos dijeron que no le quedaría mucho tiempo, aproximadamente entre un año o dos con muchísima suerte. —soltó sin más y no supe que decir al respecto.

—¡Es horrible! —gemí llevándome la mano a la boca conociendo ahora la realidad.

—Ella no lo sabe, por eso nunca quisimos que la persona que la cuidaba lo supiese y tanto mi hermano como yo decidimos que sería indispensable tener a una interna por si sucedía más pronto que tarde, además de que vigilase su medicación —mencionó en un tono de voz lo suficientemente triste para saber que le afectaba.

—No sé que decir Antoine, me entristece muchísimo saberlo, aunque entiendo que si me lo dices ahora es porque crees necesario que sea consciente de la información —medité sin entender que tenía de oportunismo aquello, o porqué había pecado de ingenuidad al respecto. Podía entender que trataran de ocultarlo, así nadie miraría con ojos de lástima a la señora Charpenlier.

—Soy el primer interesado en que te quedes en esa casa cuidando a nuestra abuela, pero no si lo haces bajo promesas que no se llevarán a cabo —dijo con pesar—. Me consta que Edmond te prometió entrar a trabajar en nuestra empresa a cambio de que permanecieras cuidando a Clarissa, él

mismo me lo dijo cuando reaccione sorprendido ante la certeza de que no te habías marchado como me dijiste que harías y también me confirmó que solo lo hizo porque sabía que sería la única forma de retenerte, solo que el puesto que obtendrías sería en el servicio de limpieza.

En aquel momento mi sangre se congeló.

«No...» gemí sintiendo una confusión de extraños sentimientos.

Sentía nostalgia por saber el poco tiempo que le quedaba a la pobre anciana ya que le había cogido especial cariño en todo ese tiempo, por otro lado me sentía engañada... había renunciado a mi sueño, a la razón por la que había ido hasta París solo porque me había dejado convencer con florituras que me hacían creer que obtendría la luna cuando debía haber sido realista y saber que era demasiado bonito para ser real.

¿En que mundo iba a creer que Edmond de la Court consideraría darle una oportunidad a la cuidadora de su abuela? Una pueblerina sin estudios ni formación alguna...

«Jamás»

Sentí como la decepción me fragmentaba poco a poco el corazón, como si esas ilusiones que había mantenido se hacían pedacitos en mi interior.

¿Podría rectificar?, ¿Verdaderamente estaría a tiempo de retractarme en mi decisión y comenzar el curso aunque fuera tres semanas tarde? Pero... ¿Y como iba a irme así como así dejando a la señora Charpenlier sabiendo que apenas le quedaban unos meses de vida?

En el fondo sabía que ella era quien menos culpa tenía, era ajena al puro egocentrismo de su nieto e incluso al hecho de que le quedaba poco tiempo de vida, es más, probablemente en su ignorancia sería más feliz así.

—Nunca pensó siquiera en darme una oportunidad, ¿cierto? —dije más para mi misma que para Antoine, a pesar de que él me estuviera escuchando al otro lado de la línea.

Había creído que con la reacción de los presentes en aquella gala le había podido demostrar solo un poquito de lo que era capaz de hacer. Era cierto que no tenía formación, que no tenía experiencia, que no tenía conocimientos y menos aún estudios que avalaran todo aquello, pero nadie podía superar mis ganas inmensas de ambición por conocimiento y demostrar todo el potencial que llevaba dentro.

—Edmond solo quiere lo mejor para la Court Royale, y jamás osaría contratar a un completo desconocido para formarlo, él nunca corre ese tipo de

riesgos, ni aunque seas alguien conocido... —susurró—. Solo espero haber podido avisarte a tiempo, eres una buena chica y sabrás buscar tu camino.

«Mi camino» Un camino que en estos momentos lo veía sumamente perdido.

—Me marcharé a finales de semana —declaré porque sabía que aunque quisiera, mi conciencia no me permitía largarme sin más aunque quisiera y dejar a Clarissa tirada. No, mi deber moral no me dejaba hacerlo.

—Lo comprendo. Buscaré a alguien. pero no informaré a Edmond. Imagino que querrás tratar este asunto con él tu misma.

En aquel momento lo que menos me apetecía era verle, enfrentarle y decirle que sabía cuál era su maquiavélico plan y como pretendía joder mi vida. ¿Acostarse conmigo también formaba parte de aquel plan? Por suerte Antoine ni siquiera lo había mencionado, tal vez no sabía que me estaba acostando con su hermano aunque igual podía imaginárselo, pero por suerte no había salido a la luz en los detalles de su alegato.

«Dios... me están entrando nauseas» pensé en ese momento sintiendo como mi estómago se encogía.

—Tengo que dejarte Antoine. Tu solo encuentra alguien para la próxima semana, porque este domingo me iré —dije colgando mientras apresuraba el paso hasta el baño y finalmente me incliné sobre la taza del inodoro vaciando mi estómago.

En el momento que me eché agua fría por la cara volví a tener un poco de cordura, a pensar y analizar la situación.

«No te rindas Olivia, no te dejes vencer. Viniste aquí por un propósito y no te rendirás hasta cumplirlo. Se lo prometiste a la abuela» me dije mirando la imagen que proyectaba en el espejo algo demacrada.

—Le demostraré a ese musculitos egoísta quien es realmente Olivia —pronuncié en voz alta para creérmelo yo misma.

Volqué toda mi frustración en la búsqueda de apartamentos en la ciudad, pero aquello no parecía tan fácil como había pensado a menos que me fuese a vivir debajo de un puente o en el altillo de algún edificio lleno de moho y de mala muerte.

El hecho de que no pudiera abandonar mi lugar de trabajo para ir a visitar los inmuebles no ayudaba demasiado, así que pensé que iba a tener que hacer lo que no había deseado; alojarme en un hostel los primeros días a pesar de saber que eso me iba a salir muy caro. Mi presupuesto era justo... tan justo

que lo mismo tenía que hacer recortes en privilegios como lavarme el pelo con gel en vez de champú, alimentarme a base de pasta y arroz, o dejar de usar tampones de marca...

«Hablando de tampones, ¿No debería haber tenido la regla hacía una semana?» pensé descubriendo que ni tan siquiera me había dado cuenta de ello y todo por el agobio que tenía encima dadas las circunstancias.

No me extrañaba tener aquel retraso, es más, lo que me faltaba en aquel momento era precisamente tenerla para completar el kit de la depresión completa si tenía que añadir las hormonas revueltas. Bastante tenía ya con sentirme engañada, frustrada y estúpida al mismo tiempo.

—No tienes buena cara, ¿Qué te preocupa? —dijo la señora Charpenlier.

Por norma general nunca me había preguntado sobre mi vida, a qué me había dedicado antes de estar allí o quien era mi familia. Tampoco es que yo lo fuera publicando si no me preguntaban y menos aún me apetecía contar que estaba allí a pesar de que todos estuvieran en contra y que había sido una decisión momentánea y tomada por un acto que había marcado mi vida; la muerte de mi abuela.

Ni tan siquiera sabía porqué me dejó la dirección de aquel edificio ahora que lo pensaba... dudaba que tuviera que ver algo con la familia de la Court, pero quizá conocía a alguien en el edificio.

—No es nada señora Charpenlier, es solo los nervios por comenzar el curso —contesté ya que le había mencionado que pronto me iría para cumplir el sueño de ser diseñadora y formarme en ello.

—Es una lástima que debas irte —mencionó y supe que eso sería lo máximo que aquella señora admitiría para decir que me echaría de menos.

—Le prometo que vendré a visitarla cada miércoles —dije siendo consciente de que Edmond jamás estaría allí entre semana—, será nuestro pequeño secreto —dije guiñándole un ojo y sonrió de medio lado.

—Por supuesto querida y más si me traes siempre esa tarta de limón que haces —sonrió y no pude evitar reírme a pesar de las circunstancias.

Aquella señora que al principio parecía seca y distante, se había convertido en alguien entrañable a la que iba a echar demasiado en falta puesto que había convivido con ella durante casi tres meses y encerrada en aquella casa. Me había habituado a sus costumbres, sus quejas, sus pequeñas manías y lo que menos me gustaba era la razón por la que me marchaba. Todo por culpa de su engréido nieto.

¡Puñetero dios nórdico!, ¿En qué momento me fijé en él?, ¿En qué momento Olivia te fuiste a enamorar de él y meterte en su cama? Porque por más que quisiera odiarlo, patearlo, mangotearlo y pisotearlo me veía incapaz. De hecho, era consciente de que no sabía exactamente como le enfrentaría, pero esperaba que en ese momento que le tuviera cara a cara, la rabia me consumiera para escupir todo el veneno que acumulaba.

«Soy estúpida. Completamente estúpida»

—Con mucho gusto se la traeré —contesté levantándome porque desde hacía días sentía ese nudo en el estómago que no me abandonaba, llegando incluso a vomitar de la ansiedad que estaba viviendo porque veía el momento de su llegada.

Necesitaba salir de allí, marcharme, comenzar mi nueva vida y olvidar todo aquello como una mala etapa. Era consciente de que sería imposible olvidarle a él, de que iba a resultar difícil dejar que mi corazón se guiara hacia otro hombre puesto que ahora solo sentía una condenada e inaudita desconfianza, pero no me importaba, lo único que quería es largarme para no sentir como se burlaba aún más de mi.

Para mi bendita suerte o desgracia según se mire, Edmond no apareció, es más... llegó el domingo y no dio ninguna señal de vida, sino que a las nueve en punto de la mañana llegó la mujer que me sustituía en mi día libre. Nunca había sido hombre de enviar mensajes cuando llegaba o indicar que no podría venir en todo caso, de hecho, las únicas veces que se había comunicado conmigo mediante el uso de teléfono era bastante directo y decía las cosas sin rodeos, probablemente por ese carácter con el que dominaba su vida.

Me despedí de Clarissa con las lágrimas en los ojos, me daba tanta tristeza abandonarla que casi sentía como ella se había convertido en una abuela para mi y más teniendo en cuenta la falta de la mía propia. Me aseguré de que había recogido todas mis cosas y me llevé los vestidos que había modificado ante la insistencia de la señora Charpenlier ya que mi intención inicial había sido dejarlos.

Eché un último vistazo a aquella casa que se había convertido en mi hogar los últimos meses y pensé que esa sería la última vez que mirase hacia atrás, porque de ahora en adelante miraría solo hacia delante.

En cuanto puse un pie dentro de la pastelería de Daniel y me vio con la cara demacrada y el maletón gigante que me acompañaba, supo inmediatamente que me había marchado o me habían echado y casi abogaba a

que se inclinaba por la segunda opción.

—¿Te vas?, ¿Vuelves a tu país? —exclamó saliendo tras la barra y agradecí que no hubiera prácticamente gente a esa hora tan temprana, la gente solía tomar el desayuno los domingos a partir de las diez, por lo que en unos minutos empezaría a llenarse.

—Siento no haber podido contarte nada antes, quise llamarte, pero no quería que te preocuparas, pensé que tenía todo bajo control y mírame... estoy sin trabajo, sin casa y sin intención alguna de volver allí —contesté encogiéndome de hombros y aguantándome las ganas de explotar, de dejar escapar al fin esas lágrimas que había reprimido todo el tiempo por querer ser fuerte o más bien pretender serlo.

—Pero... ¿Qué ha pasado? —dijo ahora más confuso aún.

—Pasa que todo fue mentira, que esa propuesta para trabajar en la empresa de los de la Court no era como él me la había pintado de color de rosa... básicamente solo quería que me quedase cuidando a la señora Charpenlier hasta que esta falleciera —respondí en resumidas cuentas.

—¡Será cretino! Dime que le parta la cara y lo haré... ¿Cómo ha podido jugar así con tus ilusiones? —exclamó acercándose hasta mi para abrazarme y ya no lo soporté más... dejé que las lágrimas salieran finalmente por sentirme tan estúpida, tan frágil, tan... ¡Inocente!

Creía que si asumía desde el principio que no tendría ninguna relación con Edmond no podría sentirme engañada porque lo tendría claro desde el inicio, pero precisamente se había aprovechado jugando no solo con mis sentimientos, sino con las ilusiones de mi futuro.

—Te quedarás en mi casa unos días... hasta que encuentres algo. Anda ven, te llevaré —dijo alzando la vista e indicando a su compañero que volvía en diez minutos.

—No puedo Daniel. Agradezco tu ayuda, pero no puedo aceptarlo —contesté hipando mientras él me agarraba de la cintura y arrastraba mi maleta —. Me iré a un hostel hasta que encuentre un apartamento.

—No te preocupes, mi sofá te servirá unos días y sé que lo que menos te conviene ahora mismo es precisamente quedarte sola.

«¿Por qué era tan bueno conmigo?, ¿Por qué no podría haberme enamorado de Daniel en vez de ese puñetero dios nórdico?»

Con razón decían que en cuestiones de amor, solo las dicta el corazón y yo no era capaz de guiarlo en la dirección adecuada por lo que parecía.

El apartamento de Daniel era pequeño. Nada más entrar estaba el salón un poco destartado con apenas tres muebles que constaban de un sofá, una pequeña mesa baja y la mesita donde estaba colocada una televisión. Ninguno combinaba entre sí, pero por alguna razón tampoco quedaban mal así. La cocina era pequeñita, pero tenía una mesa auxiliar con dos sillas que supuse sería donde comería los días que almorzara en casa, apenas tenía trastos por medio y parecía ser bastante ordenado, pero con lo pequeño que era el apartamento deduje que ni tan siquiera podría permitirse serlo dadas las circunstancias. Del salón se habría un pequeño pasillo con dos puertas, una daba a un baño completo en tonos blancos y amarillos bastante normal y la habitación en comparación con la casa era algo más amplia de lo que me había esperado, ya que tenía un enorme armario empotrado con puertas correderas que suponía sería donde guardaría absolutamente todas sus pertenencias, inclusive el colacao si la cocina era tan pequeña y al menos podría tener una cama de matrimonio bastante grande y más que suficiente para dos.

—Solo estaré uno o dos días —me dije sintiendo que invadía el espacio de Daniel y teniendo en cuenta que tampoco le conocía lo suficiente. Era un amigo, un muy buen amigo, pero por más que me quisiera hacer aquel favor y yo lo necesitara, tenía que encontrar algo rápido para poder marcharme.

Concerté varias visitas para el día siguiente y poder ver algunos apartamentos. No eran nada baratos, pero por el momento podría permitírmelo hasta encontrar un trabajo y la opción de vivir sola se escapaba de mi presupuesto momentáneamente. También debería ir a la escuela de artes para ver si de algún modo podía justificar mi ausencia en esas semanas y poder cursar los estudios, esperaba por mi propio juicio mental que de alguna forma milagrosa me dejaran continuar a pesar de haberme perdido el inicio escolar.

Mi estómago rugió y recordé que no había desayunado nada porque me levantaba con el estómago revuelto últimamente y prefería esperar al menos una hora a que aquella especie de náusea se pasara para meter alimento en el cuerpo. No me apetecía atracar la nevera de Daniel y menos dada su hospitalidad, así que cogí las llaves de repuesto que él me había indicado que estarían colgadas al entrar y decidí ir a alguna cafetería cercana.

Ya fuera por la tranquilidad que me daba saber que me había ido o por el desasosiego que me daba tener el apoyo de Daniel, respiré profundamente y

me convencí a mi misma de que todo saldría bien.

—Todo saldría bien... ¡Y una mierda como un piano! —grité paseándome por el minúsculo salón de la casa de Daniel llevándome las manos a la cabeza.

«No puede ser. Seguro que solo son paranoias mías y es técnicamente imposible» pensé mientras me debatía entre salir o no para averiguar lo que no dejaba de rondar una y otra vez mi cabeza.

Llevaba tres días en el apartamento de Daniel y aunque prácticamente le veía por las noches porque el trabajo lo absorbía, pasaba la mayor parte del tiempo fuera puesto que había visitado al menos veinte pisos hasta encontrar finalmente una habitación en una casa compartida, solo que no podría mudarme hasta dentro de dos días. Por otro lado, y casi por puro milagro, me admitieron en el curso porque al parecer mi renuncia a la plaza que tenía asignada por la inscripción se había traspapelado, la cuestión es que jamás les había llegado, por lo tanto, esa plaza seguía estando a mi nombre a pesar de la ausencia en las primeras semanas. Pese a tener que ponerme las pilas para recuperar ausencia podía proseguir el resto del curso.

En ese sentido, parecía haber tenido suerte, pensé creyendo que todo estaba saliendo bien, que verdaderamente iba a lograr encauzar mi vida... hasta que me di cuenta que aquel malestar que sentía y esas nauseas que había creído que eran producto de la ansiedad, estrés y decepción por lo ocurrido no se iban. Fue entonces cuando sopesé la otra opción, la que había descartado sin más porque después de todo había usado protección, ¿Cómo demonios iba a ser posible que estuviera embarazada? La idea iba ahondando cada vez más en mi cabeza, tomando forma, instalándose de tal manera que hasta me consideraba loca por notar que sentía algo en mi interior cuando debía ser completamente impensable que lo fuera.

—Es imposible Olivia. I-m-p-o-s-i-b-l-e —me dije en voz alta para ver si así me lo creía.

La cuestión es que igual no era tan imposible. No podría considerarme la mujer más regular del mundo en cuanto a mi reloj biológico se refería, pero un retraso de casi dos semanas como el que tenía era extraño; por no decir que demasiado anormal.

«Hazte el puñetero test y sal de dudas» me decía mi subconsciente mientras que por otro lado me daba absoluto pavor hacerlo porque eso significaba que la opción de estar esperando un hijo era posible.

No soporté más la angustia y decidí salir para ir directamente a la farmacia más cercana. En mi vida me había hecho un test de embarazo, es más, probablemente lo hiciera mal porque no tenía ni idea y era la peor del mundo a la hora de interpretar prospecciones médicas, pero era un test, tampoco es que fuera un estudio para la nasa... o eso esperaba.

Según las indicaciones había que esperar al menos tres minutos para que aquello hiciera efecto y coloqué aquel maldito cacharro boca abajo sobre la mesa como si me diera pánico saber el resultado. No quería verlo a pesar de que por otro lado si era negativo podría respirar en paz y sentir un absoluto alivio, pero ¿Y si era positivo?, ¿Qué demonios iba a hacer si aquel chisme confirmaba la peor noticia de todas? Estaba más que claro que el dios nórdico no tenía en sus planes ser padre como yo tampoco ser madre.

El sonido de las llaves indicó que Daniel estaba entrando y no sabía si estar acompañada o no cuando descubriera el resultado sería bueno o malo.

—Por tu cara cualquiera diría que vienes de un funeral —mencionó antes de saludar estudiando mi rostro.

—Creo que esto es peor que un funeral —dije sentándome en el sofá, pero no duré ni dos segundos porque me volví a levantar y me mordí levemente las uñas mientras paseaba por el salón dando vueltas a la mesa baja que utilizaba para tomar café.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. Pensé que todo estaba bien, ya tienes apartamento y mañana retomas las clases, ¿Es que ha pasado algo?, ¿Te has encontrado con la familia de la Court? —preguntó escéptico.

—No. No. No —negué tres veces—. Es eso... dije señalando el cacharro que estaba sobre la mesa como si fuera un chisme maldito.

—¿Y qué es eso? —dijo acercándose y cogiéndolo antes de que yo dijera nada—. Parece un termom...

—¡No! —exclamé tratando de alcanzarlo, pero al mismo tiempo me dio temor tocarlo por si veía el resultado.

—Dime que solo tiene una línea roja, por favor... —rogué—, dime que solo hay una.

—Te lo diría, pero es que hay dos, ¿Eso es bueno o malo? —preguntó inocentemente.

—¡Oh dios mío! —grité llevándome las manos a la cabeza y entonces sí que se lo quité para ver yo misma que en efecto, había dos líneas rojas bien marcadas, porque hasta tuve la esperanza de que solo fuera difusa y el

resultado sería inconcluso pero no, era bien claro—... estoy embarazada — solté más para mi que para informarle a él.

—Que, ¿Qué? —gritó Daniel con la cara desencajada.

Si él había reaccionado así, ni me quería imaginar como lo haría Edmond de la Court cuando se enterara, ¿Tenía que enterarse o podría ocultar dicha información? Ni sabía que demonios hacer en esos momentos.

—No me lo puedo creer... —susurré dejándome caer en la pared opuesta a la que Daniel se encontraba y me deslicé lentamente hacia el suelo—. ¿Qué demonios voy a hacer? —bufé no dando crédito a que aquello me pasara a mi.

Soy virgen toda mi vida y para un tío con el que me acuesto, me quedo preñada...

«Para que luego me digan que tengo suerte, ¡Un cuerno!»

—¿Quién es el padre Olivia? —preguntó Daniel y de algún modo supuse que sabía la respuesta, pero aún así vio más oportuno preguntarlo.

—Edmond de la Court —susurré recordando aquel rostro y cuerpo de dios nórdico con el que me había envuelto en su red hasta atraparme y consumirme lentamente.

—No puedes comerte este marrón tu sola y menos en la situación en la que estás. Además, él tiene derecho a saberlo... quizá te ayude en los gastos si decides tenerlo.

«Tenerlo» medité.

¿Es que acaso había otra opción?

La idea de deshacerme de una criatura me parecía horrible por no decir que me daban escalofríos solo de pensarlo. No es que aquella criatura hubiera venido en el mejor momento de mi vida, al contrario, venía en el menos oportuno y más aún cuando no tenía relación alguna con el padre y dadas las circunstancias dudaba tenerla después de su engaño, pero la idea de abortar jamás pasó por mi mente, no cuando aquel pequeño no tenía la culpa de la acción de sus progenitores.

—No sé si sea una buena idea decírselo, es más, dudo que siquiera quisiera verme... —pensé en como estaba la situación entre nosotros, es más, no había recibido un mensaje o llamada después de que me había marchado de aquella casa y él debía saber perfectamente las razones de porque lo había hecho.

—Eso no importa. Si al menos no lo intentas nunca sabrás cual sería la

respuesta, sin contar que él tiene derecho a saberlo. Si después de decírselo no quiere saber nada, podrás tener tu conciencia tranquila —insistió Daniel y supuse que después de todo, él hablaba desde la postura de un hombre.

—Está bien —admití convencida de que tarde o temprano se lo diría—, pero no ahora... esperaré unas semanas hasta estar segura de lo que haré y entonces se lo diré.

Primero necesitaba asimilar yo misma la noticia y sobre todo, confirmar con un médico que era real y no un fallo de un test de embarazo, aunque casi podía confirmar por mi misma y por mis síntomas que lo que sentía no era normal y que no podía ser otra cosa que la prueba viviente de que estaba esperando un hijo. Por otro lado, estaba mi familia, ¿Cómo iba a llamar a mis padres y decirles que estaba esperando un hijo y que aún así no pensaba regresar al pueblo?

«Dioses, ¡Me querrán matar cuando lo sepan!» Porque no es que una noticia así pudiera ocultarse demasiado tiempo.

Necesitaba tiempo para aclarar qué pasos iba a dar y en qué dirección los daría para hacer las cosas adecuadamente. Primero tendría que concienciarme de lo que significaba tener a ese bebé y después tendría que enfrentar al dios nórdico a pesar de que ya había asumido que no volvería a verlo.

Capítulo 16

Mi primer día de clase, pese a que para el resto de mis compañeros desde luego no lo fuese, fue un poco caótico. Mi mente no se centraba por más que lo intentaba y aunque trataba de captar todo lo que los profesores decían, había pequeños matices que se me escapaban; si de por sí iba a tener que ponerme las pilas por llevar retraso en las clases, tendría que sumarle que aún no dominaba el idioma e iba a costarme mucho más trabajo de lo que había imaginado en un principio.

Por suerte, una chica se acercó hasta mi de entre todos mis compañeros, no sabía si le causaba curiosidad el hecho de haber comenzado tan tarde o solo se trataba de una buena persona, pero lo cierto es que para mi gran fortuna, fue tan amable de prestarme todos los apuntes que había tomado en esas tres semanas e indicarme donde tenía disponible todo el temario o materiales que debía adquirir en cuanto le dije que había sufrido una pérdida familiar.

Lo cierto es que esa fue la excusa que di por el retraso y siendo realistas, tampoco hacía tanto tiempo que se había muerto mi propia abuela; la razón por la que estaba precisamente en París estudiando lo que tanto me apasionaba.

Estelle, que así era como se llamaba mi ángel salvador, me puso al corriente durante toda la mañana de quienes eran los profesores y la percepción que había tenido de cada uno de ellos, incluso tuvo bastante paciencia cuando no terminaba de comprender algo y me lo explicaba de forma que finalmente lo entendiera. Al parecer era bastante tímida y supuse que se acercó a mi porque me vio algo perdida, la cuestión es que al menos había conseguido en el primer día tener una compañera de clase para los trabajos en pareja y mi enchufe a la salvación para coger el ritmo del resto de la clase ya que al parecer debía entregar trabajos atrasados que ellos habían terminado.

«No sé como demonios voy a lograr hacer todo eso y además buscar un trabajo» pensé llevándome las manos a la cabeza mientras volvía en el autobús cargada de apuntes hacia el apartamento de Daniel y del que justamente esa tarde me marcharía.

A pesar de que no necesitaba ayuda para la mudanza, él se empeñó en acompañarme para subir la maleta por las escaleras a mi nuevo apartamento, puesto que no tenía ascensor y decía que su conciencia no le dejaría tranquilo después de saber cuál era mi nueva condición.

«Embarazada»

Todavía no podía creer que fuera cierto, y aunque aún debía acudir al médico para que lo corroborara, todo parecía indicar que era cierto ya que mis náuseas matutinas continuaban.

No tenía nada claro que iba a hacer, ni como le iba a confesar al dios nórdico que estaba esperando un hijo suyo; y desde luego no podía negar que él era el padre porque no había entrado ningún otro hombre en mi cama que no fuera él.

Menos aún sabía como le iba a dar la noticia a mi familia, ¿Debía hacerlo? En aquel momento sentía que toda mi vida que siempre había sido absolutamente controlada, ahora era un auténtico caos que escapaba a mi control y no sabía como encauzarla. Al fin estaba donde supuestamente siempre había querido y deseado; en París y cursando los estudios de algo que me apasionaba desde que tenía comprensión, pero al mismo tiempo sentía que aquel bebé era una especie de advertencia para que no lo hiciera. Había tenido que luchar contra mis padres que jamás vieron con buenos ojos que estudiara diseño ya que para ellos la vida perfecta e idílica era quedarme en el taller. Después llegó el dios nórdico con sus promesas falsas impidiéndome también que cumpliera aquel sueño y haciendo que estima se esfumase por completo y ahora llegaba aquel bebé, justo en el momento en el que parecía que contra todo pronóstico iba a conseguirlo, pero sabía que no podía ser nada fácil conciliar los estudios con un niño pequeño... ¿Significaba aquello algo?, ¿El destino trataba de decirme que mi futuro no era ser diseñadora y dejase de perder el tiempo intentándolo sin éxito?

Por un lado no quería creer en eso, sino en mi misma, en lo que siempre había deseado que no era otra cosa que ponerme a prueba para saber si eso que llevaba dentro era tan increíble como mi mente así lo imaginaba. No deseaba renunciar a nada; ni al diseño, ni al hijo que crecía en mi vientre por

lo que a pesar de no tener la menor idea de como iba a terminar aquello, lucharía hasta el final para lograr lo que siempre había deseado.

—Es aquí —dije señalando el edificio algo viejo, pero lo cierto es que estaba bastante cerca de la escuela de diseño y eso me ahorraría tiempo y dinero por poder ir andando.

—No está mal, he visto sitios peores —contestó Daniel alzando la maleta conforme abrí la puerta y ambos subimos las escaleras.

Mis compañeras de piso eran Béatrice y Gisèle. La primera estudiaba fotografía y la segunda bellas artes, por lo que al parecer el piso estaba lleno de artistas, quizá de ahí su rollo tan bohemio donde predominaban los estampados florales y muebles de los años sesenta.

—¡Vaya!, ¡No me dijiste que tenías novio! —exclamó Béatrice examinando a Daniel a conciencia.

—Y no lo tengo —sonreí—. Daniel es un buen amigo que ha insistido en ayudarme —dije mientras hacía las debidas presentaciones y algo me dijo que entre mi compañera Béatrice y mi amigo saltaron pequeñas chispas, aunque por alguna razón él trato de disimularlo bastante bien.

Como Daniel tenía que volver de nuevo a la pastelería apenas se quedó unos minutos, pero lo suficiente para comprobar el gran interés de Béatrice en él y que a diferencia de él no trató de disimular en absoluto.

—Nos veremos pronto, ¿vale? —dijo Daniel desde la puerta cuando ya tenía un paso en el escalón para marcharse—. Llámame si necesitas cualquier cosa o si necesitas que le parta la cara a ese tío... —añadió con cierto tono protector.

«Lo que me faltaba; un cuarto hermano mayor»

—Acepto lo primero, pero espero poder solucionar yo misma lo otro... —dije tratando de que no se entendiera a que me refería por si alguna de mis compañeras andaba escuchando; porque fijo que Béatrice lo estaba haciendo para saber si hablábamos de ella.

—Está bien, pero cuídate y no tardes mucho en contárselo —insistió mientras bajaba los escalones y se despedía alzando la mano.

Daniel insistía en que Edmond debía saberlo y hacerse cargo al igual que yo de la criatura que estaba esperando como si debiera ser partícipe del proceso. Entendía a su manera que él querría que hicieran lo mismo si alguna chica estuviera en mi situación esperando un hijo de él, pero en aquellos momentos solo sentía un cúmulo de sentimientos encontrados de los cuáles

no era capaz de poner en orden, aunque en el fondo sí que sabía que tarde o temprano debería enfrentarlo para decírselo... solo que no sabía si estaba preparada moral o sentimentalmente hablando para hacerlo.

—¿Y ese amigo tuyo tiene novia? —escuché tras cerrar la puerta la voz de Béatrice que parecía estar al acecho.

—¿Lo preguntas por algún interés en él? —exclamé algo sonriente porque no es que no se hubiera notado precisamente.

—Evidentemente... —sonrió acercándose hasta a mi y llevándome al sofá—. Ese acento extranjero que tiene es tan... —dijo con voz soñadora y supe que había estado espiándonos en las escaleras donde ambos hablábamos en castellano.

—Daniel es argentino —dije comenzando a relatarle pequeñas cosas de él sin entrar en demasiados detalles porque no tenía la más mínima idea de si a él le haría gracia o no que le revelara información a mi compañera, pero al menos eso me evadía de mis propios dramas personales.

Acudí al médico dos días después, justo cuando pude hacer todos los trámites legales para que me asignaran uno al ser estudiante del país y lo primero que hizo la doctora nada más relatarle mis sospechas fue hacerme una prueba para asegurarse si verdaderamente estaba o no embarazada. En aquel momento mientras esperaba quise tener una milésima de esperanza porque aquel test de embarazo fuera erróneo, viniera defectuoso de fábrica, pero el hecho de que mi doctora constatará lo que de por sí ya sabía solo hizo que mi estupor aumentara.

¿Qué demonios haría yo ahora?

En mi cabeza no dejaban de resonar las palabras de la doctora respecto a las pruebas y medicamentos que debía tomar como precaución, a eso le sumaba las clases y todo lo que tenía pendiente por hacer en un breve periodo de tiempo. Los gastos que implicaban vivir en una ciudad cara sin trabajo y el poco dinero que había ahorrado mientras trabajaba para la señora Charpenlier iría mermando, eso sin contar con que aún debía confesar al dios nórdico la inesperada noticia.

Le había prometido a la señora Charpenlier visitarla cada miércoles y lo cierto es que había incumplido mi promesa justamente el primer miércoles después de que me marchara de su casa, por lo que me presenté a la semana siguiente no solo con una tarta de limón, sino también con unas pastas sin azúcar que Daniel me había regalado como favor.

«Voy a tener que hacerle un monumento a ese hombre» pensé mientras subía las escaleras ya que ahora me había dado por hacer más deporte de lo normal para estar en forma y también me había acostumbrado a ello por vivir en un apartamento sin ascensor.

—¡Querida!, ¡Pensé que ya te habrías olvidado de mi! —exclamó en cuanto me vio y segundos después el olor de la tarta obvio mi presencia y ordenó a su nueva asistente que nos sirviera el té mientras nos dejaba a solas.

—Lamento no haber podido venir la semana pasada señora Charpenlier, pero he estado demasiado ocupada con la mudanza y las clases —dije tratando de disculparme.

—Tranquila niña, sé que el tiempo para vosotros los jóvenes pasa mucho más deprisa que para alguien como yo que solo espera que la muerte al fin le llegue...

En aquel momento mi semblante cambió, ¿Sabría la señora Charpenlier de su enfermedad y que le quedaba poco tiempo de vida?

—No diga eso, todavía tiene muchas cosas que hacer, como disfrutar de sus nietos... —dije intentando que en aquella mención no se notara mi afección. Lo que menos deseaba es que la señora Clarissa supiera que tuve un breve romance con su nieto mayor.

—¡Ah si! Esos dos que aún no se dignan a darme un bisnieto —mencionó con cierto aire soñador y no pude evitar llevarme una mano al vientre—. Y yo que creía que entre mi Edmond y tú habría algo...

«Ala mi madre... pues no era tan ignorante como pensaba»

—¿Qué? —exclamé con aire fingido—. ¡Claro que no! —dije mirando hacia otro lado porque era incapaz de mentir mirándola a los ojos.

—Podré ser vieja, pero esas cosas aún las percibo. No hace tantos años que yo sentía lo mismo por mi Fracois.

—¿Cómo le conoció? —pregunté tratando de evitar así el tema de Edmond y de paso porque ciertamente sentía algo de curiosidad.

—¡Oh!, ¿No conoces la historia? —exclamó sorprendida como si fuera de dominio público.

—Ciertamente no —aclaré mientras cortaba un trozo de tarta de limón y se la servía mientras yo me limitaba a tomar el té porque en aquel momento no tenía claro poder reservar en mi estómago el trozo que me comiera sin vomitarlo. Por alguna razón aquel bebé no toleraba demasiado los dulces fueran o no sin azúcar.

«Lo que estaba echando de menos mis roquillas de fresa»

—Yo era madre soltera —soltó así sin más y mis ojos se agrandaron al no esperarlo, pero guardé silencio—. En la época era una situación bastante complicada, por no decir que la sociedad prácticamente te marginaba por haber tenido un hijo fuera del matrimonio, pero afortunadamente Francois no lo vio así. Por aquel entonces yo trabajaba como costurera para una de sus fábricas, jamás pensé que podría llegar a conocerle, menos aún que se pudiera fijar en mi —dijo sonriente—, pero una de sus modelos falló para un evento importante y solicitó que todas sus empleadas pasaran una vista para ver si alguna podría ser suplente. Fue así como me convertí en una de sus modelos; yo digo que fue amor a primera vista... otros dirían que solo hacíamos un gran equipo, pero desde aquel momento nos hicimos inseparables y solo seis meses después me pidió matrimonio y adoptó a mi hijo como suyo propio.

—Sin duda es una historia muy romántica —dije pensando que parecía una de esas obras sacadas del cine americano, casi como un cuento de hadas.

—Es mi historia —contestó algo soñadora—. Lo que lamento es no poder haber dado nunca un hijo a Francois, aunque siempre consideró a mi Gaspard como suyo propio.

¿Francois de la Court no tuvo hijos propios? Eso significaba que Edmond y Antoine debían ser los descendientes del hijo que tenía la señora Charpenlier antes de casarse.

Sin saber porqué aquella historia me había emocionado hasta el punto de derramar una lágrima y eso que por norma general no era dada a hacer muchos dramas, pero sin duda debían ser aquellas hormonas revolucionadas.

—Estoy segura de que el señor de la Court lo consideró como su propio hijo y no necesitó más amor que el que le brindaban —dije limpiándome con la manga las ligeras lágrimas mientras sonreía.

—Querida, ¿Estás bien? Te noto algo distinta, ni siquiera has probado la tarta.

—No. No —negué—. Lo que menos quería es revelar que estaba esperando un hijo y Edmond se enterase antes de la cuenta—. Es solo que su historia me recordó de algún modo a mi abuela... a ella le encantaban las historias de amor —dije recordándola sin saber porqué.

—Nunca hablaste de tu familia —dijo de pronto y me di cuenta que era cierto, pero no lo había considerado oportuno, menos aún teniendo en cuenta

que yo trabajaba para ella.

—No lo consideré oportuno —dije encogiéndome de hombros mientras comenzaba a relatar pequeños trazos de mi vida y como había llegado hasta allí.

—¿Y dices que tu abuela te dio la dirección de este edificio? —preguntó frunciendo el ceño.

—Si —asentí—, pensé que quizá la dirección estaba equivocada o tal vez con los años todo haya cambiado... incluso llegué a pensar que solo me dio una dirección al azar para que tuviera el valor de venir a París a cumplir mi sueño —confesé sin saber realmente porque lo estaba haciendo, imaginaba que al no trabajar para la señora Charpenlier ahora podía tener más confianza.

—¿Cómo se llamaba tu abuela? —preguntó con cierto interés.

—Fernanda —dije no creyendo que la conociera ni de pura casualidad—. Fernanda Peñagón —añadí pensando que igual el apellido podía ser algo más común que el nombre.

En ese momento observé como la señora Charpenlier agrandaba los ojos y tenía cierto nerviosismo en las manos al tratar de coger la taza de té para llevársela a los labios.

—¿La conoce? —pregunté pensando que era imposible, ¿Cómo demonios iba a conocer mi abuela a esta gente rica y pudiente?

No es que nosotros viviéramos en la más absoluta ruina y desde hacía años fabricábamos tapices para precisamente ese tipo de gente, quizá, en un acto de pura casualidad y por alguna circunstancia ilógica; se hubieran conocido.

—No —negó mirando a la taza—. No la conozco —insistió y por alguna razón no me pareció del todo creíble, solo que no tenía motivos para pensar que la señora Charpenlier pudiera esconder algo sobre mi familia, y menos aún sobre mi abuela.

—Lo que yo decía —dije terminando de beber la taza y levantándome del asiento—. Mi abuela solo me dio esta dirección para lograr convencerme de que viniera a París —dije sonriente.

—¿Ya te vas? —preguntó alzando la vista.

—Si —afirmé—. Tengo una entrevista en una cafetería dentro de media hora y no quiero llegar tarde —dije disculpándome mirando el reloj del teléfono.

—Debería hablar con Edmond. Seguro que tiene un hueco para ti en el

taller de la empresa.

—Le agradecería que no lo hiciera —dije rápidamente tratando de frenar sus intenciones—. No quiero tener que ir devolviendo favores, aunque se lo agradezco de todo corazón, señora Charpenlier —dije acercándome a ella y cogiéndole la mano mientras le sonreía.

—Tienes la misma sonrisa... —susurró y alcé una ceja no comprendiendo que acababa de decir.

—¿Qué quien? —pregunté algo contrariada.

—¡Oh, nadie! —dijo haciendo aspavientos con una mano—. Anda ve... y no llegues tarde, pero espero otra tarta de limón el próximo miércoles.

No supe a qué se refería exactamente, pero tampoco tenía tiempo de insistir porque tardaría casi veinte minutos en llegar hasta la cafetería donde tendría lugar la entrevista y si tenía suerte, trabajaría solo los fines de semana para cubrir los gastos, no ahorraría, pero al menos me permitiría vivir honradamente unos meses.

—¡Aquí estaré! —exclamé despidiéndome y marchándome de aquella casa que había sido mi hogar durante unos pocos meses.

La sensación era extraña al estar allí solo de visita, de hecho no podía evitar que mis sentimientos hubieran aflorado cuando pise un pie dentro de aquel lugar sabiendo que ahí me había entregado por primera vez a Edmond y había encontrado al único hombre que hasta ahora había amado a pesar de que él me hubiera engañado.

Siempre fui consciente de que nunca tendría un final de cuento de hadas para aquella historia, de que él jamás se fijaría realmente en alguien como yo, después de todo esperaba que Edmond terminara casándose con alguna modelo famosa o alguna mujer de su élite social que tuviera el mismo estatus que él, con una educación brillante y una cuenta corriente aún más elevada que su curriculum académico. Lo que jamás había esperado es que se riera en mi cara, me utilizara y por consecuencia encima me quedara embarazada.

Sabía que a pesar de todo él igualmente tenía derecho a saberlo y formar una decisión al respecto, de hecho Daniel me lo recordaba a cada momento que nos veíamos, así que dilatar más el momento solo haría que me exasperase y mis dudas aumentasen, dudas que me asaltaban con pesadillas cada vez que me imaginaba a Edmond de la Court robándome a mi hijo.

«Tengo que acabar con esto» pensé cuando me desvelé aquella madrugada empapada en sudor y comprobé que aquella agitación no iba a

cesar hasta que no se lo contase.

Me gustara o no, le diría a Edmond de la Court que estaba esperando un hijo de él.

Capítulo 17

—No voy a lograrlo jamás —suspiré mientras observaba como Daniel hacía un nuevo tachón para corregirme uno de los textos de los trabajos que debía entregar antes de finalizar la semana si no quería suspender antes de empezar.

No tenía tiempo —ni material, ni humano—, para aprenderme el diccionario entero de francés y conseguir elaborar una redacción decente, así que básicamente lo que estaba entregando eran mis palabras traducidas con un traductor y aquello era lo que Daniel estaba repasando por si había algo que no se entendiera o alguna palabra que diera otro significado que no encajase.

—Solo llevas unos días... de aquí a un par de meses habrás dominado el idioma y no te costará tanto —contestó para animarme.

A estas alturas no entendía como Daniel no me había mandado literalmente a la mismísima porra.

«Es un santo». Pensé

—¿Te recuerdo que este fin de semana comienzo a trabajar en la cafetería? —ironicé sabiendo que eso me quitaría de forma literal viernes, sábados y domingos para avanzar, ya que cogía el turno de mañana y tarde para compensar el resto de la semana.

Finalmente me habían dado el trabajo. Ni yo me creía como lo habían hecho teniendo en cuenta que no tenía experiencia en Francia, aunque me había inventado todo un currículum en hostelería trabajando en España, aun así, no creía que el trabajo me durase mucho más en cuanto mi vientre comenzase a crecer y no pudiera ocultar mi embarazo, pero esperaba tener suerte y que eso no ocurriese hasta dentro de unos cuantos meses.

—Sabes lo que opino respecto a eso —bufó dejando a un lado el texto que me estaba revisando y supuse que había terminado con sus anotaciones para sentarse de una forma más relajada y mirarme directamente a los ojos—. Estás abarcando demasiado Olivia y tal vez no tendrías ese agobio si le

contaras al padre de tu hijo la situación. Es una familia adinerada, al menos por ese lado estarías tranquila —insistió.

Era consciente de que debía decírselo, es más, yo misma tenía claro que lo haría, solo que no encontraba el momento oportuno o más bien, la seguridad necesaria para hacerlo. Desde que salí de la casa de la señora Charpenlier me había inundado la firmeza de que de algún modo Edmond me quitaría al bebé, más aún si tenía en cuenta que él contaba con más recursos económicos que yo.

—Tengo miedo —confesé porque realmente él era el único a quien podía contárselo realmente—. ¿Y si por alguna razón quiere quitármelo?, ¿Y si me lo arrebatara? —dije poniendo voz a mis temores.

—Sería absurdo que quisiera hacer algo así Olivia. Es una familia pudiente, pero no creo que quieran hacer de esto un escándalo social y que acabase en todos los periódicos. No correría ese riesgo, los de la Court arreglan todos sus problemas en la intimidad.

¿Qué quería decir con eso? Quizá solo se refería a las familias pudientes en general, pero sonaba como si los de la Court ocultaran algún secreto.

—¿A qué te refieres? —pregunté alzando una ceja.

—Tal vez di por hecho que lo sabrías, de uno u otro modo, aunque veo que no. Hace años... bastantes años por cierto, la esposa del único hijo que tuvo Francois de la Court desapareció. Hubo muchos rumores... entre ellos el que su propio esposo la había asesinado o que se largó con otro hombre, pero jamás confirmaron o desmintieron nada, es un secreto familiar que jamás fue revelado, lo único cierto es que seis meses después, Gaspard de la Court se suicidó.

—¿El padre de Edmond y Antoine se suicidó? —exclamé porque no sabía si estar más consternada por la desaparición de la madre o que su padre se quitara la vida.

—Aquello sucedió hace años. Yo tendría poco más de diez cuando pasó y la ciudad entera se consternó al saberlo.

De pronto sentía una cierta empatía por esos niños que se habían quedado huérfanos en tan poco tiempo y ahora comprendía porque Edmond estimaba tanto a Clarissa, para él seguramente había sido más que una abuela; una madre.

—¿Y no se volvió a saber nada de la madre?, ¿Nadie volvió a verla? —pregunté consternada y llevándome una mano al vientre.

¿Cómo podía una madre abandonar a sus hijos así como así? Los motivos tendrían que ser demasiado fuertes o quizá, como Daniel había mencionado, la habían asesinado.

—Nunca más se supo de ella, con los años dejó de mencionarse su nombre y la mayoría creen que está muerta al no haberse pronunciado después, ni tan siquiera se vio una imagen suya en la prensa por estar viviendo en otra parte.

—¿Y porqué diste por hecho que lo sabría? Si no le dijeron nada a la prensa, ni mencionaron nada a nadie... dudo que a mi fueran a decirme algo si es que tratan de ocultarlo — admití con pesar y teniendo en cuenta que yo para los de la Court no había dejado de ser más que una empleada por mucho que me hubiera acostado con Edmond, pero a la vista estaba que solo lo hizo por utilizarme para sus fines poco éticos.

—Porque ella era de origen español, como tú.

¿La madre de Edmond era española?, ¡No puede ser!, ¿Por eso él hablaba español?, ¿Sería también el motivo por el que lo había dejado de hablar?, ¿Y porqué Antoine no lo hablaba tan bien como él?

«Quizá Antoine era demasiado pequeño cuando la madre de éstos desapareció»

—Pues si pensabas que contándome esto iba a cambiar de opinión, igual ahora soy más reticente —admití pensando.

—Sabes que estás siendo egoísta al no revelárselo, ¿verdad? —insistió y en el fondo supe que sí, lo estaba siendo porque si me negaba a decirlo solo era por miedo.

«Y no pensaba vivir con miedo el resto de mi vida»

—Está bien —afirmé—. Mañana mismo se lo contaré —añadí como si al prometérselo también lo hiciera conmigo misma.

Poco menos de veinticuatro horas después de aquella conversación con Daniel y con unas ojeras que me llegaban hasta la barbilla porque no había podido conciliar el sueño debido a ese momento, allí estaba, frente a la puerta del edificio *la Court Royale*. Sin cita, ni aviso, ni una llamada de que pensaba presentarme o solamente informarme si Edmond de la Court estaba en la ciudad o más concretamente en su despacho.

Sabía que si le llamaba podía arrepentirme y finalmente echarme atrás, así que prefería verle frente a frente para soltárselo y después que pasara lo que tuviera que pasar.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó una chica de recepción ya que por lo que pude avistar, nadie sin identificación podía pasar el control.

El edificio era inmenso y al mismo tiempo impresionante. Por fuera era todo acristalado y no se podía apreciar la majestuosidad que escondían aquellos cristales espejo, sin embargo, una vez dentro todo era de estilo clásico con toques modernos. Había cuadros de grandes artistas con lo que suponía lucían diseños de la Court y por eso habían sido enmarcados. Tuve que centrarme para contestar a la amable chica o podría quedarme admirando aquel inmenso hall durante horas. ¡Hasta las plantas eran preciosas!

—Disculpe, necesito hablar con el señor Edmond e la Court —dije en un tono de voz tan bajo por estar tan cohibida que el tono de voz no me nacía elevado.

—¿Tiene una cita programada? —preguntó revisando el ordenador.

—No —negué—, pero es urgente o no habría venido hasta aquí.

—Lo lamento... el señor de la Court no recibe visitas si no han sido previamente fijadas, puede llamar a su secretaria y solicitar una —contestó sonriente.

«Genial. He venido para nada» sulfuré en mis adentros.

—¿Puede al menos preguntarle si desea recibirme? Es importante... se trata de un asunto familiar —dije con una verdad a medias.

Mi hijo era un familiar, ¿no?

—Deme un minuto —contestó y la vi marcar un teléfono—. ¿Cuál es su nombre?

—Olivia —dije a secas—. Olivia Damas.

Por un momento pensé que no me recibiría, que Edmond directamente me enviaría al mismísimo carajo y no me atendería, pero solo unos minutos después me entregó una tarjeta de visita con la que podría pasar los tornos y me indicó que subiera hasta la última planta y preguntara por el señor de la Court.

¿Antoine no trabajaba allí? Había creído que sí, pero tal parecía que todo el cotarro de la empresa lo llevaba únicamente Edmond.

Asentí y con los dedos sudorosos pulsé el último botón del ascensor mientras comenzaba a creerme que fuera real toda esta situación y más aún, el hecho de que viera de nuevo al dios nórdico a pesar de lo que había sucedido y de como había intentado aprovecharse de mi ingenuidad.

—Buenos días, ¿Me puede indicar donde esta el despacho del señor de la

Court? —pregunté a alguien que justamente pasaba por allí nada más salir del ascensor y me miró con cierta reticencia hasta que me indicó un pasillo bastante amplio en el que había salas de reuniones acristaladas a la derecha y finalmente llegué hasta una doble puerta semiabierta donde una mujer estaba sentada tras una mesa con la vista fija en la pantalla del ordenador.

—¿Es usted la señorita Damas? —preguntó agachando la mirada para ver por encima de sus gafas.

—Si —afirmé.

—Bien. Pase. El señor de la Court ha indicado que entre en cuanto llegase.

¿No me haría esperar?, ¿Me estaba dando prioridad? Me extrañaba puesto que le tenía por un hombre ocupado, pero no sería yo la que se opusiera, aunque reconocía que pensaba que podría haber tenido unos minutos más de consuelo para trazar el discurso que iba a dar.

—Gracias —contesté obligando a mis pies a caminar hasta que giré la manivela de aquella puerta y cuando mis ojos vislumbraron la silueta del dios nórdico sentado en aquella enorme mesa con un traje obviamente diseñado a medida creí morir.

¿En qué mundo pensé que dejaría de parecerme tan guapo solo porque me hubiera utilizado?

«Eso no pasaría jamás»

—Espero que ese asunto familiar tan importante sea verdad y no una estratagema para decir que te has arrepentido y quieres regresar —soltó sin siquiera dar los buenos días o algo similar.

«Estaba saltándome una clase solo por hacer aquello...» pensé y apreté los puños.

—No pretendo regresar a ninguna parte, si estoy aquí es por otro asunto —contesté temblándome la voz y no quería hacer amago de sentarme ya que ni tan siquiera me había invitado a que lo hiciera.

—Tu dirás... —dijo evaluándome como si estudiara mis movimientos.

Muy bien, si así lo quería, pensaba soltárselo sin más.

—Estoy embarazada —contesté sin darle vueltas ni rodeos que finalmente llegasen a tener que admitir lo que había venido a confesarle.

«Ya se lo has dicho, ¡Lo has hecho!» gritó una heroína en mi interior, aunque por su cara no era capaz de descifrar exactamente que significaban sus rasgos.

—¿Y has venido porque esperas que te felicite o algo similar? —respondió de forma sarcástica—. ¿Porque no pretenderás que crea que yo soy el padre? Te recuerdo que siempre tomamos precauciones.

De todas las respuestas posibles nunca había esperado que me dijera que no creyera que fuera de él, quizá porque para mi no había existido otro hombre en mi vida que no hubiera sido él y en aquel momento me sentía frágil ante aquella negación. Podía aceptar que no lo quisiera, pero no que ni tan siquiera reconociera que era suyo.

—Y yo te recuerdo que era virgen —susurré apretando los labios con cierta rabia tratando de mantenerme firme.

—Ya sabía que aquello me iba a salir caro. ¿La idea fue tuya o del verdadero padre de ese hijo que esperas contando con que sea cierto que estás embarazada? —preguntó cruzándose de brazos y en aquel momento supe que no lo creía, ni creía que estuviera embarazada, ni mucho menos que fuese de él.

¡Maldita fuera mi estampa por no llevar el papelito del médico donde lo confirmaba o se lo restregaría en sus narices!

—No sé para que pierdo el tiempo viniendo aquí, ¡Adiós señor de la Court! —exclamé dando un paso atrás y me di la vuelta para salir de aquel despacho.

—¡Espera! —gritó entonces y me detuve, quise tener un amago de esperanza porque tal vez si tuviera la duda de que era verdad, de que mis palabras eran ciertas y estaba esperando un hijo de él—. No me interesa saber si ese niño existe o no, pero dime, ¿Cuál es tu precio para que no tenga que lidiar con la prensa sobre este asunto? Dime cuál es el coste por tu silencio.

¿Prensa?, ¿De qué demonios hablaba?

—¿Qué? —exclamé sin entender absolutamente nada y conforme me giraba para verle de nuevo vi que había sacado un talonario—. No entiendo a qué se refiere, ¡Por supuesto que estoy esperando un hijo o no habría venido! No sé de qué dinero me está hablando o a qué se refiere con que vaya a la prensa... —contesté aturdida.

—Seré generoso, solo porque al menos su trabajo con Clarissa fue decente, pero espero que después de esto, desaparezcas —contestó mientras veía como garabateaba en aquel papel y después lo arrancaba. ¿Quería que desapareciera de sus vidas?, ¿Qué no lo molestara nuevamente? No entendía lo que estaba ocurriendo, vi como se levantaba y se acercaba hacia mi

lentamente mientras sus ojos se fijaban en los míos con intensidad, solo que sabía que era diferente... había deseo en ellos; sí, pero al mismo tiempo estaba plagado de una especie de soberbia que no había visto antes y quizá decepción.... también había algo de eso en ellos—. Al final no se trataba de ingenuidad lo que vi en tus ojos. Ya tienes lo que querías, ahora márchate — añadió colocando aquel papel sobre mis manos y por alguna razón no era capaz de reaccionar, aquella intensidad en su mirada me había dejado noqueada.

Noté entonces su mano sobre mi brazo y como me llevaba hacia la puerta de su despacho para abrirla y literalmente echarme de allí en un silencio sepulcral mientras después cerraba suavemente y entonces fui consciente de lo que acababa de pasar.

Lo único que iba a obtener de Edmond de la Court era un cheque para desaparecer de su vida. Ni tan siquiera había creído por un instante que de verdad pudiera esperar un hijo de él y aunque le trajera los informes médicos que lo atestiguaban, estaba segura de que seguiría diciendo que no era el padre, porque por lo que había podido ver en sus ojos; él jamás me creería y había dado por hecho que yo solo era una oportunista que había venido a sacarle dinero con tal de no vender la historia a la prensa.

Mis pies caminaban hacia el ascensor, pero sentía mi cuerpo pesado, como si no fuera capaz de asumir lo que acababa de ocurrir. En el momento que las puertas se abrieron y entre en aquel habitáculo, las puertas volvieron a cerrarse y permanecí varios segundos o quizá minutos sin tener noción de la realidad.

Debía asumir que si hacía aquello, si realmente iba a seguir adelante estaría sola, absolutamente sola en todo el proceso, ¿Era capaz de hacerlo?, ¿Era lo suficientemente fuerte para lograrlo? Entonces fui consciente de que a pesar de las circunstancias había creído que en el fondo y como por arte de magia, él estaría ahí cuando se lo dijera, que ese dios nórdico respondería cuando fuera consciente de su responsabilidad y ahora me daba cuenta de que no, que estaba completamente sola con mi bebé.

El ascensor se puso en marcha y volví de nuevo a la realidad saliendo de aquel trance pulsando el botón de la planta baja. En cuanto reconocí el vestíbulo de entrada salí con paso decidido, no tenía ni idea de qué haría, pero tenía claro que no pensaba renunciar a mi hijo a pesar de las circunstancias y si Edmond de la Court no quería tener nada que ver, que no

lo tuviera.

—¿Olivia? —exclamó entonces una voz masculina y alcé la vista para reconocer a Antoine. Vestía de manera informal, por lo que supuse que no trabaja allí, más bien tenía el pensamiento de que la vida del hermano menor de los de la Court era ser un alma que iba de fiesta en fiesta pasándoselo bien a juzgar por su aspecto jovial y poco serio como en cambio lo era Edmond.

—¡Antoine! —exclamé sorprendida.

—Vaya... ¿Qué haces aquí? Pensé que no te volvería a ver después de que te marcharas del apartamento de la abuela.

—Yo también lo creía... —dije un poco nerviosa—, pero tenía algunos asuntos que tratar con Edmond... quiero decir con tu hermano y...

—¿Está todo bien?, ¿Sucedió algo? —preguntó confuso.

—No. No —negué—. Todo está perfectamente bien —sonreí—. De hecho me alegra verte, así puedes devolverle esto de mi parte —dije entregándole el cheque y ni tan siquiera había visto la cantidad que en el había impresa—. Dile que no necesito su dinero y que no se preocupe por nada, no volverá a verme de nuevo.

Antoine parecía confuso y desdobló el cheque para ver la cantidad que allí había escrita. Solo pude avistar que tenía al menos seis cifras.

—¿Estás segura? —preguntó mirando únicamente el cheque.

—Completamente. Adiós Antoine —dije despidiéndome y no mirando atrás hasta que salí de la famosa Court Royale y las primeras gotas de los primeros días del otoño comenzaron a empapar mi rostro. Lo agradecí, de algún modo podían camuflarse con las lágrimas que hasta el momento había conseguido contener y que junto al agua de lluvia empaparon mi rostro.

Le había dado la oportunidad, se lo había confesado y él me había tratado como escoria, peor que la escoria; como una chantajista y oportunista que solo quería sacarle el dinero; pues bien, él lo había elegido.

«No te necesito Edmond de la Court. Sé que puedo hacer esto sola, y tampoco necesito tu dinero»

Capítulo 18

Regresé al apartamento completamente empapada y no sintiendo el frío que me había calado toda la ropa a pesar de que el clima aún era algo cálido, pero por más que mi cuerpo tiritase, era incapaz de sentir nada.

Estaba sola ante aquello. Completa y enteramente sola sin saber como iba a enfrentarme a todo.

Era consciente de que iba a ser difícil o más que difícil; complicado, pero también estaba segura de que no sería la primera ni la última mujer en lograrlo. Yo era capaz de hacerlo, le iba a demostrar a ese idiota redomado que ni necesitaba trabajar en su empresa para triunfar en la moda, ni su maldito dinero para criar a mi hijo.

«Porque si de algo estaba segura es de que era solo mío»

Él había renunciado a su derecho en el mismo momento que había decidido no creerme y en su lugar darme aquel puñetero cheque. Esperaba que cuando Antoine se lo diera, le quedara lo suficientemente claro que no necesitaba nada de él, ni quería nada que tuviera que ver con su persona y tampoco esperaba que con aquel acto me creyera. No. De hecho, estaba segura de que no volvería a saber nada más de Edmond de la Court en lo que me restase de vida.

Entré en la ducha y dejé que el agua caliente calmara mi piel, que limpiara el resto de mis lágrimas y me convencí a mi misma de que no derramaría ni una sola gota más por él.

Por suerte había ido a ver a la señora Charpenier el día anterior, por lo que tenía una semana para interiorizar la situación y que cuando volviera a visitarla no se apreciara rastro alguno del dolor que sentía en mi interior ante el rechazo de su nieto mayor. No creía que fuera buena idea seguir visitándola, pero tampoco podía no despedirme de ella sabiendo el poco tiempo que le quedaba. Le debía un adiós y tal vez le dijera que había decidido volver a mi país y abandonar mis sueños, en lugar de contarle la verdad, ya que aquella noble mujer no tenía la culpa del comportamiento de Edmond.

El sábado por la mañana decidí visitar a Daniel. Hacía dos días que no le veía, exactamente justo antes de mi encuentro con Edmond y aún no le había contado lo sucedido, sobre todo porque necesitaba asimilarlo yo misma antes de poder revelarlo en voz alta a otra persona.

—¡Vaya!, ¡Dichosos los ojos que te ven!, ¿Has venido a desayunar o a visitarme? —preguntó sonriente tras la barra.

—Teniendo en cuenta que no tengo un céntimo, a visitarte —contesté más apesadumbrada que nunca sabiendo que a partir de ahora iba a tener que contar cada céntimo que gastaba.

«Eso porque era idiota y tan digna de devolverle aquel puñetero cheque al dios nórdico»

—En ese caso déjame invitarte, que además... por tu cara diría que necesitas urgentemente alimentarte, ¿Ha ocurrido algo?

—Si por algo te refieres que finalmente le he contado a quien tú ya sabes lo que tú ya sabes; si —mencioné sin dar nombres y más teniendo en cuenta que el piso de los de la Court estaba justo en frente.

Daniel miró hacia su alrededor comprobando que había gente presente a pesar de que su compañero estaba atendiendo y se apartó de él cogiéndome del brazo y arrastrándome hasta un rincón de la tienda donde nadie nos escuchase.

—¿Qué ha pasado?, ¿Es que ese cretino no se quiere hacer responsable de su hijo? —exclamó frunciendo el ceño y supuse que por mi cara lo debía haber adivinado.

—No cree que sea de él, es más, ni tan siquiera creía que estuviera embarazada y le daba igual que lo estuviese o no. Se limitó a darme un cheque y echarme de su despacho —dije mordiéndome el labio y prometiéndome a mi misma no derramar una sola lágrima más por ese idiota redomado.

—¡Oh dios!, ¡Ven aquí! —dijo arrastrándome hasta su pecho para abrazarme y por primera vez sentí que al fin tenía el apoyo y entendimiento de alguien.

«No sé que demonios sería de mi sin Daniel» pensé en aquel instante.

—¿Has pensado qué harás con el dinero? —pregunto en un suspiro.

—Le devolví el cheque —susurré siendo consciente de que a pesar de necesitar verdaderamente aquel dinero, prefería vivir debajo de un puente o mendigar por las esquinas antes de aceptar su asquerosa hipocresía.

—Al menos le habrá quedado lo suficientemente claro que no quieres su dinero. ¿Qué harás?, ¿Se lo dirás a tu familia? —preguntó entonces Daniel y en ese momento recordé a mis padres y a mis hermanos.

—Me van a matar cuando no les diga quien es el padre o que él se ha desentendido del niño —gemí al borde de las lágrimas sabiendo perfectamente lo que iba a suceder.

—Di que es mío —soltó de pronto Daniel—. Lo que menos necesitas ahora es estresarte y tener más presión de la que de por sí estás teniendo, si necesitas que esté a tu lado no me importará hacerlo.

¿Decir que Daniel era el padre de mi hijo?, ¿Es que estaba loco?

—No te haré eso Daniel. No conoces a mi familia ni de lo que serían capaces de hacer mis hermanos si se enterasen...

—No tienes porqué decidirlo ahora, ni mañana, pero si llegado el caso te ves en la obligación de presentarles a un padre; estoy dispuesto a ayudarte.

—¿Por qué? —pregunté no entendiendo como podía tener el extremo de Edmond que no quería saber nada de mi y por el contrario a Daniel que hasta se echaba cargos que no le correspondían por tal de ayudarme.

—Porque te aprecio, tengo una afinidad contigo que no he encontrado en muchas personas y quiero ayudarte.

Confiaba en Daniel, de hecho él había sido la primera persona en prestarme su casa y brindarme su hospitalidad sin pedir nada a cambio. Sabía que hacía aquello como un acto noble y de buen corazón, pero no podía aprovecharme más de él y de su bondad hacia mi por mas amigo mío que fuera.

—Gracias Daniel. No sé si algún día podré devolverte todo lo que estás haciendo por mi —admití abrazándole y sentí como rodeaba mi cintura para acogerme entre sus brazos y de esa forma sentirme protegida.

«Ojalá hubiera sentido por Daniel lo que sentí por Edmond en cuanto le vi. Ojalá pudiera sentir al menos una décima parte de ese amor que me había embriagado por completo, pero lo cierto es que no podía, mi corazón había sido robado, destrozado y pisoteado... hasta el punto de que veía poco probable que se recompusiera algún día»

Sonreí cuando divisé el rostro de la señora Charpenlier pensando que aquella sería la última vez que la vería. No podía correr el riesgo de que Edmond se enterase de que la visitaba, probablemente pensaría que no tenía nobles intenciones y siendo sincera; necesitaba alejarme de todo lo que él

representaba o me recordara su existencia, aunque era una idiotez, llevaba precisamente dentro de mi ser a una criatura fruto de él, pero a pesar de ello sabía que no estaba bien que visitara a Clarissa a escondidas.

—Querida, aunque tu sonrisa delate que eres feliz, tus ojeras dicen lo contrario. ¿Qué te preocupa? —preguntó en cuanto dejé la tarta de limón sobre la mesa y me senté en aquella mesa que tantas veces había compartido a su lado—. Jamás te vi así mientras vivías aquí.

—No se preocupe señora Charpenlier, todo está bien. Además, no quiero molestarla con mis problemas —sonreí vagamente y evité mirarla mientras desenvolvía la tarta de la cajita en la que Daniel me había prestado para llevarla y así cortarla.

—Soy una pobre vieja aburrida, ¡Claro que quiero que me cuentes tus problemas! —exclamó y no pude evitar reír de verdad.

—Está bien —dije encogiéndome de hombros y le comenté que debido a mis limitados recursos iba a volver a mi País natal y me despediría del sueño parisino que me había llevado hasta allí. No iba a revelar que estaba embarazada y menos aún que ese niño era precisamente su futuro bisnieto, el cuál llevaba su sangre, pero debía tener una excusa para no volver a aquella casa sin decirle que mi miedo era que Edmond me descubriera.

—Tu tranquila —contestó entonces sorprendiéndome al coger mi mano y posarla entre las suyas—. Todo va a salir bien, me aseguraré de que así sea.

¿A qué se refería exactamente?, ¿De qué estaba hablando?

—Pues salvo que me toque la lotería, no creo que la cosa cambie demasiado —dije volviéndome a encoger de hombros y mirando hacia otro lado—, pero no se preocupe por mi... estaré bien —dije tratando de ser optimista, solo que la realidad no se alejaba mucho de lo que acababa de decirle.

No quería ser consciente en aquel momento de que quizá cuando se agotaran mis recursos tendría que regresar a casa siendo madre soltera y sin haber cumplido mi meta.

«Ni hablar» me dije grabándome a fuego aquellas palabras.

No pasaría el resto de mi vida en un lugar que detestaba, haciendo algo que no me gustaba, pensando en que mi vida se truncó en el momento que decidí tener a mi hijo y con una lista de reproches por parte de mi familia que me perseguiría hasta la posteridad.

—Y dime, ¿Tu familia es muy grande? —preguntó risueña y pensé que

era mejor hablarle de mi familia a contar mis penas... así que le relaté que éramos una familia bastante numerosa si contaba a mis tres hermanos, tíos, primos y que básicamente los Peñagón-Damas era casi medio pueblo.

Me entretuve al menos dos horas hablando con la señora Charpenlier mientras ella parecía bastante interesada en el oficio que hacía generaciones formaba parte de mi familia y en mis orígenes. No le di más importancia que la de una pobre anciana mayor con afán de cotilleo, pero le di el gusto sabiendo que aquella sería la última vez que la viera.

—Es tarde señora Charpenlier y debo marcharme —dije con cierta aprensión—. Quiero agradecerle el tiempo que he pasado con usted y su amabilidad, no sé si volveré a verla antes de marcharme, por lo que si es así, quiero que tenga presente que siempre la recordaré.

Era una despedida, más aún teniendo presente que a ella le quedaba poco tiempo de vida.

—Tu destino no es volver a ese pueblo tuyo a seguir fabricando tapices Olivia, sino otro muy distinto y pronto lo entenderás.

¿Entender?, ¿Qué tenía que entender?

—¿A que se refiere señora Charpenlier? —pregunté alzando una ceja.

—Lo sabrás. A su debido momento lo sabrás —insistió y yo pensé que debía delirar por su enfermedad.

Los días fueron convirtiéndose en semanas y las semanas en meses. Tan pronto había comenzado el otoño lleno de preocupaciones y con un porvenir demasiado inestable que habiendo pasado solo tres meses y con la navidad a tan solo unos días no tenía demasiado claro si mi visita familiar tendría que ser definitiva.

Mis ahorros se estaban agotando y aunque me había costado sudor y horas de insomnio ponerme al día junto al resto de mis compañeros, había conseguido destacar entre el resto de alumnos gracias a mi ingenio. Me gustaba, sabía que valía para eso, pero solo me quedaban un par de meses antes de que mi vientre comenzara a ser evidente y mi pequeño dejara de ser inapreciable. Hasta la fecha podía disimularlo perfectamente llevando ropa algo más ancha, pero mis vaqueros ya no me abrochaban y estaba aumentando demasiado mi talla.

¿Cómo iba a comprar ropa nueva si apenas tenía dinero para los materiales de clase?

Daniel había insistido en echarme una mano, incluso él mismo se había

ofrecido a costeármelos alegando que algún día se lo devolvería, pero no quería tener una deuda aún más amplia con él, ya le debía demasiado a ese hombre y algo me decía que aunque sus intenciones fueran nobles, nuestra relación podría verse entorpecida.

Tendría que sacrificar mis tardes y trabajar en alguna boutique o algo similar si de verdad quería salir adelante o todo aquel esfuerzo no me habría servido de nada.

Mi teléfono comenzó a sonar y vi que se trataba de mi padre. Aún no les había contado la noticia y lo cierto es que decidí alargarlo hasta los tres meses para que así fuera seguro el embarazo, pero ahora que los había pasado de largo, me daba miedo su reacción, me daba absoluto pavor lo que dirían o pensarían ante mi situación.

—Hola papá —dije pensando que seguramente solo me llamaba para preguntar si pensaba acudir por Navidad a visitarles.

Había sido tanta la insistencia por volver y mi negación a darles la dirección de donde me encontraba, que su respuesta posterior fue no insistir para limitarse a preguntarme como estaba.

—¿Está todo bien? —preguntó mi padre con cierta preocupación en la voz e intuí que algo andaba mal. Su saludo habitual era preguntarme como estaba y no precisamente si todo estaba bien.

—Claro que si —mentí descabelladamente—. ¿Por qué lo preguntas?

Era imposible que supiera nada, absoluta y certeramente imposible.

—Esta mañana ha venido un abogado desde Francia preguntando por ti Olivia, ¿Dónde demonios te has metido? —exclamó ahora aturdido.

¿Abogado?, ¿Un abogado?

—¿Qué? —Fue lo único que mi cerebro era capaz de razonar.

¿Para qué me iba a buscar a mi un abogado?

—Dijo que te estaba buscando y que solo hablaría contigo. ¿Me vas a decir entonces que todo está bien si un abogado francés viene hasta el pueblo a buscarte? —exclamó mi padre exigiendo una respuesta.

No quería ni pensar en qué opinaba mi madre si tenía en cuenta las palabras de mi padre.

—¿Estás seguro de que me buscaba a mi? —Insistí.

—Ha preguntado literalmente por Olivia Damas y sabía que estabas ligada a tapices Pendragón.

«Mierda... era yo»

¿Para que me podría buscar un abogado francés?

«Seguro que para nada bueno» pensé meditando si podría haber hecho algo que requiriera tal asunto.

Por un momento pensé en algún delito o algo así, aunque yo no lo hubiera cometido, pero ¿No se supone que en tal caso es la policía quien te busca y no un abogado?

—No tengo la menor idea de qué querría de mi, pero de todos modos si vuelve dile que no estoy allí y que no sabes cuando volveré —dije evitando a toda costa cualquier roce con el supuesto abogado francés.

«Para que me sacaran los pocos cuartos que me quedaban estaba yo. Que a ese paso iba a alimentarme a base de pasta y arroz»

—Vendrás en Navidad, ¿verdad? —preguntó ahora mi padre más calmado.

—Probablemente si —dije no sabiendo si me iría para no volver o directamente no tendría dinero ni para el billete de ida.

—Olivia —mencionó como un reproche, aunque sonó de forma susurrante—. Sabes que será la primera navidad sin la abuela y si ya fue duro su partida, lo fue aún más al saber que te habías ido tu también. Regresa aunque solo sea para unos días...

—Iré con una condición —dije adelantándome a los acontecimientos.

—Ya empezamos, ¿Es que no te basta saber que hemos aceptado tu decisión de estudiar diseño?, ¿Qué es lo que quieres?

Si. Lo habían aceptado, pero porque se lo había impuesto, no porque realmente valorasen mis deseos o inquietudes y me apoyaran en ello.

—No quiero escuchar ningún lamento, reproche o que tratéis de convencerme de quedarme. Seré yo misma quien tome cada una de mis decisiones de ahora en adelante —dije sabiendo que mi madre utilizaría esa doble moral para intentar que me quedase y no regresara a París.

Entendía que tuvieran esa mentalidad de pueblo en la que no se estaría mejor en ninguna parte que no fuera cerca de la familia, pero lamentablemente en mi caso aquel sitio no era mi lugar, yo no me encontraba a mi misma haciendo aquello, ni deseaba tener una vida resignada por conformarme con ello.

«Ojalá no te hubieras ido, abuela» pensé sabiendo que podría contar con el apoyo incondicional de ella.

Escuché como mi padre chasqueaba los dientes y meditaba mi respuesta,

suponía que para él debía ser complicado teniendo en cuenta que contaba con sacar adelante el taller y yo era una de las mejores en telar aquellos tapices.

—Está bien Olivia, pero prométeme que regresarás y estarás con la familia.

Tenía que regresar por dos motivos, el primero era aclarar aquel distanciamiento que se había creado entre nosotros y ahora partía del punto que les había quedado lo suficientemente claro que no me dejaría amilanar y que iba a conseguir mi objetivo le pesara a quien le pesara. Y en segundo lugar estaba el hecho de que tenía que revelarles la noticia, ya habían pasado tres meses y medio sin decir absolutamente nada. Aunque conocía de antemano como iba a caer la noticia en casa y más aún sin el padre de mi hijo que me acompañara. No me quedaba más opción que decirlo si no quería revelar que era madre cuando mi pequeño hubiera nacido.

«Lo quieras o no reconocer vas a necesitar su ayuda» pensé sabiendo que si la situación no había cambiado en esos tres meses, aún menos lo haría en el mes restante que faltaba hasta que llegase navidad.

—Te lo prometo —dije justo antes de despedirme y dejar el teléfono a un lado.

No le di mayor importancia al hecho de que un abogado me buscara, suficientes problemas tenía ya para añadir otro a la larga lista, aunque no podía evitar si pensar si aquel abogado tendría algo que ver con la familia de la Court.

¿Tendría aquello algo que ver con los vestidos que me había llevado de la señora Charpenlier?, ¿Me estaría buscando Edmond precisamente porque había desaparecido un amplio guardarropa del armario de su abuela?

«¡Oh dios!, ¡Ya sabía yo que era una mala idea llevármelos, pero ella insistió tanto!» Recordé viniéndome a la cabeza el momento en el que la señora Charpenlier me había insistido en que eran míos ya que los había modificado a mi talla y sería yo quien debería lucirlos.

Justo en ese momento me levanté y fui hasta el pequeño armario donde los tenía colocados como auténticas joyas. Era sin lugar a duda lo más valioso que poseía en aquella habitación ya que todos ellos eran de grandes diseñadores y en aquel instante se me encendió la bombilla y pensé como no se me podía haber ocurrido antes.

—¡Tienen que costar una fortuna! —gemí con voz casi susurrante y sacando uno de ellos.

¿Cuánto me podrían dar por un vestido de diseñador? Aunque ciertamente su valor habría perdido considerablemente al ser adaptado por alguien desconocido, por lo que no valdrían ni una décima parte de su valor. Sopesando de nuevo aquella idea vislumbré el vestido blanco que me puse aquel día... ese día en el que Edmond me llevó a aquella velada y gustó tanto aquel vestido, donde había acaparado tanta atención que hasta me sorprendió haberlo hecho y sobre todo me recordaba a esa noche de pasión que ambos habíamos tenido y de la que seguramente era fruto el pequeño ser que crecía en mi vientre.

¿Podría interesarle a aquel tipo que se acercó a Edmond para preguntarle? —pensé en voz alta sacando aquel vestido blanco del armario y viéndolo ahora más detenidamente. ¿Cómo se llamaba aquel hombre? —Olivia recuerda... recuerda... haz memoria y no seas Dori... ¡Lysson! —grité. El hombre se presentó como Lyson y Edmond le dijo que trabajaría para la Court Royale aunque realmente nunca tuvo intención de que fuera así. ¿Trabajaría el tal Lysson para Edmond?

«Por favor señor. Si te compadeces un poquito de mi haz que no sea así» Rogué mientras tecleaba en el buscador el nombre de aquel tipo y de pronto salieron varias imágenes con su rostro donde le recordé. Era él, Dominique Lysson, co-fundador de galerías Devegnon.

—Olivia, ésta es tu última jugada si no quieres volver a casa con el rabo entre las piernas. Vas a coger tu dossier, los mejores vestidos que has rediseñado de la señora Charpenlier y vas a convencer al tal Dominique Lysson de que te necesita en sus galerías —dije en voz alta convencida de que aquella era mi única oportunidad si de verdad quería conseguirlo.

No tenía nada más que perder y sí mucho que ganar, por lo que con el único vestido que me podía poner y una actitud más que firme y convencida de que merecía aquella oportunidad. Entré en galerías Devegnon esa misma tarde y esperé hasta que Dominique Lysson abandonara el edificio para abordarle.

«No solo es una cuestión de lograr tu sueño Olivia, es la única oportunidad para demostrarle a ese engreído que nunca quisiste su maldito dinero»

Capítulo 19

En el momento que el rostro de Dominique Lysson apareció ante mi vista, me dio un vuelco al corazón y salté literalmente de la silla. Iba hablando con otro hombre mucho más joven y sabía que mi interrupción sería completamente inoportuna, pero ante la desesperación me importaba un cuerno todo.

—¡Señor Lysson! —exclamé llamando su atención y por un momento pensé que no se giraría, pero el hombre que le acompañaba alzó la vista y se detuvo, por tanto Dominique también lo hizo.

—Disculpe, ¿La conozco? —preguntó y me consolé sabiendo que al menos no me había evitado o directamente dicho que tenía prisa.

—Nos conocimos hace unos meses en una gala benéfica. Yo acompañaba al señor de la Court y usted se acercó para preguntarme quien había modificado el Lacroix que llevaba puesto —dije tratando de que mi francés fuese lo más pulcro posible y me entendiera. Lo cierto es que hablar tanto en clase como con mis compañeras y estudiar gramática me había servido para aprender mucho más rápido el idioma, aunque estaba lejos de dominarlo y aún existían conjugaciones y palabras que se escapaban a mi entendimiento.

—¡Oh sí!, ¡Ahora la recuerdo! —contestó con una vaga sonrisa—. ¿No era usted prima del señor de la Court?

Ciertamente recordé que él me presentó como una prima lejana.

—No —negué algo avergonzada—, no soy pariente de la familia de la Court, pero si soy quien realizó las modificaciones en el Lacroix y no solo lo hice con ese vestido, sino que puedo enseñarle todo un dossier —mencioné mostrándole la carpeta donde aparecían los diseños.

Reconozco que no eran muy profesionales, de hecho había mejorado muchísimo con las técnicas adecuadas, pero se podían apreciar perfectamente.

—Imagino porqué razón el señor de la Court no quiso mencionar que era usted, ¿No trabaja para él? —preguntó divisando aquellos diseños algo distraído.

—Ciertamente no —respondí esperando que le gustara lo que le estaba mostrando—. Y esperaba poder hacerlo para usted.

«Ya está. Ya lo has dicho»

—¿Qué experiencia tiene? —preguntó el hombre que había junto a él.

—Aún no poseo experiencia en el sector de la moda y aún no he terminado los estudios, pero si me dan una oportunidad les demostraré que no se han equivocado conmigo.

Repentinamente Dominique Lysson cerró la carpeta y alzó la vista para observarme detenidamente.

—La contrataré solo si me dice porqué la Court Royale no la ha contratado finalmente.

No podía decirle que Edmond me había engañado, que todo era una vil patraña para hacer conmigo lo que quisiera y que él no estaba interesado en mis diseños o en lo que pudiera o no hacer en su empresa porque me consideraba inferior, seguramente de su cabeza no salía otra cosa que no fuera una paleta de pueblo que solo servía para limpiar o cuidar de su abuela.

—Tenía un acuerdo con el señor de la Court —dije tratando de ser sincera —, pero llegaron hasta mis oídos que sus intenciones no eran honorables y decidí no continuar la relación que manteníamos.

Esperaba que eso fuera suficiente, que no intentara entrar en detalles. Lo que menos me apetecía era confesar que estaba esperando un hijo precisamente de la competencia.

—Venga mañana a mi despacho a primera hora y llegaremos a un acuerdo, señorita...

—¡Olivia! —exclamé—. Olivia Damas —añadí junto a mi apellido.

¿Significaba un acuerdo que me contrataría?, ¿De verdad podía ver luz al final del túnel después de tanta desgracia?

«Oh por favor que sea que si o no podré soportarlo» me dije mientras volvía a casa después de asegurarle al señor Dominique Lysson que estaría a primera hora en su despacho sin falta.

Me desviviría si hacía falta. Sudaría sangre y sudor si era necesario con tal de demostrar que no se equivocaría dándome aquella oportunidad. Sería una esponja absorbiendo todos los conocimientos y haría más que los demás, pero necesitaba ese trabajo. Lo necesitaba por mi hijo más que por mi misma.

Cuando le mencioné a Daniel lo ocurrido me invitó a cenar para celebrarlo. Era la única persona en la ciudad que conocía al detalle toda mi

situación ya que a mis compañeras de piso o incluso a la propia Estelle con la que pasaba toda la mañana en clase, sabían ligeros retazos de mi vida sentimental privada.

—Saldrá bien Olivia. Deja de darle vueltas, si ese tal Lysson te ha dicho que llegaréis a un acuerdo, es porque te contratará —insistió Daniel en la tercera ocasión que le mencioné que no estaba del todo segura.

—Es mi última oportunidad Daniel o de lo contrario cuando regrese por Navidad a casa no volveré y tendré que decir adiós a mi sueño de ser diseñadora de moda —dije con un temor evidente y no solo por el hecho de que mis planes se truncaran sino porque ya me estaba concienciando para la saturación de preguntas que iba a tener en cuanto regresara, sobre todo cuando soltara la bomba de que estaba embarazada.

—¿Es seguro que irás? —preguntó alzando una ceja no creyéndome y supe que lo hacía porque sabía que había estado evitando el tema referente al niño con mi familia.

—Se lo prometí a mi padre, así que si —contesté llevándome las manos a la cabeza—. Aún no sé qué les voy a decir exactamente sin confesar una verdad a medias o directamente mentirles, porque si les digo que estoy completamente sola no dejarán que regrese.

—Podría acompañarte, puedo cogerte unos días libres.

—No —negué—. Ni hablar. Tu querías ir a visitar a tu familia. Además, si ya me interrogarán a mi ni me imagino lo que harían contigo. Es mejor que no, ya veré que les diré, pero por ahora prefiero ir sola.

Lo que menos necesitaba es que Daniel se comiera todos mis problemas y le avasallaran hasta el punto de medio obligarle a que se casara conmigo si asumía el papel del padre de mi hijo solo por ayudarme. No, tal vez no dijera que sería madre soltera o que el niño era solo mío, no creo que pasara nada por decir que mantenía una relación con el padre, ¿verdad? Al menos hasta que pasara un tiempo y me estableciera realmente.

«Eso si, jamás sabrían que el padre de mi hijo era Edmond de la Court, porque si algo tenía claro es que pensaba cumplir mi palabra y no volvería a saber nada de mi»

Tal y como me había citado Dominique Lysson, a primera hora estaba presente en su despacho y sin uñas de los nervios que había estado soportando ante la incipiente espera.

Cuando su secretario me dio el consentimiento para pasar, tuve el ligero

atisbo de la última vez que había estado en una situación similar cuando acudí a hablar con Edmond de la Court. Bien era cierto que la situación era muy diferente y esperaba que a ese dios nórdico le hubiera quedado claro que no deseaba su dinero cuando Antoine le hubiera devuelto el cheque, pero fuera como fuese, ésta era una situación muy distinta, aunque mi futuro se decidiría dentro de aquel despacho porque suponía el poder seguir con mi carrera como diseñadora o regresar al pueblo y pasar el resto de mi vida tejiendo tapices a mano.

—Señorita Damas, disculpe la espera, pero no recordaba que tenía una reunión a primera hora de la mañana. Siéntese —dijo amablemente Lysson en cuanto crucé el umbral de su puerta.

—Gracias señor Lysson, pero no debe disculparse, entiendo que es un hombre ocupado —contesté con sencillez mientras tomaba asiento.

—Bien, reconozco que su modo de acercarse fue completamente inesperado, es más, aún no salgo de mi asombro que esté aquí y aunque mi socio es algo más reticente que yo, lo cierto es que tengo cierta esperanza en usted señorita Damas.

—No entiendo a qué se refiere señor Lysson —dije algo confundida.

—Le seré franco —mencionó cruzándose de brazos—. Siempre ha existido una alta competencia entre la Court Royale y Devegnon y mi socio teme que usted sea un topo del propio Edmod de la Court dadas las circunstancias en las que se acercó a nosotros.

—Le puedo asegurar que no tengo relación alguna con Edmond, señor Lysson, puedo comprender las razones de su socio para no confiar en mí, pero le aseguro que si me da una oportunidad no le decepcionaré. No se arrepentirá y...

—Creo que usted necesita esta empresa casi tanto como ella la necesita a usted señorita Damas —dijo interrumpiendo mi ruego y entonces me quedé con la boca abierta.

—Si hay algo en lo que soy un experto es saber reconocer el talento allí donde lo veo y ya pude avistar la primera vez que la conocí por el vestido que llevaba que usted lo tenía. Solo quiero advertirla que a pesar de que tendrá mi consentimiento, no lo tendrá demasiado fácil. No obstante, espero grandes cosas de usted señorita Damas.

—¿Quiere decir que me dará una oportunidad?, ¿Qué podré trabajar para usted? —pregunté no creyéndolo, pensando que mis oídos no podían estar

escuchando aquello.

—Si. Quiero descubrir qué es capaz de hacer y confieso que necesito saciar mi curiosidad —confesó sonriente.

—¡Gracias! —grité exaltada y a punto de que las lágrimas se escaparan de mis ojos—. ¡No sabe cuánto se lo agradezco! —insistí sintiendo ganas de saltar aquella mesa solo para abrazarle de tanta gratitud que sentía en aquel instante—, aunque si usted me da la oportunidad no puedo comenzar sin antes confesarle algo que pueda hacer que cambie de opinión.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañado.

—Estoy embarazada —solté y vi que su ceño se fruncía intentando analizar objetivamente la situación.

—Si para usted no supone un inconveniente, tampoco lo será para mi —admitió finalmente y sentí que el aire llegaba a mis pulmones de nuevo.

«¿Has oído eso pequeñín? Todo saldrá bien. Estaremos bien» pensé acariciándome el vientre y saboreando por primera vez en meses un sentimiento de paz y serenidad.

Dominique Lysson me dijo que no sería ningún inconveniente compaginar el trabajo con mis clases, es más, insistió en que debía terminarlos para tener un título que lo acreditase, pero que pasaría todas mis tardes y fines de semana dentro del taller aprendiendo y comenzando desde el nivel más bajo.

Me daba igual trabajar infinitas horas o no comenzar como aprendiz de otro gran diseñador, me bastaba con entrar en aquella empresa y conformarme con lo que me dieran, lo haría con sumo gusto y le demostraría que Olivia Damas había nacido para ser diseñadora de moda.

Dos semanas más tarde volaba para pasar la navidad en casa. Solo estaría tres días y regresaría de nuevo al trabajo ya que no tenía días libres teniendo en cuenta que acababa de comenzar, básicamente aprovechaba los días festivos con el fin de semana para viajar, pero así cumpliría la promesa que le hice a mi padre y de paso intentaría arreglar las cosas con mi familia, algo que dudaba que ocurriera en cuanto soltara la noticia.

Podía simular bastante bien el embarazo pareciendo que solo había engordado un poco, pero temía que mi madre se diera cuenta nada más verme, ¿No decían que eso te lo notaban en la cara las madres? Mi temor era cada vez más palpable conforme el avión descendía hasta el momento en que finalmente tocó tierra y supe que estaba de nuevo en España.

Mi padre había venido expresamente a recogerme al aeropuerto a pesar de que estaba a hora y media de casa, lo había hecho solo y supuse que quizá era porque el resto de la familia estaba trabajando o aún seguían enfadados.

—Te noto diferente, cambiada —dijo mi padre una vez que íbamos en el coche de regreso.

—Eso es porque he cambiado papá —dije no refiriéndome al hecho de que sería madre, sino más bien la madurez que había adquirido en aquellos meses, aunque hubiera sido a base de bofetadas.

Ciertamente ya no era la Olivia ingenua que se había marchado del pueblo hacía escasamente siete meses atrás, sino más bien una Olivia que sabía lo que quería y que no pensaba rendirse hasta conseguirlo.

—Si... supongo que mi pequeña niña ha crecido —contestó con cierta nostalgia.

—Hace tiempo que crecí papá, pero quizá necesitaba alejarme para que lo comprendierais —mencioné mirando hacia la carretera, donde el tiempo estaba lo suficientemente nublado para predecir que habría tormenta.

—Tú no lo entiendes Olivia, existe una razón por la que no deseaba que te marcharas y fue muy desconsiderado que te marcharas precisamente en un momento tan doloroso como la muerte de tu abuela.

—Fue ella quien me dejó aquella carta para que me marchara, precisamente gracias a ella tomé la decisión de partir —confesé y noté como mi padre apretaba los dedos firmemente en el volante, como si realmente estuviera reservando su autocontrol—. Comprendo que para vosotros lo más importante sea el taller, pero no para mi. Yo necesito más que eso y tú no lo puedes entender porque solo vives por y para ese taller.

—¿Que te dijo en esa carta? —preguntó de forma inquieta.

—Dijo que cuando tuviera la oportunidad de marcharme lo hiciera sin mirar atrás y cumpliera mi sueño, aunque fracasara en ello. Me hizo prometérselo el mismo día que murió tan solo unas horas antes, como si supiera que había llegado su fin, aunque yo no supe verlo —confesé recordando aquellos momentos y no pudiendo evitar que se me escapasen dos lágrimas al visualizarlo de nuevo en mi mente aquel día.

—¿Nada más?, ¿No te dijo a donde ir? —preguntó con cierto atisbo de incredulidad.

¿Porque iba a decirme mi abuela a donde ir?, ¿Qué sabía ella sobre diseñadores o sobre moda en general? Aunque sí que me había dado una

dirección, la del edificio donde vivía la señora Charpenlier, pero eso era imposible que mi padre lo supiera.

—¿Por qué me habría de decir a donde ir si la abuela no conocía París? Porqué no la conocía, ¿verdad?

Mi padre no dijo nada, sino que parecía meditar mi respuesta y observé que se tranquilizaba.

—Sé que te dije que no te retendríamos y que tampoco trataríamos de obligarte a quedarte, pero tienes que saber que te necesitamos aquí, Olivia. Es de vital importancia que regreses para que la actividad siga funcionando — mencionó repentinamente.

—Sabes perfectamente que puedo ser prescindible —dije constatando un hecho, si se habían apañado perfectamente sin mi todos aquellos meses lo podrían seguir haciendo o contratar a alguien que lo hiciera teniendo en cuenta que yo me había marchado sin pedirles nada a cambio—, no es una opción que piense barajar hasta que no termine lo que he ido a hacer a París.

Le escuché resoplar, como si supiera que sus argumentos de peso no estaban funcionando y tampoco iban a funcionar, así que guardó silencio el resto del viaje, aunque yo solo podía pensar qué demonios era lo que trataba de ocultarme respecto a mi abuela Fernanda, porque algo me decía que cierta información no quería revelarla.

¿Era posible que mi abuela hubiera tenido algún secreto en el pasado?, ¿Podría ser que tuviera alguna conexión con el edificio donde vivía la señora Charpenlier?

De ser así no tenía ni la menor idea cuál podría ser, pero algo me decía que mi padre conocía qué era y no deseaba que lo descubriera.

Capítulo 20

Nada más llegar a casa me vi abordada por una cantidad ingente de preguntas por parte de mi madre y mis hermanos sobre donde había estado todo este tiempo como si trataran de sonsacarme información, algo que desde luego no mencioné salvo pequeñas pinceladas de realidad. Lo que menos me apetecía es que me relacionaran con la familia de la Court y que en el momento de decir que estaba embarazada lo asociasen. No. Ni hablar, era mejor mantener las distancias entre el dios nórdico y ellos.

—Tengo que regresar este domingo —dije tratando de esquivar las preguntas—, ahora trabajo para una empresa de diseño de moda y no puedo faltar.

—¿Cómo que trabajas para una empresa de diseño de moda?, ¿Qué empresa? —inquirió mi padre y pensé que solo lo hacía por obtener información.

—Pues una de entre muchas —dije encogiéndome de hombros—. Dudo que ninguno de vosotros la conozca teniendo en cuenta el poco interés que siempre habéis tenido.

En ese momento vi como mi madre miraba a mi padre en una especie de reprimenda y él alzó las manos en símbolo de paz para después marcharse refunfuñando.

—Tu padre solo está preocupado por tu bienestar. Debes comprender que tu partida fue muy dura de aceptar para todos, especialmente para él que acababa de perder a su madre. Solo deseamos saber más información de la poca que nos cuentas.

—He pasado toda mi vida encerrada entre estos muros, como si me quisierais ocultar al mundo, así que no me culpes por no querer decirle donde vivo o donde trabajo y que se presente allí para tratar de obligarme a volver de nuevo a la fábrica. Esa no es mi vida, mamá, nunca lo fue y lo sabes perfectamente —respondí en el tono más neutral y serio que fui capaz de aunar, porque no podía evitar pensar en que no solo había tomado aquella decisión tras leer aquella carta, sino porque no me habían dejado otra opción

con sus actos.

¿Tan difícil era pedir un poco de comprensión? Que abandonaran aquel pensamiento egoísta de que debía permanecer allí porque a ellos les complacía o les beneficiaba. Podía lidiar con la preocupación o con la necesidad de que realmente no tuvieran a nadie en el taller, pero no podía comprender la falta de empatía hacia mis propios deseos o afán de superación por crecer tanto a nivel profesional como personal.

—Tal vez tengas razón, siempre te hemos protegido mucho más que a tus hermanos, quise justificarlo en que eras la pequeña, la única niña: nuestra niña, pero lo cierto es que en ti veíamos un don que nadie más en la familia tenía y éramos conscientes de que tarde o temprano sucedería...

Supuse que se refería al don de mi abuela, pero no era así. Ni de lejos era como ella, es cierto que tenía más maña que mis primos o mis propios hermanos que al ser completamente nefastos acabaron en trabajos más físicos, pero no tenía el talento de mi abuela Fernanda, ni tampoco pretendía tenerlo.

No quise seguir hablando sobre el asunto porque sabía que no iba a solucionar nada, casi prefería no llegar a una discusión, menos aún sabiendo que aún me quedaban varios días por pasar allí y que debía soltar la noticia de la que no estaba nada segura como reaccionarían antes de marcharme, aunque cada vez estaba menos convencida sobre la idea de revelarla dadas las circunstancias.

Apenas pude dormir, era como si me sintiera fuera de lugar ahora que había vuelto y lo cierto es que a pesar de haber crecido allí, sentía que todo había cambiado y no solo yo, sino como veía desde otra perspectiva las cosas. En cierta forma no podía dejar de sentirme culpable por ocultarles la verdad, por no decirles lo que verdaderamente había ocurrido, después de todo eran mis padres y me querían a su manera, como bien había mencionado mi madre solo era preocupación por mi bienestar y ese afán de protegerme, pero de eso precisamente era de lo que deseaba huir. No quería protección, ni la deseaba; solo quería contar con su apoyo si lo necesitaba.

Me levanté de mejor humor y aunque ese día fuera la cena de navidad para toda la familia, como era habitual en la familia Peñagón, también se trabajaba, aunque fuese festivo porque por esas fechas era temporada alta, así que no me extrañó no ver a nadie por casa. El olor a café recién hecho y tostadas quemadas inundaba la cocina, supuse que no hacía mucho que

debían haberse marchado y es que con mis nauseas matinales no había forma humana de levantarse tarde, así que me preparé tranquilamente el desayuno y cuando di el primer sorbo de café con leche llamaron a la puerta.

¿Quién podía ser? Dudaba que fuera alguien del pueblo, todos sabían que se encontrarían en la fábrica y menos aún si era el cartero o el panadero. ¿Tal vez mi madre avisara de que habría alguien en casa? No me importó estar en pijama, así que abrí la puerta pensando que sería algún tipo de repartidor o mensajero y mi sorpresa fue ver a un hombre completamente trajeado con un maletín colgando de su brazo.

«Pues sí que se visten bien ahora los vendedores ambulantes» Pensé visualizando aquel traje de buena calidad hecho a medida.

El hombre parecía de mediana edad, yo diría que pasando la cincuentena por sus abundantes canas en su cabello castaño. De ojos verdes y rostro algo pálido, tenía un semblante serio que daba algo de miedo, pero al mismo tiempo parecía sereno y seguro de sí mismo.

—¿Es usted la señorita Olivia Damas? —preguntó en un marcado acento francés y mi bombilla se iluminó.

«Abogado. Un abogado francés ha venido preguntando por ti» recordé las palabras de mi padre.

—Depende de si es bueno o malo —contesté cruzándome de brazos.

«Como me de alguna citación o algo así le mando al cuerno» pensé recordando algunas películas que había visto sobre el tema.

—Mi español no es muy bueno —contestó algo cohibido—, pero he estado buscándola durante semanas y ésta es la única dirección en la que consta su residencia —añadió ahora en francés—, necesito que se identifique para poder hacer acto de entrega sobre la última voluntad de la señora Charpenlier.

¿La señora Charpenlier?, ¿Había dicho la señora Charpenlier?

«¡Oh dios mío ha muerto!» gritó mi subconsciente mientras me llevaba una mano a los labios en señal de asombro.

Aunque sabía que le quedaba poco tiempo lo cierto es que había pensado que de algún modo viviría mucho más, al menos en mi recuerdo que era como mayormente la estimaba. En aquel momento sentí una gran tristeza, un leve vacío interior por saber que no volvería a verla y mis ojos se empañaron por su recuerdo.

—¿Cuándo murió? —pregunté casi en un susurro.

—Hace seis semanas —respondió sin dudar—. Tras la lectura del testamento de la señora Charpenlier y según como ella mismamente dejó estipulado, debía buscarla para hacerle entrega de una carta.

¿Por qué razón me habría dejado una carta?, ¿Tal vez solo quisiera reiterar sus últimas palabras como hizo mi abuela?

—Por supuesto, pase —dije abriéndole completamente la puerta y dejándole entrar. Agradecí infinitamente que no se encontrara nadie en casa para que no se enterasen del asunto y sobre todo, porque no estaba segura de evitar poder romperme completamente y comenzar a llorar, así que prefería hacerlo en la intimidad de aquellas cuatro paredes.

Después de identificarme, el abogado de la señora Charpenlier leyó en voz alta una especie de artículos sobre leyes y después me hizo entrega de un sobre marrón sellado.

—Todo lo que necesita saber al respecto se encuentra dentro de ese sobre, señorita Damas, pero si necesita cualquier cosa no dude en llamarme —mencionó haciéndome entrega de una tarjeta de identificación; Hernand Deveraux.

Tras marcharse el señor Deveraux, cogí el café que ya se había quedado bastante frío y me olvidé de las tostadas con huevos revueltos que me había preparado, en aquel momento lo que menos tenía era hambre, así que me encerré en mi habitación y rasgué el sobre. No tenía la menor idea de que contenía, pero mi impaciencia unida al afán de saber que estaría ligada de por vida a esa familia por mi hijo no me dejaba que lo pospusiera.

Dentro de aquel sobre había una especie de folleto con documentos, una libreta bancaria que no entendí que significaba y un sobre blanco de menor tamaño. Imaginé que allí estaría la carta que relataba el contenido del sobre, así que la abrí y comprobé que eran varias paginas dobladas, cuando leí mi nombre en ellas mis ojos se empañaron y pensé que aquella había sido la última voluntad de la señora Clarissa, que después de todo alguien de aquella familia me había querido.

Mi muy querida Olivia.

Probablemente ahora estés triste al conocer mi muerte o lamentos tanto como yo que no podamos volver a vernos, pero me gustaría agradecerte los meses que pasaste a mi lado, esos meses en los que me devolviste la ilusión y

me hiciste recordar tiempos pasados junto a la única persona que verdaderamente amé, la misma en la que pude encontrar tu sonrisa, tu espíritu y su gran legado.

Es mi deber contarte esta historia, relatada de mi puño y que un día me relató el mismísimo Francois antes de morir.

Hace cincuenta y cinco años, Francois de la Court conoció a una mujer por la que se maravilló completamente y la convenció para ser su musa. Ella rehusó al principio, pero Francois podía llegar a ser muy insistente, así que aprovechando las buenas intenciones de aquella mujer y de la profesión que ejercía, hizo que ella viajara a París y que permaneciera durante una semana a su disposición, no solo fue su musa, sino que aquella mujer se convirtió en su amante.

Tras aquel encuentro, ella regresó de nuevo a su hogar y tres meses más tarde, cuando él decidió buscarla porque no podía olvidarla,, descubrió que se había casado y estaba esperando un hijo; su hijo. El único hijo que realmente tendría de su propia sangre.

Ella le hizo prometerle que jamás confesaría aquel secreto por respeto a su marido y a su familia. A pesar de su reticencia inicial, Francois se lo prometió y lo cumplió hasta el último de sus días a pesar de que ese sentimiento de añoranza lo persiguió hasta el último de sus alientos.

Quizá no comprendas porque te cuento esta breve historia con pocos detalles, pero tal vez puedas ponerle rostro a esa mujer cuando sepas que su nombre era Fernanda Peñagón.

Si he decidido sacar al fin este secreto a la luz, es porque creo que mereces saberlo, porque veo en ti el espíritu de mi difunto marido y porque confío en que su legado, permanecerá latente contigo, puesto que es innegable que eres su nieta.

Se que te corresponde mucho más de lo que puedo ofrecerte, pero dejo a tu disposición un fideicomiso que te permitirá vivir cómodamente mientras forjas tu futuro. Siento no poder darte lo que te mereces, pero no olvides que por tus venas corre la sangre de Francois de la Court y no necesitas tener su apellido para demostrarle a todos que lo eres.

Hasta siempre, Clarissa Charpenlier.

—No puede ser cierto... —suspiré en voz alta llevándome una mano de forma inconsciente a la boca y releendo de nuevo aquellas palabras por si en mi confusión de traducción mental había errado al hacerlo.

¿Cómo iba a ser posible que yo fuera nieta del propio Francois de la Court? Eso era imposible, ¡Completamente inverosímil!

Quizá la señora Charpenlier estaba desvariando o se había confundido por alguna razón, ¿Cómo si no iba a ser posible que mi abuela Fernanda tuviera un amorío con el señor de la Court? No, no y no. Definitivamente eso era imposible... pero, ¿Y porqué se iba a inventar Clarissa una historia tan absurda? Precisamente había sido mi abuela la que me había dado la dirección de su casa, casa en la que habían vivido los de la Court durante años, ¿Sería porque conocía esa dirección?

En ese momento recordé la presión de mi padre por saber si en la carta que ella me había dejado dicho algo más, información relevante... ¡Dios!, ¡Lo sabía!, ¡Mi padre lo sabía!

Me dio igual estar en pijama y con las panchuflas de estar por casa. Carta en mano crucé el pequeño camino de grava que había desde la casa de mis padres hasta la fábrica y entré decidida con paso firme importándome un comino que tanto mis primos como mis tíos se quedasen observándome atónitos. No me detuve hasta llegar al despacho de mi padre que tenía la puerta entreabierta y le encontré rodeado de papeles.

—Tu lo sabías, ¿Verdad? —exclamé alzando la voz para que se diera cuenta de que estaba allí presente.

En aquel momento mi padre alzó la vista y pareció confuso, como si no entendiera a qué me refería y algo sorprendido por las pintas que llevaba, aunque en aquel momento ir en pijama era lo que menos me importaba.

—No sé a que te refieres Olivia —contestó contrariado.

—¿No sabes a qué me refiero? —grité importándome muy poco que me escucharan los más ansiosos por el cotilleo—. Tal vez la simple mención del apellido *de la Court* te refresque la memoria... —ironicé cruzándome de brazos y vi como el color del rostro de mi padre pasó a tener una tez completamente pálida.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —La voz de mi madre se hizo presente en el despacho y la vi entrar como un torbellino mientras cerraba la puerta y nos miraba a ambos.

No tenía la menor idea de si ella sabía algo, pero intuía que un secreto así

era imposible que lo hubiera guardado solo mi padre para sí mismo, por lo que deduje que ella también debía saberlo.

—Lo sabe —dijo de pronto mi padre llevándose una mano a la frente y suspirando como si le faltara el aliento—. La niña lo sabe —insistió dirigiéndose a mi madre y ésta exclamó una especie de aullido de conmoción mientras se llevaba las manos al pecho.

No podía ser real, ¿De verdad aquella película surrealista estaba sucediendo?, ¿De verdad mi abuela había tenido una aventura con el marido de la señora Clarissa?

«Esto no me está pasando a mi. ¡Joder!, ¡Estoy esperando un hijo de un de la Court y resulta que la sangre ya corre por mis venas!» asocié rápidamente no pudiendo creer lo enrevesado de la situación.

—¿Cómo lo sabes?, ¿Cómo es posible que lo hayas descubierto? —inquirió mi madre que parecía tener más poder de reacción que mi padre, que se había quedado impertérito.

—Lo que menos importa ahora es la fuente, sino el hecho de que sé que somos descendientes de Francois de la Court y lo que eso cambiaría nuestras vidas.

Si mi padre demostraba que era su hijo, el único hijo legítimo del gran diseñador de la Court, una gran parte de la herencia le pertenecería y definitivamente eso podría cambiar drásticamente nuestras vidas. Aunque lo que menos me interesaba en aquel momento era precisamente la herencia, sino restregarle en la cara al imbécil del dios nórdico que su podrido dinero me pertenecía por derecho propio más que a él, pese a no quererlo.

—No cambiará nada. No se hará nada y definitivamente esa información no saldrá de este despacho —dijo de pronto mi padre con un tono de voz tan serio y taciturno que pensé que sería una amenaza.

¿Por qué?, ¿Qué había que esconder para que no pudiera revelar que él era el hijo legítimo de Francois de la Court?

—¿Qué?, ¿Por qué? —exclamé no comprendiéndolo.

—Mi padre es y siempre será Diego Damas —puntualizó—. ¿Has pensado en las repercusiones que tendría si se sabe la verdad? No mancharé el nombre de tu abuela, ni la pondré en boca de todos porque un hombre la engañara. Ella quiso a tu abuelo y eso me basta para que todo quede entre nosotros. Además, así fue su voluntad durante todo este tiempo y cuando hace diez años me reveló la verdad, fui yo quien quiso guardar silencio por

respeto a mi padre.

Iba a responder, pero de pronto comprendí que en parte tenía razón. Vivían en un pueblo pequeño donde las habladurías estaban a la orden del día y probablemente el nombre tanto de mi abuela como de mi abuelo se vería impregnado de falsedad y repulsión al conocerse la verdad de los hechos, sobre todo porque todos sabrían que ella le engañó, que se casó con él solo para camuflar su embarazo por vivir en una época donde ser madre soltera era peor visto que tener lepra. No la culpaba de buscar una salida inmediata y a fin de cuentas mi padre tenía razón, ella quiso a mi abuelo y tuvo más hijos con él formando así una familia numerosa, solo que ahora podía comprender mi inquietud, mi afán por ir lejos, por el diseño y la moda, por no encontrarme a mi misma en ese lugar y definitivamente conocía las razones por las cuales habían tratado de retenerme desde el principio.

—Durante todo este tiempo me habéis impedido ir a París a cumplir mi sueño por temor a que lo descubriera, por miedo a que se revelara la verdad.

No era una pregunta, sino una afirmación de la realidad y lo cierto es que no necesitaba una respuesta, aunque la buscara.

—Solo tratábamos de protegerte de esa familia. En algún momento habrían conocido la verdad y tienen demasiado poder para saber ocultar lo que no les interesa, así que prométeme que no te acercarás a ellos, que no tendrás ningún vínculo con alguno de sus miembros. No quiero que mi hija termine siendo otra española desaparecida como lo fue la esposa de Gaspard de la Court.

«Tarde» pensé.

¿A eso se debía su miedo?, ¿A que terminara siendo víctima de los de la Court? Más valía no mencionar que esperaba un hijo del propio cabeza de familia o me crucificarían viva.

Por más que lo deseara o quisiera, debía respetar la voluntad de mi padre de no remover el pasado y sacar a la luz sus verdaderos orígenes, pero al menos podía usar esa baza a mi favor, no lo consideraba un chantaje, pero se aproximaba a serlo.

—Está bien —asentí sabiendo que había prometido incluso al propio Edmond no hacerlo, que no tendría trato alguno ni me acercaría a su familia —. Yo no me acercaré a los de la Court, no tendré trato alguno con ellos y no revelaré este secreto de familia si a cambio aceptáis no hacer preguntas sobre mi vida en París —añadí completamente segura de mis palabras.

En aquel momento mi madre miró a mi padre buscando en sus ojos cierta complicidad y este asintió con la cabeza como si aquello confirmara que tenía más miedo de que se revelase el secreto familiar que el hecho lo que hiciera o deshiciera en la ciudad del amor.

—No habrá preguntas —aseguró mi padre con cierta pesadumbre en su rostro por tener que ceder en ese punto.

—Bien. Pues ya que hemos llegado a un entendimiento, puedo deciros abiertamente que estoy embarazada —solté sin rodeos—. ¡Enhorabuena!, ¡Vais a ser abuelos! —exclamé con cierto tono entre ironía y diversión que no sabía muy bien como me había podido salir de la garganta porque por el rostro serio de mi padre y la boca abierta desencajada de mi madre, supe que habrían esperado cualquier cosa menos esa.

«Si ahora me dicen que no vale el acuerdo, saldré huyendo»

Capítulo 21

Tres años después.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —insistió Estelle por enésima vez.

Ahora era mi asistente después de haber sido compañera de estudios hasta que finalizamos juntas la carrera hacía solo unos cuantos meses.

Aún no podía creer que gracias al fideicomiso que me había dejado la señora Charpenlier, había podido compaginar perfectamente mis estudios con el trabajo y aún así poder tener a la persona que se había convertido el centro de mi vida y todo mi mundo a mi lado; mi pequeño Francois.

Me importó muy poco la opinión de mi padre respecto al nombre de su primer nieto, aunque era uno muy común en Francia, solo mis padres y yo conocíamos la verdad; se llamaba así por su bisabuelo. No podía creer lo rápido que pasaba el tiempo, más aún cuando apenas tenía dos años y medio de vida y parecía que fue ayer el momento de su nacimiento.

Nunca podría olvidar a Daniel a mi lado, quien se había convertido en mucho más que un amigo, era como un hermano y un tío para Francois, quien le adoraba con auténtica devoción, algo que jamás conocería de su propio padre. Evitaba pensar ese sujeto, en ese dios nórdico a pesar de no desearlo, aunque fuera inevitable hacerlo ya que le veía cada día en los ojos azules de Francois y en el cabello rubio que mi hijo había heredado de él, quizá lo único que obtendría porque no había vuelto a tener noticias sobre Edmond de la Court desde que vi su anuncio de matrimonio en la prensa poco después de dar a luz.

Ni tan siquiera conseguí leer todo el artículo que venía en aquella revista porque fui incapaz de hacerlo. Tenía que reconocer que cuando divisé su

nombre en aquella portada sobre la mesa blanca de la peluquería a la que solía acudir, casi me dio un vuelco el corazón. No es que no hubiera esperado que se casara o tuviera una familia, de hecho no me sorprendió que lo hiciera con una mujer adinerada de una familia prestigiosa y acomodada, lo extraño habría sido que no lo fuera, pero no podía evitar que en cierto modo tanto mi hijo como yo habíamos quedado fuera de la ecuación, lejos de ese mundo perfecto que él estaba creando y lo peor de todo era que de alguna forma, no podía evitar sentir algo por él. No podía definirlo ni como amor, ni como odio, pero lo único cierto es que no me era indiferente y eso me molestaba.

¡Idiota!, ¿Y pensar que iba a buscarle para decirle que tuve finalmente a su hijo?, ¿En qué demonios pensaría? Tal vez la respuesta era que tras dar a luz a mi pequeño, un mar de sensaciones me embriagó. No solo descubrí un amor infinito o un cariño devastador hacia alguien que había alojado en mi vientre durante nueve meses, sino que mi juicio se nubló y pensé que si yo sentía eso, el padre de aquella criatura también debería sentirlo, ¿no?

¡Ilusa!, Por suerte recuperé la cordura antes de acudir hasta él, antes de llegar a la más absoluta certeza de que, aunque yo no pudiera pasar página, él hacía tiempo que lo había hecho y que pensaba formar una familia por su cuenta.

—No. Ya sabes que prefiero pasar el poco tiempo que tengo libre con mi hijo, eso sin contar con que prefiero seguir en el anonimato.

—Nadie sabría que eres Olive Dufort. Todo el mundo cree que eres un hombre, jamás sospecharían de ti siendo mujer.

Ni tan siquiera había pensado en las consecuencias cuando elegí ese nombre representativo. Dominique Lysson me dijo que tendría que firmar algunos de mis diseños para presentarlos en colección e indicó que mi nombre era demasiado español, que tal vez necesitara algo más comercial y con cierto gancho, así que decidí acortar mi nombre para conservar algo real y buscar un apellido fuerte, potente... Dufort significaba fortaleza, así es como Olive Dufort nació de la nada y ahora había pasado de ser la pequeña aprendiz que soñaba con que uno de sus diseños saliera en desfile a tener más del cincuenta por ciento de diseños propios en las colecciones que sacaba Devegnon.

Aún no había sacado una colección completa propia, probablemente jamás lo haría, pero ya habían llegado algunas ofertas a mi despacho sobre propuestas de otras casas de moda bastante atractivas en las que sí me lo

ofrecían, aunque eso había hecho que mi cuenta bancaria creciera y que Lysson me diera más libertad sobre mis ideas. Estaba siendo valorada en el mundo del diseño, estaba creando un nombre que comenzaba a estar en boca de todos, aunque no fuese el mío propio y debía reconocer que una parte de mi no acudía a aquellos eventos para no cruzarme con aquel dios nórdico, para no volver a verlo, para sencillamente evitarlo porque me daba miedo.

Miedo de enfrentarme al pasado. Miedo a que descubriera que tenía un hijo y deseara arrebatármelo. Miedo a creer que las cosas no habían cambiado. Miedo a sentir que él seguía teniendo más poder y sobre todo miedo a mis propios sentimientos al respecto.

No. Aunque fuera una acción cobarde prefería seguir en ese anonimato cómodo en el que me hallaba. En la seguridad de que nadie fuera de la empresa, sabía que Olive Dufort era en realidad Olivia Damas.

—Está bien, como tú quieras... me encargaré de supervisar que todo sale bien como siempre, pero algún día tendrás que dar la cara, la gente ya habla de quien eres realmente y porque nunca vas a los desfiles cuando el resto de diseñadores siempre lo hacen.

—Gracias Estelle, sé que no necesito ir si estás tú y llegado el momento quizá lo haga, pero por el momento prefiero seguir como hasta ahora y disfrutar de mi pequeño.

Tal vez algún día el propio Lysson me obligara a dar la cara, pero hasta el momento había respetado mi decisión de permanecer en el anonimato solo porque era publicidad para su empresa.

—Nos veremos el lunes, disfruta del fin de semana y te pasaré fotos del desfile.

—¡Eres la mejor! —grité antes de irme y correr para no esperar al ascensor antes de que este cerrase sus puertas.

Había prometido ir ese fin de semana al pueblo. A pesar de que mis padres no habían tomado de buen agrado la noticia de ser abuelos, lo cierto es que me hostigaban para que fuera de visita cada poco tiempo o se presentaban ellos en París por sorpresa. Al principio me costó trabajo convencerles de que no pensaba renunciar a mi hijo ni a mi carrera, pero si algo tenía en esta vida era obstinación y aunque las cosas no mejoraron cuando tuve a Francois y me vi completamente sola salvo por la niñera que había contratado, pensé que quizá mi madre había tenido razón y que el mejor lugar donde me encontraría sería en casa, pero solo por no escuchar sus

palabras; *te lo dije*, seguí adelante hasta que encontré mi propio equilibrio, ese en el que apenas dormía cuatro horas diarias y tomaba demasiado café para mantenerme despierta, pero finalmente obtuve la recompensa, una que comenzaba a brillar cada día con más intensidad aunque mi mayor regalo fuera llegar a casa y que me recibiera aquella inmensa sonrisa mientras corría hacia mi con los brazos abiertos, ese momento era el más mágico de todo el día.

—¡Mamaaaaaaaaaa! —Escuché el grito nada más cerrar la puerta.

Me había mudado a ese piso cerca del centro de la ciudad poco antes de dar a luz porque lo de compartir piso con un bebé no era una opción y ciertamente necesitaba mi privacidad. Aunque el edificio era antiguo y carecía de ascensor, era tan pintoresco y estaba tan bien situado que merecía la pena. A pesar de que la señora Charpenlier me había dejado una cuantiosa suma a mi disposición, no quise malgastarlo en un alquiler, por lo que preferí no buscar nada ostentoso y después de vivir allí más de dos años le había cogido cariño al lugar, pese a que los juguetes de Francois estuvieran siempre por todas partes al no tener su propia habitación de juegos.

—¡Mi pequeño! —exclamé acogiéndolo en mis brazos y alzándole para entrar en el salón del apartamento.

Mis ojos vislumbraron a Daniel y supuse que él habría despedido a la niñera mientras se quedaba con el pequeño, algo bastante habitual en él ya que gozaba de más tiempo libre al tener más empleados en su pastelería.

—Llegas más temprano de lo habitual —dijo sonriente.

—Si. Este fin de semana bajamos al pueblo, así que salí un poco antes. Además es el desfile y ayer terminé tarde ultimando todos los detalles.

—¿Y no irás? —preguntó alzando una ceja.

—No hace falta que asista. Estelle puede supervisar a las modelos sin mi, ella conoce perfectamente como lo quiero todo y prefiero estar con Francois.

Podía engañar a casi todo el mundo, a todos menos a Daniel que parecía conocerme casi más que yo misma.

—¿Hasta cuando huirás de él?, ¿Acaso crees que podrás evitarle eternamente Olivia? —insistió.

—Francois, ¿Por qué no vas a hacer tu maleta de juguetes mientras yo hablo con el tío Daniel? —dije mientras dejaba a mi hijo en el suelo y le veía salir corriendo hacia la habitación—. No huyo de él —mentí descaradamente mientras me dirigía hacia la cocina y comenzaba a llenar la pequeña nevera

de Francois con varios potitos, yogures y fruta—. Es más, probablemente si me viera ni siquiera se dignaría a hablarme, me dejó muy claro la última vez que nos vimos que no deseaba volver a verme, por tanto dudo que hiciera otra cosa más que ignorarme.

—No vas a ser libre hasta que no te enfrentes a él Olivia. Hasta entonces no podrás ser tú misma y no esta versión reprimida que hasta ahora ostentas.

Daniel tenía razón, como en cada ocasión en la que habíamos hablado sus palabras estaban cargadas de fundamento, el problema residía en que era incapaz de hacerlo y por culpa de ello vivía con miedo constante, como si temiera que de la noche a la mañana llegase para quitarme a mi hijo y arrancarme así el corazón dejándome sin nada como ya lo hiciera una vez.

Llevaba casi veinte minutos de reloj escuchando las alabanzas de Estelle hacia la colección que habíamos presentado en el desfile y sobre todo, la expectación que habían causado varios de mis diseños hasta el punto de tener sobre la mesa varias proposiciones en firme para comercializarlos en cadena.

Aún no podía creermme que fuera a ver mis propios diseños en tienda, probablemente en un gran número de mujeres de la ciudad y de todo el mundo. ¡Aquello era casi un sueño hecho realidad!

—¡Y tú te lo perdiste! —instó en el momento que iba a dar un sorbo a mi café bien cargado. Había pasado de tomar un café con leche siendo más leche que café bien azucarado a café solo y a ser posible sin apenas azúcar para que fuera más fuerte su sabor.

—Ya te dije que no importa, pero me alegro de que haya ido bien, eso significa que tendremos mucho trabajo en las próximas semanas —sonreí esperando que de un momento a otro Dominique apareciera en mi despacho o me hiciera llamar para darme las buenas noticias.

—Casi se me olvidaba. Ha llegado esto para ti a la oficina hoy a primera hora —dijo entregándome una carta en un sobre blanco sobrio dirigida a Olive Dufort. Extrañada le di la vuelta y contemplé el sello de una corona envuelto en media circunferencia. Alcé una ceja extrañada, ¿Sería algún tipo de asociación de diseñadores o algo así? Me di de bruces contra mis propios pensamientos cuando la abrí y al desplegarla pude leer con perfecta claridad que provenía de la Court Royale.

«Oh dios mío. ¡Oh dios mío!» gemí llevándome una mano a la boca pensando en lo peor.

Me ha pillado. ¡Sabe que estoy aquí! Pero entonces leí de nuevo el apodo

que me representaba en lugar de mi nombre real y verifiqué que era la Court Royale quien enviaba esa carta, no el propio Edmond.

Estimado señor Olive Dufort.

Nos complace felicitarle por su excelente trabajo en la colección presentada por Sevegnon este pasado fin de semana y sería para nosotros un honor conocerle.

Es por tanto que le invitamos a nuestra sede para que conozca como trabajamos y llegar a un posible acuerdo del que estamos seguros que será beneficioso para ambos.

Sin más dilación, esperamos tener noticias tuyas.

Atentamente; la Court Royale.

—No puede ser... —jadeé releendo aquellas letras y no creyendo que aquello fuera real.

¿De verdad la Court Royale estaba interesada en Olive Dufort?, ¿De verdad era tan buena para que ellos enviaran explícitamente una carta de propuesta?

—¡No lo puedo creer! —grité esta vez más alto a la vez que me reía.

—¿Qué ocurre? —preguntó entonces Estelle que aún permanecía en mi despacho recogiendo las tazas de café que nos habíamos tomado juntas.

—Ocurre que la Court Royale me está ofertando una propuesta —dije con media sonrisa.

—¿En serio? —exclamó asombrada y le enseñé la carta mientras devoraba rápidamente aquellas breves pero concretas palabras—. ¿Qué harás?, ¿Vas a aceptar? Porque déjame decirte que serías una idiot...

—Nada —irrupí antes de que terminara su frase—. No pienso hacer absolutamente nada —insistí igual de sonriente.

Aunque cierta parte de mi fuero interno se regodeaba en saber que el propio Edmond deseaba a la diseñadora que yo representaba y me habría gustado restregarle en la cara lo que había perdido por burlarse de mi, al mismo tiempo era consciente de que no me acercaría a él y no solo por que le prometí no hacerlo, sino porque no me interesaba en absoluto que conociera mi verdadera identidad, menos aún la existencia de Francois.

—¿Cómo que no harás nada? —insistió Estelle.

—Lo que oyes —aseguré—. Y hazme un favor. Llámales para decirles

que eres la representante de Olive Dufort y que no está interesado en su oferta.

Los ojos de Estelle indicaban una clara señal de que creía que me había vuelto loca y en el fondo no le quitaba la razón de no ser porque había asuntos personales por los cuáles actuaba de aquella forma. El sueño de cualquier diseñador era precisamente ese; escalar hacia la cima y la Court Royale representaba dicha cima.

—Tú no preguntes Estelle. Por favor, solo haz lo que te pido y bajo ningún concepto pueden saber que Olive Dufort es en realidad una mujer y que dicha mujer soy yo. ¿Entendido? —dije señalándola con el dedo como si aquello fuera una amenaza.

—Ni sé porqué actúas de esta forma, pero tus motivos tendrás. Haré lo que me pides aunque considere que sea un error.

—Gracias, ¡Eres la mejor! —exclamé con una enorme sonrisa—. Manténme informada si hay alguna novedad, aunque lo más seguro es que no vuelva a tener noticias de la Court Royale después de rechazar su invitación.

Con lo orgulloso que era Edmond, dudaba siquiera que volvieran a pronunciar el nombre de Olive Dufort en aquel lugar, pero... ¿Desde cuándo acertaba yo en alguna teoría respecto al dios nórdico?

Solo nueve días después, tenía otra carta de la Court Royale con una propuesta más jugosa sobre la mesa de mi despacho.

«No podía ser cierto... ¡Maldito karma!, ¿Es que no me podía dejar en paz como en estos tres años atrás?»

En el momento que Estelle cerró la puerta con cautela supe que venía a decirme algo que no deseaba que nadie más supiera.

—¿Qué ocurre?, ¿Es que han adelantado la reunión de la presentación para la próxima colección? —exclamé algo asustada.

Apenas habían pasado tres semanas desde la última colección, pero ya estábamos inmersos en la siguiente si queríamos llegar a tiempo para la competencia y Dominique me había cedido el ochenta por ciento debido al gran furor que habían causado mis diseños en el último desfile.

—No. No se trata de eso —contestó con cierto nerviosismo.

—¿Y entonces?, ¿Qué ocurre?

No entendía que podía ponerla en ese estado de nerviosismo.

—Ya sabes que han llegado varias cartas de la Court Royale a tu nombre, quiero decir a nombre de Olive Dufort...

Estelle alzó las manos para indicarme y dejé lo que estaba haciendo para ponerme de pie y cruzarme de brazos. La sola mención de ese lugar me alteraba, me ponía nerviosa porque sabía de quién se trataba.

—Si, y respondiste a todas ellas con una negativa, ¿no? —exclamé airada.

—Si. Si. Si. Hice todo lo que me dijiste que hiciera, pero es que hoy han llamado, ¡Olivia han llamado diciendo que quieren saber cuáles son tus condiciones para pactar un acuerdo!

¿Tan interesados estaban en mí? Había creído que desistirían a la primera negativa, pero en su lugar habían enviado cuatro cartas y ante una cuarta negativa habían llamado.

—¡Pues diles que no me interesa trabajar en su empresa! —bufé llevándome una mano a la cabeza.

—¿Es qué no te das cuenta de que están dispuestos a pagar lo que sea por tenerte? Su última oferta fue mucho más que razonable teniendo en cuenta que se trata de un diseñador novel, ¿Quieres hundir tu carrera antes de empezar o estás completamente loca?

Si, visto desde el punto de vista de cualquier persona cuerda yo estaba completamente loca, el problema era que no quería acercarme a ese lugar a menos que Edmond desapareciera.

—Tengo mis razones para rechazar esa oferta y no hay más que hablar. Estoy muy bien donde estoy y aquí me pienso quedar.

Estelle bufo una especie de maldición y dudé un instante si revelarle o no la verdad, pero era plenamente consciente de que por más confianza que tuviera en ella, los secretos cuantas menos personas los supieran; mejor. Para mí la prioridad era mi hijo y lo que menos deseaba es que pudiera correr algún tipo de peligro, por eso para todo el mundo, el padre de Francois nos abandonó al enterarse de que estaba embarazada y se fue a su país; Holanda.

—No pido que me comprendas Estelle, pero confía en mí. Ese lugar no es para mí.

—Vale. Vale, aunque hablando así cualquiera diría que los conocieras —exclamó haciendo ademán de irse.

Tal vez no le pudiera decir que Edmond era el padre de mi hijo, pero sí que había trabajado para la señora Charpenlier.

—Les conozco —admití revelando que había trabajado para Clarissa y omitiendo demasiados detalles comprometedores.

Si revelar cierta información me servía para que Estelle rechazara y omitiera todo lo proveniente de la Court Royale, que así fuera.

Capítulo 22

EDMOND

—¿Cómo que ha rechazado la oferta? —exclamé airado y sin lograr comprender exactamente qué demonios pasaba por la cabeza de ese hombre que había sido nombrado diseñador revelación del año a pesar de no estar siquiera en el desfile.

La Court Royale siempre —y recito siempre porque así había sido desde que mucho antes de que mi difunto abuelo Francois de la Court falleciera—, tenía a los mejores diseñadores del mundo y ahora parecía que ese viejo demacrado de Lysson había encontrado a una roya mística que nadie conocía.

¿Quién demonios era Olive Dufort?

No existía ninguna fotografía, pista o dato alguno sobre ese hombre. Se decía que era un joven de mucho talento, pero más que talento parecía ser idiota cuando había rechazado las cuatro ofertas que le había presentado la empresa. Supuse que Sevegnon debió ofrecerle una cuantiosa suma para que no se escapara su gallina de huevos de oro, pero tras ofrecerle un cheque en blanco, su respuesta había sido un rotundo y magnánimo no.

¡Que se vaya a la mierda él y sus diseños!

—Lo que oye señor de la Court. La representante de Dufort ha negado la oferta y ha recalado que no le interesa trabajar para la Court Royale. Ni ahora, ni en el futuro.

—¿Y quien se cree que es ese tal Dufort para rechazarnos?, ¿Acaso cree que obtendrá mejores ganancias o premios en Sevegnon? —Mi humor no rozaba el sarcasmo, lo era literalmente hablando.

—Me consta por las averiguaciones que he hecho, que ha recibido ofertas de todas las compañías de diseño y las ha negado todas señor de la Court.

Si esperaba que me sintiera menos ofendido por ello, no lo estaba. Nadie rechaza a la Court Royale, ¡Menos aún un cretino recién salido de la universidad!

—Quiero que cierres una reunión con Dominique Lysson de inmediato.

Vi como mi asistente afirmaba un gesto con la cabeza mientras lo apuntaba en su agenda y salía de mi despacho.

Ya no era una cuestión de tener o no al diseñador revelación del año, cosa que perseveraría el prestigio de la Court Royale, sino que nadie osaba

rechazarme y menos de una forma tan descarada. Definitivamente aquello se había convertido en un reto personal.

«Lo quieras o no, Olive Dufort, trabajarás para mi» jadeé mientras observaba por el ventanal de mi despacho.

La Court Royale era lo único que me quedaba en la vida, esa empresa era todo para mi; el legado de mi abuelo, el recuerdo de mi abuela y yo era la única persona al frente después de que Antoine decidiera no querer formar parte de aquello a pesar de mi insistencia. Yo era la única persona que mantenía vivo el recuerdo y así lo seguiría haciendo hasta exhalar mi último aliento sin que nada, ni nadie se interpusiera en mi camino.

«Más le valía a ese tal Dufort que tuviera una buena razón para rechazar mis ofertas o descubriría que a los de la Court, no se les rechaza jamás»

Me daba igual la forma de conseguirlo, pero tenía claro que lo quisiera o no, no le dejaría otra opción si era necesario más que aceptar mi propuesta.

Ya no se trataba de una cuestión laboral, sino personal. No aceptaba un rechazo sin más, hasta el momento nada se me había resistido y había conseguido absolutamente todo lo que me había propuesto. Todo menos a *ella*.

A ella no la vi venir, consiguió bajar mis defensas cuando se entregó a mi de aquella forma y descubrí que era el primer hombre que la poseía. Siendo sincero debía reconocer que aquello no solo me agradó, sino que me embaucó, porque en mis intenciones no entraba el hecho de que ella se adentrara bajo mi piel sin siquiera ser consciente de como lo había logrado. Era la primera mujer en toda mi vida que había conseguido hacerlo, que de algún modo no podía evitar dejar de pensar en ella y morir de celos cuando la imaginaba con otro, incluso había conseguido lo impensable para mi; que volviera a decir una palabra en ese idioma que juré no volver a pronunciar en el pasado.

Me cegó su espontaneidad y carisma, me avasalló el desconcierto de aquel deseo que sentía hacia su cuerpo, pero fue su rostro hermoso con aquellos orbes de color verde lo que hacía que en mis sueños ella siempre apareciera.

¿Cómo podía haber llegado a creer que sus intenciones eran sinceras?, ¿En qué mundo pude haber creído que así era? Ninguna mujer lo era, ¿Acaso iba a ser ella diferente? No. Desde luego que no y me quedó muy claro en el momento que aceptó aquel cheque.

OLIVIA

Aquel lunes sería infernal, aunque todos los lunes lo eran después de pasar todo el fin de semana con Francois. Mi corazón se fragmentaba cuando debía dejarle en la guardería temprano antes de ir a trabajar.

«Era tan pequeño, tan adorable y tan tierno al mismo tiempo» pensé mientras entraba en la oficina y veía como un flamante coche color negro llegaba a las puertas de la oficina.

Era inevitable no fijarse en el brillo de la carrocería nueva, en el pestilente olor a persona rica que desprendía y cuando el chofer se bajó para abrir la puerta trasera, toda mi atención fue captada por la persona que en su interior llevaba.

¿Tal vez se tratara de alguna estrella de cine conocida?, ¿Quizá una artista renombrada?, ¿Una cantante quizá?

Cuando mis ojos vislumbraron esa cabellera rubia junto a una barba bien cuidada y aquel porte de *dios* que el mismísimo Dios le había dado me quise morir.

¿Que demonios hacía Edmond de la Court en las oficinas Sevegnon?

«No. No. No. Esto no puede estar pasando, ¡El jodido nórdico no puede estar aquí!»

Antes de que pudiera reparar en mi presencia me di la vuelta y corrí todo lo que mis zapatos de tacón me podían permitir mientras agarraba fuertemente el bolso y sujetaba las gafas que por suerte eran lo suficientemente grandes para cubrir parte de mi rostro y no delatarme a primera instancia.

Mi pulso era acelerado, tan acelerado que por un momento pensé que se me iba a salir el corazón y fui directa a las escaleras sin pasar por el ascensor.

«Con la suerte que tengo, fijo que me lo encuentro ahí dentro y se bloquea o algo así»

Iba por el segundo piso cuando llamé a Estelle.

—Olivia, ¿No deberías haber llegado ya? —preguntó mi amiga que parecía bastante tranquila.

—¿Tu sabes porqué Edmond de la Court está aquí en Sevegnon? —

pregunté casi en un susurro, como si me diera miedo que pudieran oírme.

—¿Cómo dices? Te escucho fatal, habla un poco más alto.

«Joder Estelle... como hayas concertado una cita con Edmond te mato» pensé llevándome una mano a la frente y sintiendo sudores fríos.

—¿Tengo alguna cita programada para hoy? —pregunté cambiando de tema.

—No. Hoy llegaban los tejidos e ibas a pasar toda la mañana seleccionando el género que usarás de inspiración en tus modelos.

Vale. Tal parece que Edmond no estaba allí por Olive Dufort, tal vez tenía una reunión con Lysson o con el socio de éste, Patrick.

«No seas idiota Olivia, si entre la Court Royale y Sevegnon siempre ha habido rivalidad por lo que Dominique te contó» pensé recordando que el viejo Lysson me había comentado alguna vez que a pesar de no ser una competencia desleal, sí que existía bastante rivalidad, solo que la Court Royale se había ganado mucho prestigio al vestir a artistas conocidas y estrellas de Hollywood.

—Estelle quiero que me escuches atentamente y prestes atención a lo que voy a decirte.

—Claro, ¿Necesitas que lo apunte? —la escuché seguido del repiqueteo de sus tacones y supe que estaba corriendo hacia su mesa.

—No. Solo quiero que lo retengas en tu cabecita —dije más nerviosa de lo normal—. Si llega alguien, sea la persona que sea, preguntando por Olive Dufort, le dirás que hoy no ha ido a trabajar y que no tienes ni idea de donde está, ¿Queda claro?

—Pero... ¿Es que no vas a venir? —exclamó aturdida.

—Si. Estaré en alguna parte, pero es muy importante que si mencionan mi apodo, digas que no estoy, ¿De acuerdo?

—Estás muy misteriosa últimamente...

—Tengo que dejarte. Envíame la agenda de hoy al móvil, no creo que pase por el despacho y si necesitas decirme algo no me llames, escríbemelo por email o mensaje.

—Está bien, te enviaré todo al teléfono y... ¡Oh dios mío!, ¡Acaba de entrar un bombón andante en la oficina! —exclamó Estelle y en ese momento supe que Edmond había entrado en mi despacho.

¿Por qué demonios había ido en persona a buscarme?

«Pues busca... busca como un perrito que no me vas a encontrar» pensé

mientras me dirigía hacia taller, donde me escondería entre bambalinas el resto del día si era necesario.

—Te tengo que dejar, ¡Recuerda lo que te dije Estelle!, ¡Olive Dufort no está en Sevegnon!, ¡Ni tampoco sabes donde encontrarle!

Traté de respirar, pero lo cierto es que no sentía el aire llegar a mis pulmones, mi corazón estaba desbocado y mi pulso más que acelerado. Tal vez no pudiera huir de él para siempre, pero confiaba en que Lysson le echaría a patadas si sabía que me acechaba en sus propias instalaciones.

Llevaba al menos tres horas catalogando varios géneros de diversos tipos de tejidos para la idea que tenía en mente de la próxima colección de otoño cuando escuché mi teléfono sonar y vi que tenía varios mensajes de Estelle.

Mensaje 1

«El bomboncito relleno de chocolate blanco que ha venido esta mañana a la oficina, ha dejado un sobre para Olive Dufort. Ni tan siquiera ha preguntado si estabas, simplemente ha dejado el sobre y se ha marchado, ¿Me puedes decir quien es y si está soltero?»

Mensaje 2

«Han llegado las nuevas plantillas que pediste, ¿Quieres que te las envíe a donde quiera que estés o que vaya personalmente?»

Mensaje 3

«Dominique Lysson ha llamado varias veces porque no te localiza en tu teléfono, no sé donde estás pero no debes tener mucha cobertura, así que si lees esto; llámale. Dice que tiene que hablar contigo urgentemente sobre un tema muy importante»

¿Qué podía ser tan importante? Comprobé que efectivamente la cobertura iba y venía en el taller, así que salí momentáneamente y subí a una planta superior ya que estaba en el sótano.

—Olivia, ¿Dónde estás? —exclamó un Lysson algo preocupado.

—Estaba en el taller eligiendo géneros, pero dime, ¿Qué ocurre?, ¿Qué es eso tan urgente?

—Los géneros pueden esperar, ven a mi despacho ahora mismo. Tenemos que hablar.

«Nunca un tenemos que hablar presagiaba nada bueno y sospechaba que la visita de Edmond en las oficinas tenía algo que ver en ello»

¿Tal vez Dominique o Patrick se habían enterado de que Edmond había

estado allí buscándome?, ¿Quizá fueran conscientes de que me había estado buscando o que estaba interesado en Dufort? Si estaban preocupados porque pudiera irme o abandonarles, podían estar tranquilos porque no pensaba irme a ninguna parte, menos aún cuando ellos me habían dado la oportunidad en un momento donde yo lo necesitaba más que nadie.

Nada más verme la secretaria de Lysson me hizo pasar, por lo que supuse que sí debía ser urgente cuando no estaba ocupado.

—Dime, ¿Qué es eso tan urgente? —pregunté sentándome en uno de los sillones que tenía en su despacho y observé al hombre mayor pensativo desde su silla de oficina. No estaba tan relajado como otras veces, cualquiera diría que no estaba contento por la buena acogida que había tenido la última colección, de todos era sabido que entraba a comercializarse en tienda la próxima semana, así que ¿A qué se debía su preocupación?

—Ni siquiera sé como decirlo —dijo frotándose las manos algo nervioso.

Conocía a Dominique Lysson desde hacía tres años y jamás le había visto tan... ¿Derrotado?, ¿Qué narices ocurría?

—Sea lo que sea puedes contármelo Dominique, no creo que sea tan grave, ¿Se trata de la colección que entrará en tiendas?, ¿Es que hubo algún problema?

—Si y no —confesó y se alzó de la silla como si eso le diera seguridad para decir aquello que debía confesar.

—Te juro que me estás poniendo de los nervios y aún no sé de qué carajos se trata —dije ahora sintiéndome nerviosa y eso que ya había pasado demasiados nervios desde primera hora de la mañana.

—El viernes tuve una reunión con Edmond de la Court —pronunció seriamente y supe que aquel nombre no presagiaba nada bueno—. Al parecer el muy canalla se ha enterado de que teníamos una deuda con nuestro principal proveedor, pues bien, ha comprado la deuda y me amenazó con anular el envío de los tejidos si no aceptaba su petición. Fue muy claro en sus palabras y lo suficientemente tajante como para no poder negarme a lo que pedía.

—¿Qué quería? —exclamé sin poder pronunciar su nombre siquiera y sin atreverme a saber si él había descubierto que yo era Olive Dufort y que el sobre que había sobre mi mesa esperándome era una especie de demanda o algo así.

«Por favor que no lo sea, por favor que no lo sea» supliqué.

—Quiere a Olive Dufort en su empresa o nos cortará el suministro.

—¡Joder! —bramé dando un golpe en el sofá y alzándome. Realmente no sabía si estar feliz o no porque no supiera que yo era Olive Dufort, porque aquella petición suponía que se enteraría de que sí lo era—. ¿Y si buscáis a otro proveedor? —pregunté con esperanza.

—¿Crees que no lo he valorado?, pero eso supondría un grave retraso en los plazos que nos costaría una suma demasiado elevada, suma que no nos podemos permitir dado el alcance que ha tenido la colección que hemos presentado. Edmond no es idiota, sabe que tienes talento aunque no sepa que eres tú, al menos se sentirá un completo imbécil cuando descubra lo que dejó escapar. La cuestión es que si no aceptas su oferta Olivia, si no firmas ese contrato... nos hundirá.

No podía darle la espalda a Dominique, no cuando él me había ayudado en un momento crítico de mi vida. No cuando gracias a él me había convertido en alguien en esa ciudad. No cuando él me había dado la oportunidad que necesitaba.

—Aceptaré —dije siendo consciente de lo que implicaban mis palabras.

Capítulo 23

«Aceptaré» Recité mis palabras mientras tenía el contrato que había sacado del sobre delante de mis ojos sobre la mesa de mi despacho.

¿Y porqué carajos le he dicho que aceptaré cuando solo tengo ganas de salir huyendo del país e irme a un lugar donde nadie me encontrase?

«Dios mío Olivia, ¡Donde carajos te vas a meter!» gemí en mi fuero interno.

No podía salir huyendo, porque de hacerlo igualmente Edmond se terminaría enterando de quién era verdaderamente Olive Dufort y se preguntaría porqué carajos había huido, eso podría llevarle al hecho de que tenía un hijo, sumar dos más dos y descubrir que era realmente el padre.

No. Definitivamente huir no era una opción.

La otra opción era quedarme y enfrentarle, con suerte puede que montase en cólera y decidiera echarme teniendo en cuenta que me detestaba o al menos pareció hacerlo en el pasado. Si. Esa era una mejor opción porque así no se enteraría jamás de que Francois existía.

Con aquel pensamiento plasmé mi firma en aquel documento, que a pesar de impresionarme la cifra, —una cuantiosa que triplicaba mi actual salario—, distaba mucho de la cantidad que me había llegado a ofrecer anteriormente para que aceptase dejar Sevegnon y me uniera a la Court Royale. Imaginé que era una forma de castigo por no haber aceptado previamente, aunque aquel dinero me bastaba para cubrir todos los gastos que pudiera tener respecto a mi hijo, más aún teniendo en cuenta el fideicomiso de la señora Charpenier que había sabido gestionar con cabeza y del que aún quedaba una buena cantidad disponible.

—Estelle —pronuncié al interfono que comunicaba mi despacho con el de mi asistente y amiga—. Quiero que llames a la Court Royale e informes que Olive Dufort ha firmado el contrato, imagino que ellos te dirán si debes enviarlo a su sede o concertar una reunión.

—Si. Claro, pero... ¿No dijiste que no firmarías? —exclamó Estelle aturrida.

—Si, eso dije, aunque las cosas han cambiado, así que prepárate porque te vendrás conmigo a la Court Royale quieran ellos o no —aseguré sabiendo que me metería de lleno en el terreno enemigo, aunque realmente mi enemigo solo era uno y tenía rostro de dios nórdico.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó atónita.

—Si voy a entrar en esa jauría de lobos, no lo haré sola —contesté tajante—. Solo encárgate de tenerlo todo listo para el momento en que digan que Olive Dufort debe presentarse.

—¡Claro! —exclamó eufórica.

«Mira, al menos había alguien feliz con la idea de trabajar para la Court Royale»

Lo cierto es que en el fondo, muy en el fondo de mi ser, saber que iba a estar en el lugar que creó mi abuelo —mi verdadero abuelo—, me llenaba de orgullo y satisfacción aunque no pudiera compartirlo con nadie, salvo con mi fuero interno, porque ni tan siquiera podía decirles a mis padres la situación, aunque más allá de ello, lo que realmente temía era enfrentar a Edmond.

Una cosa era verle en la prensa o en alguna revista como había ocurrido hacía demasiado tiempo. Podía no serme indiferente, pero si lidiar con ello. Sin embargo cuando me lo había encontrado esa misma mañana en la puerta de la oficina, todo mi ser se había revuelto por dentro y aún así no era lo mismo a saber que me enfrentaría cara a cara con él, ya fuera al día siguiente o dentro de una semana, pero ser consciente que no podría evitar ese momento me consumía, porque por más rabia u odio que acumulara, la sensación de poder que él ostentaba me hacía sentirme más indefensa que nunca.

En el momento que llegué a casa sentí el cansancio brutal de la acumulación de nervios que había acumulado durante todo el día. Toda aquella tensión no podía ser buena para la salud. La imagen de Daniel sentado en el sofá mientras vigilaba el sueño de Francois que permanecía completamente dormido en su balancín favorito me dio cierta tranquilidad y paz mental, esa paz que había buscado sin encontrar durante todo el día.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel. Justamente le había llamado para hacerme el favor de recoger a Francois de la guardería ya que la niñera no podría y yo aún debía dejar algunas cosas cerradas en el taller por si debía marcharme de inmediato.

—No —negué con franqueza y observé a Francois dormido, al

contemplar sus cabellos rubios no pude evitar evocar la imagen de Edmond esa misma mañana y me dio coraje no sentir odio.

«Maldito. Hasta por eso debería odiarte» medité pensando en él.

—He firmado un contrato para trabajar en la Court Royale —solté en apenas un susurro.

—¿Qué has hecho qué? —exclamó y ambos dirigimos la mirada hacia Francois por si éste había despertado, aunque solo se removió para seguir durmiendo e hice una señal a Daniel para apartarnos a la cocina, que a pesar de no estaba mucho más alejada, nos permitía hablar con más libertad.

Le conté a Daniel toda la situación y mi tesitura a la hora de tener que aceptar aquel contrato mientras servía dos copas de vino. Lejos de mi asombro, él coincidió en que realmente había tomado la mejor decisión, claro que si tenía en cuenta que Daniel se pasaba la vida diciéndome que no podía seguir huyendo, sino que debía enfrentarme a Edmond tarde o temprano no era de extrañar. En el fondo había ocasiones en las que me preguntaba si él no sería la voz de mi conciencia.

—Solo espero que monte en cólera y me eche de allí en cuanto me vea aparecer —dije más siendo un ruego que una certeza—. Así no tendré que enfrentarme a él.

—¿Enfrentarte? —exclamó—. Ahora eres tú quien tiene el control de la situación.

—¿Qué control?, No tengo nada Daniel. Por no tener no tengo ni la decisión de donde estar —bufé.

—¿No? —exclamó con una sonrisa de superioridad que no comprendía—. Si ese tipo ha montado todo este circo solo porque desea que trabajes para él, es porque sabe que eres la mejor y él quiere lo mejor.

En ese momento las palabras que Antoine me recordó un día para advertirme del engaño de su hermano se acentuaron en mis recuerdos.

—Y también es un orgulloso de mier.... —callé porque estaba alzando demasiado la voz y susurré—. Es un prepotente, engreído y misógino de mierda que no dejará que le hieran su orgullo.

—Pues haz que se trague su orgullo —contestó tan campante.

—¿Si?, ¿Cómo?, ¿Gritándole a la cara que me pudo tener gratis y no liar este circo que ha montado? —exclamé cruzándome de brazos.

Cada vez que recordaba como había sucedido todo, mi sangre enardecía y me entraban ganas de romper cualquier cosa.

—Esa no sería una mala opción... aunque más bien estaba pensando en que le dejaras en evidencia delante de todos. Su baza juega contra Sevegnon, no contra ti. Sabe que no te puede dañar directamente y menos cuando descubra quien eres, porque me juego el cuello que no querrá por nada del mundo que salga a relucir vuestra historia. Solo debes creerte lo realmente buena que eres Olivia y quizá cuando tú misma lo creas, te des cuenta de que tú eres quien domina la situación.

«Teniendo en cuenta que a estas alturas estará casado y con hijos, imagino que si» pensé en mis adentros.

Cuando Daniel se marchó me quedé meditando mientras me daba una ducha. Aunque me encantaba el momento en el que lo hacía escuchando música, ahora me conformaba con el silencio del intercomunicador que me aseguraba que Francois seguía durmiendo. Quizá tenía razón, quizá no había visto la situación desde el punto de vista a mi favor. Era cierto que la Court Royale tenía insistencia en fichar a Olive Dufort en su plantilla y nunca me había planteado que dicha insistencia solo venía porque realmente mi trabajo era bueno, muy bueno de hecho, pero si tenía que enfrentar a Edmond de la Court, quizá tendría que comenzar por creérmelo.

Tres días. Ese fue el margen para cerrar todo en mi trabajo actual y trasladarme literalmente a las oficinas de la Court Royale.

—¡Tres días! —sollocé en voz alta.

Aunque en el fondo había contado con no tener ni uno, por lo tanto tres me parecía misericordioso, pero probablemente se debía a una petición del propio Dominique Lysson a la que no se habrían podido negar. Eso me permitió cerrar la elección de géneros de la próxima colección a pesar de tener únicamente los bosquejos de los diseños. Esperaba que quien entrase en mi lugar o los propios diseñadores que ya existían pudieran interpretar mis ideas y llevarlas a cabo a su propio estilo y semejanza. No podía hacer más por la empresa que me lo había dado todo y a la que estaría eternamente agradecida. Sentía que era un adiós y no podía evitar sentir nostalgia. No quería marcharme, realmente no deseaba irme, pero entendía que debía hacerlo y aunque Dominique Lysson me aseguró que siempre tendría un hueco para mi en aquel lugar, por algún motivo supe que no volvería... como si una corazonada me dijera que aquel había dejado de ser mi sitio.

Si no fuera porque Estelle caminaba a mi lado, mi falsa seguridad en mi misma se habría ido al traste. Habría una reunión de presentación y

formalización de los contratos a primera hora de la mañana como estaba previsto, de ahí que no solo me acompañara mi asistente, sino también mi abogado por simple formalidad. Solo había estado una vez en la Court Royale y cuando traspasé aquellas puertas el recuerdo de esa Olivia ingenua y tonta volvió a embriagarme. Esa Olivia que formaba parte de mi pasado a la que precisamente en ese lugar le habían dado una bofetada de realidad, esa misma que juró no regresar y había muerto en el pasado para ser en la que ahora se había convertido; una diseñadora emergente hecha a sí misma y que sería capaz de todo por su hijo. No. Ya no había nada de aquella Olivia de hacía tres años.

Nos hicieron pasar a una sala de juntas lo suficiente grande para una treintena de personas y sentí como mis manos sudaban mientras me repetía una y otra vez que no había razón para estar nerviosa, yo estaba allí porque él prácticamente me había obligado a que estuviera. Traté de respirar hondo y expulsar el aire mientras Estelle hablaba con el abogado sobre que creía él que se hablaría en dicha reunión mientras yo me limitaba a guardar silencio.

El tiempo me parecía interminable a la vez que no deseaba que aquella puerta se abriera, pero en el momento que el murmullo de voces fue acallado me di cuenta que la puerta de aquella sala se había abierto y de ella emergieron cuatro personas, por un segundo creí que él no estaría, que tal vez considerase ese tipo de reuniones inferiores a su nivel, pero me equivoqué como siempre hacía con él. Edmond de la Court fue el último en entrar y cerrar dicha puerta para después girarse a los presentes mientras el resto tomaba asiento solo que permaneció completamente quieto y enmudecido en cuanto me vió.

En aquel instante en que sus ojos conectaron con los míos supe que el tiempo se había congelado, un mar de sensaciones brotó en mi interior. Existía el rencor y el recuerdo de aquel tiempo que fuimos amantes, el rostro de mi hijo que veía día tras día plasmado en su imagen era inconfundible, pero lo que permaneció en última instancia fue ese sentimiento de animadversión hacia mi misma por haber sido tan ilusa, tan tonta, tan ignorante de no haber visto lo que él pretendía obtener de mi. Le culpaba a él sin lugar a duda y jamás perdonaría sus últimas palabras, pero me culpaba más a mi por haber sido tan confiada.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó dirigiéndose directamente a mi abogado.

¿Hola?, ¿Es que no tengo boca para contestar por mi misma?

—Disculpe. No comprendo la pregunta —respondió sin comprender el aludido.

—Creo que he sido lo suficientemente claro —contestó tan serio y tan distante, que en otro momento me habría hecho sentir mal, pero en aquella situación sencillamente me regodeé del momento y sonreí—. Creo que fui claro cuando dije que no quería volverte a ver cerca de mi familia o de mi —añadió sin importarle los presentes o las preguntas que pudieran hacer al respecto, eso sinceramente me sorprendió.

Su mirada azul era fría, oscura y sin un atisbo de esa calidez que habría jurado haber sentido tiempo atrás.

«Vamos Olivia. Eso era en tus sueños de idiota enamorada, siempre ha sido así, pero no quisiste ver la realidad»

—Solo estoy aquí porque no me han dejado otra opción —contesté igual de altiva—, pero me iré encantada si ese es vuestro deseo —añadí cruzándome de brazos.

Por un momento pensé que iba a soltarme algo en plan; ¿Ves la puerta? Ya estás tardando en salir

Pero para mi asombro evitó el contacto con mis ojos y dirigió aquella mirada casi vacía a mi abogado.

—¿Qué relación tiene ella con usted?

—Es mi cliente, por supuesto —aseguró mi abogado y en ese momento me entraron ganas de reír.

¡Edmond creía que mi abogado era Olive Dufort! Desde luego no podía ser más irónica la situación.

«Te vas a caer de culo cuando averigües que no es así, querido Edmond»

Aunque era lógico si tenía en cuenta que no había más hombres en la sala salvo él.

—¿Su cliente?, ¿Cómo que su cliente? —exigió ahora más confundido.

«Ahora te las vas a tragar todas a palo seco y sin agua para digerir» pensé mientras por alguna razón sentía que me frotaba las manos en mi imaginación.

—Mi abogado no es Olive Dufort —dije confundiéndolo aún más ya que su mirada volvió a mi tras hablar en voz alta—. Creo que habéis cometido el error de creer que Olive Dufort es un hombre, pero siempre ha sido una mujer.

—¿Una mujer? —exclamó una de las asistentes que habían entrado acompañando a Edmond.

—Mi clienta aquí presente, es decir la señorita Olivia Damas—contestó mi abogado señalándome—, es realmente Olive Dufort —añadió dejando sobre la mesa el registro del apodo que ostentaba a mi nombre—. Aquí pueden comprobarlo.

«¿Y ahora qué?, ¡Payaso!, ¿Aún quieres contratarme para fregar los suelos de tu despacho?» pensé tras ver la cara de estupefacción del gran Edmond de la Court.

Capítulo 24

EDMOND

En el momento en que entré en aquella sala de juntas y alcé la vista para contemplar a los presentes, mis ojos repararon en aquel rostro de aspecto dulce a la vez que aniñado, en esos labios jugosos y carnosos que tanto había anhelado besar en más de una ocasión, aquellos ojos expresivos cuyo brillo chispeante había provocado que se colaran en mis sueños y cuyas pestañas podían provocar un vendaval. El recuerdo de todos aquellos sentimientos duró un ápice de segundo, el tiempo que tardé en recordar que solo era una escaladora social.

¿Qué hacía en aquella sala de juntas? Es más, ¿Qué demonios hacía en mi empresa cuando le dije que no la quería volver a ver cerca de mi familia o de mi?

Tenía muy claro que la quería lejos de allí, lo suficiente para no ser una tentación, en un lugar tan remoto que no sintiera los latidos de mi corazón como lo hacía en los momentos en que ella estaba presente.

¿Cómo había podido llegar a creer que ella sería diferente?, ¿En qué iluso mundo creí que ella podría darme lo que nunca había encontrado en otra mujer?

La indignación hizo que mi sangre hirviera de cólera. Creí que ella sería distinta. Pensé que sería diferente, pero no solo vino con el cuento de que estaba embarazada cuando era técnicamente imposible que yo fuera el padre de dicha criatura si es que ésta existía cosa que dudaba, sino que aceptó aquel jodido cheque demostrándome que esas habían sido siempre sus intenciones al acostarse conmigo; obtener dinero.

Pues bien, no obtendría ni un solo céntimo más de mi.

Había dado por hecho al verla en aquella sala que sería una ayudante, tal vez aprendiz e incluso mi mente divagó hasta incluso pensar que podría ser la amante de Olive Dufort puesto que dotes no le faltaban dado su aspecto, porque si algo había de admitir y ser sincero conmigo mismo es que lucía incluso más hermosa que cuando la conocí y eso ya era admitir demasiado para mi propio juicio mental, pero lo que menos había esperado escuchar es que ella fuera el diseñador que tanto me había obstinado en tener en la empresa, que ella, precisamente esa mujer que tanto me había torturado la conciencia era Olive Dufort.

No. Aquello solo era una broma de mal gusto, una burla a mi persistencia, pero allí, en aquel documento oficial que aquel abogado suyo acababa de mostrar sobre la mesa quedaba más que claro que sí, ella era el diseñador emergente, ella era la que poseía aquel notable talento y por primera vez en mi vida tuve un dilema al que no sabía como hacerle frente porque tendría que tomar una decisión demasiado difícil; renunciar a mi orgullo o exponer al ridículo el apellido de la Court.

«¡Estúpido y mil veces estúpido por no haber indagado más sobre ese tal Dufort!» gemí en mis adentros.

De haberlo hecho no me encontraría en aquel dilema moral, ni tampoco habría tenido que soportar la condenada altivez que mantenía sabiendo que era yo el interesado en ella. Había rechazado mi propuesta hasta en cuatro ocasiones y aún así había persistido en obtenerla.

Sabía que tendría que aceptarla. Que entrara a formar parte de la plantilla y vigilarla de cerca, porque de algún modo quería creer que no podía haber estado equivocado y que ella realmente seguía siendo una impostora en todos los ámbitos.

OLIVIA

No podía apartar los ojos de la cara entre sorpresa, conmoción y al mismo tiempo la absoluta seriedad que mantenía Edmond.

Si no fuera por la tensión que se respiraba en el ambiente habría sacado el móvil para hacerle una foto y enmarcarla en el salón de casa solo por ese pequeño y breve momento de sentirme triunfal.

—Esto podría considerarse un delito por engaño. —Sugirió entonces en ese tono tan brusco y serio que provocaba que el vello de mi piel se erizase y no precisamente por placer.

Me podrían acusar de muchas cosas; exigente, intransigente, firme en mis decisiones, cabezota o meticulosa con los diseños hasta el último detalle, pero mentirosa desde luego no era un apelativo que me caracterizase, eso en todo caso se lo dejaba a él.

—¿Qué engaño? —preguntó mi abogado antes de que yo misma respondiera no comprendiendo a qué se refería exactamente Edmond—. Si se refiere al hecho de asumir que mi cliente era un hombre, eso es algo que la prensa asumió y ella sencillamente no rectificó tal error, pero jamás se afirmó o corroboró en ninguna parte. En lo que representa al hecho de que mi cliente Olivia Damas es en realidad Olive Dufort, tengo plena constancia de que la Court Royale jamás se interesó por saber quién era realmente el diseñador emergente, por lo que eso me lleva a las razones por las cuáles me encuentro aquí, el contrato de mi cliente no será válido hasta que su nombre real figure en el mismo.

«Por algo este hombre cobra lo que cobra» pensé inmediatamente.

—Dada la situación —intervine entonces acaparando todas las miradas, aunque realmente solo existía una que hacía que mi pulso se acelerara—. Tiene dos opciones señor de la Court —mencioné tratando de ser lo más formal y distante posible—, decidir si quiere o no que trabaje para la Court Royale.

«Y hazlo rápido porque tu tiempo se agota».

Su rostro me pareció inexpresivo, como si realmente estuviera decidiendo que debía hacer y asumí que a pesar de todo, aquel hombre no sería tan

egoísta como llegue a creer que lo era o ya habría contestado que saliera por aquella puerta y no volviera a pisar sus instalaciones en lo que me restaba de vida, pero su rostro se volvió más sombrío de lo que de por sí era, no había soberbia, solamente frialdad en su tono de voz.

—Trabajaré para la Court Royale señorita Damas y lo seguiré haciendo bajo el pseudónimo que hasta ahora usaba —contestó bruscamente y me pareció que casi era una amenaza más que una decisión.

Sentía sus ojos traspasarme, como si su intención fuera descubrir que ocultaba, en aquel momento no pude sostener más tiempo su mirada, era como si por un instante pudiera descubrir la verdad, como si me pudiera leer la mente y saber lo que jamás le contaría... lo que me aseguraría de que jamás descubriera.

Tras bramar a la gente que le había acompañado que quería aquel contrato firmado antes de que finalizara el día, salió de aquel despacho sin mirar atrás y en cuanto lo hizo mis pulmones se llenaron de aire respirando cierta paz y tranquilidad. Probablemente aquello era el inicio de una guerra, porque estaba segura que entre él y yo eso era lo que acababa de iniciar, pero entonces ¿Por qué había decidido que me quedase a trabajar allí?, ¿Era por el bien de su empresa?, ¿Por lo bueno que pudiera aportar?

No. La Court Royale era demasiado fuerte para perder prestigio por una diseñadora emergente por más que mi nombre estuviera en boca de todos y enunciado constantemente por la prensa, era cierto que había sobresalido en el último desfile de moda que se presentó en París y entonces otra posibilidad me vino a la mente, una que hasta ahora no me había parado a considerar, si él se negaba a que estuviera allí, si hubiera decidido no contratarme y echarme a patadas, habría tenido que admitir su derrota después de todo lo que había conspirado para que precisamente estuviera allí y si algo no hacía Edmond de la Court, era ser un perdedor.

Quizá no debía preocuparme, después de todo dudaba que se acercara a menos de veinte metros de mí. Me ignoraría, ni tan siquiera me preguntaría por el pasado o trataría de averiguarlo. No. Edmond se limitaría a presumir de que tenía a Olive Dufort entre sus filas y cuando viera oportuno el momento me echaría, pero a ese idiota redomado iba a demostrarle que ni era una ignorante de la vida, ni una ingenua a la que manipular como una marioneta, ni tampoco era el dueño de mis decisiones o mi vida. Esa empresa llevaba más mi sangre que la suya y ahora que estaba allí, iba a hacer honor a las

últimas palabras de Clarissa Charpenlier; le demostraría a todo el mundo que yo era descendiente de Francois de la Court sin necesidad de decirlo, sino a través de lo único que mi verdadero abuelo me había heredado; la pasión por la moda.

«Tres colecciones» medité después de firmar aquel contrato, esta vez incluyendo mis datos reales.

Tres colecciones significaban estar un año y medio en aquella empresa, puesto que cada colección completa se elaboraba en unos seis meses que era cuando se presentaban los diseños de primavera/verano y otoño/invierno.

¿De verdad iba a soportar estar entre aquellos muros durante un año y medio con la presencia constante de Edmond?

«Mi cordura se irá a freír puñetas»

Y es que debía admitir que todo el rencor que podía sentir contra él no era suficiente para verle feo, mediocre o al menos jorobado y así tener algo con lo que reírme de su aspecto. Para mi desafortunada desgracia él era demasiado perfecto en cuanto a términos estéticos se refería y eso me exasperaba hasta límites insospechados de mi propia cordura.

—Al menos no puedes quejarte del despacho —mencionó Estelle en cuanto nos dejaron a solas en el que sería mi nuevo espacio de trabajo.

No podía decir que era pequeño, probablemente tenía el tamaño de todo mi apartamento. Había un gran escritorio con mesa de dibujo en una de las esquinas, en una de las zonas tenía un pequeño sofá con una mesita baja plagada de revistas y en el otro extremo una mesa con cuatro sillas, imaginaba que estaría allí para pequeñas reuniones o comidas. Varios estantes con libros y ornamentos decoraban el resto de espacios vacíos además de los cuadros, todos sobre diseños realizados por Francois de la Court decoraban el despacho. Si a todo aquello añadía que tenía un ordenador de dimensiones gigantescas y una pantalla de dibujo táctil, lo cierto es que en ese sentido no podía poner ninguna pega.

—Ciertamente no —suspiré a mi amiga mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba sobre una de las sillas que había en la mesa para dirigirme hacia el que sería mi nuevo escritorio.

En cuanto me senté noté el alivio de mis pies sobre aquellos zapatos de tacón y no pude evitar descalzarme sabiendo que nadie se daría cuenta. Tras firmar aquel contrato nos habían realizado una visita guiada por todas las instalaciones de la Court Royale y siendo sincera conmigo misma, casi había

babeado cuando entré en el taller. Aquel taller era el sueño hecho realidad de cualquier diseñador. Tenían tanto género y tanta variedad que me costó horrores tener que abandonarlo para proseguir la visita.

—Si necesitas algo estaré en mi mesa. Tras esa puerta. Lejos de esas vistas alucinantes que tienes detrás... —insistió Estelle con cierto retintín como si quisiera enfatizar el hecho de que a ella le tocaría estar en lo que podía denominarse como pasillo de paso mientras que yo poseería luz natural.

—No exageres —contesté con una medio sonrisa—. Tú y yo sabemos que vamos a pasar la mayor parte del tiempo en taller, así que si pretendes que me sienta culpable no lo vas a conseguir —añadí mordiéndome el labio y en ese momento alguien llamó a la puerta.

Una de las asistentes de Edmond que habían estado en la reunión apareció ante la puerta y Estelle salió inmediatamente alegando que tenía que poner al día mi agenda.

—Disculpe la intromisión señorita Damas, espero no haber irrumpido algo importante —dijo aquella mujer con demasiada educación.

—Tranquila señorita...

No recordaba como se llamaba o si es que había dicho su nombre. Aquella mujer no tenía una belleza despampanante, ni tampoco una altura considerable, pero poseía mucha más elegancia o educación que la gran mayoría de las que sí la tenían. En su conjunto aquella mujer generaba dulzura y delicadeza con solo mirarla, en cierto modo me recordaba a mi madre, quizá por su edad.

—Puede llamarme Eloisa —contestó con una medio sonrisa—. Déjeme decirle que aunque haya sido una sorpresa saber que Olive Dufort es usted, me alegra que al fin tengamos una diseñadora con tanto talento y que además es una mujer.

—¡Vaya! —exclamé aturdida, pensé que con la reacción de Edmond en aquella reunión todos me odiarían, pero al parecer tenían ideas propias—. Gracias, Eloisa. Creo que nos llevaremos bien —añadí sonriente.

—Me alegra saberlo, puesto que soy la secretaria del señor de la Court y gestiono su agenda. He ahí el motivo por el que estoy aquí, imaginé que después de la visita necesitarían tiempo para instalarse y que quizá no le daría tiempo de ver su agenda, espero que no le importe que me haya tomado la molestia de agendarle algunos compromisos a los que debe asistir en las

próximas semanas —dijo de forma tan eficiente que no me extrañaba saber que fuera la secretaria de Edmond, esa mujer valía su peso en oro.

—Por supuesto que no, es más, agradezco que lo haya hecho Eloise.

—Bien —contestó complacida la mujer. Se notaba a leguas que intentaba ser prudente, como si tratara de evaluarme—. De igual forma debo comunicarle que hoy almorzará con el señor de la Court para hablar sobre la rueda de prensa que tendrá lugar esta tarde donde se anunciará que ahora trabaja exclusivamente para la Court Royale.

¿Rueda de prensa?, ¿Nadia me había dicho nada sobre ninguna rueda de prensa!

—¿Debo asistir a dicha rueda de prensa?, ¿Yo? —pregunté boquiabierta.

Espera, espera, espera... que había dicho antes de la rueda de prensa, ¿Ha mencionado por casualidad almorzar con Edmond?

«¡Ni de coña estaré a solas con él!, ¡Me atragantaría si lo hiciera!»

—Por supuesto. La prensa está muy emocionada por ponerle rostro a Olive Dufort y supongo que después de saber que usted es una mujer, deberá hablar con el señor de la Court sobre qué es más conveniente hacer. En cualquier caso, he reservado mesa a la una en punto. Tiene la dirección en su agenda, señorita Damas, también la hora a la que tendrá lugar dicha rueda de prensa.

¿Qué me invento?, ¡Vamos Olivia!, ¡Invéntate algo para no asistir a esa dichosa comida!

A fin de cuentas, lo de la rueda de prensa me daba igual. No es que me entusiasmaran que me hicieran fotos o miles de preguntas, prefería cien mil veces eso a tener que estar a solas con ese hombre que alborotaba mis neuronas y no me dejaba pensar con claridad.

—Si. Claro —dije sin saber que excusa poner—. Allí estaré.

Después de todo sabía que debía enfrentarlo tarde o temprano y quizá lo mejor que podía hacer era actuar como si no pasara nada, como si el hecho de que tenía un hijo cuya existencia él desconocía no fuera realidad.

—Ay Dios... creo que quiero vomitar— gemí en cuanto Eloise salió de mi despacho y me levanté descalza sintiendo como mi estómago se retorció de la ansiedad que estaba teniendo en aquel instante.

Yo puedo. Soy Olivia Damas y puedo hacerlo.

«¡Y una mierda que puedo!» jadeé llevándome las manos a la cabeza y pensando que me había metido literalmente en la cueva del oso, sabiendo

perfectamente que tarde o temprano iba a comerme.

A la una en punto estaba cruzando la puerta de aquel restaurante de lujo. Imaginé que aquello estaba acordado previamente al momento de que Edmond supiera que era realmente yo el diseñador que tanto quería fichar para su empresa y me pregunté porqué razón no habría cancelado aquel almuerzo y sencillamente me habría enviado a alguien para asegurarse de que no metiera la pata en aquella rueda de prensa.

Por más que tratara de pensar no llegaba a ninguna conclusión coherente, pero jamás había sabido realmente como pensaba ese hombre y después de mi pasado con él, no me importaba en absoluto lo que hiciese. Con él había aprendido que el amor podía llegar a ser realmente doloroso, había perdido la confianza en los hombres —salvo en Daniel, pero porque a él era incapaz de verle más allá de un hermano—, y también comprendí lo realmente ingenua que podía llegar a ser por ese entonces, pero también había obtenido algo sumamente hermoso y por lo que merecía la pena seguir luchando cada día, algo que no iba a permitir que nadie me quitase, porque Francois era únicamente mío.

Visualicé aquella cabellera rubia al fondo del restaurante junto a la ventana y me dirigí hacia allí con paso firme, como si de algún modo quisiera demostrar que no ejercía ningún poder sobre mi, que no me acobardaba su presencia.

«Porque era inevitable negar que en verdad lo hacía con ese semblante taciturno y mirada sombría»

—Buenas tardes —saludé en cuanto llegué hasta la mesa y en un tono demasiado formal para lo que estaba acostumbrada, pero con él no me nacía ser espontánea o alegre como solía serlo.

—Toma asiento. Ya he ordenado el almuerzo puesto que no puedo perder el tiempo —contestó tan abruptamente que casi pude sentir el golpe en el estómago invisible de lo que era su evidente repulsión sobre querer estar allí frente a mi.

No contesté, sino que me limité a sentarme en la silla frente a él y a repetirme mentalmente la falta de tacto, modales y cualquier otro apelativo similar de los que carecía ese espécimen.

«Es evidente que sigue teniendo el mismo concepto de mi a pesar de que le devolví su jodido cheque»

El camarero se acercó y preguntó si tomaría vino. Evidentemente asentí

porque necesitaba mucho alcohol para soportar aquella situación.

—Todavía no tengo claro si esto es algún tipo de estratagema o si realmente tú eres Olive Dufort —soltó ante el silencio que se había creado y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no escupir el vino o por consecuencia atragantarme con el—, por eso supervisaré yo mismo cada uno de tus diseños y no se aprobará nada sin tener previamente mi consentimiento.

Siendo sincera, no me extrañaban sus palabras, lo único que no comprendía es porque necesitaba reiterármelas.

—Es tu empresa, tú decides que debe aprobarse y qué no —asentí encogiéndome de hombros como si me resbalara totalmente su amenaza.

No alcé la mirada, sino que aparté los ojos de la copa de vino y los dirigí directamente a la carta. Había mencionado que había pedido e imaginé que lo había hecho para él, obviándome a mi en consecuencia.

—Exacto. Es *mi* empresa —contestó haciendo hincapié en ese *mi* y por un momento sentí la sangre arder...

«Si te dijera cuatro verdades a la cara, seguro que te quita esa cara de soberbia que siempre llevas puesta»

Cerré la carta de pronto y la dejé a un lado, lo que menos tenía en aquel instante era apetito así que me daba igual que pedir de la carta. Alcé la mirada y me di de bruces con esos ojos azules que evaluaban mi rostro, los mismos que sentía que podían atravesarme y leer mis pensamientos, pero acallé esa vocecita que me debilitaba y crucé los brazos pensando que él no era más que un hombre absoluto, creído de poder y con el pretexto de sentirse superior cuando en realidad no lo era, podría tener toda la empresa si quería, pero el talento era mío... no de él.

—Creía que esta reunión era para hablar sobre la rueda de prensa, pero si únicamente voy a escuchar las estupideces de un niño rico de papá, me iré inmediatamente.

«Ahí lo tienes querido patán, ya no soy esa mojigata con la que te acostaste hace tres años»

Capítulo 25

Un silencio sepulcral se cernió sobre aquella mesa para dos en la que nos encontrábamos. Por un momento pensé que quizá había sido un pensamiento y que realmente no lo había dicho en voz alta, pero cuando divisé sus puños cerrados como si estuviera controlándose a sí mismo, supuse que efectivamente, aquellas palabras habían salido de mis labios sin suponer cuál sería la consecuencia.

—Creo que aún no has comprendido que en esta relación laboral quien decide todo soy yo, pero por si no te ha quedado lo suficientemente claro, te lo reitero; trabajas para mi te guste o no y quizá debas entender que puedo hacerte bajar de esa cima en la que crees estar. —Su voz era ruda, poderosa, pero lo que más me llamaba la atención es que estaba cargada de resentimiento.

—Ambos sabemos que si trabajo para ti no es porque lo haya decidido libremente, sino porque le debo un favor a un gran amigo. Tuviste la opción de negarte y en cambio aceptaste, así que podrás tener mis diseños, pero no vas a controlar mis pensamientos, por lo que si no te gusta hablar conmigo, a partir de ahora puedes buscar a un intermediario, así ninguno de los dos tendrá que soportar esta situación ya que es evidente para ambos que la detestamos.

—Al menos estamos de acuerdo en algo —contestó frunciendo el ceño.

—No tengo hambre, por lo que dime aquello para lo que me has citado aquí y me marcharé inmediatamente.

Sí tenía hambre, pero me negaba a pasar un solo segundo más frente a ese petulante engreído que me hacía sentir inferior que una pulga, así que prefería comerme un triste sándwich de camino a la empresa, antes que tener que seguir contemplándole.

¿En qué momento me pude enamorar de ese patán?, ¿Es que estaba absolutamente cegada por su físico?

«Eso desde luego» cercioré para mi misma.

Aunque debía reconocer que tres años atrás, su comportamiento no era

exactamente el que mantenía ahora y aunque no me gustara recordarlo, lo cierto es que me había consumido por la pasión y el fuego que me abrasaba cuando aquellas manos rozaban mi cuerpo.

«No Olivia. No sigas por ese camino porque es todo lo contrario a lo que tendrías que dirigir tus pensamientos. Le odias. Tienes que odiarle. Repítelo como un mantra; Odio al Dios Nórdico. Odio al Dios Nórdico. Odio al Dios Nórdico»

Al menos me hizo caso y comenzó a hablar sobre la rueda de prensa en cuanto le sirvieron el almuerzo.

—Dirás que has decidido firmar con la Court Royale porque te parece una forma de dar un impulso a tu carrera —comenzó a decir y supuse que quería asegurarse de que no mencionase aquella coacción por la cuál yo me encontraba allí—. Bajo ningún concepto mencionarás a la prensa que conocías a algún miembro de la familia de la Court antes de firmar el contrato, aunque imagino que eso es más beneficioso para ti que para mi —alegó dando un sorbo a su copa y no entendí aquella afirmación.

¿Era más beneficioso para mi?, ¿Por qué razón lo sería? Imaginé que lo decía por el hecho de que trabajaba cuidando a su abuela, aunque no veía que aquello tuviera algo malo, pero después pensé que tal vez se refería al hecho de que nosotros hubiéramos tenido una aventura. En ese caso, ¿No era peor para él por si terminaba enterándose su esposa? Sinceramente no me importaba en absoluto, ciertamente no quería que me vinculasen a esa familia anteriormente al hecho de firmar aquel contrato, menos aún para que nadie pudiera hacer alusiones sobre la paternidad de mi hijo.

—¿Algo más? —insistí queriendo terminar con aquella conversación.

—Limítate a contestar las preguntas relacionadas con tu vinculación a la Court Royale, el nombre de Olive Dufort debe desvincularse de Savagnon lo antes posible.

—Me ha quedado claro, así que si eso es todo me marchó, tengo muchas cosas que hacer —contesté levantándome y vi como sus ojos se agrandaban, como si realmente no creyera que le estaba dejando allí plantado.

No me despedí, ni dije hasta luego, ni adiós, ni tan siquiera un simple; *que te aproveche*, cuando de mis labios solo podía salir; *espero que te atragantes y que el camarero tarde en socorrerte*.

En toda mi vida no había sentido tanta opresión cuando precisamente él tenía más que lamentar que yo y sin embargo no podía decir nada al respecto.

—¡Arg! —exclamé en cuanto salí por la puerta de aquel restaurante y comencé a caminar sin un rumbo definido, lo que menos me importaba en aquel momento era si seguía la dirección correcta, me daba absolutamente igual ir en el sentido contrario, pero necesitaba calmar aquella ansiedad que recorría y devoraba mis entrañas.

¿Cómo podía ser tan insolente?, ¿Tan endiabladamente guapo y al mismo tiempo un cretino de primer grado? Si tanto le molestaba que fuese yo Olive Dufort, si tanto le jodía que hubiese podido tenerme sin coste alguno cuando me tenía comiendo de su mano; no era mi problema sino el suyo y aunque en aquel momento solo me daban deseos de dar carpetazo a todo e irme muy lejos de París, le iba a demostrar a ese petulante con cara de modelo lo que era capaz de hacer con las manitas que mi madre y Dios me habían dado.

«Todavía no tengo claro si eres Olive Dufort» evoqué recordando parte de la conversación.

—¿No lo tienes claro? Pues yo te daré claridad, patán de la Court de pacotilla —rechiné mientras alzaba la mano para parar a un taxi y llamé a Estelle mientras hacía el recorrido hasta la Court Royale con la intención de que me comprase un sandwich o moriría de hambruna.

La rueda de prensa fue breve y concisa. Nadie había esperado como era predecible que Olive Dufort fuese realmente una mujer, así que después de aquella sorpresa inicial, las preguntas se dirigieron hacia mi trayectoria profesional y laboral, algo que contesté sin rodeos, salvo el hecho de mencionar que me había costado el doble de trabajo por compaginarlo con mi maternidad. Por suerte, todo acabó cuando uno de los miembros del personal de Edmond que parecía haber preparado todo el espectáculo y quien parecía dar el acceso a la prensa dijo que el tiempo de preguntas había finalizado, aunque ciertamente lo hizo justo en el momento en el que habían comenzado a preguntar por temas más personales, los cuáles no me había planteado siquiera que pudieran preguntar.

«¿Está usted casada?, ¿Tiene hijos?» Recordé las preguntas de dos periodistas diferentes y mi mente se quedó en blanco hasta que escuché el sonido de la voz de aquel hombre diciendo que todo había terminado y posteriormente salimos de aquella sala.

Aquello me había dado que pensar, ¿Podría a la prensa interesarle mi vida personal? Y de ser así, ¿Hasta qué punto indagarían para averiguarlo?, ¿Podría ser mi vida privada noticia? No quería darle más importancia de la

debida, no quería sentir como la ansiedad se apoderaba de mi cuerpo hasta el punto de ahogarme tras sentir el pánico de aquella realidad, pero tenía que asumir que ahora para el mundo había dejado de ser una desconocida, por lo que quisiera o no, tendría que tener mucho más cuidado cuando saliera con Francois si no quería ser vista.

Ocho semanas. Llevaba ocho semanas trabajando intensamente en la Court Royale y podía contar con los dedos de una mano las veces que había divisado a Edmond después de mi primer día en aquel lugar y de aquella tediosa rueda de prensa que me había dado más quebraderos de cabeza que otra cosa, puesto que ahora todas las revistas de moda hablaban sobre Olivia Damas con mi cara en primera plana y no sobre el misterioso Olive Dufort y las conjeturas que le rodeaban.

Estelle había estado rechazando entrevistas todos los días durante dos semanas hasta que finalmente desistieron tras saber que pronto se celebraría el setenta aniversario de la Court Royale, evento al que toda la prensa estaba invitada y al que no me apetecía en absoluto acudir, aunque ciertamente me moría de ganas por ver todos los diseños de Francois de la Court que se lucirían esa noche, sobre todo los más exclusivos que no se conservaban en la propia empresa, sino en cajas fuertes de seguridad de empresas privadas dado su incrementado valor.

Solo por eso, merecía la pena soportar a la prensa y de paso, la cara de mustia que tendría el dichoso dios nórdico.

Y es que después de aquella comida en la que precisamente no comí nada solo había visto a Edmond una vez a la entrada del edificio donde habíamos coincidido y yo decidí subir por las escaleras para evitarle en el ascensor. Otra ocasión caminando por uno de los pasillos mientras hablaba sobre algo con su asistente. Una tercera vez en el taller donde me encontraba eligiendo género y él pasó de largo al verme. Y por último hace cinco días en la cafetería cuando había decidido bajar yo misma a por un café porque Estelle se había ausentado por cuestiones médicas.

Había creído que tendría que soportar su presencia constante y diaria, en cambio, estaba más que sorprendida por todo lo contrario, ¿Sería aquello siempre así? Desde luego deseaba que así fuera, sobre todo porque era incapaz de controlar mi pulso cuando él estaba presente en la misma habitación. No podía explicar qué era lo que me sucedía y por más que trataba de controlarme o asegurarme a mi misma que no pasaba nada, lo

cierto era que sí, pasaba y el hecho de que yo no fuese inmune a sus atributos, me exasperaba hasta el punto de recriminarme a mi misma de que aún ejerciera ese poder sobre mi.

«Quiero odiarle. Necesito odiarle. Tengo que odiarle» Me decía cada vez que cerraba los ojos por las noches y trataba de dormir.

—¡Olivia, Olivia! —gritó Estelle y alcé la vista para ver que venía alterada—. ¿Dónde diablos te metes?, ¡Llevo llamándote toda la mañana!

—Pues aquí... —dije señalando el pequeño hueco que me había hecho en el taller porque había decidido no irme de allí aquel día sin ver todos los géneros que quería combinar para varios diseños que tenía en mente.

Aún no había avanzado con la próxima colección. Ciertamente teníamos tiempo suficiente de margen, pero lo cierto es que quería hacer algo que evocase el recuerdo de algunos diseños inspirados en mi verdadero abuelo sin fracasar en el intento, por lo que me estaba costando bastante focalizar la esencia y adaptarla a la actualidad sin que fuera evidente la fuente de inspiración o pareciera una copia de ellos.

—Bueno, da igual... ya te he encontrado —suspiró y pareció coger aire—. La secretaria de Edmond lleva llamando toda la mañana porque quiere que a última hora del día presentes tus avances de la colección y todo lo que llevas hecho hasta ahora.

—¿Hoy? —exclamé no entendiendo a qué venían esas prisas, aunque francamente no me importaba.

—Si. Ha insistido en que debe ser hoy, creo que tiene algo que ver con el aniversario de la Court Royale, pero igual son suposiciones mías —susurró mi asistente para que nadie más pudiera oírla.

¿Y qué tendría eso que ver? Por más que lo intentara pensar no encontraría la respuesta así que asentí y seguí el resto de la tarde encerrada en aquel sótano hasta que me di cuenta que debía haberme marchado hacía ya media hora.

—¡Mierda! —exclamé viendo la hora en el reloj y recogiendo todas las muestras que tenía sobre la mesa para llevármelas a casa hasta que recordé que debía subir al despacho de la última planta donde supuestamente cierto rubio me esperaba.

—Efectivamente llegas tarde —exclamó una voz profunda irrumpiendo aquel absoluto silencio en el que me hallaba completamente a solas.

Cuando mis ojos avistaron su silueta caminando hacia mi no reaccioné.

¡Maldito fuera por ser tan guapo!, ¿Es que no podía tener aunque fuese una verruga o algo así? No... tenía que ser jodidamente perfecto.

—En realidad nadie me dijo que debía estar a una hora precisa —contesté cuando mis neuronas volvieron a activarse.

—¿Y sueles hacer horas extra muy a menudo? —preguntó de pronto y noté su cara de desconcierto.

—Suelo perder la noción del tiempo cuando estoy aquí —contesté sin entrar en detalles, sin admitir que cuando me metía de lleno en aquel mundo, el resto carecía de importancia, inclusive el tiempo.

—Lo he notado. Llevo exactamente veinte minutos observándote.

¿Veinte minutos?, ¿De verdad había estado allí tanto tiempo sin que me percatara?

—Podrías haberme interrumpido —contesté algo nerviosa y noté como las palmas de mis manos exudaban al punto que las pasé por los pantalones para calmar aquel ardor incesante.

—Si algo me quedó claro de las lecciones de mi abuelo cuando era pequeño, es que nunca se debe interrumpir al artista cuando tiene inspiración.

¿Era yo o estaba siendo más amable de lo normal?

—¿Eso significa que comienzas a creer que soy Olive Dufort? —exclamé retándole con la mirada.

—Eso está por ver. Enséñame qué es lo que has hecho hasta ahora —dijo acercándose hasta la mesa y tuve que morderme el labio cuando percibí aquel aroma, ese puñetero perfume que hacía años que no sentía y que efectivamente me alborotaba las hormonas.

«Olivia, calma tus puñeteras hormonas que pareces una adolescente. Le odias, ¿Recuerdas? Es un egoísta, misógino, estúpido y prepotente niño de papá que te dejó tirada en la estacada y te engañó como a una idiota. ¡Olvídale de una puñetera vez!»

Le enseñé los tres bocetos que tenía más o menos trazados y la elección de géneros que había estado escogiendo para la próxima temporada de otoño/invierno. Me había decantado por tonos rojizos y naranjas acompañados de transparencias en beige y tonalidades castañas con diferentes bordados.

—¿Y bien? —pregunté cuando le observé durante al menos cinco minutos mirar aquellos bocetos y repasar mentalmente todo lo que le había mencionado en absoluto silencio.

—Bien, ¿qué? —contestó al cabo de unos segundos.

—¿No vas a decir nada? Estoy esperando la sarta de críticas y defectos que le vas a sacar de un momento a otro, así que adelante, ya estoy preparada para escucharlos.

—Aunque no suelo decir esto, lo cierto es que estoy impresionado.

¿Qué?, ¿De sus labios ha salido la palabra impresionado?

«No. Desde luego que no Olivia, es solo que te has muerto y ahora navegas en el paraíso de los no vivos»

—Perdona, creo que no te he oído bien —dije siendo consciente de que probablemente había confundido una crítica con un halago.

—Me gusta lo que veo —contestó y esta vez sus ojos azules me miraban intensamente.

Por un momento creía que realmente no se estaba refiriendo a los diseños, aunque desde luego debían ser imaginaciones mías, así que comencé a recoger todo lo que tenía por medio en las carpetas para salir de allí corriendo.

—Pues me alegro, aunque apenas es un inicio de la colección —contesté algo aturdida—. Si no te importa me marcho ya, es tarde y debo estar en casa antes de que...

En cuanto me di cuenta de que estaba hablando de más debido a mi aturdimiento guardé silencio.

—Desde luego. Salgamos...

Sin pretenderlo, me encontré en la tesitura de que el propio Edmond me acompañó hasta la salida y no entendía aquel repentino cambio de humor en él. ¿Por qué no me miraba como un demonio empedernido que echaba fuego por los ojos?, ¿O por qué no contradecía cada una de mis frases con puro odio hacia mi?

—¿Asistirá acompañada a la velada del aniversario? —Su pregunta resonó en cuanto entré al ascensor y se cerraron las puertas.

¿Qué demonios le importaba a él si traía o no acompañante a dicho evento?

Alcé la vista completamente extrañada y en cuanto lo hice tuve que apartar rápidamente la mirada. Allí, en aquel ascensor que de pronto me parecía demasiado minúsculo, acababa de contemplar esa mirada que en más de una ocasión había logrado consumirme, esos ojos de mirada oscura y profunda que gritaban a pleno pulmón sin necesidad de decirlo, que un fuego

abrasador me esperaba si decidía sucumbir ante ellos.

Capítulo 26

—Desconocía que pudiera traer acompañante —reconocí en voz baja y al mismo tiempo evité contestar a su pregunta.

¿Porqué tardaba tanto aquel puñetero ascensor en subir una mísera planta? El tiempo comenzaba a parecerme eterno, incluso casi podía sentir el mareo por percibir tan fuertemente su olor en aquel minúsculo espacio.

—Puede hacerlo —insistió y casi habría jurado que su brazo rozó el mío, pero aproveché para salir atropelladamente en cuanto las puertas se abrieron.

«Aire. Necesito aire urgentemente»

—En ese caso vendré acompañada —bufé casi en un alarido y avancé rápidamente hacia la salida.

¿Por qué había dicho que asistiría acompañada? Las palabras salieron de mi boca sin pensarlo, pero en aquel momento no tenía las neuronas para pensar ordenadamente, solo quería alejarme de él y su maldito olor que me perseguía cegándome. Necesitaba alejarme de él y tal vez mi respuesta solo había sido un simple mecanismo de defensa, un escudo contra él y más me valía convencer a Daniel para que me acompañase o quedaría como una idiota después de decir que no iría sola.

En menudos líos me meto yo sola. ¡Si ni siquiera quería ir!

—¡Ya estoy aquí, ya estoy aquí! —grité dejando el abrigo y las llaves en el aparador.

—¡Mamá, mamá, mamá! —Los gritos de Francois me hicieron sonreír y buscarle con la mirada.

—¿Qué tal está mi pequeño hoy?, ¿Te lo has pasado bien en la guardería?, ¿Te ha llevado el tío Daniel al parque?

—¡Hemos ido a un sitio con una noria gigante! —contestó haciendo un sonido hosco como si pareciese un pequeño ogro y aquellas pequeñas muecas me enamoraban aún más de su rostro angelical.

—¿De verdad?, ¿Tan grande era? —exclamé y alcé la mirada para ver a Daniel.

—¡Enorme! —gritó Daniel divertido y comenzó a reír—, pero tranquila

que no hemos subido.

—Es tarde, lo siento... probablemente Samanta querrá matarme — mencioné mirando el reloj de la muñeca y descalzándome los zapatos para sentir la frescura del suelo y que así calmase mi dolor.

Daniel llevaba saliendo con Samanta apenas dos meses y sabía que solía quedar con ella por las noches.

—No creo... —bufó y se dejó caer aún más sobre el sofá como si tratara de aclarar la mente para lo que iba a decir—. Lo hemos dejado.

—¿De verdad?, ¡Daniel!, ¿Cuándo vas a sentar la cabeza? —exclamé no extrañándome nada su confesión.

Las relaciones de Daniel con las chicas jamás llegaban a los tres meses, de hecho, había salido con tantas que hasta había perdido la cuenta, incluso había olvidado los nombres de la mayoría salvo el de mi compañero de piso Béatrice, porque también salió con ella.

—¿No tienes una prima por ahí? —contestó con su típica respuesta para evitar el tema.

—No la tengo, pero ten por seguro que de tenerla no te la presentaría. Bueno, ahora que estás libre quizá puedas acompañarme a la fiesta que darán por el aniversario dentro de tres días en la Court Royale —mencioné recordando la pregunta de Edmond y mi concluyente afirmación sin apenas pensarlo.

—¿Quieres que vaya contigo?

Su pregunta dejaba a entender que le parecía extraño, algo que era cierto, puesto que no solía mezclar a Daniel con mi trabajo, es más, ni tan siquiera conocía a Estelle ahora que lo pensaba por más veces que la había mencionado delante de él.

—Claro que si. Además, estará lleno de modelos guapísimas... —insistí para tentarle.

—Seguro que ninguna es más guapa que tú, pero ya que insistes... no las privaré de mi presencia —contestó sonriente y me dio un beso en la mejilla mientras se levantaba—. ¡Dame un abrazo antes de irme renacuajo! — exclamó llamando la atención de Francois que corrió a sus brazos y aprovechó para lanzarlo en volandas mientras las carcajadas del pequeño inundaban mi pequeño salón.

Obvié las verdaderas razones por las que le había pedido a Daniel que me acompañase. ¿Y si eran imaginaciones mías?, ¿Y si realmente todo era

producto de mi calurosa mente y no había segundas intenciones en aquella pregunta de Edmond? Fuera como fuese, no pensaba darle más importancia que la que tenía, es decir, ninguna. Entre ese hombre y yo existía un pasado, pero desde luego que no existiría ni un presente ni un futuro, aunque el resto de hombres se extinguieran. La cuestión es que el bueno de Daniel pensaba que se lo había pedido porque me inquietaba asistir sola al primer evento de la compañía, algo que desde luego también era cierto, pero la verdad es que quería un apoyo moral y más cuando viera al dios nórdico acompañado de su esposa.

No sabía por qué razón aquello me inquietaba. Era normal que él hubiera rehecho su vida, también lo debía ser en el caso de que yo hubiera decidido hacerlo, solo que mi corazón y mi mente no colaboraban en ello. Era verdad que no había tenido tiempo para algo más que no fuese mi hijo, estudios y además el trabajo, pero Francois llenaba mi vida y no sentía el vacío que podría ocupar un hombre a mi lado, para todo lo demás tenía la compañía de Daniel.

—Dime la verdad, es demasiado ostentoso, ¿no? —pregunté a Daniel que esperaba pacientemente con su esmoquin dejado caer sobre la encimera de mi cocina mientras evaluaba mi silueta envuelta en aquella prenda que había confeccionado para ese evento.

Lo cierto es que quedaba mejor en el figurín que en mi cuerpo. No había previsto que mis senos, ahora de mayor tamaño que hace unos años, se vieran tan voluptuosos en aquel vestido de un vibrante rojo. El escote en pico llegaba justo debajo del pecho, provocando que el escote fuera insinuante y por detrás lo hacía de igual manera hasta la cintura, evidenciando la falta inevitable de un sostén. Recorría el cuerpo adaptándose a cada curva hasta las caderas, de donde salía capas y capas de gasa rizada formando volantes para dar volúmenes a dicha prenda. Me había parecido perfecto... absolutamente perfecto hasta que había visto mi reflejo en el espejo.

—No es ostentoso, es perfecto y ya era hora de que decidieras lucir ese cuerpo —contestó con una mueca.

—Y si es... ¿Demasiado? —insistí.

Mis intenciones habían sido llevar un discreto vestido negro y pasar completamente desapercibida, pero entonces esa vocecita infernal me había dicho que con toda probabilidad la esposa de Edmond luciría un atuendo impecable y aquella maldita voz no me había dejado en paz hasta que diseñé

algo sumamente espectacular.

—Es una empresa de diseño de moda Olivia, nada es demasiado y ahora vamos porque la limusina lleva esperándonos media hora y la niñera tendrá ganas de hacer su trabajo sin nosotros.

«¡Joder llegábamos tarde!» gemí mientras cogía rápidamente el bolso y le daba un beso a mi pequeño para despedirme.

—Gracias por acompañarme —afirmé antes de salir del vehículo de alquiler para entrar en el edificio desde donde ya comenzaba a sentirse la música suave.

—He venido por las modelos, ¿Recuerdas? —bufó guiñándome un ojo y abriéndome la puerta.

Me reí abruptamente, Daniel podría ser loco, algo juerguista y mujeriego, pero tenía muy claro se desvivía por Francois y por mi, él era mucho más que un amigo, para mi era uno más de mis hermanos, de hecho tenía más confianza en él que los que compartían mi misma sangre.

La fiesta parecía estar en todo su auge, por la gran afluencia que existía y los diseños de Francois de la Court que estaban expuestos en las vitrinas acristaladas, además de sus dibujos formando una galería de arte. Apenas me dio tiempo de apreciar la escena en general, porque me vi asaltada por varias personas para preguntarme si el diseño que lucía era realmente mío.

¿Y de quién iba a ser sino?

—Olivia, la prensa quiere hacerte unas cuantas preguntas y no creo que se marchen hasta que lo consigan, así que concédeles un par de respuestas y apiádate de mi —jadeó Estelle desesperada.

—Está bien —acepté sabiendo que si había acudido hasta allí, era lo que se esperaba—, por cierto, te presento a mi amigo Daniel. Daniel, esta es mi amiga y asistente Estelle de la que tanto te he hablado. ¿Me haces el favor de quedarte con él hasta que mi regreso? —pregunté a Estelle y esta parecía casi embelesada por los ojos verdes de Daniel.

«He de admitir que el chico es bien guapo, así que no me extraña que haya sucumbido a su encanto»

—Imagino que eso es un sí —tercié observando a Daniel que parecía encantado de quedarse a solas con mi asistente.

¿A que ahora resulta que tengo poderes de Celestina y yo no lo sabía?

Ante el aparente silencio de ambos me marché y respondí a algunas de las preguntas de la prensa que básicamente se ceñían al aniversario y después se

volvieron algo más retorcidas.

—¿Son ciertos los rumores que afirman que trabajó para la señora Charpenlier? —preguntó uno de los reporteros.

¿De donde habían sacado esa información si prácticamente nadie lo sabía?

—Olive Dufort no contestará más preguntas por esta noche. Por favor, discúlpenla, pero aún tiene que saludar a numerosos asistentes.

«Esa voz... Ese calor... Esa sensación de congoja volviendo de nuevo a mi solo podía ser fruto de una persona; el dios Nórdico»

EDMOND

Estaba convencido de que todo debía ser alguna especie de estratagema. Había imaginado cualquier cosa antes que admitir que realmente era ella quien poseía aquel talento, quizá porque a mi modo de verlo me convenía que así fuese, puesto que de esa forma podría alejarla y perderla de vista como bien había procurado hacer hacía más de tres años cuando comprobé que solo era una oportunista, una más de una extensa y larga lista encabezada por mi propia madre.

Mi seguridad respecto a ese hecho se había ido al traste en el mismo momento que me habían pasado los informes en los que podía comprobar por mi mismo que efectivamente esa chica que había conseguido que comenzase a creer que existía algo más que la atracción física para después dejarme claro que solo era una vaga ilusión, realmente era quien afirmaba ser. Debí haberme dado cuenta en el momento en que Dominique Lysson se había acercado a ella interesándose por aquel vestido que llevaba puesto en aquella gala benéfica en la que me acompañó, pero en ese entonces yo solo podía pensar en como llevarla a mi cama y retenerla en casa de mi difunta abuela más que en el potencial que podría o no tener, un potencial que debía admitir que era casi excepcional teniendo en cuenta su poca experiencia.

«Debí haberlo visto venir, pero estaba cegado por mi propio deseo hacia ella en lugar de ver más allá y reconocer el talento»

Yo mismo había actuado egoístamente, ¿Por qué no iba a hacerlo también ella en consecuencia? Incluso obré de forma egoísta cuando tras discutir con Antoine precisamente sobre ella, le dije que en lugar de ofrecerle un puesto en la empresa como aprendiz de diseñadora, sería para ser una fregona, algo que pese a no ser cierto, me sirvió para descubrir realmente quien era ella.

Era cierto que un primer instante le había ofrecido aquella propuesta solo para que se quedase, pero con el paso de los días yo mismo me había convencido de que podría darle aquella oportunidad en agradecimiento a Clarissa y el cariño que ésta parecía tenerle. No pensé ni por un instante que realmente fuera buena en ello, sobre todo porque desde el primer momento creí que estaba allí precisamente para conseguir aquella oportunidad que

acababa de brindarle.

Supe en el instante que se fue de casa sin previo aviso que Antoine le debía haber contado nuestra discusión o de lo contrario no se habría marchado de aquella forma. Valoré el hecho de buscarla o no, sobre todo porque no tenía la más mínima idea de que iba a decirle salvo admitir que estaba sintiendo algo que nunca había querido sentir. Más aún por alguien que me recordaba demasiado a una persona que había enterrado en el fondo de mi alma muchos años atrás. Aún así la busqué el mismo día de su partida cuando Clarissa me dijo que se había marchado, fui tras ella y solo para descubrir que estaba en los brazos de otro hombre.

Había sido un completo imbécil pensando que solo por ofrecerme su virginidad yo sería el único en su vida. No. Definitivamente eso solo había sido un sacrificio para conseguir un objetivo; entrar sin merecerlo en mi empresa, en ese momento lo tuve claro y ahora por irónico que resultara, después de más de tres años sin verla, era precisamente yo quien no le había dejado otra alternativa más que aceptar que así fuera.

«Definitivamente el karma debe odiarme o no me lo explico»

La eliminé de mi vida. Creí que la había olvidado, pero ahora no podía dejar de observarla como si ese poder que había ejercido sobre mi en el pasado no hubiera muerto aún sabiendo que solo pretendió jugar y aprovecharse de mis sentimientos.

«Estoy embarazada» Recordé aquel momento.

¿De verdad creía que podía ser posible engañarme de aquel modo?, ¿Hacerme creer que si existía ese supuesto crío sería mío? Había sido meticulosamente precavido con ella a pesar de lo enloquecido que estaba y aún así se atrevió después de marcharse sin lograr su objetivo a pretender obtener dinero por mi parte. Lo logró, y probablemente ese dinero era el que la había llevado hasta allí, hasta estar delante de mi con aquel precioso vestido rojo del que solo podía imaginarme las mil y una formas de quitárselo para volver a probar de nuevo su piel.

Lo había intentado, pero no podía ocultar muy a mi pesar el poder de atracción de aquella mujer sobre mi. Ese magnetismo era tan devastador como fulminante al mismo tiempo. La deseaba, casi tanto como me odiaba a mi mismo por hacerlo, pero no podía evitar que a pesar de sus engaños, sus intereses y todas sus artimañas, moría por volver a probar de nuevo sus carnosos labios y sentirme de nuevo vivo.

¿Y por qué no hacerlo?, ¿Qué tenía que perder ahora si sucumbía a la tentación que ella me proporcionaba?

Estaba harto de luchar contra aquel fuego que me consumía cada vez que la observaba y sería un necio si no admitía que no existía otra forma de apartarla de mi mente que la de dar rienda suelta a mis más bajos instintos hacia ella.

Capítulo 27

—No he sido yo —dije en cuanto nos vimos apartados de la prensa lo suficiente para asegurarme de que no podrían escucharme—. No se como lo han sabido, pero puedo asegurar que no mencioné nada de mi pasado con la familia de la Court a la prensa.

En aquel momento me mordí el labio porque estaba afirmando que no se lo había comunicado a la prensa, pero dejaba una veda abierta sobre la posibilidad de haberlo mencionado a terceras personas.

—No la he acusado de hacerlo, aunque la creo.

¿Me creía?, ¿De verdad estaba diciendo que creía en mi palabra? Empezaba a pensar que aquel no era Edmond de la Court, sino un doble muy bien parecido a él. Si no fuera porque conocía a su hermano y aunque los rasgos eran similares, se diferenciaban bastante bien, habría llegado a pensar que efectivamente aquel hombre no era el mismo que hacía solo unos meses escupía fuego por la mirada del odio con que me observaba.

—Muy bien —mencioné cruzándome de brazos sin saber que más decir. Aquella situación lejos de ser incomoda era absolutamente tensa al menos para mi—. Creo que volveré con mi acompañante, debe estar preguntándose donde estoy.

Realmente dudaba que Daniel me estuviera echando de menos, pero era la excusa idónea para desaparecer de su lado y así dejar de provocarme aquel estado de nervios en el que me encontraba.

—Su acompañante tendrá que esperar, no mentí cuando dije que aún debía saludar a numerosos invitados.

Antes de poder replicar, su mano cogió mi brazo y lo colocó de tal forma sobre el suyo que me fue imposible no verme arrastrada hacia él. Sentir de nuevo aquel calor acompañado de su fragancia me provocó un leve gemido acompañado de un incesante burbujeo en el estómago incontrolable.

«No por favor» Supliqué en mis adentros.

No podía seguir sintiendo aquello por un hombre tan mezquino por más amabilidad que pudiera haber mostrado en las dos últimas ocasiones que le

había visto. Definitivamente tenía mucho por lo que detestarlo, odiarlo y despreciarlo, solo que mi cuerpo no parecía ser consciente de lo que mi cerebro deseaba fervientemente.

No se cuanto tiempo estuve saludando a varios de los invitados al evento, es más, gracias a algunos de ellos la tensión que tenía en todo momento fue dejando paso a un leve cosquilleo por ser consciente que en ningún momento él se había separado de mi lado.

¿Dónde estaba su esposa?, ¿No había asistido acompañado? Tal vez no habría podido venir o quizá él decidiera asistir solo a ese tipo eventos, aunque dada la importancia del mismo lo dudaba y ahora que lo pensaba, ¿Su hermano Antoine no acudía? Se suponía que era algo importante para toda la familia de la Court.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando vi que nos alejábamos del salón donde estaban la mayoría de invitados ya que era el lugar donde los camareros servían las bebidas.

—Creo que aún no ha visto la colección privada de Francois de la Court, ¿Y me la iba a enseñar él personalmente?

—No, pero estoy segura de que tiene invitados a los que atender, incluido su acompañante al que habrá abandonado demasiado tiempo. Puedo ir sola.

—Lo haré después, pero ahora quiero enseñarle una colección privada de mi abuelo que jamás vio la luz hasta ahora —insistió y no negó que hubiera asistido acompañado, así que imaginé que entre los invitados debía encontrarse su esposa, aquel hecho me hizo sentir un nudo en el estómago.

Caminamos por aquel largo pasillo hasta llegar a otra sala y después otro aún más largo donde prácticamente no quedaba nadie, puesto que todo el mundo ya lo había visto y se había deleitado con las prendas. Por un momento presentí que con cada paso que seguía avanzando me estaba adentrando en la cueva del lobo a sabiendas que éste tarde o temprano me iba a morder, aún así no sabía como retroceder, no tenía la más mínima idea como dar marcha atrás y volver hacia la zona donde se encontraban todos los invitados y donde sin lugar a duda podría sentirme segura.

—Insisto en que puedo ir sola, no tiene porqué acompañarme y seguro que...

—Casi hemos llegado, está al final porque es la mejor parte de la exposición —contestó seguro de sí mismo, pero con esa voz tan absolutamente melodiosa para mis oídos que asentí y efectivamente tras pasar

aquella puerta había una sala con una luz tenue que provenía únicamente de los focos que iluminaban cada una de las prendas restándole protagonismo al resto de la sala que permanecía en penumbra.

Nunca había visto aquellos diseños, no se parecían a lo que tantas veces había ojeado en casa de la señora Charpenlier o yo misma había investigado... ¿Cómo era posible que permaneciera oculta?, ¿Por qué Francois la había privado al mundo?

—Es tan... tan... tan... —No me salían las palabras, era como si estuviera teniendo una frenética lluvia de ideas sobre como modernizar aquellos modelos que me sentía completamente excitada de emoción—. Pasiona! —admití finalmente.

—Es una lástima que nunca viera la luz, era bastante provocadora para la época.

—¿De cuando es? —dije acercándome a uno de los textos en los que hablaban sobre la colección.

—La creó hace casi sesenta años, concretamente en mil novecientos sesenta.

¿Cincuenta y ocho años? Pensé calculando mentalmente y concreté en que era bastante inusual para la época, ¿Qué podría haberle inspirado a hacer una colección así? Incluso había un precioso vestido de lentejuelas con un escote de barco vertical que casi podría ser vertiginoso en la época actual.

—Moriría por saber que le inspiró a crear algo así —susurré en voz alta no pretendiendo que precisamente Edmond me escuchara.

—Una mujer —contestó varios segundos después irrumpiendo el silencio y de paso la abstracción en la que me hallaba mientras observaba cada modelo.

—¿Por qué no la hizo pública?, ¿Pensó que tal vez fuese demasiado pecaminosa? —pregunté ávida de saber más sobre aquellas prendas. Como si algo dentro de mi necesitara saber que llevó a mi verdadero abuelo a crear aquello.

—Nunca supe las verdaderas razones, pero si dejó estipulado que no fuese pública hasta varios años después de su muerte. Años después supe que había amado verdaderamente a esa mujer, la conoció antes de casarse con mi abuela y al parecer cuando él se dio cuenta de lo que sentía, la buscó, pero fue demasiado tarde porque se había casado con otro.

En ese momento supe que la mujer en la que se había inspirado, que la

musa que estaba detrás de aquellos modelos era mi propia abuela Fernanda. ¡Debía ser ella! Se podía respirar la pasión que transmitían, el desasosiego, el absoluto y pecaminoso ardor que en ellos existía y comprendí que Francois de la Court verdaderamente la amó, quizá no como ella hubiera esperado que hiciera, pero la quiso con pasión y desenfreno a su manera.

—¿Sabes como se llamaba ella? —Mi voz casi se quebró al preguntarlo.

—No. Tampoco consta en ninguna parte como en cambio si lo hizo con otras de sus musas...

En ese momento alcé la vista y subí el mentón para poder ver su rostro. Su mirada estaba oscurecida y su piel lucía especialmente dorada en la penumbra de aquella habitación. Era increíblemente guapo, eso no podía negarlo y su imponente figura podría hacerme templar, solo que en aquel momento él había compartido algo conmigo, algo que no tendría porque haber hecho y sin embargo había confiado en mi para hacerlo.

¿Qué era lo que había cambiado?, ¿Qué había sucedido para que dejase de ser tan condescendiente conmigo?

—Ya no lo soporto más —gimió antes de ver como daba una zancada para situarse frente a mi y sentí como su mano rodeaba mi nuca en un solo movimiento.

«Iba a besarme. No tenía duda alguna de que iba a besarme»

No podía probar esos labios. Si lo hacía estaba segura de caer de nuevo en esas redes que me atraparían y no podía permitirlo, sabía que de hacerlo me machacaría mentalmente durante el resto de mi existencia por permitir que jugara a su modo y semejanza con mis sentimientos.

—Tengo que irme —mencioné en cuanto ladeé la cabeza de forma que sentí su aliento en la comisura de mis labios.

En absoluto silencio sentí como la presión de su mano en mi nuca se deshacía liberándome y juraría por un segundo haber escuchado una especie de susurro o jadeo de sus labios, pero necesitaba con tanto ímpetu salir de allí que no pensaba quedarme a averiguarlo.

No me retuvo, ¿Por qué razón debería hacerlo? Aunque dudaba que a cierto dios nórdico que yo recordaba, ser rechazado le sentara bien, precisamente lo había hecho hasta en cuatro ocasiones tras declinar sus ofertas de trabajo y al final no me dejó otra alternativa más que aceptar, ¿Sería esto algo similar? Mas valía que no fuera así o terminaría comprándome bragas de castidad para no sucumbir ante la tentación.

¿Por qué narices no podía detestarlo o encontrarle repulsivo? Yo repudiaba todo lo que él representaba por lo que me hizo, ¿Es que mi cuerpo no era capaz de asimilarlo? Muy al contrario parecía responder a cada una de sus influencias y eso resultaba un auténtico fastidio para mi propia moral.

—¿Dónde estabas? —preguntó Daniel en cuanto llegué hasta él. Comprobé que Estelle seguía a su lado y parecía bastante sonriente.

—Mejor te lo cuento luego, ¿Podemos irnos ya? Estoy cansada y no puedo más con estos zapatos.

Era cierto que me dolían los pies, pero no hasta el punto de ser un motivo para marcharme, en realidad lo que deseaba era desaparecer y no volver a verle al menos en lo que restaba de noche ya que por desgracia trabajaba para él...

—En realidad Estelle y yo habíamos pensado en ir a tomar algo, ¿Te importa? —contestó Daniel y entonces sonreí por lo que quería decir aquella mirada.

—No me importa siempre y cuando la trates bien, en ese caso que os divirtáis.

—¿Seguro que no quieres que te acompañemos? —preguntó ahora Estelle.

Le guiñé un ojo y me acerqué para darle un beso de despedida.

—Nos vemos el lunes y me cuentas todo —susurré en su oído antes de apartarme.

A pesar de la insistencia de Daniel en acompañarme, gané aquella batalla y volví sola en la limusina a casa, de tal forma que en cuanto crucé el umbral de la puerta y pagué a la niñera para que se marchara, me quité los zapatos y me deshice del vestido para meterme directamente bajo el grifo de la ducha. Necesitaba no solo calmar la ansiedad que estaba sintiendo, sino todo aquel cúmulo de nervios que se arremolinaba en mi estómago cada vez que le tenía cerca.

No podía cometer ni un solo error, de lo contrario terminaría descubriendo que Francois existía y debía mantenerlo lejos de él, de su influencia, de su arrogancia y sobre todo de su prepotencia. Tenía que guardar las distancias, de un modo u otro debía alejarle de mi hasta que cumpliera con aquel puñetero contrato y entonces me marcharía a un lugar donde no me encontrase. Me iría a Milán o Nueva York si era necesario para emprender una nueva vida, pero sin tener aquella sensación de congoja que

me acompañaba cada instante.

Cuando me acosté junto a Francois en su cama solo para estar unos minutos a su lado antes de dormirme, fue inevitable recordar el momento en el que Edmond casi me había besado, un momento que me hizo recordar unos besos pasados con los que me había deleitado. Ciertamente era que entre Edmond y yo nunca había existido nada real, nada tangible, al menos por su parte, pero mi hijo había nacido de una relación en la que si hubo amor por mi parte, porque aunque ahora le detestase, una vez en el pasado amé a ese hombre.

Pasé el resto del fin de semana sola con Francois, sin noticia alguna de Daniel y supuse que eso solo podía significar una cosa; lo de él y Estelle no había sido solo un rollo de una noche. Me alegré por ambos, eran personas a las que apreciaba, pero con el historial de mi mejor amigo, solo esperaba que no le partiera el corazón como buenamente había hecho con un gran número de mujeres. Si no fuera por lo que le quería, probablemente le odiaría, así que el lunes cuando llegué a mi despacho y comprobé el estado de felicidad de mi ayudante, no tuve duda alguna.

—Imagino que esa cara rebotante de la palabra *sexo* escrita en tu cara se debe a Daniel —dije nada más entrar en mi despacho sabiendo que ella estaba detrás.

—Imaginas bien —contestó con la misma franqueza y me reí.

—Ten cuidado Estelle, es mi mejor amigo y le adoro, pero a veces no se toma las relaciones muy en serio —admití por no mencionar que en realidad no se tomaba ninguna en serio.

—Agradezco tu franqueza, pero no te preocupes, no estoy buscando nada serio y ahora centrémonos que hoy tienes una agenda apretada —respondió comenzando a detallarme la lista de reuniones y cosas pendientes que tenía por hacer tanto ese día como el resto de la semana—. ¡Ah y se me olvidaba lo más importante! —exclamó cuando pensé que abandonaría mi despacho para volver a su mesa.

—¿Qué? Porque no creo que pueda dar de sí mi tiempo en las próximas ocho horas para hacer algo más de esa lista —mencioné aturdida.

—Al parecer alguien muy importante de la élite social francesa desea que seas tú quien diseñe el vestido de su fiesta de compromiso.

—Perdona, ¿Quién? —exclamé no comprendiendo nada.

—No tengo la menor idea de quien es, pero rechazarlo sería como hundir tu carrera o eso me confirmaron.

—¿Y cuándo has concertado una cita con ella? —pregunté sin aparentar mucho interés a pesar de ser consciente de lo que significaba.

—Esta tarde a las cuatro.

—Bien, quiero un informe sobre dicha dama en cuestión sobre mi mesa dentro de dos horas. Averigua quien es y hazme una lista de los diseñadores que más la han vestido, sus gustos, lugares que frecuenta, fotos en la prensa, eventos a los que acude y quienes son su círculo social.

No había hecho vestidos por encargo, pero si debía hacerlo estudiaría el perfil de mi modelo para conocer sus gustos incluso antes de conocerla.

—Por supuesto —La oí decir mientras salía atropelladamente de mi despacho y supe que ya éramos dos las que sufrían de absoluto estrés en el trabajo.

A las dos en punto recibí una llamada de la niñera de Francois para decirme que no podía ir a recogerlo como siempre por una urgencia familiar, por lo que llamé a Daniel, pero no contestaba a las llamadas y supuse que debía estar liado con el trabajo.

—Iré yo —dijo de pronto Estelle viendo la desesperación en mi rostro.

—No puedes, no tienes permiso y aunque llame no dejarán que te lo lleves —susurré sabiendo que solo Daniel, la niñera y yo podíamos recogerlo.

—Entonces coge un taxi y tráelo aquí, se quedará conmigo en la cafetería hasta que termines de atender a la señora Tyssen y su hija.

¿Llevarlo allí? Ni hablar. No. Antes muerta de que Francois pisara un pie en la Court Royale.

—No. Es mejor que canceles la cita, di que he tenido una urgencia o que se me ha muerto un familiar, ¡Me da igual! Pero pospón esa cita para otro día.

En aquel momento me importaba muy poco lo que pudieran pensar, pesaba más el hecho de que Edmond no viera a mi hijo.

—Faltan menos de dos horas Olivia, ¿De verdad esperas que te tomen en serio si cancelas una cita con tan poco margen de tiempo?

No había visto a Edmond en todo el día, ¿Sería posible que no estuviera en la empresa? Normalmente no solía frecuentarla a diario, quizá... quizá no pasara nada. Tal vez no corriera peligro de que pudiera verlo.

—Está bien, iré a por él, pero no te quedarás en la cafetería, sino que se quedará junto a tu mesa y no te moverás de aquí hasta que termine la cita.

A Francois le encantaba pintar, por lo que se entretendría perfectamente durante la hora que tardase en atender a la señorita Tyssen.

Tenía el plan estudiado; Entraría rápidamente en la Court Royale con Francois en brazos, utilizaría las escaleras para evitar coincidencias en el ascensor y finalmente le escondería tras la mesa de Estelle donde prácticamente nadie pudiera verle, ¿Qué podía salir mal?

«Mi condenada maldita mala suerte. Eso podría salir mal»

Capítulo 28

—¡Ya estoy aquí!, ¡Ya estoy aquí! —exclamé avanzando por el pasillo con Francois en brazos y casi ahogada de subir tantas escaleras...

Alcé la vista y lo primero que llamó mi atención fue el cuerpo imponente de cierto rubio observándome.

«No. ¡Joder!, ¡Puto karma de mierda!» gemí en mis adentros y coloqué la mano sobre la cabeza de Francois para que no pudiera verle.

Que no cunda el pánico. Q-u-e—n-o—c-u-n-d-a—e-l—p-á-n-i-c-o.

«Actúa con normalidad o sospechará algo» reiteró mi conciencia.

—Siento el retraso —mencioné apartando la mirada de Edmond para dirigirla a una mujer que debía pasar la cincuentena y la que sin duda debía ser su hija por su parecido mucho más joven. Así que esas debían ser la señora y señorita Tyssen—. Pasen a mi despacho en seguida les atiendo.

«Calma Olivia. Solo cálmate, ya no puedes dar marcha atrás a tu penosa idea por lo tanto, apechuga las consecuencias»

—Ven aquí pequeño —dijo Estelle acercándose hasta mi.

—¡Mami!, ¡Mami! —exclamó entonces Francois pegándose aún más a mi.

—Tranquilo... mami estará justo en ese despacho porque tiene que trabajar un ratito pequeñito, ¿Vale? Estelle se quedará contigo y te enseñara unos dibujos muy bonitos, en cuanto salga nos iremos a casa campeón y si te portas bien cenaremos tu comida favorita.

—¿Pizza?

—¡Pizza! —sonreí al contemplar sus ojos brillantes.

Cuando me di la vuelta para entrar en mi despacho casi me asusté al observar que Edmond estaba allí de pie, como si estuviera esperando y con un rostro absolutamente serio y taciturno.

—¿Quería algo señor de la Court? —pregunté obviando el hecho de que había un niño pequeño allí presente y que éste era casi un calco de él mismo.

«Que no se de cuenta, por favor señor te lo ruego; que no ate cabos, que no se le pase ni siquiera la idea de que puede ser suyo por la cabeza»

—Vine a saludar a la señora Tyssen y asegurarme de que recibía un trato acorde a la importancia de su amistad para nosotros. Creo que no es necesario que le diga lo que puede suponer que haga un excelente trabajo para su carrera.

—Lo sé. No tiene porqué preocuparse, lo haré lo mejor que pueda y quedara absolutamente complacida.

—Si por absolutamente complacida entiende llegar tarde y acompañada de un menor, no es un buen comienzo...

¡Maldito fuera!, ¿Dónde estaba esa amabilidad que había tenido en las últimas ocasiones?, ¿Se había esfumado con viento fresco?

«Dios... este hombre me tiene más perdida que pinocho en un Ikea, pero al menos no ha preguntado por mi hijo»

—Ha sido una urgencia. No volverá a suceder, pero no quise cancelar la cita. Si me disculpa no creo que sea oportuno dejar esperando más tiempo a la señora y señorita Tyssen, por tanto me iré a hacer mi trabajo.

No le di tiempo de reacción, sencillamente me escabullí por la puerta de mi despacho y la cerré suavemente mientras cerraba los ojos y calmaba las ganas de gritar que tenía en aquel momento.

Quizá había estado asustada por nada, tal vez todo este tiempo había tenido un miedo atroz a que lo descubriera si le veía que era infundado, porque a pesar de haber visto a Francois no parecía ni tan siquiera interesado.

—¿Hay algún problema? —La voz de la señorita Tyssen llamó mi atención.

—No. Por supuesto que no, es solo que la niñera ha tenido una urgencia en el último momento y debí salir inesperadamente. Lamento el retraso y no haberme presentado aún, soy Olive Dufort y será un auténtico placer diseñar el vestido de su fiesta de compromiso señorita Tyssen, ¿Tiene algo pensado del estilo que desea?

Por suerte, tanto la señora Tyssen como su hija no eran unas adineradas estiradas, sino todo lo contrario. Así que quedando gratamente sorprendida y sabiendo que me daban la libertad suficiente para que le hiciera el vestido a mi modo y semejanza, les aseguré que tendría varios bocetos en una semana para que me diera el visto bueno. Incluso al salir del despacho, Francois vino corriendo a mis brazos y la señora Tyssen le hizo alguna que otra carantoña admirando su belleza.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Estelle en cuanto se marcharon—. Por sus

caras me atrevería a decir que muy bien.

—Ha ido genial. Amanda Tyssen es fácil de complacer y yo le haré un vestido que nadie olvidará fácilmente —sonreí sin apartar la vista de mi pequeño rubio.

—¡Excelente! Pues si ya has terminado me iré, justamente me ha llamado Daniel al no poder localizarte y le expliqué la situación, así que está esperando abajo.

—¿Tío Daniel está aquí?, ¿También vendrá a comer pizza? —preguntó entonces Francois y ambas nos echamos a reír.

—Eso habrá que preguntárselo, pero creo que tiene otros planes —sonreí mientras le guiñaba un ojo a Estelle—. ¿Se ha portado bien? —pregunté una vez nos montamos en el ascensor y éste comenzó a bajar mientras Francois tarareaba una canción que debería haber aprendido en la guardería.

—Estupendamente, este niño es un buenazo, incluso estuvo hablando con el jefezo buenorro sin asustarse...

—¿Qué? —exclamé estupefacta y sentí que iba a perder el conocimiento de un momento a otro.

—Tranquila mujer, solo se acercó a él y le preguntó como se llamaba, cuantos años tenía y si le gustaba dibujar. Creo que solo trató de ser simpático, pero se marchó enseguida.

«Respira Olivia. Respira porque el aire no está llegando a tus pulmones y en consecuencia tampoco a tu cerebro. Te va a dar un síncope de un momento a otro»

—Tengo que irme. Tengo que marcharme de aquí. Lejos... tengo que irme muy lejos...

Escuchaba la voz de Estelle pero realmente no comprendía lo que decía y en cuanto vi a Daniel comencé a derramar lágrimas sin saber porqué demonios lo hacía.

—¿Qué pasa?, ¿Qué le pasa? —escuché decir a Daniel mientras me cogía de la cintura y me pegaba contra él para sostenerme. Lo agradecí, porque de otra forma probablemente me habría desmayado.

—Lo ha visto... lo sabe... él lo sabe... —balbuceé mientras notaba como mis músculos se relajaban y era incapaz de caminar por mi propio pie, sino que más bien Daniel me arrastraba.

—No entiendo nada. Estaba bien hace un minuto y de repente se ha puesto así... —dijo Estelle asustada.

—¿Edmond de la Court ha visto al niño? —preguntó entonces Daniel.

—Si, justo le estaba diciendo que había hablado con el pequeño cuando se ha puesto así y no sé que tiene que ver con...

—Es el padre de Francois.

El sonido agudo de sorpresa proveniente de Estelle fue la conclusión fehaciente de que mi secreto acababa de ver la luz.

En cuanto salí y me dio el aire comencé a recuperar el aliento y mi cordura, fue entonces cuando me incliné y cogí a Francois en brazos como si aquello me diese fuerza suficiente para afrontar cualquier problema.

—Iré a casa, haré las maletas y me marcharé donde no me encuentre —afirmé con toda la entereza que pude a pesar de las circunstancias.

Daniel bufó y Estelle se mantuvo en silencio.

—No harás tal cosa Olivia, deja de huir y enfrenta la situación, para empezar no estas segura de si lo sabe o no, mejor te acompañamos a casa hasta que te tranquilices y lo veas todo desde otra perspectiva.

Mientras yo no dejaba de dar vueltas quemando mi vieja alfombra, Daniel constataba que en algún momento Edmond lo descubriría tarde o temprano y quizá no significara nada porque él ya tendría su vida con su esposa.

—Ah, ¿Pero es que no lo sabéis? —exclamó Estelle provocando que Daniel y yo la mirásemos.

Por suerte Francois se había quedado entretenido en su habitación de juegos para no escuchar aquella conversación que ni de lejos deseaba que sintiera.

—¿Enterarnos de qué? —pregunté con la cabeza a mil por hora.

En realidad debería estar haciendo las maletas en lugar de estar escuchando cosas que me hicieran cambiar de decisión.

—Pues que se divorció a los tres meses de casarse. Duraron menos de un telediario y es que al parecer, ella tenía una aventura con el jardinero o el entrenador personal, la verdad es que no lo recuerdo, pero... ¡Si hasta salió en la prensa! No sé como no pudisteis verlo.

¿Divorciado?, ¿Edmond estaba divorciado? Bueno... divorciado, soltero o casado era lo mismo, porque no quería que me quitase a Francois.

—Me da igual que esté divorciado o no. Me voy, no puedo dejar que se acerque a mi hijo... no después de todo lo que...

—Cálmate, en este estado no es que vayas a lograr hacer mucho, ¿Por qué no te acuestas y mañana piensas las cosas con calma? Francois tiene una vida

aquí a la que se ha adaptado perfectamente y sabes que tu carrera profesional está en París ahora mismo. Además, ¿No crees que si de verdad se hubiera dado cuenta te habría buscado o estaría aporreando la puerta de tu casa en este instante?

Justo en ese momento alguien llamó al timbre y me asusté. ¿Era él?, ¿De verdad sería Edmond de la Court llamando a mi casa?

Daniel se acercó al interfono y preguntó quien era, pero para tranquilidad de todos, solo se trataba de la pizza que Estelle se había encargado de pedir ante la insistencia de Francois durante el trayecto de regreso a casa.

No sabía si las palabras dichas por Daniel eran fruto de la sabiduría o del hecho de que egoístamente no deseaba apartarse de Francois, pero era consciente de que el único sitio al que podía irme en aquel momento era a casa de mis padres y dudaba que ese fuera impedimento si el dios nórdico quería localizarme.

—No puedo volver a la Court Royale y hacer como si no pasara nada...
—susurré en voz baja para que el pequeño no me escuchara.

—Es precisamente lo que harás —sentenció Daniel—. Porque levantarás aún más sospecha si desapareces sin más.

Mire a Estelle buscando su complicidad, como si ella pudiera inclinar la balanza sobre uno de los dos.

—Creo que Daniel tiene razón Olivia, si te vas sin ningún motivo podrá tener sospechas que quizá ahora no tenga.

¿Tal vez era yo la única que veía fantasmas donde no los había? Era imposible no darse cuenta. Bastaba una sola mirada para saber que eran dos gotas de agua calcadas en rangos diferentes de edad. Tenía su color de cabello, sus ojos y hasta su forma de sonreír me recordaba a él cuando se le marcaba un pequeño hoyuelo en el lado izquierdo, aunque también era cierto que llevaba años pensando que un día iba a ocurrir precisamente lo que ahora estaba sucediendo.

—Tendría que estar ciego para no verlo, por eso se acercó a él, por eso le preguntó su edad... ¡Tiene que saberlo!

—¿Y qué si lo sabe? —preguntó entonces Daniel—. ¿Qué pasaría? Ya renunció en su día a ser padre y quizá lo siga haciendo, pero también eres consciente de que Francois algún día querrá conocerle y saber quien es.

¡Joder!, ¿Por qué tenía que tener tanta razón en sus palabras? Se suponía que era mi mejor amigo y que debía velar a mi favor, no al de ese mequetrefe

que prácticamente solo fue un donante de esperma.

Me crucé de brazos porque no sabía realmente que responder. Por un lado podría tener razón, pero me negaba rotundamente a que tuviera que compartir a mi hijo. Mi miedo más trascendental era precisamente que me quitara la custodia de mi pequeño.

—¿Y si me lo quita? —susurré en un leve alarido.

—Antes de que suceda eso yo mismo te llevo a la mismísima Conchinchina si hace falta para que no te encuentre.

En aquel momento me abracé a Daniel fuertemente, sintiendo la seguridad que él me ofrecía y dejé que dos lágrimas se escaparan de mis ojos...

—Gracias... —admití con una medio sonrisa.

Daniel y Estelle se marcharon cuando insistí en que me encontraba bien y les aseguré que no saldría corriendo, al menos no esa noche.

Quisiera o no, llevaba mucho tiempo preparándome para ese momento, exactamente desde el instante en que Francois conoció la vida a través de mis entrañas. Tiempo suficiente para saber que no iba a permitir que me lo quitara y menos aún, para que argumentara tener unos derechos que en su día rechazó tachándome de oportunista. No. No me rendiría y saldría huyendo... le haría comerse sus propias palabras.

La cara de sorpresa de Estelle cuando llegó al trabajo y vio que ya estaba en mi despacho fue digna de fotografiar y enmarcar, pero agradecí que no dijera nada respecto a lo sucedido el día anterior y supuse que Daniel la habría puesto al corriente de todo.

—Recuerda citar a la señorita Tyssen el próximo lunes, para entonces ya tendré bosquejados sus diseños para que ella misma elija lo que más le gusta.

—Por supuesto. ¿Quieres que te despeje la agenda para dejarte libre a partir de las cuatro y recoger a Francois? —preguntó haciéndome recordar que no había tenido noticias de la niñera, después de todo lo sucedido era en lo que menos había pensado.

—Si. Hazlo por si acaso, prefiero llevarme el trabajo a casa y terminar allí.

El sonido en la puerta de mi despacho hizo que la conversación con mi ayudante se interrumpiera y segundos después el imponente cuerpo de Edmond apareció ante mi presencia.

—Disculpad la interrupción, ¿Tiene unos minutos para hablar a solas,

señorita Damas? —preguntó en un tono serio y al mismo tiempo amable que no llegaba a comprender del todo.

Estelle me miró con complicidad y asentí, por suerte estaba sentada o de lo contrario mis piernas habrían flaqueado.

—Usted dirá —dije una vez que la puerta de mi despacho se había cerrado y con toda la amplitud que existía en aquella habitación, sentía que no había espacio suficiente para ambos.

—Quería saber como fue su reunión con la señorita Tyssen. ¿Quedó satisfecha?

Saber que estaba allí por trabajo hizo que todos los nervios que sentía en mi estómago y que mantenían los músculos de mi cuerpo tensos, se relajasen.

¿De verdad no se había dado cuenta de que Francois era su hijo?, ¿Tan absolutamente seguro estaba de que no podía serlo que ni siquiera vio el parecido? Ver para creer...

—Deduzco que si, pero el próximo lunes cuando le haga las propuestas lo comprobaremos.

—Toda la prensa dará cobertura al compromiso de su enlace, creo que no hace falta reiterar lo importante que será que hagas bien tu trabajo.

—¿Ha venido para cuestionarme mi trabajo o para exigirme que lo haga? Porque le recuerdo que si estoy aquí es precisamente porque hago bien dicha labor.

—Recuerdo una época en la que no cuestionabas mis decisiones —contestó como si me estuviera retando con la mirada.

—Y yo también recuerdo una época en la que me creía todas las mentiras...

Para mi sorpresa no contestó, sino que se levantó rápidamente de la silla y por su gesto supuse que debía estar indignado.

«Chico... dos trabajos tienes, indignarte y desindignarte si es que eso existe»

—Quiero los diseños en mi despacho antes del viernes, sin excusas.

Será cretino... ¿De verdad me iba a supervisar como a una colegiala? Pues bien, juguemos a su juego.

—Mañana mismo los tendrá.

Así no duerma le hago ver a este soplaitas que no me voy a acongojar con sus intentos de meter presión o amenazas.

—Hasta mañana entonces.

«Vete al cuerno» quise decir, pero en su lugar solo hice un gesto con la cabeza mientras le veía perderse de vista y finalmente me dejaba caer sobre la silla en una postura poco ortodoxa.

¿Es que nunca podría tener una conversación en la que pudiera estar relajada? Jamás un hombre me había hecho sentir tanto con tan poco.

Capítulo 29

EDMOND

—¡Maldita sea! —exclamé dando un golpetazo contra la mesa en cuanto entré en mi despacho y me senté tras ella.

¿Por qué no me podía controlar delante de esa mujer? Me exasperaba al mismo tiempo que mi cuerpo la anhelaba.

«Seguramente me volveré loco» pensé mientras me llevaba las manos a la cabeza sabiendo perfectamente que la situación se estaba escapando de mis manos y dicho sea de paso, a mi control

¡Dios!, ¡Si casi la había besado en la fiesta del viernes importándome un comino todo lo sucedido en el pasado!, ¿En qué estaba pensando?, ¿Acaso creía que la situación podría haber cambiado? No. Claro que no. En su día ella solo había accedido a acostarse conmigo porque buscaba un fin, pero ahora disponía plenamente de dicho fin y sus acciones me lo dejaban bien claro.

El teléfono comenzó a sonar y mi secretaria Eloise mencionó que tenía una llamada de mi hermano.

—Pásamelo —tercié ofuscado mientras me llevaba la mano a la sien y frotaba lentamente mi cabeza. Me dolía... señal de que no había dormido una puta mierda porque la imagen de ese niño rubio no abandonaba mis recuerdos.

Olivia tenía un hijo. Tenía un hijo de ese mequetrefe con el que la había visto hace años cuando la seguí y con el que seguramente se había aliado para tratar de sacarme dinero. La afirmación de saber que nunca había sido realmente mía consumía mis entrañas.

—¿Edmond? —escuché entre el silencio.

—Dime Antoine, estoy algo ocupado —mentí descaradamente, pero no tenía ganas de hablar, solo de marcharme a casa y tratar de descansar aunque supiera que eso iba a resultar imposible.

—Te llamaba para decirte que mañana estaré por la ciudad, se que no te aviso con mucho tiempo, pero tengo que ir a por un pedido y pensé que podríamos comer juntos, ¿Te viene bien?

Quizá la distracción de Antoine me vendría bien en aquel momento, sobre todo desde la vorágine en la que se había convertido mi vida después de que Olivia apareciese de nuevo.

—Claro. Le diré a Eloise que reserve en el restaurante favorito del abuelo.

—¡Genial!, ¡Nos vemos mañana hermanito mayor!

A pesar de nuestros mas y nuestros menos, Antoine era la única familia que me quedaba y aunque no me hizo ni pizca de gracia que él decidiera llevar el rumbo de su vida por otro camino que no tenía nada que ver con la moda o la herencia que nos había dejado nuestro abuelo, lo respetaba. Tenía su domicilio habitual en Alemania, así que cada vez que venía por la ciudad ya fuese por trabajo o placer, intentaba verle. Lo cierto es que él era lo único que me quedaba después de que la abuela muriese y mi matrimonio fuera un auténtico fracaso por más que el propio Antoine me lo advirtiera antes de comprometerme.

Quizá debí hacerle caso, tal vez tuve que haber visto las señales que me advertían del error que estaba cometiendo, pero lo cierto es que solo tenía ganas de olvidar, olvidar y comenzar una nueva vida desde cero y conseguí todo lo contrario; darme cuenta de que ninguna mujer sería fiel y sincera como hasta ahora había comprobado.

Desde entonces ni siquiera había hecho el amago de intentarlo, ¿Para qué? Todas serían iguales, cortadas por el mismo patrón, al menos todas las que había tenido la desgracia de conocer incluida mi propia madre, que no solo abandonó a mi padre y a sus hijos por conocer a otro hombre, sino que jamás tuvo la decencia de llamar para saber si estábamos bien.

—No sé ni para qué me molesto en recordarla —bufé levantándome y cogiendo la chaqueta para salir de mi despacho—. Cancela todas mis citas para hoy y reserva en el restaurante que siempre almuerzo con Antoine para mañana.

—Claro. ¿Se encuentra bien? —preguntó mi secretaria.

—Perfectamente.

No tenía que dar explicaciones, para algo la empresa era mía, ¿no? Así que me fui directamente a casa y me serví una copa de coñac lo suficientemente cargada para saciar el amargor que me escocía por dentro.

Ese niño. Ese maldito niño, ¿Por qué no podía dejar de quitármelo de la cabeza? Era como si me recordase a alguien, como si al verle un sentimiento sobrecogedor me hubiera absorbido hasta el punto de acercarme a él y darle conversación solo por verlo aún más de cerca.

Al día siguiente pasé toda la mañana encerrado en mi despacho, esperando que en cualquier momento cierta morena de ojos verdes y curvas

peligrosas hiciera su entrada por aquella puerta para enseñarme los bocetos que había prometido. Francamente estaba más impaciente por verla que por saber si había cumplido su palabra, cosa que por su carácter fehaciente que estaba descubriendo que tenía en las últimas semanas, no dudaba que hiciera, pero el hecho de saber que mis prioridades físicas estaban ganando la batalla al terreno laboral, provocaba que me odiase a mi mismo porque el influjo de aquella mujer me afectase tanto.

«Es solo deseo, ardor, pasión que se puede evaporar de la misma forma en que me cegaba» medité tratando de controlar aquellos pensamientos que no podía contener.

Me escapé del despacho un poco antes para acudir a la cita con Antoine, con la única idea de tomar una copa antes del almuerzo. De alguna forma necesitaba calmar esa ansiedad que por momentos sentía que me devoraba.

—¿Bebiendo a estas horas?, ¿Seguro que eres mi hermano y no un gemelo perdido? —exclamó entre risas Antoine y me levanté para abrazarle.

—Ya era hora —advertí—. Casi tres meses sin venir, a este paso te veré una vez al año por Navidad.

Antoine ladeó la cabeza y se sentó junto a mi mientras pedía una cerveza para acompañarme.

—Ya sabes lo que nos ha costado levantar los dos pub, ahora estamos con el tercero y está siendo mucho más complicado por el papeleo al ser en otro país...

Antoine había decidido asociarse con dos amigos para abrir varias discotecas de copas. Ya tenían dos en Alemania e iban a abrir una tercera en Austria. Lo cierto es que le iba bastante bien y saber que lo estaba logrando todo sin pedir ayuda tenía aún más mérito en él.

—Si... lo sé, pero me alegro de que te vaya bien, aunque habría preferido que te quedases en París conmigo —admití a pesar de que Antoine había desechado la idea desde el primer minuto, solo que pensé que después de madurar con tantos viajes sin propósito, finalmente lo aceptaría. No pude estar más errado en mis conclusiones.

—Sabes que la Court Royale no es para mi. Nunca lo ha sido y nunca o será, no pinto nada en el mundo de la moda... lo mío es la noche y los lugares de ambiente —confesó riéndose—. ¿Alguna vez te dignarás a venir a uno de mis locales?

A pesar de que había insistido en más de una veintena de ocasiones,

nunca había visto el momento oportuno de ir hasta Alemania para comprobarlo por mi mismo.

—Tal vez lo haga, cuando el trabajo me lo permita —mentí sabiendo que el hecho de ir hasta allí y comprobar por mi mismo que él había logrado sus metas y era feliz con ello, significaba que yo no lo había hecho.

Asumí el control de la Court Royale porque era el cabeza de familia, porque tras la muerte de mi padre y la enfermedad de mi abuelo no tuve otra opción que no fuera esa y había convertido mi deber en mi obligación, de modo que ni siquiera me había preguntado si realmente era lo que quería, pero no podía dejar que el apellido de la Court desapareciera con todo el legado que nos había dejado mi abuelo.

Si. Envidiaba a Antoine por poder hacer lo que él quisiera, aunque ciertamente ya no conocía otra vida que no fuera aquella empresa de moda.

—Ya, pero para montar fiestas de aniversario si tienes tiempo.

—Eso me recuerda que era algo importante para la familia y no te dignaste a venir —le reproché sabiendo que su excusa para no asistir fue un pretexto.

—Por lo que vi parecías muy bien acompañado con esa despampanante diseñadora... ¿Olive se llamaba? No presté mucha atención al nombre cuando vi la foto en la portada de la revista donde compro habitualmente el periódico, ¿Sales con ella?, ¿Te has dignado a salir al fin con una mujer después de tu divorcio desastroso?

¿De verdad no la había reconocido? Ciertamente era que habían pasado varios años y que ella había cambiado, pero solo me bastó verla para saber que era Olivia, aunque ahora tuviera otro estilo de cabello y se maquillara más que por aquel entonces.

—¿No la reconociste? —exclamé dando un sorbo a mi copa.

—¿Es que la conozco? —preguntó extrañado y alzó una ceja.

—Trabajó cuidando a nuestra abuela hace como... ¿Tres años y medio o así?

No podía creer como había pasado el tiempo desde aquel momento, desde aquellos encuentros furtivos, desde la última vez que me sentí vivo realmente.

—¡No!, ¿Es Olivia?, ¿La Olivia española que cuidó de nuestra abuela Clarissa?

—Si. ¿No tienes nada que decir?

Esperaba un enorme y grandísimo; *eres un estúpido por pensar en enviarla a fregar suelos cuando salta a la vista que tiene potencial*, sobre todo porque yo lo habría dicho.

—Bueno... imaginaba que tarde o temprano te acabarías enterando.

¿Me acabaría enterando?, ¿De qué exactamente me acabaría enterando?

No pude preguntar porque el camarero vino a avisarnos de que nuestra mesa estaba lista, por lo que abandonamos la barra para sentarnos.

—¿Y como está Olivia?, ¡Casi no puedo creerme que sea ella!, ¡Al final lo conseguí! —Siguió exclamando asombrado, como si aún no pudiera aceptarlo.

No le culpaba, a mi también me había costado trabajo creerlo.

—Pues puedes preguntárselo tú mismo porque trabaja en la Court Royale desde hace varias semanas.

La cara de asombro de Antoine pasó a una estupefacción absoluta.

—¿La contrataste?, ¿Tan buena es?

«Para mi desgracia lo es» admití en mi fuero interno.

—Si. La contrate, pero dime... ¿A qué te referías con lo de que tarde o temprano me terminaría enterando? —insistí.

—Pues al dinero que invertí en la sociedad. Ella me dio un cheque que le habías dado y que se suponía te tenía que devolver, lo cobré al día siguiente por ella y me lo quedé.

De pronto todo comenzó a dar vueltas, aquellas palabras comenzaron a rebotar en mis oídos provocando que sintiera una presión en el pecho que me ahogaba por más que intentara respirar. No podía ser. No. No era posible. Antoine se debería estar refiriendo a otro momento... otro día... otra mujer, pero abella no.

—¿Qué? —exclamé cuando al fin conseguí ser capaz de coordinar mi voz con mis pensamientos.

—¿No te lo dijo? —gimió asombrado—. La última vez que la vi fue saliendo de la empresa, yo iba a pedirte un préstamo para invertir en el negocio de los pubs y me la encontré saliendo del ascensor algo aturdida, parecía un poco desorientada, pero entonces me dio un cheque diciéndome te lo devolviera, creo recordar que también me dijo que te dijese que no te preocuparas porque no se volvería a acercar a ti o a tu familia. Imaginé que se lo habías dado para que no fuese contando historias falsas a la prensa, reconozco que fuiste muy generoso con la cantidad, solo que Olivia no es ese

tipo de mujer hermanito... ella jamás habría intentado aprovecharse de la situación.

En aquel momento de la confesión apreté mis puños, porque de otro modo le estaría estrujando la garganta a mi propio hermano. ¿Había devuelto aquel cheque?, ¿No se quedó con el dinero?, ¡Joder!, ¡Soy un completo cretino por pensar lo peor de ella!

—¿Por qué? —pregunté con el rostro sombrío—. ¡Por qué demonios no me lo devolviste! —exigí.

—Porque habrías ido detrás de esa pobre chica a destrozarle la vida... ¡Dios Edmond!, ¡La estabas utilizando a tu antojo aprovechándote de su ingenuidad!, ¡Si hasta tú mismo admitiste que la habías engañado!

—¡Te mentí! —grité llevándome las manos a la cabeza—. Te mentí porque no quería que supieras que ella me importaba, porque creía que tenías algo con ella y no podía soportarlo...

—¡Tú eres idiota!, ¡Solo había que verla para saber que únicamente tenía ojos para ti!

En ese momento a mi mente llegó el recuerdo en el que Olivia había acudido a mi despacho, aquel rostro dulce diciendo que estaba esperando un hijo y de pronto la imagen de aquel niño rubio de ojos azules llegó a mis pensamientos.

Dos años. Me había dicho que tenía dos años, pero la bombilla de mi cerebro se encendió y comencé a hacer cuentas mentales sobre la última vez que había estado con Olivia.

«Septiembre» Aquella fue la última vez y si fuese así, tendría que haber dado a luz en Mayo y ese niño ahora mismo tendría... dos años, ¡Dos jodidos putos años y a punto de cumplir tres!

En ese instante me levanté arrastrando la silla y salí corriendo de aquel restaurante sin siquiera despedirme de Antoine. Tenía que saberlo, debía confirmar si Francois era o no mi hijo porque de serlo... ¡Dios!, ¡De serlo yo me quería hundir un foso por ser un auténtico capullo de mierda!

Capítulo 30

—Estelle, entregaré esto en el despacho del señor de la Court y me marcharé a casa, así podré recoger a Francois de la guardería. Si quieres puedes tomarte la tarde libre —mencioné con la carpeta de diseños en la mano.

Apenas había dormido solo para terminar aquellos bocetos y fastidiar al mequetrefe de pacotilla. De hecho, tenía incluso cierta curiosidad por ver la cara que pondría cuando viera aquellos diseños en los que me había esmerado incluso para darles color y que fueran aún más buenos.

No tenía idea alguna de que la testarudez sacaría lo mejor de mi arte.

«Algo bueno tenías que sacar de la situación, Olivia»

—¿Ya los has terminado? —exclamó estupefacta.

—¿No ves mis ojeras? —contesté sonriente—. Por supuesto que los tengo terminados. Nos vemos mañana *estrellita* —añadí con aquel apelativo en español y sacándole la lengua mientras me daba media vuelta.

Ahora que Estelle conocía verdaderamente mi pasado, tenía un vínculo aún más estrecho con ella y saber que no juzgaba mis actos, me hacía pensar en ella como una verdadera amiga, casi como en Daniel. Por eso verles juntos me emocionaba casi tanto como me aterraba porque aquella relación pudiera salir mal teniendo en cuenta el pasado de éste con las mujeres.

«Ojalá que Estelle sea lo que Daniel necesita en su vida» pensé mientras pulsaba el botón del ascensor que iba hasta la planta superior y avanzaba por el pasillo hasta el despacho de Edmond. Aquel viaje de mi presente me recordó por un instante a uno del pasado, donde un sudor frío me recorrió la nuca repentinamente siendo consciente de como las circunstancias habían cambiado.

—Buenas tardes Eloisa —mencioné saludando a la secretaria de Edmond en un tono bastante formal—. No tengo cita, pero el señor de la Court esperaba hoy que le entregase personalmente esto —añadí señalando la carpeta.

Aquella mujer me respondió con una cálida sonrisa en su rostro y me dije

a mi misma que no podía encasillarla en el mismo lote que al dios nórdico, cuando ella había sido siempre tan amable. Por más que fuera su secretaria, ella no tenía nada que ver con ese carácter agrio que se gastaba su jefe.

—Ciertamente el señor de la Court mencionó algo al respecto. En este momento no se encuentra en su despacho, pero si lo desea puede esperarle dentro.

—¿Dentro? —exclamé extrañada.

¿No me recriminaría después robarle algo?

«Mejor que me quede donde estoy por si las moscas»

—Si. Tenía una cita para almorzar, si lo desea puedo pedir que le traigan algo de cafetería.

En ese momento contemplé la posibilidad de dejar los informes y marcharme, si Edmond tardaba más de lo normal, pero igual parecería que era un acto cobarde. ¡Joder!, ¡Quería marcharme en menos de una hora!

—Está bien. Esperare en su despacho y si es tan amable, me gustaría tomar un café y que sea doble —acredité con una amplia sonrisa mientras Eloise se levantaba de su asiento y me hacía un gesto para que entrara en el despacho de Edmond.

Todo estaba tal y como recordaba la última vez, salvo por su mesa llena de papeles por medio y su agenda abierta. Mientras esperaba tuve curiosidad y me mordí el labio mientras me paseaba frente a la mesa sin llegar a sentarme, divisé un par de veces la puerta quedando esta cerrada y entonces me incliné sobre ella para divisar que a la hora de comer, la franja horaria estaba marcada con un nombre en color rojo; Antoine.

¿Había ido a comer con su hermano?

Eso me recordó la última vez que había visto al pequeño de los hermanos de la Court y sin duda alguna el que me caía mejor de los dos. La idea de volver a verle me agradó, tal vez debería buscarlo y agradecerle lo que en su día hizo por mi, cuando a pesar de que Edmond era su pariente, no había tenido pudor alguno en delatar sus poco honorables actos.

No tenía idea alguna si él sabría que tenía una aventura con su hermano, pero probablemente lo intuía y por eso le había delatado. Me extrañaba no haberle visto por la empresa, más aún cuando la última vez que lo vi fue precisamente entrando a esta, ¿Por qué no trabaría en la Court Royale? Relación con Edmond seguía teniendo, así que imaginé que no debía interesarle demasiado el mundo de la moda y habría buscado su propio

camino en otra parte.

—Su café doble señorita Damas.

La voz de Eloise me trajo de regreso a la realidad, haciendo que la evocación de mis recuerdos se esfumase.

—Gracias. ¿Hace mucho que trabaja para el señor de la Court? — pregunté solo por curiosidad.

—Solo dos años. ¿Desea algo más?

Con razón no la recordaba de aquella vez que estuve anteriormente.

—No. Muchas gracias Eloise.

Apenas había tomado el tercer sorbo de café mientras divisaba de nuevo los diseños de la carpeta cuando la puerta se abrió bruscamente haciendo un ruido estrepitoso contra la pared del ímpetu con el que había sido abierta. El sonido me asustó al punto que la taza se derramó sobre la mesa y exclamé un sonido agudo mientras trataba de salvar los documentos que había sobre esta.

—¿Es así como suele entrar en su despacho? —exclamé tratando de salvar el estropicio que había formado.

Por suerte mis diseños estaban a salvo, pero no podría decir lo mismo de los documentos de Edmond, quizá por eso no estaba cabreada con la situación.

—¿Es cierto? —preguntó cerrando la puerta con la misma fuerza y pude sentir el temblor de la madera golpeando contra el marco.

¿Cierto?, ¿Qué se supone que era cierto?

Me di la vuelta y le miré a los ojos, notando su ceño fruncido solo que no parecía enfadado.

—Si se refiere a los diseños para la señorita Tyssen, pues sí, es cierto que los he terminado —dije apuntando la carpeta que había dejado sobre la silla—. Aunque si espera culparme por el estropicio de los documentos que tenía sobre la mesa, le diré que la culpa es enteramente suya.

—¡No me importan esos documentos!, ¡Ni tampoco los diseños! —exclamó ofuscado—. Necesito saberlo... ¿Es mío? —preguntó mirándome de forma tan intensa que sentía que me estaba desnudando con aquellos ojos azules.

¿Qué era suyo?, ¿El qué?, ¿Mi corazón?

«Ojalá y no lo fuese» susurré en mis adentros.

—¿Es mi hijo? —pronunció entonces y sentí que mis piernas temblaban, que mi cuerpo flaqueaba y mi respiración se entre cortaba.

«Lo sabía. Edmond de algún modo lo sabía»

—No —negué cerrando los ojos porque no podía negarlo mientras le miraba.

—¿No? —preguntó rápidamente y noté como se acercaba hasta mí—. Abre los ojos y atrévete a negarlo.

En ese momento los abrí rápidamente y un fulgor de ira extraño me recorrió hasta mis entrañas. Él lo había negado desde el mismo instante en que había sido concebido, así que ahora no iba a arrancarme las palabras de mis labios.

—Tú mismo afirmaste que era imposible. Tú mismo me dijiste aquí, en este despacho, que en el caso de que estuviera embarazada no era hijo tuyo, así que dime, ¿Por qué iba a serlo ahora?

—Porque lleva mi sangre —afirmó acercándose lo suficiente que casi podía sentir su aliento en mis labios.

—¡No es tu hijo solo por llevar tu sangre! —grité dándole un golpe en el pecho que ni siquiera provocó que diera un paso atrás.

—Así que es cierto... ¡Dios! —exclamó llevándose una mano al cabello mientras lo peinaba hacia atrás—. ¿Cómo es posible?, ¿Cómo fue posible?

No sabía si las preguntas las dirigía hacia mí o más bien se lo preguntaba a sí mismo, pero no había que ser muy lúcidos para saber la respuesta a cada una de ellas.

—No cambia nada —aclaré maldiciéndome por haber caído en su trampa. ¿Porqué me había tenido que traicionar mi subconsciente?

—Lo cambia todo —dijo de pronto acercándose tanto que colocó su mano sobre mi mejilla—. Absolutamente todo... —susurró acercándose tanto que por un momento creí que iba a besarme.

Aparté su mano fuertemente y me separé de él como si fuera el mismísimo diablo.

—¡No! —exclamé—. ¡Tú me engañaste!, ¡Me insultaste!, ¡Me mentiste y manipulaste únicamente para acostarte conmigo! Y no te bastó solo con eso. ¡No! Vine aquí asustada y completamente sola... ¡Estaba desesperada porque no sabía que hacer! Y no solo te referiste a mí como una aprovechada y manipuladora, sino que me acusaste de que solo quería sonsacarte tu dinero. Pues bien; como ya comprobaste no necesito tu dinero, nunca lo he necesitado y mi hijo es únicamente mío.

—Puedo entender tu odio contra mí, pero no renunciaré a mi hijo ahora

que sé que es verdad, ahora que comprendo mi error y que sé de su existencia.

De pronto todos mis miedos se estaban haciendo realidad, que todas aquellas pesadillas que siempre había temido cogían forma y se presentaban ante mi para ahogarme en el peor de mis temores.

—Lo harás. Renunciarás a Francois o verás como convierto en cenizas esta empresa.

Y lo haría, sería capaz de hacerlo por tal de conservar la custodia completa de mi hijo sin que nadie me lo quitara.

—¿Me estás amenazando?, ¿Acaso crees que voy a detenerme por una advertencia sobre prender fuego a esta empresa?

—No es una amenaza, es un hecho y no me estoy refiriendo a prender fuego a esta empresa, sino a reclamar lo que por derecho es mío.

Por su rostro intuí que no tenía idea alguna de a qué se refería, pero era lógico, ni siquiera Clarissa sabía quien era yo hasta que le confesé el nombre de mi abuela.

—Si te refieres a los derechos de mi hijo sobre este lugar, voy a reconocerlo y esta empresa será tan suya como mía —afirmó y un sentimiento de nostalgia me invadió, pero recapacité.

«No cedas. Él jamás lo hizo, él te tiró y desechó como una colilla cuando te echó de su vida»

—No es tu hijo, ¿Qué parte no entendiste? Francois es únicamente mío y si te empeñas en decir lo contrario, todo el mundo sabrá que Francois de la Court tiene un hijo legítimo, y que ese hijo es mi padre.

Lo había dicho. Ni tan siquiera había pensado en la consecuencia que podrían tener aquellas palabras hasta que ya habían salido de mis labios.

¡Oh dios!

—¿De qué diablos estás hablando?, ¿Es una invención? —exclamó de pronto apartándose de mi y alejándose dos pasos, algo que agradecí infinitamente.

Podría negarlo, redimirme y mantener aquel secreto oculto, pero no pensaba dejar que me robase a mi hijo, no después de todos los sacrificios que había hecho para llegar hasta donde había llegado, sin mencionar que no existía nada más importante en mi vida que Francois.

—No necesito inventarme nada —contesté airada—. Incluso tu propia abuela lo sabía y fue ella quien me lo confesó en una carta antes de morir.

Un sonido de exasperación salió de los labios de Edmond y supuse que debía estar maldiciendo o soltando una ristra de insultos dadas las circunstancias, solo que nada que salió de sus labios fue comprensible para mis oídos.

—¿Todo este tiempo sabías que eras la nieta de Francois de la Court y no dijiste nada?, ¿De verdad esperas que lo crea?

Su voz sonaba exasperada, como si el mismo se preguntase qué razones podría tener para algo así en caso de ser verdad.

—No me interesa esta empresa, ni reclamar ninguna herencia. Ni me importó antes, ni ahora.

No quería nada de la Court Royale, lo único que podría desear era demostrar de lo que era capaz y eso no lo obtendría si gritaba al mundo que era pariente del propio fundador.

—Está bien...

Está bien ¿Qué? Pensé inmediatamente, porque nada estaba bien en todo aquello.

—¿A qué te refieres con que está bien? —pregunté completamente nerviosa. La respuesta a dicha pregunta marcaría un antes y un después en mi vida tal y como la conocía, sobre todo respecto a Francois.

—Tú ganas. Renunciaré a mis derechos sobre mi hijo si llegamos a un acuerdo.

¿Un acuerdo?, ¿Cómo que un acuerdo?

—No hay ningún acuerd...

—Piénsalo antes de tomar una decisión precipitada o atente a las consecuencias que ello podría conllevar para ambos si nos sumergimos en un proceso largo y tedioso con abogados —recitó interrumpiendo mis palabras y mi absoluto silencio precedió a su confesión.

No tenía la más mínima idea de qué podría conllevar aquel supuesto acuerdo, pero la sola idea de tratar con él me oprimía el pecho porque sabría cuál terminaría siendo el resultado. Era consciente de que no quería someter a Francois a algo así, menos aún con la probabilidad tan elevada de que por su posición y elevado nivel adquisitivo que le otorgaba poder, podría salir vencedor.

—¿Qué clase de acuerdo? —pregunté cediendo en parte, necesitando saber a qué debía atenerme y sobre qué tendría que recapacitar minuciosamente.

—No renunciaré a verle. A conocerle y a ser su figura paterna.

«No. Ni hablar. Ni por un momento pensaba ceder a que Francois supiera que Edmond era su padre»

—Él ya tiene una figura paterna —admití pensando en Daniel, aunque más bien ejercía de tío que de padre.

Noté como Edmond apretaba los labios y entonces divisé que sus puños se veían ligeramente blancos. ¿Era rabia lo que divisaba en su gesto?

—Mayor razón para mi reclamo. Yo soy su padre y es a mi a quien debe llamar así.

No le saqué de su error, no sabía porque razón no lo hice, pero dejé las cosas así. En ese momento el teléfono comenzó a sonar y supe que era la alarma que indicaba que tenía que marcharme para recoger a Francois de la guardería o llegaría demasiado tarde.

—He de irme —dije sin mirarle—. Tengo que pensarlo—admití finalmente porque mi cerebro era incapaz de razonar en aquel momento.

Tenía que meditar todas las opciones, incluida la de huir, la de escapar y desaparecer de este mundo junto a mi hijo, aunque ahora que Edmond sabía la verdad, probablemente no habría lugar remoto donde esconderme sin ser encontrada y en caso de que así fuera, la sombra de ser perseguida me acecharía el resto de mi vida.

Sabía cuál terminaría siendo mi única opción posible, pero necesitaba tiempo para asimilarlo y sobre todo para acostumbrarme a cuál sería mi nueva realidad.

—Mañana a las ocho, en el café de Bernard discutiremos los términos del acuerdo.

Asentí con la cabeza incapaz de afirmar o negar que aceptaba dicho acuerdo, pero también era cierto que no tenía más opción que sentarme en aquel café para escuchar aquello que tenía que decir y limitarme a no ceder en ciertos puntos si con ello conseguía tener la plena custodia de Francois para mi.

Pero... ¿Verdaderamente podía fiarme de Edmond sin que me estuviera mintiendo? O ¿Tal vez necesitaba verificar que le había dicho la verdad sobre mis orígenes para no emprender acciones legales en mi contra?

Fuera como fuese solo el tiempo me lo terminaría diciendo y por mi leve experiencia junto a él, mas me valía mantener todas mis alertas a la espera del más mínimo movimiento.

Capítulo 31

A pesar de no haber dormido prácticamente la noche anterior, lo cierto es que mis nervios me impedían conciliar el sueño. La incomodidad por la situación me crispaba y hacía que me repitiese una y otra vez si la opción que estaba escogiendo era la indicada.

¿No era mejor ser una cobarde y salir corriendo?

Si hasta el momento no lo había hecho era porque en el fondo, —muy en el fondo de mi ser—, sabía que una cosa era lo que yo quisiera y otra muy distinta lo mejor para mi propio hijo.

¿Cuántas veces no me había dicho Daniel que algún día él preguntaría por su verdadero padre?, ¿En cuantas ocasiones me había planteado el hipotético caso de que él lo descubriera y se interesase?

Tenía que reconocer que mi mayor miedo era que me lo quitase. Si. Hasta la fecha no había contemplado otra posibilidad que no fuera esa dado su estatus y poder, pero jamás había pensado en la opción de que renunciase a la custodia y que simplemente tuviera acceso a Francois en contadas ocasiones.

La gran pregunta era; ¿Podría soportarlo?, ¿Verdaderamente podría soportar la idea de estar a su lado sabiendo que Francois siempre nos uniría?

Por más que me había empeñado todos estos años en odiarle, detestarle, querer desearle la peor de las humillaciones, mi cuerpo me traicionaba demostrándome que a pesar de todo le deseaba fervientemente.

¿Cómo era eso posible?, ¿Cómo demonios era posible después de todo el daño que me había hecho?

«Tal vez el corazón no mandaba en la razón y viceversa»

Sabía perfectamente que el hecho de haberle mencionado que era descendiente directo del mismísimo Francois de la Court le tenía que haber dejado en shock e incluso sospeché que negaría tal afirmación hasta el último de los alientos, pero quizá había decidido ser prudente para comprobarlo por sí mismo y ganar tiempo, porque de lo contrario y conociéndole como creía que le conocía, su acción sería mucho más despiadada.

—Si creías que era una invención, te darás de bruces contra el suelo —

susurré pensando que debía llevar una copia de la carta que Clarissa me envió tras su muerte a la susodicha cita de mañana por si me lo reprochaba.

Saber que tendría un encuentro a solas y más aún del tema que trataríamos era lo que me mantenía en vilo y sin lograr pegar ojo a pesar del cansancio que sentía en cada músculo de mi cuerpo.

¿Qué condiciones exigiría? O mejor aún, ¿Estaría dispuesta a aceptarlas?

Sabía que Edmond quería ser la figura paterna de mi hijo y solo una pizca de mi ser se sentía un poco satisfecha de que a pesar de saber que existía no lo rechazase de lleno, pero en cierto modo la incertidumbre por lo que podría llegar a suceder era la que me atemorizaba hasta el punto de no tener paz mental y causarme dicho desvelo.

Me levanté lo suficientemente temprano para estar lista a tiempo, no sabía porqué Edmond me habría citado antes de entrar al trabajo, pero imaginaba que era la hora a la que él podría. Llegué diez minutos tarde a la cafetería y por un momento pensé que tal vez se habría marchado o quizá yo era la que había llegado en primer lugar hasta que le divisé junto a la barra de espaldas a mi y con el teléfono en la oreja como si estuviera hablando. No hacía falta que se diera la vuelta para saber de primera instancia que aquella prominente figura le pertenecía al dios nórdico. De hecho, toda el aura que emanaba de su cuerpo convertía en lugar en un sitio cargado de un extraño deleite sensual en el que odiaba verme sometida a su voluntad.

¿Algún día se acabaría esa sensación?, ¿Podría llegar el momento en el que me sintiera yo misma estando en su presencia?

Lo dudaba, pero podría tener la esperanza de que así fuera.

En aquel momento me arrepentí de no haber llamado a Daniel para revelar le lo que había sucedido, pero por una vez en mi vida quise ser valiente y enfrentarme yo misma a la situación sin pedir consejo, aunque también lo había obviado porque sabía perfectamente lo que mi mejor amigo me iba a decir; por más que no te guste, Francois querrá conocer a su padre algún día.

Si. Y por esa única razón estaba allí, aunque me pusiera mil excusas para no querer hacerlo.

—Buenos días —dije llegando a su lado y situándome frente a él.

Había dejado el teléfono a un lado de la barra nada más verme, así que supuse que no debía estar hablando como creía, sino escuchando algún mensaje en el contestador o tal vez un audio.

—Siento el retraso, debía dejar a Francois en la guardería.

—No es un problema, ¿Nos sentamos? —preguntó señalando las mesas que teníamos frente a la barra y sin decir nada me dirigí hacia una de las que estaban vacías—. ¿No es mejor una niñera?

La pregunta me dejó descolocada, ¿Se estaba refiriendo a Francois?

—¿Perdona? —exclamé aturdida.

—Me refería si no era mejor contratar a una niñera en lugar de una guardería. Recuerdo haber tenido niñera de pequeño.

No sabía de qué forma tomarlo, pero decidí interpretarlo como una sugerencia ya que no había sonado a exigencia.

—Valoré las opciones y decidí que era mejor que se relacionara con otros niños de su edad —atajé sin entrar en muchos detalles.

—No era una crítica, no soy quien para juzgar lo que hasta ahora has debido hacer sola, pero sí quiero formar parte de las decisiones que debas tomar en adelante —confirmó justo antes de que el camarero viniera a tomarnos nota.

«He ahí una de las condiciones» pensé mientras ordenaba un café cargado.

—No quiero alargar demasiado esto, así que dime de una vez qué es lo que quieres obtener de esta situación —mencioné en cuanto el camarero se marchó con la comanda.

Le observé dudar por un instante, como si de algún modo buscara las palabras adecuadas para decirme aquello que por su cabeza rondaba e intuí que muy posiblemente no me agradaría, así que me preparé mentalmente para la sacudida que tendría.

—Únicamente pediré una cosa.

¿Solo una?, ¿De verdad sería tan benévolo?

—Tu dirás —contesté arrugando el entrecejo mientras me cruzaba de brazos para escucharle atentamente.

—Tiempo —concluyó y sentí sus ojos posándose cálidamente sobre los míos—. Me concederás dos días a la semana de tu tiempo junto a *nuestro* hijo.

«Nuestro»

No había dicho ni tuyo, ni mío... sino *nuestro*.

De repente sentí una especie de burbujeo inmenso, una calidez que me abrasaba por dentro comenzando a convertirse en fuego y no solo era porque

había dejado explícitamente dicho que quería que yo estuviera en esa petición, sino porque en el modo que lo había mencionado supe que realmente le importaba su hijo.

EDMOND

«Mi hijo»

No podía creer que fuera posible, tan real como el sentimiento sobrecogedor que me había abrumado al sentir que era cierto. En mi mente no había existido posibilidad alguna de que fuera verdad, más aún teniendo presente que había tomado precauciones en cada uno de nuestros encuentros y a pesar de ello era indiscutible que era mi hijo. Ni tan siquiera sabía como no había podido albergar la duda cuando lo había visto, su parecido físico era arrollador... solo tenía que vagar entre los recuerdos de fotos antiguas para saber que ese rostro lo había visto antes en mi mismo cuando era pequeño.

¿Cómo podía haber errado tanto?, ¿Cómo pude estar tan ciego?

Mi rencor me había llevado hasta la situación en la que me encontraba ahora mismo y ciertamente no culpaba a Olivia de odiarme o insultarme, bien lo merecía puesto que era el único culpable de lo que estaba sucediendo.

Había vagado a mis recuerdos de aquel fatídico día en el que ella se presentó en mi despacho y había comprobado por mi mismo como no le deje otra opción que coger aquel maldito cheque sin dejar que se explicara. En mi mente solo estaba presente la imagen de verla abrazada a ese hombre con el que parecía mantener una relación y mis celos consumidos por saber que no significaba nada para ella, que su entrega solo había sido una vil patraña para obtener un fin.

¿De verdad existía ese fin o también habían sido invenciones mías?

Me había dado cuenta de que no la conocía, que había creado una imagen a mi modo y semejanza de una mujer por la que había sentido mucho más que un infinito deseo. Una imagen que poco parecía corresponderse con lo que ahora estaba descubriendo.

¿Quién era realmente Olivia Damas?

Tenía muy claro que quería descubrirlo, que ansiaba saberlo, pero sobre todo lo que más deseaba era ver como en sus ojos se deshacía el desprecio hacia mi para volver a ver en ellos el anhelo de pasión que jamás había contemplado en otra mujer que no fuera ella.

La deseaba con todo mi ser y ese deseo que hasta ahora me martirizaba

acababa de convertirse en un auténtico furor al saber que ella no había mentido, ni tampoco había tratado de aprovecharse, sino que solo se trataba de un alma cándida e inocente lo suficientemente asustada para que malinterpretara su desconcierto.

¡Era un estúpido!, ¡Un auténtico y completo idiota por dejarme avasallar ante mi propio desconcierto!

Si hubiera confiado en mis propios sentimientos, si tan solo hubiera indagado más en ella, no habría cometido el error que me prometí que jamás haría; estar lejos de mis propios hijos.

Me había asegurado el día que mi padre se suicidó que jamás abandonaría a mi propio hijo de tenerlo algún día. Me juré y prometí que nada, ni siquiera mis propios miedos me separarían de ellos y sin embargo había hecho justamente lo opuesto por no creer a la única mujer que había conseguido ahondar en mis sentimientos.

Me odiaba. Me repugnaba y ahora solo era capaz de pensar en como intentar arreglar aquel desastre. En como demonios podía dar marcha atrás y hacer las cosas debidamente.

Era cierto que en un primer instante no había pensado en ella más allá de una breve aventura a pesar de que su carácter me hubiera eclipsado desde el primer instante. Aún así, al principio tuve claro que solo iba a tener una aventura con aquella belleza andante, es más, me sorprendió que precisamente fuera ella quien tratara de mantener las distancias y dejase claro que entre nosotros no sucedería nada, incluso llegó a molestarme, pero creí que solo se trataba de una estrategia para causar el efecto contrario y ciertamente lo hizo. No sabía hacia donde estaba conduciendo aquel lío de faldas, pero tenía muy claro que solo vivía por y para volver a poseerla. Olivia me había embrujado, extasiado y pasaba cada día de la semana comprobando el reloj hasta que pudiera volver a ese apartamento de nuevo para tenerla entre mis brazos.

Cuando creí que todo había sido un engaño, cuando pensaba que solo me había estado manipulando durante todo ese tiempo y jugando conmigo solo para obtener una finalidad, me cegué sin ver más allá de mi propia realidad. Ahora era consciente de muchas cosas y entre ellas, de que era muy posible que hubiera perdido la única oportunidad de ser feliz en mi vida.

Por eso quería tiempo. Tiempo para enmendar mis errores y condicionarla a estar a mi lado, solo quería gozar de su compañía aunque la estuviera

obligando, pero sobre todas las cosas quería ser un ejemplo a seguir para el que era fruto de mi sangre. No iba a ser un padre ausente. No. Así me costara una batalla legal conseguirlo, iba a estar presente en cada uno de los momentos de la vida de mi propio hijo y sobre todo, él sabría que yo era su padre; su verdadero padre.

Capítulo 32

De mi garganta era incapaz de salir sonido alguno, probablemente porque no sabía como reaccionar a su petición, aunque siendo consciente no tenía la más mínima idea sobre cuáles iban a ser sus peticiones antes de venir por más vueltas que había tratado de darle la noche anterior.

—No comprendo —admití finalmente cuando el silencio era tan evidente que sentía el aire pesado a mi alrededor dada la situación tan tensa en la que ambos nos encontrábamos.

—Dos días —reclamó por respuesta—. Dos tardes o un día completo para mi entera disponibilidad de vuestra compañía es todo lo que pediré, pero no habrá excusas, ni impedimentos, ni quejas al respecto. Dame eso y no reclamaré nada más.

¿Un día completo a la semana?, ¿Eso era todo?, ¿Edmond de la Court se conformaría con pasar un día a la semana con su hijo? Bueno... con su hijo y conmigo puesto que tal como había mencionado yo estaba incluida en el lote y lo cierto es que de pedirlo, no le habría dejado estar a solas con Francois.

¿Sería una novedad y pronto se cansaría? Si. Seguramente lo sería hasta el momento en que formara su vida con otra mujer, algo que seguramente no tardaría en suceder si tenía en cuenta su impecable apariencia y su atractivo atrapante.

«Olivia mejor piensa en otra cosa»

—¿Cómo estoy segura de que si accedo a ello no cambiarás de idea tarde o temprano? —pregunté en un tono lo suficiente elevado para que los miembros de una mesa cercana se volvieran a mirarnos y aparté la vista hacia el café para al fin degustarlo.

—Lo pactaremos ante un notario para tranquilidad de ambos, así sabremos que los dos cumplimos con nuestra parte.

La idea me convenció, podría tener la seguridad de que Edmond jamás reclamaría la custodia de mi hijo. Se conformaría con verle un día a la semana y después de todo, era mucho menos de lo que había esperado en todos aquellos años en los que temía el momento en que se enterase de que

existía realmente.

Probablemente aquella decisión se debía al hecho de su miedo a que reclamase la herencia de su abuelo, solo que él no podía saber que no me interesaba en absoluto su dinero y menos aún, reclamar algo que aunque por derecho me perteneciera, no había sido la propia voluntad de su dueño.

—Solo tengo una condición a dicho acuerdo —mencionó antes de que de mis labios saliera palabra alguna que concluyera la acción de que parecíamos haber llegado a un acuerdo por ilógico que pareciera.

Temí dicha condición, por un momento pasó entre mis pensamientos la acción más lógica hasta la más absurda de todas. Desde el hecho de no reclamar la herencia de su abuelo hasta la idea de que debía meterme en su cama de nuevo.

«¡Basta de idioteces!» me reocriminé no pudiendo evitar sentir una especie de revoloteo en el estómago con dicha sugerencia. Por más que me repudiase a mi misma la visión de tales hechos y desearlos al mismo tiempo.

—Si tu condición es que no reclame la herencia de Francois de la Court, lo acepto —concluí pensando que aquella debía ser su condenada petición.

—No —negó repentinamente y pareció meditar su respuesta—, aunque agradecería que no perturbaras el recuerdo de mi abuelo estás en todo tu derecho de hacerlo si así lo crees.

¿Perdona?, ¿Le daba igual que reclamase su patrimonio?, ¿De verdad estaba escuchando bien o es que el hecho de no dormir en dos días me había dejado lo suficiente idiotizada que ahora no comprendía sus palabras?

«Debe creer que no es verdad y está seguro de que no podría hacer nada para quitárselo» afirmé en mi interior.

El Edmond que yo conocía, ese que tenía en mis recuerdos habría luchado con uñas y dientes por su empresa, ¿Le daba igual las acciones que emprendiera para quitársela? Bueno... no es que me pudiera pertenecer entera, pero sí una parte, aunque más que a mi; a mi padre que era su hijo legítimo.

—Y si no es la legitimidad de mis derechos sobre la Court Royale, ¿En qué se basa tu condición para el acuerdo? —exclamé completamente asombrada por no creer lo que estaba escuchando.

—Quiero que saques de su error a nuestro hijo y me presentes ante él como lo que soy, su padre. No ese otro que hasta ahora ha ejercido dicho rol que no le corresponde.

Si en ese momento me pegan un tiro, ni me inmutó.

¿De donde había sacado la idea de que Francois llamara a otro hombre su padre?

«Porque tu misma le dijiste que ya tenía una figura paterna, mentecata» recordé en la acalorada discusión que habíamos mantenido el día anterior.

En el fondo sentí cierto sentimiento de culpa por haberle hecho creer que otro había asumido el papel que él no había desempeñado, pero era cierto. Aunque no como padre, sí como su tío, pero a mi pequeño no le había faltado una figura masculina durante todo este tiempo, aunque en ocasiones había sentido que jamás se educaría en un entorno familiar completo, tal como lo había tenido yo misma de pequeña.

En ese momento miré a Edmond y recordé lo que la señora Charpenlier me había contado de su pasado. A él le habían educado prácticamente sus abuelos, su madre se había fugado o desaparecido y su padre igualmente murió al poco tiempo. ¿Se debería a ese hecho el gran interés hacia Francois para que su hijo no sintiera la misma falta que tuvo él?, ¿Porqué ahora?, ¿Porqué no cuando le advertí de que esperaba un hijo?

Ansiaba saber qué había sucedido para que reaccionase de aquella forma, qué era lo que había cambiado en él o si aún mantenía el mismo concepto de mi persona que en el pasado, pero lo cierto es que no me atrevía a preguntarlo, quizá porque no deseaba escuchar la respuesta que obtendría de sus propios labios.

—Solo si consigues ganarte su aprecio, no antes —advertí completamente decidida—. No le revelaré la verdad para que cambies de opinión y desaparezcas o para que un día formes tu propia familia y lo apartes de tu vida. Si de verdad quieres que él crezca sabiendo que eres su padre; haz que quiera que lo seas.

—Ten por seguro que lo haré, del mismo modo que tu negarás la identidad de ese otro al que llama padre —insistió.

Parecía tan seguro de si mismo, tan firme, que en aquel momento me apiadé mientras me mordía el labio para no revelar abruptamente que no existía ningún otro *padre* como el parecía creer. Aún así no le saque de su error, sino que dimos por concluida dicha reunión y para mi absoluto estupor, se ofreció a acompañarme hasta la empresa al comprobar que no traía vehículo propio.

La idea de estar en su coche a solas, en ese espacio tan pequeño donde

recordaba perfectamente lo que había sucedido la última vez que estuvimos en la misma situación me abrumaba. Ese sentimiento de recuerdos inundándome y quemándome hasta convertirme en cenizas me tenía en una absoluta tensión de la que era incapaz de sentirme relajada. Recordaba perfectamente aquel parking a oscuras y como aquella pasión me había consumido hasta convertirme en alguien incapaz de actuar sin coherencia, desinhibiéndose de sus actos mientras se dejaba arrastrar por el deseo inaudito que me provocaba aquel hombre... ¡Dios!, ¡Casi con toda probabilidad aquel había sido el momento en que Francois fue concebido!

El recuerdo tiñó mis mejillas y fui consciente del calor que sentía mientras retorció mis manos en aquel asiento de cuero que comenzaba a arder bajo mis piernas.

—¿Tienes calor?, Puedo parar si necesitas tomar aire —preguntó Edmond y me recliné a mi misma que se hubiera dado cuenta.

—No. Estoy bien —admití con una voz rota, oprimida por aquellos recuerdos.

No contestó, sino que unos minutos después entramos en el garaje subterráneo de la empresa donde las luces se comenzaron a encender conforme avanzaba el vehículo hasta que llegó a la plaza que él ocupaba y detuvo el coche.

Necesitaba salir de allí con urgencia y que esa nebulosa que sentía se evaporase, aunque lo que más necesitaba era dejar de sentir el influjo de aquel dios andante. Hice el gesto de desabrochar el cinturón de seguridad cuando su voz me dejó noqueada.

—Fue aquí verdad —dijo con ese matiz potente a la vez que sugerente y cálido—. En este coche, en un parking similar a este aquella noche que estuvimos juntos.

Su voz cargada de ese matiz rudo y prominente hizo que mis hormonas dormidas resurgieran como si aún fuera adolescente.

¿Qué demonios me ocurría?, ¿Por qué podía ejercer esa influencia sobre mi cuerpo?, ¿Cómo lo hacía?

—No sé a que...

—Lo sabes perfectamente —susurró mientras su mano se colocó sobre mi mejilla y la acarició suavemente—. Se pueden fingir muchas cosas, pero no la pasión con la que te entregabas.

«Se fuerte Olivia, aunque tus puñeteras bragas digan lo contrario, ¡Tú se

fuerte y mantén el control!»

Capítulo 33

¿Fingir? Desde luego que jamás lo hice, pero aquellas palabras me hicieron pensar que quizá él si lo hacía, solo para conseguir el fin a sus propósitos y aquello apagó todo el fuego que enardecía en mi interior.

—Eso forma parte de un pasado del que no tengo intención alguna de recordar —mencioné soltando el cinturón de seguridad y bajándome del vehículo antes de que aquellos labios estuvieran demasiado cerca de los míos hasta el punto de dejarme arrastrar por mi propia inconsciencia.

«Aunque no lo haya podido olvidar ni un solo día» evité mencionar en aquella frase.

Para mi fortuna no hizo ningún comentario ni objeción al respecto, ni tan siquiera fui capaz de mirarle para ver si su rostro era de confusión o sobriedad. ¿Acaso cambiaría algo que lo fuese? Los dos teníamos un pasado en común que después había tomado caminos diferentes y por más que mi cuerpo aún sintiera su presencia, su cercanía e incluso en lo más profundo de mi ser ansiara sus caricias, era consciente de que jamás lo admitiría. No. Por más que quisiera nunca osaría volver a confiar en Edmond de la Court y mucho menos, dejar que volviese a jugar con mis sentimientos.

Aquella misma tarde me llegó el borrador del acuerdo, donde de forma detallada y con unas palabras muy bien elegidas elaboraba un informe en el que decía que ambos progenitores llegaban a un acuerdo de visitas semanal por el que el padre renunciaba a los derechos de custodia, pero reconocía legalmente a su hijo. Lo remití directamente a mi abogado, pese a no encontrarle inconvenientes, sentía que aquel acuerdo era más a mi favor que en el del propio Edmond y saberlo me hacía sentir cierta culpabilidad que no conseguía comprender.

¿No era lo justo después de todo?, ¿Acaso no era correcto que después de tres años de negación donde yo había asumido el papel de madre y padre al mismo tiempo mi hijo siguiera siendo mío? No me estaba negando a que le viese, ni a que supiera que él era su padre. Entonces, ¿Por qué sentía cierto

sentimiento de culpabilidad al respecto? Era como si no estuviera satisfecha con ninguna de las opciones, aunque tal vez lo que me reconcomía era la facilidad con la que él había aceptado cuando había pasado años preparándome mentalmente para la guerra que supondría el hecho de que él se enterase.

No podía pensar únicamente en mi, sino también en Francois que tarde o temprano querría saber mucho más sobre su progenitor de lo que hasta ahora sabía; que básicamente no era nada. Daniel me lo había advertido tiempo atrás y ciertamente había querido hacer oídos sordos a sus afirmaciones, pero en el fondo era consciente de que mi hijo tendría preguntas algún día y por más que me aterrara la idea de compartirlo, no deseaba que me pudiera reprochar dicha ausencia cuando la voluntad de Edmond era conocerle

—No entiendo porque no estás dando saltos de alegría, ¿No era eso lo que querías? —mencionó Daniel aquella misma tarde, cuando había venido a casa para visitarnos y le conté todo lo sucedido con Edmond hasta el momento.

—No lo sé —admití—. Supongo que he estado tanto tiempo deseando que jamás lo descubriera, pensando que de algún modo llegaría el día en que intentaría quitarme la custodia de Francois que ahora no se si debo estar o no satisfecha con el acuerdo.

—¿Lo has firmado ya? —preguntó entonces bebiendo un sorbo de vino de la copa que acababa de servirle.

Lo cierto es que me había acostumbrado tanto a las visitas de Daniel y a que este fuera mi confidente que ahora me extrañaba no verle a diario desde que había comenzado a salir con Estelle.

—No, lo remití directamente a mi abogado para que me diera el visto bueno por si había algún tecnicismo que a mi se me hubiera podido pasar. Me imagino que mañana lo firmaremos ante notario.

Daniel se levantó y comenzó a caminar alrededor del sofá, no es que mi salón fuera precisamente grande, pero cada vez que lo hacía era porque estaba pensando en algo y aquel cerebro parecía funcionar a toda máquina.

—Admito que la idea de que pases tiempo junto a él no resulta del todo de mi agrado, pero ciertamente la opción de dejarlo a solas con Francois es inadmisibles —terminó concretando y fui consciente de que debía hacer algo al respecto para que no me afectase.

¿Era posible levantar un muro invisible entre Edmond y yo para que nada

de lo que el dijera o hiciera me involucrase sentimentalmente? Ni tan siquiera sabía como protegerme a mi misma ante su presencia, ¿Cómo iba a lograr ser inmune?

—A Edmond solo le interesa su hijo —declaré porque es lo que yo misma deseaba creer y porque me negaba a admitir que había intentado besarme el día del aniversario en la Court Royale.

—¿Y a ti?, ¿Te interesa él? —exclamó como si intentara averiguar si aún seguía sintiendo algo por Edmond.

Daniel sabía cuánto le había querido, cuánto había llorado y cuanto dolor había sufrido después de todo lo sucedido. Yo misma era consciente de que cada palabra que él me había dicho solo iba referida al bienestar de Francois, pero que jamás había admitido la posibilidad de que le perdonase.

—Lo que sentía por él murió hace tres años —mencioné siendo incapaz de enfrentarle a los ojos para admitirlo, porque de lo contrario sabría que una parte de mi estaba mintiendo, esa parte irracional que hacía que mi propio cuerpo me traicionara, lamentando cada poro de mi ser que se derretía ante dicha presencia.

—Entonces deberías dejárselo claro, porque dudo que para él sea lo contrario.

¿De verdad podría pensar Daniel que le interesaba a Edmond? Años atrás llegué a la conclusión de que su único interés en mi había sido el de manipularme a su antojo para retenerme en la casa de la señora Charpenlier y el día de la fiesta pesé que su repentino cambio de comportamiento e inclinación solo eran debidos a la posición y cargo que ahora ostentaba, ¿Cómo si no se comprendía su repentino cambio de humor?

—A Edmond de la Court no le intereso yo, en todo caso le puede interesar lo que represento, pero tengo muy claro que jamás tuve su afecto y es muy probable que ninguna mujer logre tenerlo.

En el pasado había querido creer que si, que tal vez existía una breve posibilidad de que no estuviera fingiendo, de que aquello fuera real y me había quedado muy claro la gran ingenuidad por mi parte de creerlo cuando me trató con la punta del pie en aquel despacho descubriéndose a sí mismo y a las palabras que días antes me había advertido su propiohermano.

—Con más razón pequeña —susurró con esa voz entrañable que Daniel ponía a veces en sinónimo de preocupación—. Temo que tras ese acuerdo no haya culpabilidad, sino una finalidad mucho más grande de la que no te sea

posible escapar.

En aquel momento alcé una ceja y le miré con cierta inquietud.

—¿De qué demonios estas hablando? —exclamé dando voz a mis pensamientos.

—Piénsalo por un momento —contestó Daniel mucho más calmado de lo que yo estaba en ese momento, normalmente solía acertar con sus suposiciones, así que le miré poniendo atención a sus palabras—. ¿No es extraño que haya cedido tan fácilmente la custodia de su hijo?, ¿Qué no haya puesto inconveniente alguno y que su única petición sea pasar tiempo no con él, sino también contigo? Quizá estoy equivocado y solo trata de remendar errores de su pasado, pero algo me dice que buscará un acercamiento porque a ese tipo le interesas por lo que ahora eres, además de ser la madre de su hijo.

Las palabras de Daniel hicieron mella en mi conciencia incluso tiempo después de que él se hubiera marchado. ¿Verdaderamente buscaría algún tipo de acercamiento a mi?, ¿Algo a nivel personal?

«No. Es imposible» me dije a mi misma mientras el agua caliente corría por mi piel y dejaba arrastrar mis pensamientos.

Pero... ¿Y si Daniel tenía razón? Él era un hombre, razonaba como un hombre, no como Edmond desde luego, pero al fin y al cabo existía la posibilidad de que así fuese, ¿Qué se supone que debía hacer?

Debía razonar con la cabeza y no con el impulso de mi debilidad hacia el dios nórdico, por lo que tenía claro que debía establecer una estrategia, inventarme un marido, un novio, un... ¡Algo! Eso es, le dejaría muy claro a Edmond de la Court que Olivia Damas no era una mujer disponible y menos aún para sus antojos o conveniencias. Podía aceptar una relación cordial con el que era padre de mi hijo, más que nada por el bien de Francois, pero no pensaba caer en el absurdo juego de su control donde todos debían bailar a su son.

El viernes firmamos aquel maldito acuerdo que me había mantenido en tensión durante toda la semana. No había vuelto a coincidir con Edmond ni por las oficinas, ni en el taller de la Court Royale donde había pasado la mayor parte del tiempo intentando concentrarme, por lo que la inquietud de que pudiera cambiar de parecer me había tenido en vilo todo ese tiempo, pero en el momento en que mi abogado me había llamado para avisarme de cuando tendría lugar la cita, allí estaba él, ataviado con su traje azul eléctrico

que resaltaba el color de sus ojos y ese rubio indescriptible de su cabello. Fui consciente de que por más tiempo que pasara o estuviera junto a él, posiblemente no podría acostumbrarme a esa sensación de embriaguez que me recorría las entrañas solo con verlo. Ni tan siquiera podía ponerle nombre a lo que sentía cuando le veía, era extraño porque no me había sucedido con ningún otro hombre en todos esos años y me preguntaba la razón, el porqué, ¿Por qué debía ser él y no otro el que provocaba aquello en mi puñetero cuerpo?

—¿Podemos hablar en privado? —La voz de cierto dios nórdico atrajo mi atención al mismo tiempo que me sacó de mi ensoñación. Fui consciente de que la reunión había terminado y que un silencio se había hecho presente en la sala donde estaba el notario y nuestros abogados.

—Si... claro —dije sin encontrar una excusa por la cuál negarme, aunque en el fondo deseaba saber que era aquello de lo que quería hablarme.

La sala de reuniones se quedó vacía y cuando mi abogado que fue el último en salir alzó la vista esperando una reacción por mi parte, asentí para confirmar que todo estaba en orden, suponía que evocó el recuerdo de la última vez en la que habíamos estado en aquella sala y no recibí un trato acorde por parte del susodicho con quien ahora permanecía a solas, deduje que debía estar realmente preocupado.

—Es algo tarde y no deseo entretenerte más de lo normal, imagino que Francois estará al cuidado de alguien, ¿no? —preguntó con una voz tan suave que intuí que no deseaba molestar.

—Si, está con Daniel.

La afirmación salió tan natural de mis labios que después asumí que no debía saber quien era Daniel, aunque tampoco me molesté en aclararlo cuando noté su expresión tornar en un semblante serio, aunque deduje que solo debían ser imaginaciones mías y que esa era su pose habitual.

—Solo quería hacerte un par de preguntas para que ambos nos sintamos lo más cómodos posibles con la situación —aseguró y por alguna razón su respuesta hizo que me relajase, quizá porque sentí que no era la única incomoda dadas las circunstancias—. ¿Cómo deseas que me ponga en contacto contigo para las visitas?

Habíamos acordado miércoles y sábados por la tarde o domingos completos dependiendo del trabajo y de la situación, incluso Edmond se había mostrado benévolo cuando indiqué que algunos fines de semana

estábamos fuera de la ciudad y advirtió que no le importaba cambiar las citas a los días entre semana cuando este fuera el caso, es más, incluso había sido verdaderamente satisfactorio cuando indico que en el caso de periodos de vacaciones o navidad en el que estuviéramos fuera de la ciudad, él se desplazaría al lugar en cuestión sin ninguna objeción por su parte. Estaba tan sorprendida con sus reacciones que casi no podía creer que fuera cierto, es más, comenzaba a pensar que verdaderamente había una razón oculta tras todo aquello tal y como había mencionado Daniel.

—Mi teléfono aparece en el documento que acabamos de firmar, puedes llamarme para concretar la hora y el lugar si estás de acuerdo.

—Por supuesto —afirmó metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón de traje—, aunque también podría ir a recogeros si no es inconveniente.

Sus ojos se posaron sobre los míos fijamente y sentí que algo dentro de mi ardía.

«¡Stop!, ¡Alerta!, ¡Activa las luces rojas y levanta el muro de piedra!» decía una vocecita interior.

—Preferiría que no —admití segundos después cuando mi conciencia superó a mis ansias irrefrenables por ese apuesto hombre.

La sola idea de saber donde vivía o que me recogiera en mi propia casa me hacía tener pensamientos demasiado inapropiados para la situación que ahora me acontecía, especialmente si quería alejarlo lo más sensatamente posible que podía.

—Desde luego. Solo era una sugerencia, pero se hará como tu decidas.

Sus palabras hicieron que me mordiera la lengua porque estaba a punto de rectificar en mi propia insensatez, ¿Por qué demonios me reconcomía la conciencia si precisamente era él el malo de la película?, ¿Entonces porque me sentía como la bruja a la que solo le faltaba la verruga y la escoba?

«Eres estúpida Olivia... estúpidamente ingenua si vuelves a creer en él»

—Si eso era todo, me marchó... es tarde y aún debo de darle la cena a Francois antes de...

—Solo una última cosa —dijo interrumpiendo mi discurso mientras me colgaba el bolso al hombro y cogía la carpeta de bocetos para repasar ese fin de semana.

—¿Si? —exclamé pensando que me preguntaría algo sobre Francois, cuáles eran sus gustos o qué era lo que le apasionaba.

—Me gustaría que cuando estemos delante de nuestro hijo, no existiera ningún tipo de hostilidad entre nosotros, ni incomodidad, ni tensión alguna, sino que pudiéramos tratarnos con la suficiente cordialidad como la de dos... *amigos*.

En aquel momento la palabra *amigos* me había parecido había sonado prácticamente como *amantes* por el tono ronco de su voz al pronunciarla.

—¿Ami...gos? —exclamé con voz entrecortada e incluso tuve que esclarecer la garganta para que mi voz sonara ininterrumpidamente—. ¿Has dicho amigos?

Capítulo 34

—Creo que es lo mejor dada la situación teniendo en cuenta que es por el bien de Francois. Además, no hace mucho tiempo que lo fuimos, ¿no?

¡Te puedes ir al carajo Edmond de la Court!

¿Amigos?, ¿De verdad que había dicho que fuimos amigos? Pues menudo concepto de la amistad tenía míster musculitos... más bien habría dicho otra cosa que no englobaba precisamente la palabra amistad, puesto que nunca consideré tenerla por su parte, pero intuía que tras aquellas palabras había algo de razón respecto a nuestro hijo y es que la hostilidad entre sus progenitores no era buena ni para él, ni tampoco para nosotros mismos.

—Creo que tenemos un recuerdo del pasado un tanto diverso si lo consideras así —dije sin poder evitar callarme aquel resquemor que aún sentía—, pero si tu temor es que trate con la punta del pie, puedes estar tranquilo, no lo haré, al menos no por ahora.

Por alguna razón que desconocí, su semblante no fue serio como siempre, sino que de sus labios nació un amago de sonrisa como si mis palabras le hubieran resultado graciosas para él.

Con que te hace gracia, ¿no? Vas a ver tú quien se ríe el último.

—Tendré entonces que hacer algo para que decidas mantener esa opción —contestó provocando que me quedase con las patas colgando en sentido figurado.

¿De verdad estaba siendo ocurrente?, ¿Carismático e incluso gentil?

«No Olivia, tú debes estar soñando»

—Pues te deseo suerte porque vas a necesitarla. Hasta mañana señor de la Court.

Ni le miré. Sabía que si miraba aquellos ojos azules podría sucumbir a esa tentación que todo el mismo representaba, por lo que abrí la puerta para marcharme y escuché su voz tras de mí.

—Hasta mañana, Olivia.

Ni señorita Damas, ni Olive Dufort, ni cualquier otro formalismo, había

vuelto a pronunciar mi nombre y sentía como el corazón se me iba a salir del pecho. Tuve que cerrar los ojos, inspirar fuerte y con el mentón bien alto salir de allí poniendo distancia de aquel cúmulo de hormonas flotantes que me hacían perder la cordura, el norte y hasta la voluntad de mis actos cuando ese hombre estaba presente.

«Que largo iba a ser el sábado al lado de ese elemento viviente» pensé mientras arropaba a Francois en su cama.

Daniel se había ido hacía un par de horas, al parecer tenía una cita y apenas habíamos hablado, por otra parte, casi no le había mencionado a Francois la existencia de Edmond, prefería que fuera él mismo quien poco a poco se ganara su afecto hasta que finalmente supiera que era su padre, ¿Podría Francois tenerle cariño? Ni tan siquiera me había parado a pensar cuál sería la reacción al conocerle sabiendo que era realmente su hijo, ni de qué modo actuaría para ganarse su simpatía cuando no me había sugerido ni preguntado nada respecto a él.

A las diez en punto recibí una llamada de un número desconocido y tras el teléfono sonó su voz cuando respondí, mucho más profunda de lo que la recordaba, pero igualmente sugerente y aterciopelada. Me dio una dirección y la anoté rápidamente. Una hora mas tarde Francois y yo estábamos frente a una especie de feria llena de atracciones a las afueras de la ciudad.

—¿Por qué no entramos mami? —exclamó Francois demasiado emocionado con el ruido de la música, los colores y las atracciones en general.

—Espera un momento cariño, mami ha quedado con un.... —Y en ese momento mi boca se agrandó en una perfecta O cuando visualicé la silueta de ese dios nórdico vestido de forma casual.

¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder!, ¡Si parecía sacado de un anuncio de vaqueros Levis! De verdad que no podía ser humanamente posible que le quedasen tan bien y tan... apretados.

«Definitivamente el día va a ser muy largo» gemí interiormente.

—¿Mami? —La voz de Francois provocó que por fin volviera al presente y me incliné para elevarlo en mis brazos y así estar a mi propia altura.

—Me alegra verte de nuevo —Fueron las palabras que pronuncio aquel dios de cabellos rubios, pero no las dijo en francés. No, sino que para mi absoluto asombro habló en castellano.

«No se si yo opino lo mismo, después de que revoluciones mis hormonas

cada vez que haces acto de presencia»

—Y tú debes ser Francois, ¿Verdad? —siguió hablando y noté como mi pequeño le miraba un tanto expectante, como si lo estuviera estudiando ya que solo Daniel y mi familia hablaban en ese idioma.

—Cariño, el es Edmond... un amigo del trabajo de mamá.

—Hola Edmond —contestó Francois para mi asombro, ya que no solía mostrarse demasiado abierto con extraños en primera instancia, pero con él rompió todos mis esquemas porque solo tres horas después, estaba subido a sus hombros mientras recorríamos la feria.

¿Cómo era posible que aquellas carcajadas fueran producto de los dos hombres que más había amado en mi vida? No podía dar crédito a mis ojos al contemplar yo misma como Edmond había sacado su lado más tierno e infantil para jugar a todos y cada uno de los juegos que Francois se había encaprichado, más aún al descubrir que el nuevo amigo de mamá no se negaba a ninguno.

—¡Quiero subir a la noria grande! —exclamó a gritos Francois.

—No. Eres muy pequeño, quizá el año que viene —contesté por dar coherencia a sus peticiones.

—¡No!, ¡Mami porfi porfi porfi porfi!

—Francois, no —insistí sin necesidad de alzar la voz.

—Subamos los tres, estará seguro entre nosotros —dijo entonces Edmond y fastidió por completo mi imposición. ¿Ahora iba a ser yo la mala por negarme?

—¡Si!, ¡Mami, Edmond y yo! —gritó entusiasmado.

—Es peligroso... —susurré mirando a Edmond con complicidad sin darme cuenta que lo estaba haciendo.

—Tranquila. No le pasará nada, yo lo sujetaré.

¿Qué estuviera tranquila?, ¡Que fácil era decirlo!

Iba a responder que no, básicamente iba a negarme en rotundo cuando el grito de Francois hizo que mis oídos casi se atronasen.

—¡Tío Daniel!, ¡Tío Daniel! —Y la pequeña mata rubia salió corriendo hasta que vi como le alzaban en volandas y giraba en círculos en brazos de mi mejor amigo.

—¡Que casualidad! No me dijiste que venías aquí... —mencionó Daniel y junto a él vi que estaba Estelle.

—No lo sabía —sonreí saludando a Estelle y ambos hicieron lo mismo

con Edmond que permaneció en todo momento guardando silencio.

Apenas hablamos unos minutos cuando prosiguieron su camino ya que se estaban marchando y antes de poder negarme de nuevo, Edmond había aparecido con los tickets para montarnos en aquella noria inmensa. Era de esas cosas que sabía que iba a arrepentirme, pero entre el entusiasmo de Francois, el breve encuentro con Daniel y Estelle, unido a que el propio dios nórdico parecía sacado de una peli de Disney en su versión más perfecta, por alguna razón me vi metida en aquel asiento que comenzó a subir mientras ambos sujetábamos al pequeño de forma que podía sentir el calor de sus manos sobre las mías.

—¿Por qué llamó Francois a ese hombre su tío?, ¿Es tu hermano? —preguntó Edmond sin venir a cuento.

—No. Daniel solo es un buen amigo —admití no dándole demasiada importancia.

—Entonces, ¿No estas casada? —inquirió y la pregunta me dejó en shock.

¿Debía mentir?, ¿Decir que sí lo estaba cuando no era cierto? Por algún motivo era incapaz de que una respuesta afirmativa saliera de mis labios, por lo que contesté con otra pregunta.

—¿Debo estarlo? —inquirí y noté que aquello estaba subiendo demasiado alto así que me acerqué aún más hacia él de forma que Francois se quedó en su regazo.

—Lo siento. No debí preguntar, quizá es algo de lo que prefieras no hablar —contestó provocando que volviera a sentir esa especie de culpabilidad.

—No estoy casada y nunca lo he estado —dije para constatar que sabía que él si lo había estado.

—Mejor, así no me sentiré culpable la próxima vez que lo intente.

Que, ¿Qué?

—¿Intentar el qué? —exclamé aturdida.

—Esto —dijo antes de que su boca apesara la mía y sentir la calidez de sus labios de nuevo, haciendo que las mariposas de mi estómago no fueran precisamente por estar a gran altura del suelo, sino porque verdaderamente Edmond de la Court, me había hecho llegar al cielo.

Perdí la noción del lugar y del momento en aquel instante como si todo lo que estuviera sucediendo pasara a un segundo plano y solo fuera consciente

de la fuente de calor que emanaban sus labios.

No había besado a nadie en todos aquellos años y lo cierto es que casi me había olvidado de lo que él me hacía sentir cada vez que unía sus labios a los míos de forma que perdía mi juicio y cualquier rastro de conciencia humana que tuviera.

—¡Mami mira! —La voz de Francois hizo que fuera consciente de la realidad y en ese momento me aparté bruscamente de forma que sentí incluso un leve mareo cuando lo hice, pero el entusiasmo de mi hijo hizo que lo sucedido escasos segundos antes casi fuera ajeno a la realidad del momento, como si en lo más profundo de mi ser deseara que no hubiera ocurrido.

—Desde aquí se ve Disleyland —afirmé al lugar donde él indicaba con su mano. Lo cierto es que ni tan siquiera sabía como no se asustaba de la altura a la que estábamos, pero había pocas cosas a las que a mi hijo le diera miedo, dese luego las alturas no era una de ellas en cambio la oscuridad... eso era otra cosa.

—¿Te gusta Disneyland? —preguntó Edmond entrando a la conversación.

—¡Si!, ¡Peter pan!, ¡Peter pan!, ¡Peter pan! —comenzó a exclamar porque si había algo que le encantaba eran los piratas.

—Aún no hemos ido, pero ha podido ver el barco pirata del cuento de Peter Pan y desde entonces quiere ir.

Casi agradecí la intervención de Francois para salir del propio agujero donde me había metido solo por preguntar, pero ¿Cómo iba a imaginar que iba a besarme? O peor aún, ¿Qué el hecho de no estar casada fuera una razón para hacerlo?

Recordé en ese momento que había mencionado que de esa forma no se sentiría culpable, ¿Acaso Edmond de la Court se sentiría culpable en algún momento? Lo dudaba, es más, me atrevía a afirmar que jamás había sentido un resquemor de culpa en algún momento, ni tan siquiera cuando no me creyó en el momento que le dije que estaba esperando un hijo y prácticamente me echó de su despacho.

—Tengo un barco, tal vez no es tan grande como el de Peter Pan, ni está lleno de piratas, pero si tu quieres, podríamos ir a navegar un día.

¿Edmond tenía un barco?, ¿Y como no tenerlo si era jodidamente rico?, ¿No era un requisito tener barco si estabas forrado? Casi estaba por afirmar que sí lo era.

—Pero mami también vendría, ¿no? —preguntó entonces Francois y noté como descendíamos suavemente y comenzaba a ver más cerca el suelo.

—Por supuesto. Ella también vendría —afirmó Edmond y entonces noté como su mirada se posaba sobre la mía, solo que en aquel momento le evité y miré hacia otra parte.

¿De verdad podía aceptar la idea de ir a navegar a solas con ese hombre después de lo ocurrido? En ese momento no estaba muy segura de nada, ni siquiera si me parecía bien el acuerdo al que habíamos llegado sabiendo que pasaría demasiado tiempo a su lado.

—Mami di que si, ¡Di que si!, ¡Di que sí! —exclamó una vez que nos bajamos de la noria y sentí que por fin mis pies tocaban el suelo.

¿Cómo diablos salía yo ahora de aquella encerrona? Más aún cuando Francois parecía tan entusiasmado.

—Quizá más adelante, cuando vayamos a Disneyland y así puedas comparar, ¿No te parece?

Al menos así ganaría tiempo y después... después ya encontraría la excusa adecuada para no estar en un lugar demasiado expuesto.

—¡Si! —gritó Francois dando saltos y vi la sonrisa de Edmond que provocó un nudo en mi estómago.

Para mi bendita fortuna el resto de la tarde lo pasaron tratando de ganar peluches gigantescos explotando globos y pescando patitos de goma, por lo que mis nervios se fueron calmando poco a poco y casi creí que lo sucedido en la noria únicamente había sido algo del momento, como si realmente hubiera quedado plasmado en ese instante, pero que ninguno de los dos haría alusión posteriormente, al menos era lo que deseaba creer.

Iba a coger un taxi para regresar a casa, ya que sabía que Francois no podría recorrer a pie aquella distancia, pero Edmond insistió en llevarnos el mismo, sobre todo porque llevaba un sillín apropiado en su coche, precisamente para el momento.

¿De verdad había hecho instalar un sillín para niños en su coche? Hasta que no lo vi con mis propios ojos, no fui consciente de lo en serio que se estaba tomando su papel en aquel acuerdo.

«Ni se te ocurra apiadarte Olivia. Ni siquiera hagas el amago intento de considerar que haya podido cambiar»

A pesar de no querer que se enterase del lugar donde vivía, tuve que darle finalmente la dirección de mi apartamento, eso sí, tenía muy claro que no

pensaba dejar que subiera. Me senté en el asiento trasero junto a Francois para poder mantener así las distancias y a los pocos minutos de iniciar la marcha el pequeño se quedó profundamente dormido, algo previsible teniendo en cuenta lo activo que había estado toda la tarde.

—¿Vives aquí? —preguntó en el momento que llegamos y divisé el edificio que realmente no tenía un gran aspecto como el que probablemente tendría el lugar donde él vivía.

—Si. Gracias por traernos, creo que Francois lo ha pasado muy bien — contesté cortésmente mientras salía del vehículo sin esperar una respuesta por su parte y di la vuelta para abrir la otra puerta y así sacar al pequeño que aún dormía.

—¿Quieres que te ayude? Puedo subirlo y...

—No. Llevo tres años haciéndolo sola, puedo seguir haciéndolo perfectamente —mencioné dejando clara la situación.

Esperé que guardara silencio y se marchara, lo cierto es que era lo que había esperado, pero parecía que estaba errando en todas mis conclusiones aquella tarde.

—No he mencionado que no puedes hacerlo, más bien me ofrecía a ayudarte si así lo deseabas. Tengo claro que lo puedes hacer sola y lamento que hayas tenido que hacerlo durante todo este tiempo, pero no puedo cambiar el pasado, aunque si el presente y por consecuencia el futuro.

¿Qué lo lamentaba?, ¿De verdad lo lamentaba?

«Este se va a enterar de lo que es bueno, si quiere dosis de realidad, la tendrá»

—¿Y qué lamentas exactamente?, ¿No haberme creído cuando fui a tu despacho a decírtelo?, ¿Qué intentarías comprar mi silencio con dinero?, ¿O que me mintieras desde un inicio?, La verdad es que no termino de tener claro qué punto exactamente es el que dices lamentar.

Pensé que trataría de salir por la tangente, de no enfrentarme y sencillamente alegar que estaba confuso o incluso confirmar nuevamente que no podía creer que estuviera embarazada cuando siempre usó protección en cada uno de nuestros encuentros, pero tras varios segundos de silencio, dijo algo que jamás había pensado que hubiera podido ocurrir.

—Te busqué. Cuando te marchaste de casa te busqué y te vi con él, abrazada a ese tal Daniel, así que no me culpes por no creerte cuando yo mismo te vi con mis propios ojos en brazos de otro hombre.

¿En brazos de Daniel?, ¿Qué me vio con él?

—¡Jamás tuve nada con Daniel!, ¡Por Dios!, ¡Si es como un hermano para mi! —exclamé completamente furiosa y no solo porque hiciera suposiciones respecto a mi relación con Daniel, sino porque le inmiscuyera a él cuando precisamente fue el único que me ayudó en aquellos momentos.

—¿Entonces no estáis juntos? —preguntó alzando una ceja y en ese momento quise mentir, decir que si, para que de ese modo se alejara, pero no pensaba utilizar a Daniel como escudo de defensa.

—No —negué y noté que se acercaba peligrosamente a mi cuerpo a pesar de tener a Francois en mis brazos plácidamente dormido.

—Déjame entonces....

Di un paso hacia atrás en el momento en que vi su mano alzándose, no sabía si era para coger a Francois o para rozar mi rostro, pero fuera cual fuera la intención no pensaba dejarle realizar ninguna de las opciones.

—Limítate a tu parte del acuerdo y yo haré la mía, pero no vuelvas a intentar tocarme y menos aún, pretender besarme porque no me interesa nada de lo que puedas ofrecerme. Espero no tener que repetirlo una segunda vez o esta fingida amistad entre nosotros se habrá terminado para siempre.

Tal cuál dije aquellas palabras, vi que su reacción era inesperada, como si no esperase que le soltara aquello, pero me adentré en el edificio sin mirar atrás y abrazándome fuertemente al cuerpecito de mi pequeño para no flaquear o arrepentirme de lo que acababa de soltarle a la cara.

«Bien hecho Olivia» me decía mi yo interior mientras me daba palmaditas en la espalda, solo que por más que quería apremiarme, una parte de mi se moría de ansiedad al recordar aquel beso en la noria que el dios nórdico me había robado tan solo unas horas antes.

Capítulo 35

Las siguientes tres semanas Edmond se comportó absolutamente correcto, de hecho fui consciente de como mantenía las distancias respecto a lo que a mi se refiere e incluso noté que evitaba hasta el más mínimo roce cuando cogía a Francois de mis brazos para cargarlo porque se encontraba cansado. Se suponía que esa actitud debía agradarme porque estaba haciendo justamente lo que yo le había pedido, ¿Y entonces?, ¿Por qué narices me molestaba?

«Ni tu te comprendes hija mía» me dije a mi misma una de las noches en las que había regresado a casa después de pasar la tarde en el parque. Básicamente me había quedado sentada en un banco mientras le observaba tirarse a la mismísima arena para jugar con Francois como si el hecho de ensuciar su carísimo traje no le importara lo más mínimo.

Al menos no podía tener queja alguna en no desvivirse por conseguir el cariño de mi hijo hasta el punto de que el propio Francois me preguntaba cuando íbamos a volver a verle la próxima vez, ya que siempre terminaba con un juguete nuevo al final de la velada después de pasarlo estupendamente bien.

No le podía contar a Daniel aquel propio dilema conmigo misma y por más vergüenza que me diera reconocerlo, Estelle era la única aparte de él que conocía la verdad sobre todo lo sucedido, por lo que aquella mañana de ese viernes terminé revelándole todo lo que sentía en mi fuero interno cuando ella misma me preguntó qué me pasaba para que estuviera tan descentrada en el trabajo.

—Así que le pedí que no se le ocurriera volver a tocarme y menos aún besarme —concluí relatándole lo sucedido en nuestro primer encuentro para que Francois le conociera—. Y lo ha cumplido a rajatabla, tanto que evita mirarme o hablarme y si lo hace solo es para preguntarme algo sobre su hijo.

Evité contarle que creía que Daniel y yo éramos pareja, incluso que pensaba que me había casado con él, ya había tenido problemas con algunas de sus ex precisamente por la relación que manteníamos tan estrecha, aunque

sabía que con Estelle era diferente, más aún teniendo en cuenta que era yo quien los había presentado y ella me conocía lo suficiente.

—¿Y qué es lo que te molesta?, ¿Qué te haya hecho caso o el hecho de no volver a besarle? —inquirió Estelle sin sobresaltarse.

Se había sentado al otro lado de la mesa de mi despacho con las piernas cruzadas enfundada en ese vestido color crema que le quedaba muy bien mientras zarandeaba una de sus piernas cruzadas con aquellos tacones de aguja de color negro que dolían solo con verlos. Desde que había comenzado a salir con Daniel, los viernes venía vestida como un pincel a la oficina, síntoma de que después él se pasaría a recogerla para salir a cenar o hacer aquello que suelen hacer las parejas.

«Ya que en lo referente a mi, podría decir que no había tenido realmente ninguna»

—Sinceramente... ni yo misma lo sé, por eso te lo cuento. Soy incapaz de entenderme a mi misma para saber que me está ocurriendo y por más confianza que tenga en Daniel, creo que necesito el punto de vista de una mujer.

Y era así, Daniel siempre tenía un punto objetivo de las cosas, pero en cuanto a sentimientos femeninos, era un caos... y a la vista estaba la ristra de chicas que habían pasado por su vida sin que ninguna permaneciera el tiempo suficiente para que recordase sus nombres después de unos meses.

—Es evidente que aún sientes algo por él y que ese beso debió remover cosas en tu interior que creías haber eliminado para siempre.

«No había que ser muy inteligente para llegar a esa conclusión, la cuestión era, ¿Por qué me molestaba que me ignorase?»

—No, lo que sentía por él murió hace años —mentí tal como había mentido tantas veces a Daniel.

¿A quien quería engañar? Si casi saltaba a la vista que solo con rozarme ese hombre casi salto a su yugular y no precisamente para matarle, sino más bien todo lo contrario.

«Vamos Olivia... que solo es un *mojabragas* que te tiene las hormonas revolucionadas. No es amor y nunca lo ha sido; a-s-i-m-i-l-a-l-o de una jodida vez»

—Cuéntale ese cuento a Daniel, pero a mi no. Si quieres que te escuche para desahogarte; adelante, pero si quieres el consejo de una amiga, es mejor que te sinceres contigo misma y admitas que ese hombre aún ejerce poder

sobre ti te guste o no —soltó tan fresca como una lechuga y toda mi jodida fachada se fue a la mierda.

—¡Y qué carajos tengo que hacer para no sentir eso que siento! —exclamé como si se tratara de una exigencia.

«Genial Olivia, has estado suprema, acabas de admitir en voz alta que aún le deseas»

Para mi fortuna, Estelle no se sorprendió, ni pareció regodearse en el hecho de que me había pillado en mi propia mentira, sino que sonrió suavemente mientras se cambió la pierna que tenía cruzada por la otra y tamborileó sus uñas pintadas de rojo sobre la mesa.

—Si tuviera la respuesta a esa pregunta, estaría cobrando trescientos euros la hora como psicoterapeuta emocional y sexóloga —admitió mordiéndose la lengua—, pero como no tengo ninguno de los títulos, te diré que; o bien te acuestes con él para averiguar si solo es pasional o no hagas nada y sigas igual de frustrada como hasta ahora.

¡Menudo consejo de mierda!

Aunque quizá se debía a que no era lo que quería escuchar, que también era posible.

¿Acostarme con Edmond de la Court?, ¿De verdad estaba siquiera planteándome esa posibilidad? Pero desde que las palabras de Estelle habían hecho mella en mis oídos la imagen se había colado en mis pensamientos evocando recuerdos de un pasado que quería olvidar.

Aquel sábado me levanté lo suficientemente temprano para preparar el desayuno de Francois y su mochila, íbamos a pasar el día en Disneyland y por lo tanto sabía que no regresaríamos hasta el final de la tarde, probablemente después de cenar, por lo que metí su almuerzo y merienda para estar bien provista y cuando terminé de hacer la masa para las tortitas escuché sus gritos por el pasillo indicando que era consciente de que hoy al fin iba a cumplir uno de sus deseos; visitar el barco pirata del cuento de Peter Pan que tanto le gustaba.

—Pareces muy contento, ¿no? —pregunté con cierta sonrisa mientras volcaba la masa sobre la satén y veía como correteaba alrededor de la mesa del salón buscando sus juguetes favoritos que no eran otros que dos muñecos de piratas.

—¡Sip! —exclamó con p incluida—. ¡Porque Edmond me va a llevar a ver el barco pirata! —concluyó con cierta cara de travesura que conseguía

derretirme.

¿Edmond?, ¿Y yo que pintaba en todo aquello?

—¿Solo Edmond te llevará a ver el barco pirata? —pregunté en cierto tono irónico.

—Bueno... y tú también —soltó tan pancho, pero capté el mensaje.

—Vale, vale, vale. Ya veo que yo no pinto nada en eso, entonces ¿Te vas a ir tu solo con Edmond? —pregunté sabiendo hasta que punto llegaba la confianza que había depositado mi hijo en él.

—Pues vale —admitió para mi absoluto estupor.

¿Vale?, ¿No le importaba? No es que fuera el niño más desconfiado del mundo, pero normalmente no le gustaba quedarse a solas con gente que no era de su absoluta confianza, de hecho, las primeras semanas de guardería fueron absolutamente horribles, pero no me quedaba más remedio que llevarle si quería continuar trabajando.

—¿Te gusta Edmond? —pregunté directamente.

—Si, es mi amigo.

«Realmente es tu padre, aunque eso lo sabrás algún día»

—Me alegro de que te guste —dije sin saber si realmente sentía lo que yo misma decía.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, me alegraba de que Francois tuviera al lado a su padre, un padre que parecía mostrar un interés inaudito en él y que poco a poco se había ganado su aprecio, porque no todo eran regalos o invitaciones, sino que verdaderamente se implicaba dejándose la piel en ello. Por otro lado, estaba el hecho de que había dejado de ser yo sola quien ejercía de ambos roles hacia mi hijo. Estaba tan acostumbrada a ser todo para Francois que ni siquiera me había parado a pensar en todo lo que a él le faltaba. Había considerado que Daniel podía ser esa figura paterna, pero ahora comprendía que de ese modo jamás tendría la posibilidad de llamar a alguien su padre.

—¿Es tu novio? —preguntó así de sopetón y en ese momento la tortita que tenía en la paleta para servir al plato se cayó al suelo.

¿Qué diantre?, ¿De donde cojones se ha sacado este niño eso?

—¿Qué? —exclamé sin saber ni siquiera que responder a un moco de casi tres años que intencionadamente o no me había preguntado aquello.

—Tío Daniel dice que los novios se dan besos en la boca y Edmond te dio un beso en la boca cuando subimos a la noria.

«A la mierda el pensar que no se había dado cuenta de nada»

¡Si de eso habían pasado ya tres semanas!, ¿Cómo narices podía acordarse?

—Tío Daniel dice muchas cosas que no debería —azucé mientras recogía la tortita y la tiraba a la basura, ¿Le habría dicho que nos vio besarnos en la noria? De ser así no me había comentado nada al respecto.

Para mi propia paz mental, Francois comenzó a reírse por mi comentario y no insistió, sino que comenzó a devorar las tortitas en cuanto apoyé el plato sobre la mesa y le volqué el chocolate por encima. Ya estaban troceadas, así que solo tenía que pinchar con su tenedor.

Edmond fue tan puntual como siempre y a las nueve en punto mi teléfono comenzó a vibrar avisando de que debía estar esperando. Así fue, en cuanto bajamos estaba apoyado en la puerta del copiloto con un aspecto relajado y natural. ¡Joder!, ¡Era el puñetero dios del deseo encarnado en un ser humano! Fue en ese momento cuando las palabras de Estelle se repetían en mi mente y yo las quería alejar tan rápido como el viento. A pesar de mi conmoción, él reaccionó y se encargó de sentar a Francois en el asiento de atrás mientras yo abría el maletero para guardar la mochila y el carrito del que estaba segura de que sería útil porque el pequeño se dormiría.

—Espera, te ayudo —mencionó en cuanto plegué la silleta y fui a levantarla para guardarla.

El hecho de que se mostrara tan atento o tan gentil en ocasiones me emocionaba al igual que en otras me frustraba. ¿Por qué narices no se comportó así en el pasado?, ¿Acaso ahora yo era diferente?, ¿Lo hacía solo porque existía Francois y quería que nos llevásemos bien? Fuera como fuese, me limité a dejar que él se encargara y como era habitual me coloqué en el asiento trasero junto a mi hijo, ya que me negaba a ir de copiloto a su lado, al menos tenía la excusa de que así vigilaba y tenía la atención de Francois.

Como era predecible, al pequeño le encantó la atracción de Peter Pan y se emocionó hasta el punto de no querer marcharse de allí, ni ver el resto de las atracciones. Edmond le compró el barco de réplica más grande que había en la exposición y esa fue la única forma de conseguir que accediera a que nos alejáramos, aunque terminamos cenando dentro del gran complejo antes de volver a casa. Había sido un día magnífico, de hecho habría sido absolutamente perfecto si no fuera por esa sensación que no conseguía desprender de mis pensamientos y por ende, de mi propio cuerpo.

Algo en mí deseaba que me mirase, que me tocara intencionalmente aunque no lo pareciera, era como si... como si necesitara saber que me deseaba aunque supiera que jamás lograría amarme.

«Definitivamente esto es puro masoquismo» pensé en mis adentros mientras volvíamos de regreso a casa y predeciblemente Francois se había quedado dormido.

—Ha sido un día espléndido, creo que Francois no olvidará la experiencia, es más... posiblemente se pase las próximas semanas hablando de ello.

—Yo también me he divertido mucho, quizá deberíamos repetir más adelante para que así vea el resto de las atracciones. —Su respuesta fue natural, incluso sonrió vagamente por lo que pude apreciar en el espejo retrovisor del vehículo.

Estábamos acercándonos a mi barrio y en apenas unos minutos sabía que llegaríamos, por lo que no sabía como rellenar aquel silencio que existía en el coche tras la absoluta mudez de Francois por estar dormido.

—Si, es una buena idea —mencioné apartando la mirada porque sabía que de no hacerlo, esa noche iba a soñar con esas facciones, aunque después de verlas todo el día lo extraño sería todo lo contrario.

—Aunque antes tenía planeado salir a navegar un fin de semana, ¿Te importaría que fuera de ese modo? Sé que en el acuerdo solo estaba pactado dos tardes o un día, pero...

El silencio de Edmond captó mi atención y alcé la mirada cuando en el interior del vehículo comenzó a reflejarse las luces rojas, naranjas y azules que había en el exterior.

—¿Qué es todo esto? —exclamé dando voz a mis pensamientos al ver que la calle estaba cortada por un cordón policial y allí estaban los bomberos, ambulancias y obviamente la policía que nos estaba avisando de que no se podía pasar.

Edmond bajó la ventanilla del coche para preguntar.

—Perdone, ¿Qué ha pasado?

El policía que mismamente indicaba que continuase hacia delante se acercó.

—Ha habido una explosión en uno de los edificios, pero ya está controlado el incendio, por favor continúe para no bloquear el tráfico.

¿Una explosión?, ¡Oh dios mío! Lo de que estuviera controlado no me

daba el menor atisbo de tranquilidad.

—Entiendo, pero la mujer y el niño que van atrás viven en esta calle —mencionó Edmond antes de que pudiera hablar por mi misma.

En ese momento el policía miró hacia atrás y nos vio tanto a Francois como a mi.

—¿A qué altura vive la señora? —preguntó no dirigiéndose en realidad a ninguno de los dos.

—Cincuenta y seis —volvió a contestar Edmond ya que en ese momento todo mi ser rezaba porque no fuera mi propio edificio.

—Es el edificio donde se produjo la explosión, por lo que no puedo dejarle pasar, tendrá que pasar la noche en casa de algún familiar u hotel, lo siento.

¡No puede ser!, ¿Mi bloque?, ¡No podía ser!

—¿Dónde ha sido?, ¿Qué piso? —exclamé ahora completamente nerviosa.

¿Qué habría pasado si hubiera estado allí?, ¿Qué podría haberle ocurrido a Francois? Ni siquiera pensaba en mi, sino en lo que le podía haber pasado a mi hijo.

—Ha sido en la planta baja señora, no fue en ninguno de los apartamentos, pero aún se desconoce el daño estructural que ha podido provocar, si desea puede dejarnos un número de contacto para que la llamemos en cuanto sea seguro entrar a su vivienda y recoger sus enseres personales o le confirmemos si es seguro que pueda regresar.

Edmond le entregó una tarjeta que tenía a mano en su vehículo antes de que yo misma pudiera gesticular una sola sílaba.

—Estará conmigo, así que pueden localizarla ahí.

¿Hola?, ¿Qué?, ¿Cómo que estaría con él?

Antes de que pudiera decir algo, piso el acelerador del coche y continuó la marcha.

—¿Dónde se supone que vas? —dije completamente confusa y sin saber siquiera cómo debía reaccionar.

¿Qué debía hacer?, ¿Dónde iba a ir? Tenía que llamar a Daniel, aunque no deseaba molestarle en aquellos momentos y menos aún preocuparle ya que por suerte tanto Francois como yo estábamos bien.

—A mi casa.

¡Ay no!, ¡Por ahí si que no paso!

—Eso ni hablar. Llévame a un hotel —afirmé sabiendo que entrar en la casa del señor de la Court era terreno pantanoso

—Es tarde, Francois duerme y yo tengo espacio de sobra para alojaros, así que sobre mi cadáver permitiré que te vayas a un hotel. Te guste o no, os vendréis a mi casa.

¿Me guste o no?, ¿Cómo que me guste o no?

—No creo que sea momento de discutir así que...

—Tú lo has dicho, no es momento de discutir y no estas en disposición de hacerlo. Esta noche dormiréis bajo mi techo.

Capítulo 36

De algún modo pensé que por mucho que me desagradara la idea, no tenía que pensar únicamente en mi, sino en la criaturita dormida que tenía a mi lado y que era completamente ajena al tumulto de sensaciones que se arremolinaban en mi estómago. Creía que Edmond nos llevaría a ese apartamento que había conocido una vez años atrás, ese donde había pasado la mejor y peor noche de mi vida, puesto que nunca volvería a tener otra igual y saberlo era lamentable para mi penosa existencia. Ese apartamento donde con toda seguridad, guardaba demasiados recuerdos que no estaba preparada para afrontar y del que me haría revivir sentimientos encontrados que era incapaz de dejar pasar.

En el momento que nos alejamos del centro comencé a pensar donde diantres se encontraba aquel apartamento. Por aquel entonces no conocía tan bien la ciudad como lo hacía ahora, aunque yo me movía sobre todo en metro y transporte público, pero habría jurado que se encontraba cerca del centro y en cambio parecíamos alejarnos a las afueras de París. ¿Quizá estaba equivocada?

La respuesta a mi pregunta llegó en el momento que entramos en zonas ajardinadas y poco después pasamos un cordón de seguridad. Toda la urbanización era de pequeñas o no tan pequeñas casas...

«No chata, eso en tu pueblo se llaman mansiones» gritó una mini-yo interior.

Y como era predecible, llegamos hasta la que sin duda alguna debía ser la del dios nórdico. ¿Cómo iba a pensar que él vivía en ese apartamento minúsculo al que me llevó? Aquel piso solo sería su picadero particular, realmente vivía como lo hacían los millonetas; en una mansión de lujo.

—¿Esta es tu casa? —exclamé cuándo me bajé del vehículo tras pasar la verja de entrada y entrar en un camino de grava que conducía hasta la puerta principal de aquella enorme mansión de dos plantas rodeada de un enorme jardín.

«¿Para que preguntas esa absurdez? Es obvio que te va a traer a su casa, no a la del vecino so mentecata»

Solo el recibidor del porche era más grande que todo mi piso entero... ni me quería imaginar el resto de la casa.

—Si, vivo aquí desde hace unos años —admitió sin especificar y pensé qué demonios hacía un hombre solo en una casa tan grande.

Espera un momento, ¿Y si no estaba solo? Estelle dijo que era divorciado, pero igual podría tener a... una novia o algo así.

—¿Y vives aquí tu solo? —pregunté diciéndome a mi misma que no lo hacía solo por querer saber su vida sentimental, sino para atenerme a las consecuencias.

«Ya claro, eso cuéntaselo a otra... que contigo no cuela»

—Si —contestó brevemente y no pude preguntar más, porque se dirigió hacia el maletero para sacar las cosas y yo me limité a recoger a Francois del sillín del vehículo donde estaba dormido—. Acompáñame dentro, aquí por la noche aún hace fresco.

Era cierto que corría más aire que en el centro de la ciudad, por lo que ahora sentía la apremiante necesidad de una ducha de agua caliente y envolverme entre las sábanas de una cama bien blandita después de estar todo el día en pie.

En cualquier otra situación imaginaba que me enseñaría la casa con completa normalidad, en cambio yo estaba allí por una emergencia y de hecho ni tan siquiera debería estar allí, por lo que apenas pude apreciar la enriquecedora decoración del lugar, sino que Edmond se dirigió principalmente hacia donde discurrían las habitaciones y pasó por varias puertas antes de abrir una de ellas.

—Preparé esta habitación hace un par de semanas, por si en algún momento Francois necesitaba pasar la noche aquí o simplemente venía a pasar la tarde —admitió antes de abrir del todo la puerta y darle al interruptor que iluminó toda la estancia.

Aluciné, ¿Qué digo alucinar? ¡Si eso era el sueño de cualquier niño! Había una cama central de tamaño medio, no era tan pequeña como la que él usaba, ni tan grande como una cama doble, perfecta para un niño en edad de crecimiento y cubierta con un enorme nórdico que tenía un barco pirata navegando en alta mar. Justo en la pared del cabecero de la cama todo estaba lleno de muebles de juguetes por abrir y peluches de todo tipo. Mi vista

alcanzó a ver una pequeña canasta de baloncesto, una mesa baja de fútbolín, también había un vehículo deportivo de conducción autónoma para niños que debía costar una pasta y como remate final un enorme y gigantesco barco pirata en el que Francois podía meterse él mismo si lo deseaba.

¿Qué demonios hacía todo aquello allí? Ese hombre se había vuelto loco.

—¿Tú has comprado todo esto? —exclamé sin saber qué decir exactamente.

¿Cómo me debía sentir sabiendo que había preparado una habitación espectacular para mi hijo aún sabiendo que era poco probable que viniera?

«Definitivamente me sentía como el ser más ruin y penoso del sistema solar por no concederle ni una mísera noche con mi hijo»

—Si... ¿Crees que no le gustará? —preguntó ahora algo contrariado.

¿No gustarle? Seguramente el problema sería todo lo contrario, a ver como diantres sacaba yo a mi hijo de aquella casa.

—Creo que será el niño más feliz del mundo cuando despierte —admití mordiéndome la lengua por decirlo y en ese momento apreció una sonrisa en sus labios—, solo que será difícil superar esto... no creo que ni Papá Noel lo haga.

En ese instante le escuché reír de verdad y supuse que me gustase o no, tendría que compartir numerosas fiestas y momentos al lado de aquel hombre. De pronto las palabras de Estelle parecieron afianzarse con más ahínco en el fondo de mi conciencia, como si retomaran fuerzas y quisieran ser escuchadas.

«No. Definitivamente dejarme arrastrar por esa pasión no va a llevarte a nada bueno Olivia» insistí.

—Supongo que estás cansada y necesitas dormir. Puedes quedarte en esta habitación —señaló una puerta que había justo al lado de la de Francois y era la última en ese lado del pasillo.

Tras abrirla me encontré con una estancia de dimensiones envidiables para ser una habitación y que tenía además de la cama enorme, muebles absolutamente elegantes, su propio baño y vestidor, algo que sin duda era todo un lujo, lo que llamó especialmente mi atención y que no encajaba en una habitación de invitados era aquella mesa de dibujo.

¿Qué hacía allí?, ¿Qué propósito tendría?

Mi cerebro solo quiso advertirme de que quizá la utilizaba el propio Edmond, pero entonces ¿Por qué no la tenía en su propia habitación o

estudio?

No le quise dar más importancia de la que tenía; que no debía ser ninguna, pero aquellas preguntas sin respuesta solo hacían que estuviera constantemente inquieta.

—Si necesitas algo, mi habitación es la que está justo enfrente —me advirtió antes de hacer ademán de marcharse.

¿Enfrente?, ¿Iba a dormir a escasos dos metros de distancia de aquel bombón andante?

«¡Puñetera noche de insomnio la que me espera!» gemí en mi interior sabiendo que no iba a lograr pegar ojo si él estaba tan cerca.

Asentí con la cabeza porque era incapaz de reaccionar a ese razonamiento. La idea de que iba a tener al dios nórdico a tan solo dos pasos de mi puerta me tenía en auténtica tensión y no sabía si tensión muscular o sexual, según se mirase.

«Por favor... piensa en otra cosa Olivia, ¡Piensa en otra cosa!»

Pero lo cierto es que tanto tiempo de absoluto celibato me tenían las hormonas por las nubes con solo recordar...

«Bien podrías recordar lo sola que te dejé en el peor momento de tu vida, listilla» me incriminé a mi misma.

Siempre llevaba una muda de recambio en el bolso de la silleta para Francois, así que a pesar de que dormía le cambié y le vestí con su chándal para que estuviera más cómodo. Parecía tranquilo y sereno en aquella cama nueva y estaba completamente segura de que cuando despertara se entusiasmaría con todos aquellos juguetes nuevos, es más, probablemente creería que estaba en un sueño.

En cambio cuando me adentré en la que iba a ser mi habitación tuve un dilema, uno de esos en los que me encontré sin saber que hacer; cerrar o no la puerta. En mi casa siempre dejaba la puerta de mi habitación completamente abierta para que Francois entrara libremente cuando despertara o si se desvelaba por la noche venía a mi habitación para acostarse en mi cama, en cambio aquí todo sería nuevo para él y si la cerraba era probable que no me encontrara. Miré frente a mi y vi que la puerta de la habitación de Edmond estaba ligeramente entornada, no se podía intuir nada, pero decidí actuar del mismo modo.

Cuando salí envuelta en aquella toalla de la ducha comprendí que no tenía absolutamente nada que ponerme y me sentí desnuda. En ese instante el

recuerdo de la razón por la que estábamos en aquella situación vino a mi mente y volví a sentir el desazón de pensar en qué podría haber ocurrido de haber estado en casa. ¿Estaría nuestras cosas intactas o se habrían quemado? No tenía ni la menor idea del alcance de aquella explosión, pero sí que tenía que tener presente que existían bastantes posibilidades de que no pudiera regresar jamás a ese apartamento. ¿Qué se supone que haría?, ¿Dónde iría? Tal vez era mejor calmarse y esperar a que fueran sucediendo los acontecimientos.

Salí de la habitación para verificar que Francois dormía plácidamente y descubrí a ese dios del norte dejado caer sobre el marco de la puerta con la vista fija en lo que había dentro de ella. En ese momento la sensación de calor inminente me recorrió por completo al apreciar aquellos músculos en todo su esplendor por llevar únicamente como prenda puesta un pantalón de pijama.

«Está en su casa Olivia, ¿Qué esperabas?, ¿Qué durmiera con traje y corbata?»

Para mi penosa existencia recordé que él siempre se paseaba con un pantalón deportivo y sin nada en la parte de arriba, como si presumiera de tableta de chocolate bien definida.

Mis pasos llamaron su atención y aferré con más ahínco la mano que sujetaba la toalla en la que me había envuelto.

—Tranquila, no se ha despertado. Duerme plácidamente —susurró en voz baja mientras se apartaba ligeramente y podía comprobar por mi misma que así era.

—Normalmente coge bien el sueño cuando se duerme —indicé acercándome hasta aquella cama y depositando un beso en la frente de mi pequeño como hacía cada noche antes de irme a dormir—. Suele despertar sobre las siete y son muy pocas noches las que se despierta si tiene alguna pesadilla —admití volviéndome hacia la puerta y vi que había vuelto a dejarse caer sobre el marco ocupando la salida con aquel cuerpo serrano.

¡Joder!, ¡Qué deleite visual!

—Creo que necesitas algo de ropa, ¿Verdad? —dijo repentinamente mientras observé como sus ojos recorrían mi cuerpo.

Me sentí desnuda, porque realmente lo estaba bajo aquella toalla que ahora sentía minúscula. No estaba en mi terreno, en mi campo, en mi zona de confort, sino que estaba en su casa y en unas circunstancias un tanto desesperadas.

—¿Vas a sacar de la chistera un pijama de mujer? —exclamé alzando una ceja en señal evidente de que sí necesitaba ropa.

Su sonrisa hizo que me sintiera un poco más relajada, aunque no menos incómoda y se incorporó para alejarse, no sabía si seguirle o no, pero antes de salir al pasillo para ver donde se había metido, le vi aparecer con varias prendas bien dobladas una sobre otra.

—Imagino que todo te estará bastante grande, pero quizá puedas usar algo para esta noche. Si mañana no puedes entrar en tu apartamento podemos ir de compras.

¿Podemos?, ¿Eso le incluía a él?

Podía imaginar muchas cosas, pero no a Edmond esperándome en los probadores mientras yo me probaba ropa.

—Gracias, aunque mañana nos iremos.

—No nos precipitemos, mejor descansemos porque ha sido un día intenso.

Algo en aquellas palabras me decía que había algo más en esa frase. ¿Eran imaginaciones mías o me acababa de decir entre líneas que no nos íbamos a marchar de su casa? Si pasar una noche iba a ser una tortura mental, no quería imaginarme lo que supondría que eso se alargara a varias más.

No quise pensar en ello, de todos modos estaba segura de que al día siguiente encontraría alguna solución a todo aquello. Tal vez la situación en mi edificio no fuera tan dramática, quizá todo estaba bien y podría regresar incluso en la mañana, aunque probablemente esas solo eran mis ganas de salir de allí cuanto antes, porque respirar ese aroma varonil de forma constante me estaba achicharrando el cerebro.

De toda aquella ropa que Edmond me había entregado, solo era útil una camiseta que me quedaba lo suficientemente grande para que me tapara el trasero de una forma más decente, aunque seguía siendo excesivamente corta, así que de esa guisa me metí en la cama y apagué las luces mientras me quedaba pensativa en aquella oscuridad que de pronto se había cernido sobre mi misma con los ojos abiertos, como si estuviera esperando que sucediera algo, como si a pesar del cansancio que tenía sobre cada uno de mis músculos no fuera suficiente para que venciera el sueño.

Me conocía lo suficiente para saber que así no iba a lograr dormir, así que cuando debieron pasar al menos cuarenta minutos me levanté mientras caminaba de puntillas, tratando de hacer el menor ruido posible y guiándome

por la leve luz que había por los pasillos gracias a unos puntos de luz suave que había en los enchufes, llegué así hasta lo que parecía ser la cocina.

—¡Ay!, ¡Joder qué dolor! —exclamé chocándome con una de las esquinas que la isla que había en aquella enorme cocina y agarrándome el dedo del pie.

Fui tanteando hasta que al fin encontré lo que era el frigorífico y recorrí con la vista todo su contenido hasta dar con lo que buscaba. En el instante que cogí la leche, las luces se encendieron y me sentí como una ladrona que acababa de ser pillada en mitad del delito.

Ummm... esto... no sé que decir.

—¿Estás bien? —preguntó aquella voz masculina y siendo sincera no quise mirar, no quise verlo porque sabía que no solo tendría esos pectorales marcados que me harían mojar las bragas inexistentes que ahora llevaba, sino que seguramente tendría aquel cabello revuelto y su aspecto mucho más atractivo de lo normal. No. Definitivamente no quería mirar, pero no tuve más remedio que hacerlo y sentí el mundo arder.

—Esto... yo... —balbuceé mientras mis ojos se deleitaban con ese rostro y ese cuerpo del deseo.

No me había equivocado, de hecho podría jurar que ese hombre había hecho un pacto con el diablo y cada año que pasaba estaba aún más bueno.

—Te oí y pensé que quizá te habría podido pasar algo... —siguió hablando mientras se acercaba y en ese momento sentí una punzada en el pie, cuando lo miré descubrí que estaba sangrando.

—Lo siento... tropecé —admití sin levantar la vista y me señalé el pie.

Había esperado una especie de exclamación por parte de él o una recriminación por no ser una persona cuerda y haber encendido las luces, sino que repentinamente sentí como unos brazos me elevaban y segundos después estaba sentada sobre la isla de aquella cocina con el mismísimo Edmond de la Court curando mi pequeña herida, ya que no era más que un rasguño sin importancia.

—¿Puedo preguntar a qué venías? —mencionó mientras me colocaba una pequeña tirita para evitar que siguiera sangrando.

—No podía dormir, así que había pensado que quizá me vendría bien un vaso de leche —admití sin tratar de esconder la verdad.

—Yo tampoco podía dormir —sugirió y repentinamente sus ojos se posaron sobre los míos, como si buscara cierta complicidad, como si en el

fondo quisiera averiguar si era la misma razón la que a los dos nos mantenía en vilo aquel insomnio.

Quería preguntar porqué, sentía una enorme presión en el pecho por averiguar que trataba de decirme en aquella forma de observarme, pero el miedo a conocer la respuesta me mantenía en un absoluto silencio.

En ese momento noté que se incorporaba lentamente y que cada vez estaba más cerca de mis labios, como si presintiera que de un momento a otro iba a besarme y tenía tantas ganas de que lo hiciera como el hecho de autoimponerme que no era lo correcto.

—Déjame tocarte... por favor... déjame besarte... —susurró mientras sentía como su nariz rozaba mi cuello y era consciente de que mi cuerpo se derretía. En ese momento quise enviarlo todo al diablo, abandonarme a esa pasión y deseo incontrolado para arrepentirme en cuanto hubiera terminado.

Fui consciente de que estaba al borde del delirio, iba a ceder, a arrastrarme por aquel fuego incesante, pero los gritos de Francois llamándome apagaron las llamaradas de ardor que estaba sintiendo y lo único que hice en aquel momento fue salir corriendo.

Capítulo 37

Me recosté junto a Francois mientras calmaba su pesadilla y finalmente terminé quedándome dormida a su lado, con la seguridad permanente de que si no hubiera sido por aquel llanto, habría sucumbido a la tentación de ese dios nórdico. Saberlo provocaba que me defraudase a mi misma y a mis convicciones a pesar de que no podía evitar sentir aquella atracción arrolladora.

¿Debía acaso dejarme llevar para poder acabar así con esa opresión que sentía de forma constante?, ¿Y si al hacerlo terminaba enamorándome aún más de lo que lo hice en el pasado?, ¿Y si el acercamiento de Edmond solo era producto de un interés ahora que había dejado de ser una don nadie?

Lo cierto es que no podía comparar a la Olivia de ahora con la que era hacía tres años, nada quedaba de esa joven que apenas hablaba francés y que no sabía como alcanzar sus sueños, en cambio ahora era consciente del gran interés que había despertado en el mundo de la moda, por no decir que por mis venas corría la sangre de uno de los mejores diseñadores de todos los tiempos.

¿Sería esa la razón al tratar de besarme?, ¿De rogarme?

¡Dios! Aún sentía mi piel encrespase al recordar ese ruego cargado de pasión en su tono ronco de voz.

Siempre había hecho caso omiso a Daniel y su afirmación en decir que era una mujer atractiva. Para mi solo había existido Edmond como hombre y después de tener a Francois me había cerrado en banda al género contrario, por lo que me daba absolutamente igual ser o no atractiva, así que ahora era incapaz de preguntarme si de verdad le atraía o si solo era una estrategia para acercarse a mi.

No podía dejar de pensar en que su prototipo de mujer estaba muy lejos de ser algo parecido o similar a lo que yo representaba; que ni era rubia, ni era alta, ni era modelo, por lo que aquello me hacía pensar que no era una buena idea meterme en la cama de ese hombre.

Me desperté con los gritos de Francois, pero esta vez no era por el

lamento de una pesadilla, sino por la euforia de todos aquellos juguetes nuevos.

—¡Mira mami!, ¡Mira! —No dejaba de decir una y otra vez acompañado de una carita completamente emocionada.

No pude evitar reírme cuando comenzó a correr de un lado a otro porque su dilema estaba en que quería jugar con todo a la vez y no sabía por cuál decidirse primero, así que en ese momento mi estómago rugió y supe que necesitaba tomar un café de forma inmediata acompañado de la ingesta de comida.

—¿No tienes hambre? —exclamé intentando llamar su atención, pero tenía demasiadas estimulaciones visuales para que mi voz fuera escuchada.

Era consciente de que no iba a contestarme, aunque su respuesta fuera afirmativa, por lo que tal vez era buena idea acercarme a esa funesta cocina en la que casi me dejé llevar la noche anterior para ver si tenía víveres suficientes que saciaran mi apetito.

¿Era descortés por mi parte si me inmiscuía en frigoríficos ajenos? No sabía exactamente si Edmond seguiría o no durmiendo, pero hacer el desayuno podía considerarse un agradecimiento por la hospitalidad, ¿no?

Terminé rebuscando en todos los muebles para ver que había y finalmente me puse a hacer masa de tortitas. No me gustaban las galletas o cereales para Francois, tenían demasiado azúcar, por eso siempre hacía bizcochos caseros, crepes, tortitas o similar para desayunar, dejando los gofres para un día especial. De esa forma me había acostumbrado a cocinar casi todas las mañanas, sobre todo en fin de semana.

—¡Que bien huele! —exclamó esa voz potente haciendo que el silencio de la cocina se llenase.

Había estado esperando que de algún modo no apareciese hasta que Francois ya estuviera allí desayunando, digamos que en cierta manera, mi hijo me servía de escudo protector contra ese deseo que me inspiraba y cohibía al mismo tiempo.

—Espero que no te moleste que haya cotilleado por tu cocina —mencioné tratando de normalizar aquella situación para que la tensión de mis músculos se disipasen.

—En absoluto, es más... puedes cotillear todo lo que quieras y no solo la cocina, ya que os quedaréis aquí de forma indefinida.

¿Indefinida?, ¿Qué quiere decir indefinida exactamente? Porque yo me

pensaba largar de allí ese mismo día.

—¿Indefinida? —exclamé no queriendo meter la pata y precipitarme en demasía.

—Me ha llamado esta mañana el ingeniero que ha evaluado los daños producidos por la explosión de tu edificio para decirme que existe riesgo de derrumbe, por tanto no es posible que regreses a tu apartamento.

En ese momento fui consciente del verdadero peligro que suponía ese lugar y aunque todas mis cosas estaban en ese apartamento, tenía lo único importante allí mismo; Francois. El resto me daba igual.

—¿Y pretendes que nos quedemos aquí? —exclamé—. ¿Contigo?

Mi cara debía reflejar la autentica noria de sentimientos encontrados que estaba sintiendo en ese momento. Si soportar una noche había sido complicado, ¿Qué carajos haría durante semanas? O peor aún; ¡Meses!

«Ni de coña. No. No. No»

—¿Se te ocurre un lugar mejor? Este es el mejor barrio de todo París, es tranquilo, alejado del centro y tiene seguridad las veinticuatro horas. Francois parece encantado con su nueva habitación y hay espacio de sobra para los tres en esta enorme casa. No puedo permitir que te lleves al niño a un hotel de forma indefinida.

«Ni aunque esta casa midiera tres campos de futbol es espacio suficiente» pensé en ese momento sintiendo que el aire no llegaba a mis pulmones.

¿Cómo infiernos me podía negar?, ¿Qué excusa iba a poner? Era consciente de que un hotel no era mejor oferta que aquella y no se encontraba un apartamento decente de la noche a la mañana en París así como así... el mercado inmobiliario estaba saturado y aunque lo encontrase tardaría días en lograr arreglar todo el papeleo.

Podría irme a casa de Daniel, estaba segura de que él no se negaría aunque lo pensara, pero también me hacía ponerle en un aprieto si se lo pedía cuando realmente tenía opciones, aunque mi opción fuera meterme en la boca del lobo y por consecuencia esperar a que éste me devorase.

«Eres fuerte Olivia. Tú vas a resistir... vas a resistir» me decía una y otra vez como el que se miente a sí mismo para ver si así se cree su propia mentira.

—Solo estaremos el tiempo que tarde en encontrar un apartamento, entonces nos marcharemos —admití pensando en que pondría a trabajar a Estelle a marchas forzadas para que eso sucediera en cuestión de días.

—Me parece bien —contestó demasiado relajado, incluso con una sonrisa de medio lado, como si algo me dijera que estaba demasiado satisfecho con mi respuesta.

¿Acaso me había perdido algo? Porque realmente no sabía si me había ofrecido su casa por simple compromiso al saber que no tenía a donde ir o porque realmente deseaba pasar más tiempo con Francois en esos días que estuviéramos allí.

EDMOND

Se quedaría. No importaba cuánto tiempo porque yo mismo me encargaría de que fuera de forma indefinida, pero lo importante era que finalmente había cedido, había aceptado y aquello era como si las puertas del cielo se hubieran abierto para concederme una segunda oportunidad.

Cuando la noticia de aquella explosión en el edificio donde vivían Olivia y mi hijo hizo mella en mi conciencia, solo me atravesó un instinto de protección hasta ahora desconocido. No tenía la más mínima idea de donde había nacido aquel sentimiento, pero egoístamente sabía que solo estando a mi lado podría conseguir estar tranquilo. ¿Qué podría haber ocurrido si hubieran estado dentro? Preferiría no pensarlo, ni tan siquiera valorar ese aspecto porque un nudo se cernía en mi estómago al mismo tiempo que me oprimía haciendo que mi respiración se descompensara.

En las pocas semanas que llevaba conociendo a aquel pequeño podía afirmar que había ahondado y perforado un hueco en mi pecho. Aún sentía culpabilidad al saber que por mi obstinado juicio había pasado aquellos casi tres años apartado de él y lo que era peor; me había ganado el odio de Olivia hacia mi persona. Era consciente de que el palpitar de aquel deseo seguía latente, pero podía constatar con mis propios ojos que su rencor seguía inaudito, incesante y solo ansiaba traspasar aquel muro que ella misma había interpuesto para finalmente poseerla de nuevo, porque si había algo que no había logrado apagarse con el tiempo era esa pasión que suscitaba en mi sangre.

Había vuelto a errar en mis conclusiones al suponer que mantenía una relación con ese tal Daniel y saberlo solo me hacía sentirme aún más culpable. Me merecía haber quedado relegado a la retaguardia, que ella misma me amenazase con no volver a tocarla o intentar besarla solo me dejaba clara su posición respecto a mi persona, pero yo podía seguir viendo en aquellos ojos verdes que inspiraban fuego su absoluta pasión cegadora y eso me enloquecía, aunque me hubiera jurado a mi mismo no volver a tocarla hasta que ella me lo pidiera.

«A pesar de que suponga un auténtico suplicio interno» pensé mientras

recordaba aquellas piernas desnudas siendo consciente de que bajo aquella camiseta —que para más inri era mía—, lucía un cuerpo esbelto y probablemente desnudo.

¡Dios! Iba a necesitar demasiadas duchas de agua fría para paliar aquel desasosiego.

Podría haber jurado que atisbé una sombra de duda en sus ojos cuando le había rogado anoche que me dejara besarla, tocarla... hacerla mía de nuevo, pero probablemente solo era mi propio ímpetu el que hablaba, mi deseo de poseerla tan cegador como la noche más oscura.

Mi teléfono comenzó a vibrar en el pantalón de mi bolsillo, así que me alejé de la cocina para mantener aquella conversación de forma privada.

—Antoine —respondí secamente.

Podía ser mi hermano, pero aún me debatía sobre si debía o no asfixiarle con mis propias manos.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar así de irascible conmigo? Ya te dije que pensaba que le hacía un favor alejándola de ti. Por tu cabeza rondaba la idea de casarte con América y tú mismo admitiste que la habías engañado...

Era cierto, no podía negar ni una sola de sus acusaciones, pero eso no amilanaba el hecho de saber que si él me hubiera devuelto aquel cheque, yo la habría perseguido hasta averiguar la verdad y mi vida habría sido muy diferente.

—Si intentas volver a justificarte, es probable que te cuelgue el teléfono. ¿Qué quieres? —respondí secamente.

—Puedes culparme cuanto quieras, pero eso no cambia los hechos provocados por tus actos.

¡Maldito fuera!, ¡Soy perfectamente consciente de que si no le hubiera entregado ese maldito cheque nada de todo esto habría pasado!, ¡Si la hubiera escuchado en lugar de cegarme por pensar mal de ella, ahora mismo la historia sería diferente! Pero si no descargaba parte de esa culpa que residía en mi mismo iba a volverme completamente loco.

—¿Acaso crees que no lo sé?, ¿Qué no he analizado cada mala decisión que tomé respecto a ella? —ironicé llevándome la mano libre a la sien y noté la presión que ejercía aquella pesada carga—. Soy consciente de cada error que cometí, no hace falta que me lo recuerdes.

En ese momento un silencio prolongado se mantuvo durante al menos un par de minutos al teléfono y por un momento lo aparté, pensando que tal vez

la llamada se había detenido, pero de pronto su voz me hizo entender que sencillamente era la primera vez que me había desahogado en voz alta, que no había reprimido mis pensamientos y que seguramente Antoine estaba sencillamente sorprendido.

—No estás así solo por tu hijo, estás así por ella.

No había entrado en detalles con nadie respecto a mi manera de proceder en aquella situación. Había llevado todo aquello en privado con mis abogados y aunque ellos mismos me habían aconsejado por activa y por pasiva que podría ganar la custodia compartida, sencillamente me negaba a provocarle aún más daño, así que me conformaría con lo que ella me diera; ni más, ni menos.

—Tú que sabrás... —rugí exasperado.

No sabía si realmente necesitaba sacar aquello que sentía dentro y en cuyo caso de hacerlo, dudaba que Antoine fuese el indicado por más que fuese mi único hermano.

—Ni tan siquiera cuando descubriste que América estaba liada con su entrenador personal reaccionaste de esta forma.

«Eso es porque no la quería» pensé recordándola.

En ese momento recordé el instante en que había regresado a casa y había descubierto a mi exmujer en la cama con otro hombre. Debería haber sentido rabia, celos e incluso enfado, pero solo sentí alivio por tener una más que justificada excusa para divorciarme de aquella mujer de la que no había logrado enamorarme.

Me había casado con América porque era un buen matrimonio, no solo provenía de una buena familia sino que su padre era uno de los mayores proveedores de tejidos del país. La idea de aquel matrimonio no me entusiasmaba en demasía, pero tras la marcha de Olivia, estaba furioso por creer que me había engañado, me equivoqué creyendo que casándome la olvidaría. Ninguna mujer podía llenar ese arrollador sentimiento que ella me había provocado, ninguna lo había hecho hasta que volvió a aparecer en mi vida.

—Si me has llamado solo para saber si aún sigo cabreado, la respuesta sigue siendo afirmativa.

Hice el gesto de colgar cuando escuché su voz de nuevo.

—¡Espera! En realidad te llamaba porque he recibido una oferta considerable por el piso de la abuela. Se trata de un gran magnate de los

negocios que busca por la zona un apartamento con esas características.

—Ya te dije que no está en venta —contesté taciturno.

Me negaba a vender esa propiedad que tantos recuerdos me traía, es más, de vez en cuando visitaba ese apartamento para recordar a la abuela Clarissa, pero debía reconocer que no solo era por ella la razón por la que no había querido venderlo, sino porque en aquella cocina había conocido a esa mujer de ojos verdes que me había robado el aliento con su elocuencia y absoluta inocencia.

—¡Edmond!, ¡Lleva más de tres años vacío! —exclamó y supe que desde el punto de vista económico, solo era un propiedad que no rentaba beneficio alguno.

—No voy a venderlo y punto —insistí sin entrar en detalles y colgué inmediatamente después. No me apetecía seguir ahondando en el tema.

Mis preocupaciones en ese instante eran otros de diferente matiz. Tenía que asegurarme que retenía a Olivia el tiempo suficiente para que me dejase demostrarle que no era un pusilánime carente de emociones, no sabía como iba a lograrlo, pero tenía muy presente que haría todo cuanto estuviera en mi mano para que no deseara marcharse de allí.

Capítulo 38

Después de desayunar me sentí ociosa, no tenía ni mis cuadernos de dibujo, ni los recortes, ni la Tablet donde diseñaba cuando me relajaba en el sofá y aquello era extraño, por no decir que solo vestía con aquella camiseta sin absolutamente nada debajo mientras mi ropa se secaba en la secadora. Había estado tentada de usar la mesa de dibujo que había en la habitación donde había dormido, pero ya tenía suficiente con la idea de que pasaría en aquella casa unos días o incluso semanas y no deseaba acostumbrarme a dicho pensamiento tan rápido.

Fui por enésima vez a la habitación que ocupaba Francois y descubrí que seguía absorto entre sus nuevos juguetes hasta el punto de pasar inadvertida mi presencia, creo que era el tiempo más largo en el que no había demandado mi presencia y eso se debía a que era más interesante su entretenimiento que yo misma por mucho que me pesara. Me sentía extraña en aquella casa desconocida y aunque se suponía que iba a permanecer allí durante unos cuantos días, no tenía ni idea de donde estaba nada.

«Quizá debiera descubrirlo por mi misma ya que no había tenido una visita guiada» me dije pensando donde diantres se habría metido aquel dios nórdico que se había perdido poco después del desayuno.

Imaginaba que debía ser un hombre muy ocupado incluso un domingo cualquiera como ese, por lo que sabiendo que el pequeño estaría distraído durante al menos un par de horas más y que Edmond debía estar ocupado, me atreví a indagar por aquella enorme casa con todo el descaro posible.

«Siempre puedes decir que estabas buscando a Francois porque no lo habías visto en su habitación si te descubre *in fraganti*» sonreí de forma maliciosa.

Con esas mismas descubrí en la segunda planta seis habitaciones, aunque a la de Edmond no entré ya que estaba cerrada y no sabría si se encontraría en su interior. Todas salvo dos tenían baño propio, imaginé que por eso habría un baño central en la puerta del pasillo. Cada habitación estaba decorada en diferentes formas y estilos, desde lo más clásico en tonos neutros, hasta algo

más funcional con toques de color en azul, morados e incluso anaranjados.

Al otro extremo del pasillo se encontraba una enorme terraza con vistas al complejo residencial y sobre todo al jardín que rodeaba la casa. Habíamos llegado por la noche, por lo que aún no había podido percibir la grandeza del lugar, pero en ese momento comprendí cuanto espacio dispondría Francois para corretear por aquel césped, algo que yo había echado de menos en mi pequeño apartamento, puesto que en la casa que me había criado desde pequeña siempre había disfrutado junto a mis hermanos de espacios enormes en los que jugar.

La parte baja de la casa disponía de la enorme cocina con salón abierto como a mi me gustaban, descubrí que en el hueco donde estaban la lavadora y secadora había una pequeña puerta que daba al garaje donde pude apreciar dos vehículos y una moto sin indagar mucho más en ello, al otro lado del salón salía un pequeño pasillo y descubrí un gimnasio; con razón estaba tan cachas..., un baño con ducha y finalmente un despacho en el que di gracias a Dios porque Edmond no se encontrara.

Los espacios en aquella casa eran bastante amplios, así que salí al jardín desde el propio salón y comprobé lo que había podido divisar desde la terraza y es que el césped bordeaba toda la casa. No había dado ni tres pasos cuando descubrí que en la parte trasera había una piscina ahora tapada ya que aún no hacía demasiado calor para estar en funcionamiento y al lado una especie de casita de madera cubierta. Imaginé que serían las duchas de la piscina o los vestuarios, así que cuando intenté abrir la puerta y no pude lograrlo, no me preocupé, probablemente solo le daría buen uso en verano.

Regresé de nuevo a la casa y conforme subía las escaleras pude escuchar voces lejanas mientras me acercaba a la habitación de Francois y se hacían más contundentes. En cuanto mis ojos se posaron en el interior de la habitación descubrí a mi pequeño hijo sentado en una sillita frente a una mesa baja y al que era su padre a pesar de que aún no lo supiera sentado en el suelo con un bolígrafo en la mano y lo que parecía ser una libreta.

—¡Hola! —exclamé para llamar su atención y mi expresión decía a todas luces que sería lo que estaban tramando ese par de dos.

—¡Mami!, ¡Edmond dice que tengo que hacer una lista de mis juguetes favoritos!

Mi mirada pasó de aquel pequeño rubio de ojos azules a la versión madura de sí mismo.

—Me han indicado que hagáis una lista de cosas imprescindibles que necesitéis recuperar del apartamento para que os las puedan sacar hoy mismo. ¿De verdad podía recuperar parte de mis cosas tan pronto?

—¿Iremos esta tarde? —pregunté acercándome y poniéndome a su altura en aquella pequeña mesa.

—Es mejor que vaya solo yo, no creo que sea muy agradable la situación y preferiría que no corrierais ningún peligro.

—Mami, Edmond dice que no podemos volver a casa porque es peligroso y que tenemos que quedarnos aquí ¿Es verdad? —preguntó repentinamente y no supe hasta que punto él le habría confesado todo lo sucedido.

—Si cariño, es verdad —admití—, pero aquí tienes muchos juguetes nuevos y esta casa es mucho más bonita que la nuestra...

—¡Yuju! —exclamó levantándose de la silla y alzando las manos—. ¿Entonces puedo quedarme con todos los juguetes? —preguntó esperanzado y me mordí la lengua para no reírme mientras dirigí la vista hacia Edmond que parecía sonreír de absoluta dicha.

—Todos son tuyos —aclaró ese dios nórdico y ciertamente supe que al menos aquello debía agradecerse. Si no hubiera sido por esa fantástica habitación seguramente Francois estaría llorando por no poder tener sus juguetes favoritos.

Finalmente a media tarde y tras insistir en varias ocasiones, dejé que fuera completamente solo a recoger nuestras pertenencias. La situación era de lo más extraña, pero debía reconocer que no quería acercarse a Francois a ese edificio si existía el riesgo de derrumbe, tampoco tenía vehículo propio para ir por mi misma y no me parecía conveniente llamar a Daniel para involucrarle en todo aquel asunto cuando después de todo estaba ese dios andante dispuesto a hacerlo todo.

«No vas por buen camino Olivia y lo sabes» me dije mientras pensaba que poco a poco, él parecía convertirse en imprescindible y más teniendo en cuenta que Francois le adoraba.

«Más bien le tiene comprado» me dije para autoconvencerme.

Cuando Edmond regresó no solo lo hizo con nuestras pertenencias, al menos esa noche podría dormir con ropa interior puesta, sino que también trajo la cena y ya fuera por mi cansancio o por todo el estrés acumulado, esa noche tras darme una ducha de agua caliente, dormí como no lo había hecho en años... serenamente.

Durante los primeros días de convivencia establecimos una especie de rutina pese a no haberla planificado. Al trabajar en el mismo edificio, salíamos de casa a la misma hora y dejábamos a Francois en la guardería. La niñera se encargaba de recogerle como siempre hacía y un chofer les traía hasta la casa de Edmond donde aguardaba nuestra llegada. Bien era cierto que no sabía como llenar aquel espacio de regreso debido a la tensión que padecía, pero por suerte en la gran mayoría de ocasiones o bien él iba hablando por teléfono de trabajo o en cambio yo llamaba a mi madre para precisamente rellenar ese silencio.

Podía palpar la tensión sexual que existía y también la ceguedad que había decidido mantener respecto a ella, es más, me encerraba en mi habitación con la excusa de trabajo cada noche para que no se volviera a producir un encuentro a solas como el de la primera vez porque no estaba segura de resistirme a ese bendito cuerpo que Edmond de la Court no tenía intención de esconder.

Aquel viernes estaba algo desesperada porque mi propia asistente me había confirmado que en el mercado no había nada que se ajustara aunque fuera un poco a lo que buscaba. Todo se disparaba de precio a una cantidad tan elevada que era consciente de que no me podía permitir y eso que podía afirmar que mi sueldo no era precisamente una nimiedad, pero lo que podía entrar en mi presupuesto estaba en barrios de dudosa reputación en los que yo misma me negaba a meter a un niño pequeño. Edmond había insistido en que nos quedáramos el tiempo que fuese necesario, pero cada día que pasaba era más consciente de que necesitaba poner distancia entre ese cuerpo del deseo y el mío propio que parecía gritar a pleno pulmón cuanto lo anhelaba.

Recordaba haber vuelto del trabajo sola porque él tenía reuniones y advirtió que llegaría bastante tarde, por lo que cenamos solo Francois y yo mientras veíamos una película. El pequeño no tardó en dormirse y a pesar de que mis párpados comenzaban a cerrarse, no tuve ni fuerza, ni aliento de levantarme de aquel sofá tan cómodo, por lo que dejé que el sueño me venciese.

«Solo serán diez minutos» me dije mientras escuchaba el sonido lejano de aquellas voces procedentes del televisor.

Aquel sueño era absolutamente placentero, notaba como si flotara en una nube siendo arrastrada por el viento. Sentía calidez y tranquilidad al mismo tiempo y entonces percibí un aroma sumamente exquisito y acogedor, hasta

el punto de apretarme más contra esa fuente de calor.

Percibí un cosquilleo en la mejilla y como esa misma sensación se prolongaba a mis labios haciendo que los entreabriera, como si pensara que la fuente de calidez iba a embriagarme con la más pura esencia de la ambrosía. La espera provocó que gimiera de agonía y entonces abrí lentamente los ojos para divisar en la penumbra a aquel rostro tan hermoso cuyos ojos parecían arder de absoluta pasión.

Era un sueño. Era mi sueño, ¿De qué otro modo estaría en los brazos de ese dios Nórdico mientras me observaba?

Guardaba silencio, un absoluto y sepulcral silencio mientras me observaba y deduje que así funcionaban los sueños... no diría nada que yo no quisiera que él dijese.

—Bésame —Le ordené desafiante, sabiendo que en aquel instante no deseaba otra cosa que poseerle, aunque fuera únicamente en la más pasional, ardiente y llameante de mis imaginaciones.

Sentía el fuego recorriendo mis entrañas, el fulgor de mis palpitations desbocadas, pero sobre todo percibía ese desasosiego que me incitaba a desinhibirme por una vez sin pensar en las consecuencias porque aquello no era real, sino el producto de mi incontrolado deseo que rallaba mi subconsciente y ahondaba en mis sueños.

Mi orden fue ejecutada sin demorar un solo instante y me vi presa de aquellos labios que definitivamente eran gloriosos obrando maravillas en los míos. Su lengua se abrió paso en mi cavidad provocando que gimiese en su encuentro al fusionarse junto a la mía, saboreando cada espacio y recóndito lugar degustando aquella sensación. Mordisqueé aquel labio inferior de ese hombre que me volvía condenadamente loca mientras mis manos recorrían sus anchos hombros para bajar por aquellos fuertes brazos que me tenían apresada, comprobando que llevaba demasiada ropa puesta para mi propia incomodidad.

¿Porqué tenía que ir vestido si era un sueño erótico? Me daba igual, porque comencé a desabotonar aquella camisa blanca mientras él se quitaba la chaqueta y pronto pude palpar aquel cuerpo fibroso mientras me deleitaba con esos abdominales creados para pecar.

«¡Dioses!, ¡Casi se me había olvidado lo firme que estaba!» rogué en mi subconsciente y pensé que quizá había incrementado todas las cualidades de ese dios nórdico en mis sueños dada mi desesperación carnal.

En el instante en que rocé la cintura para desabrochar el cinturón, grité cuando su boca apresó uno de mis pezones y fui consciente de que sus dedos se habían colado por el interior de mi camisón.

—¡Dios!, ¡Si! —gemí arqueándome hacia él y colocando mis manos sobre su cabeza.

Quería más de eso, infinitamente más de aquella sensación que me estaba provocando mientras sus manos recorrían mi cintura y bajaban peligrosamente por mi vientre hasta llegar a una zona peligrosa.

¿Se podía estallar de puro éxtasis en un sueño?

Quizá lo descubriera después de que aquella mano se perdiera bajo el encaje de la ropa interior y contuviera la respiración ante la inminente oleada de placer que estaba segura de que traería con el movimiento de sus dedos.

No me había equivocado, sin duda alguna era la prueba definitiva de que aquello era un sueño puesto que estaba siendo absolutamente glorioso.

«Bendita seas, imaginación divina» susurré en lo más profundo de mi alma mientras ahora sí, desabrochaba aquel cinturón de su pantalón al mismo tiempo que su boca recorría a besos mi cuello mientras regresaba de nuevo a mi boca para deleitarme con su ambrosía.

—Eres como un sueño hecho realidad —escuché a mi oído y sonreí...

«Desde luego es lo que me habría encantado oír de sus labios» pensé complacida y mi respuesta solo fue devorar con ansia su piel, demostrando que necesitaba sentir su carne tanto dentro como fuera de mi ser.

Mis plegarias fueron escuchadas, pero... ¿De que otro modo podría ser si se trataba de mi conciencia que daba forma a la pasión que ese hombre ejercía sobre mi misma? Noté la presión en mis muslos, como si quisiera provocarme cierta agonía jugueteando con mi desesperación.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —preguntó y por un momento dudé. Parecía real, muy real, pero era consciente de que si así fuera él no me habría realizado esa pregunta, así que con un movimiento enrosqué mis piernas a su cintura y sentí como invadía mi interior de una embestida brutal.

¡Joder!, ¡No estaba preparada para recordar lo que se sentía, aunque fuera un puñetero sueño!

Era demasiado, la sensación de sentirme plena casi me ahogaba y cuando sentí como las caderas de ese dios nórdico se alejaban para posteriormente hundirse con ferocidad pensé que estallararía, que sencillamente me rompería en mil pedazos ante tanta intensidad.

La sensación de calor recorría mi cuerpo como si fuera lava líquida mientras notaba como el fulgor de aquella explosión se hacía inminente. Podía notar ese burbujeo cada vez con más intensidad al mismo tiempo que el peso de su cuerpo sobre el mío recordándome que aquella pasión que sentía por ese dios nórdico era inusual. Aún así era consciente de que escapaba a mi control, de que mis sentimientos habían elegido por su propio camino lo quisiera o no y en el momento en que sentí la calidez de sus labios en mi oreja mientras me embriagaba con su olor supe que iba a dejarme arrastrar a ese mundo alterno donde nada más importaba que la dulce oscuridad.

—He soñado cada día, cada noche, cada instante desde que te fuiste con tu cuerpo... me vuelves loco, Olivia.

Y tras oír aquella afirmación simplemente cerré mis ojos mientras una sonrisa se dibujaba en mis labios y me abandonaba a las oleadas de placer que recorrían mi cuerpo.

EDMOND

Llegué a casa tarde, finalmente la reunión se había alargado más de lo esperado y terminé cenando con dos proveedores con los que acababa de cerrar algunos tratos. Dejé las llaves sobre el aparador como hacía siempre y en lugar de sentir ese silencio sepulcral que había esperado descubrí un vago sonido proveniente del televisor, me acerqué hasta allí para encontrar a la dueña de mis más fervientes y deliciosos pensamientos completamente dormida mientras sujetaba en brazos a nuestro hijo, que parecía completamente complacido en gozar de aquella posición.

Le envidiaba. Si. Envidiaba a ese pequeño de casi tres años por poder disfrutar de esa cercanía hacia ella. Llevaba días intentando acercarme a pesar de vivir en la misma casa y veía que rehuía de mi presencia, que sencillamente trataba de evitarme y aquello me dolía porque no sabía qué demonios hacer para no ser indiferente. Tal vez necesitara tiempo, podía comprender que el dolor que había causado en el pasado no podría olvidarlo en un solo día, pero había apreciado el deseo en sus labios, el fulgor de la llamarada de su ardiente pasión en sus ojos y podía interpretar el lenguaje de su cuerpo. Si. Ella me deseaba, pero también renegaba de aquel deseo.

Cogí a Francois entre mis brazos y noté como se acomodaba a mi cuerpo complacido, le llevé hasta la cama donde le arropé y dejé su pequeña luz encendida como Olivia siempre hacía. Con un beso en la frente me aseguré de que dormía plácidamente y regresé de nuevo con paso lento hacia el salón, donde me deleité viendo aquel cuerpo creado para pecar en ese camisón que se adaptaba perfectamente a su figura provocando que mi ardor fuera en incremento. Me aflojé la corbata hasta quitármela y supe que no podía dejarla allí mientras me iba a dormir plácidamente, sino que sin pensarlo la acogí entre mis brazos con la intención de llevarla hasta su cama, arroparla y después darme una desesperada ducha de agua fría porque sería lo único que apaciguaría aquel fuego que recorría mis entrañas.

Jamás había esperado que ella me pidiera que la besara en el momento que la deposité en su cama, es más, casi parecía una orden más que una petición, ¡Y que me aspen si no me moría por hacer realidad aquello! No

pensé a qué se debía aquel drástico cambio de parecer, pero moría por probar de nuevo sus labios y cuando sentí la presión y respuesta por parte de los suyos, mi juicio se fue a tomar viento fresco.

La ansiaba, la deseaba con tanta fuerza que podía asegurar que mi cordura estaba rallando mi conciencia. Desconocía qué tenía Olivia para tener dicho poder sobre mi mismo, pero ya en el pasado no quise ser consciente de ello y eso mismo me había llevado hasta cometer errores de los que en absoluto me enorgullecía, sino todo lo contrario.

Besé cada palmo de piel desnuda de aquella delicada mujer que me avasallaba de deseo y sentí como la pasión y el ardor nos condenaba a ambos, aunque sobre todo aprecié como ella había dejado atrás ese muro de piedra que intentaba mantener elevado para alejarme de ella y había resurgido esa mujer que se había entregado a mi por primera vez, esa cálida, pasional y desinhibida belleza que me cegaba con su deleite.

Volverla a ver desnuda, sentir la suavidad de su piel, notar cada gemido, anhelo y deseo de su cuerpo me hizo sentirme vivo de nuevo, como no lo había estado desde el instante en que ella se había marchado y como no lo estuve hasta que ella había llegado a mi vida para demostrarme lo que era sentir el verdadero deseo.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —pregunté antes de tomarla, de deleitarme en lo más profundo de su ser por más que lo ansiara. No quería presionarla, no deseaba sentir ningún reproche, quería estar seguro y prefería sufrir de agonía antes de que me condenase.

Su respuesta me hizo desfallecer y sentir que había muerto para llegar al cielo, puesto que de un solo movimiento me adentré en su cuerpo sintiendo el más puro y agonizante placer.

—He soñado cada día, cada noche, cada instante desde que te fuiste con tu cuerpo... me vuelves loco, Olivia —confesé antes de dejar que mi cuerpo se contrajera y se abandonase a sí mismo.

No era humana, definitivamente debía ser una sirena envuelta en seda que había llegado para llevarme al Valhalla.

Olivia era vida, alegría, pasión y ardor en una misma frase. Lo había sabido desde el mismo instante en que la hice mía y aún así fui un completo estúpido por dejarme convencer ante mis propios temores.

No iba a ocurrir de nuevo, no iba a dejar que sucediese.

Percibí el instante en que se había quedado dormida y como su

respiración era acompasada. No pude evitar atraerla a mis brazos, envolverla en el calor de mi cuerpo para definitivamente asegurarme que era cierto, que al fin volvía a tenerla entre mis brazos y solo entonces supe que así era como quería pasar el resto de mi vida, con Olivia no solo a mi lado, sino en lo más profundo de mi conciencia y mi alma.

—Sé que merezco que jamás perdones mis errores y también que soy un idiota egoísta que te desea solo para sí mismo, pero te prometo que pasaré el resto de mi vida desviviéndome por hacerte feliz y por cumplir cada una de tus peticiones...

Era consciente de que no iba a escucharme, quizá por eso era capaz de decirlo en voz alta aunque solo fuera un leve susurro, pero de algún modo necesitaba expresarlo y dejar que aquel pensamiento saliera de mis labios.

Rocé levemente la comisura de su boca y no pude evitar darle un último beso antes de intentar abandonarme a la oscuridad de Morfeo.

Ella era la única mujer que verdaderamente había amado y a la que realmente había hecho daño. Si. Definitivamente me odiaba a mi mismo y necesitaba su perdón para tener una razón de seguir viviendo.

Capítulo 39

Mi cuerpo se sentía entumecido cuando el ruido de unas risas me despertó. Eran lejanas en ese letargo que aún notaba en mi cuerpo y poco a poco fui comenzando a notarlas mucho más cercanas, devolviéndome a la realidad del presente y a la luz que se filtraba a través de la ventana. Abrí los ojos y comprobé las paredes de color tostado que tenían la que se había convertido en los últimos días en mi habitación, entonces escuché la voz de Francois.

—¡Otra vez!, ¡Otra vez! —gimoteó entre risas.

—Chhss —siseó una voz masculina—. O despertarás a mamá.

¡Oh dios!, ¡Oh dios!, ¡No puede ser!

En ese momento más que nunca sentí la desnudez de mi cuerpo y el calor que tenía a mi espalda en la misma cama.

«Que haya sido un sueño. ¡Por favor que haya sido un sueño!» gemí en mi interior mientras palpaba bajo mi almohada buscando mi camisón al mismo tiempo que me aferraba a aquella sábana.

¡Maldición!, ¡Donde está el puñetero cuando más le necesito! Maldije al no encontrarle y de pronto divisé algo brillante en el suelo.

¡Joder!, ¡Maldita sea!

En ese momento la risa de Francois atrajo mi atención y me giré lentamente. Había estado preparada para muchas cosas, pero no para ver como ese dios nórdico despeinado, bronceado, sin ropa alguna y demasiado atractivo para mi desgracia, elevaba a mi pequeño en el aire mientras fingía que era un avión y planeaba y él se encontraba tumbado en mi cama, ¡A mi puñetero lado!

En ese instante por mi mente cruzaron dos cosas; la primera era si comería espinacas todos los días para tener tanta fuerza, pero la segunda era una rotunda y completa afirmación de mi íntegra estupidez por pensar que lo de anoche podría ser fruto de mis más perversa mente.

¿Y ahora qué demonios iba a hacer?, ¿Cómo iba a salir de ese embrollo en el que yo solita me había metido? Tanto decirle que ni se le ocurra

besarme, que no me toque, que me deje en paz y voy yo misma a pedirle que me bese.

¡Si es que soy imbécil!

—¡Mira mamá!, ¡Soy un avión! —exclamó Francois que evidentemente se percató de que estaba despierta.

—Si... ya veo... —dije completamente aturdida.

—Buenos días hermosa —añadió ese bombón de ojos azules con una enorme sonrisa.

Ay no. Mi corazón pelagra si me quedo un solo segundo más viendo esa escena.

—Esto... yo... voy a hacer el desayuno —dije dándome la vuelta y apartando mi vista de ambos, alargué la mano hasta el guiñapo que había en el suelo que no era otra cosa que mi camisón arrugado y me lo coloqué más rápido que si hubieran mencionado que una bomba iba a estallar de inmediato.

Salí echando humo de la habitación mientras sentía todo mi cuerpo estremecerse y no precisamente por frío.

—Vale. Que no cunda el pánico. No es el fin del mundo, sencillamente dile que fue un error, que no sabías lo que hacías y asunto terminado —susurré en voz baja como si estuviera hablándome a mi misma.

En ese momento recordé aquella frase que ahora era consciente de que no había sido producto de mi imaginación precisamente.

«He soñado cada día, cada noche, cada instante desde que te fuiste con tu cuerpo... me vuelves loco, Olivia» evoqué como si la hubiera mencionado hacía solo un instante.

¿Era verdad?, ¿Había estado pensando en mi desde que me marché de su casa? No. Por supuesto que no era verdad cuando él mismo había demostrado con hechos todo lo contrario.

De pronto sentía mis manos sudar, estaba inquieta y nerviosa porque no sabía como iba a mirar a la cara a ese auténtico espécimen en extinción y afrontar lo que había sucedido.

«¡Joder!, ¡Si es que parezco lerda!» pensé en mis adentros.

Solo a mi se me ocurre creer que aquellas caricias, ese calor inhumano y el peso de su cuerpo podría ser un sueño.

«Di más bien que querías que fuera un sueño en lugar de afrontar la verdad» me recriminé.

Si. Yo misma era consciente y había aceptado de que mi conciencia decidió suponer que se trataba de un sueño para sucumbir a dicha tentación o de lo contrario jamás habría permitido que sucediera.

—¡Mami!, ¡Mami!, ¡Edmond dice que hoy saldremos a navegar en un barco! —gritó aquel pequeño granujilla con esa voz tiernamente infantil y correteando hacia la cocina.

En ese momento observé como unas piernas largas y demasiado desnudas para mi gusto caminaban detrás de él y conforme ascendí la vista vi aquel espléndido cuerpo enfundado únicamente en un bóxer de color negro que marcaba demasiado cierta parte de su anatomía. Enrojecí. Más aún después de saber que todo lo que había sentido esa noche y el entumecimiento de mi cuerpo no era otro síntoma que haberme acostado con el dios nórdico.

—¿Te parece bien? —exclamó sonriente y sencillamente aparté la vista porque no podía verle. De hecho, no sabía donde demonios iba a esconderme.

—Esto... yo... tengo mucho trabajo pendiente y no se si será una buena idea.

La excusa no podría ser más absurda, pero ni loca me metía en un barco donde no tendría escapatoria después de haber sucumbido esa misma noche, sería como decirle a una presa que preparase su propio banquete.

—Estoy seguro de que tu jefe te dará permiso para retrasarte un par de días...

«Olivia, ¡Eres imbécil!, ¿Acaso no sabes que es tu jefe?, ¡Tú maldito jefe!»

—¡Porfi mami!, ¡Porfi! —insistió Francois y en ese momento maldije que mi hijo fuera tan sumamente inoportuno.

¿Realmente podía subirme a un barco donde solo iba a estar ese adonis, mi hijo y yo? En el fondo sabía que con Francois presente siempre podría excusarme

—Solo si te comes todo el desayuno —dije plantando un cuenco con cereales frente a él.

Estaba tan absolutamente abstraída con lo sucedido que sabía que en caso de cocinar fuera lo que fuese se me iba a quemar.

—¿Hoy no hay tortitas? —pregunto esa voz que provocaba en mi cuerpo ciertos espasmos y no precisamente de pavor.

Hacía tortitas todos los fines de semana, ya que entre el ajetreo diario apenas quedaba lugar para esmerarme en un desayuno más elaborado, puesto

que ahora debía salir un poco antes de casa al vivir más lejos, así que era extraño la falta de ellas.

—No encontraba la harina —mentí descabelladamente porque sabía exactamente donde estaba.

Para mi condenada suerte él pareció conformarse con ello y cogió el mismo paquete de cereales del pequeño para servirse en una taza y después volcar la leche fría.

«Tal para cuál» pensé al observarles y ver que eran dos auténticas calcomanías.

Desde luego si hubiera intentado que el hijo se pareciera al padre un poco más, seguramente no lo habría conseguido.

—Mami —mencionó Francois mientras yo comenzaba a limpiar la encimera de la cocina porque necesitaba ocupar mi tiempo y si me largaba de allí por más ganas que tuviera, sabía que sería demasiado sospechoso, pero ni siquiera era capaz de tomarme un café del puro estado de nervios en el que me encontraba—. ¿Por qué estaba Edmond en tu cama esta mañana?

«Genial. ¡Lo que me faltaba!»

¿Por qué tenía que tener un hijo tan metomentodo? Debía enseñarle que la curiosidad mató al gato en según qué ocasiones...

—Buena pregunta —contesté echando un vistazo rápido al rostro de Edmond y al muy capullo parecía divertirse la situación.

¡Será cretino!, ¡Y se regodeaba de verme pasar penurias!

—Anoche a tu mami le dolía la tripita y me quedé junto a ella para cuidarla —contestó repentinamente Edmond y en cierto modo casi agradecí que me sacara del apuro.

La explicación sonaba demasiado infantil, pero tampoco es que le pudiera contar algo más explícito a un niño de casi tres años.

—¿Y ya no te duele? —preguntó de forma inocente y casi me dio nostalgia tener que mentir.

—No cariño, ya estoy bien —admití revolviéndole el pelo y dándole un beso en la frente.

Finalmente salimos a navegar dos horas después, cuando conseguí retrasar todo lo suficiente para pasar el menor tiempo posible en aquel barco, aunque saberlo no atenuaba ese resquemor que me carcomía y era cuando tuviera que enfrentar la situación de lo sucedido con ese bombón andante sin dejar que el recuerdo de aquellas caricias no me hiciera temblar ante mi

imposición de alejarle.

Para ser la primera experiencia de montar en barco, ya fuera la tensión o mi afán de no separarme de Francois y no precisamente por temor a que cayera por la borda, sino para evitar cualquier tipo de comentario o pregunta, no sufrí ningún mareo como típicamente decían que ocurría las primeras veces que se montaba en barco.

En principio no había imaginado nada concreto respecto al supuesto barco de Edmond, pero él parecía desenvolverse demasiado bien en aquel yate de casi doce metros como si fuera muy habitual que navegase en él. Me preguntaba si cuando lo hacía sería solo o por el contrario invitaría a sus amigas o más bien conquistas para impresionarlas con aquella posesión.

—¿Está todo bien?

Sentí un escalofrío cuando escuché aquella voz tras de mí. Hacía un buen rato que nos habíamos detenido relativamente cerca de la costa, realmente no la habíamos perdido de vista en ningún momento y me había quedado pensando mientras miraba al mar aprovechando que Francois estaba sumamente excitado con la idea de pescar. No había esperado que él se acercara y mucho menos que me preguntara algo.

Antes de contestar divisé a Francois a tan solo un metro de distancia, pendiente del agua, como si esperase que algo surgiera de la nada y con su sombrero para protegerle del sol y su pequeño chaleco por si caía al agua.

—Si, claro... ¿Por qué no iba a estarlo? —mentí descabelladamente y aparté la mirada siendo incapaz de ver aquellos ojos que me escrutaban minuciosamente.

—Me alegro... —susurró en una voz ronca y suave que casi la sentí como un jadeo justo antes de notar como su mano se posaba en mi cintura y sentir la calidez de su cuerpo acercarse al mío.

En aquel momento me aparté bruscamente como si su contacto me quemara y me mordí el labio sabiendo que aquello iba a dolerme también a mí, porque por desgracia era consciente de que disfrutar de sus caricias había supuesto un desahogo para mi insaciable desazón por ese hombre, pero también sabía que podría terminar aún más dolida que la primera vez porque no podía confiar en él.

—No —admití buscando el contacto con sus ojos y me arrepentí, porque podía notar el deseo en ellos—. Lo de anoche no debió ocurrir, fue un error... yo... yo no sabía... yo....

Ni las palabras me salían ¡Joder!, ¿Cómo le explicaba que no estaba en plenas facultades?, ¿Cómo decirle que creía que no era real sin que me tomase por idiota?

—¿No sabías qué exactamente? —inquirió con cierta demanda, aunque más bien lo exigía.

—No era plenamente consciente de lo que sucedió —admití sin entrar en detalles—. De haberlo sido jamás habría ocurrido.

Ya está. Lo había dicho y en el fondo sentí cierta liberación, aunque también opresión al mismo tiempo.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?, ¿Por qué no podría sentir esa atracción por otro hombre que no me intimidase?

Su rostro pareció endurecerse, como si mis palabras estuvieran ahondando en su cerebro y procesando lo que trataba de decir. Rogué porque no exigiera una respuesta más convincente, porque no tratara de pedir una explicación más razonable que mi vaga respuesta y para mi sorpresa así fue.

—Entiendo —contestó secamente—. No debes preocuparte, no volveré a acercarme si eso es lo que quieres. ¿Es lo que quieres?

¿Era lo que quería? No, claro que no. Había disfrutado de esa noche, pero lo había hecho con la libertad de creer que no traería consecuencias, que cuando abriera los ojos solo disfrutaría de un dulce recuerdo y la realidad era otra muy distinta. Edmond era el padre de mi hijo, pero yo no podía perdonar y olvidar todo lo sucedido por más que quisiera, eso estaba por encima de mis propios sentimientos aunque tuviera que forzarlos a creerlo.

—Es lo que quiero —afirmé para no dejar ningún atisbo de duda.

No sabía si aquello había supuesto mi sentencia final respecto a una posible o no aventura con el padre de mi hijo. Sentía pesar, aunque al mismo tiempo cierto alivio por saber que no volvería a suceder y que había salido de aquel embrollo en el que yo solita me había metido con la cabeza bien alta. La cuestión era la siguiente; debía marcharme de aquella casa inmediatamente porque, aunque me empeñara en controlar mis propios impulsos, la realidad es que mis hormonas se revolucionaban en cuanto aquel dios nórdico entraba en la misma habitación en la que me encontraba.

Pensé que sería ignorada completamente durante el resto del día e incluso me había dicho a mi misma que aquello no me afectaría, pero lo cierto es que no fue así, de hecho le vi sonreír con cierta complicidad cuando Francois estaba exaltado en el momento que picó el primer pez.

En ese momento fui consciente de que verdaderamente estaba haciendo honor a su palabra, se desvivía por Francois y porque éste le aceptara hasta el punto de que yo misma tenía presente el cariño que en tan poco tiempo mi hijo le tenía a ese hombre que hasta hace solo unas semanas era un completo extraño. Sabía que debía separar lo que yo pudiera sentir por ese bombón andante de lo que representaba para mi hijo, puesto que quisiera o no; era su padre y supe que más temprano que tarde, tendría que confesar quien era realmente para él.

—¿Lo has pasado bien Francois? —preguntó Edmond una vez habíamos entrado en el puerto y bajamos de aquel barco. Apenas habíamos estado navegando cinco horas y estaba atardeciendo, dentro de poco se pondría el sol y con la calidez de la llegada del buen tiempo se disfrutaba aún más, imaginaba que en verano debía ser absolutamente espectacular y no pude evitar preguntarme si viviría de nuevo aquella experiencia o si por el contrario lo haría solo Francois.

Un pequeño resquemor y sentimiento me atravesó repentinamente, porque fui consciente de que tendríamos vidas separadas y aquello fue extraño, aunque Edmond no pelease por la custodia, era consciente de que tendría derecho a verle y pasar tiempo junto a él a pesar de nuestras circunstancias personales.

—¡Si!, ¿Vendremos otra vez? —preguntó sonriente y esperanzado, ansiando que la respuesta fuera afirmativa.

—Cada vez que quieras y tu madre lo apruebe —contestó alzando la mirada para verme.

Ni siquiera el pequeño me preguntó, fue como si diera por hecho que yo lo aprobaría y comenzó a saltar de alegría sabiendo que pronto volveríamos a montar en aquel barco de nuevo.

Aquella noche pedimos comida para llevar tras llegar tarde a casa y cuando metí a Francois en la cama aún seguía emocionado por haber tenido un día excitado.

—¿Podemos ir mañana otra vez? —preguntó mientras aceptaba que le tapara hasta media cintura después de entregarme el libro que quería esa noche para dormir.

—Iremos otro día, pero no mañana —contesté suavemente y pareció aceptarlo.

—Me gusta mucho Edmond —soltó repentinamente y tuve que escrutar a

ese pequeño ser de apenas tres años evaluando lo que acababa de decir con solo tres palabras.

—¿Te gusta?, ¿Te cae bien? —pregunté tratando de averiguar a qué se refería.

—Si —afirmó—. Y también te cuida a ti, ¿A ti te gusta?

Sabía que la pregunta era inocente, comprendía perfectamente que las intenciones de mi hijo no tenían trasfondo alguno, pero me hallé en una tesitura en la que no tenía modo alguno de salir sabiendo exactamente qué debía contestar, aunque no lo quisiera decir en voz alta.

—Si. A mi también me gusta.

Capítulo 40

Agradecí la inmersión de avalancha de trabajo gracias a la presentación de la próxima colección de otoño que había que tener lista antes del comienzo de verano, eso me evitaba pensar en lo sucedido con Edmond y más aún, en que mi cuerpo clamaba a gritos que se repitiera por más que no quisiera escucharlo.

—¡Hola belleza!

Cuando alcé la vista y contemplé el rostro de Daniel sonreí complacida de verle, tenía muy presente que desde que me había marchado de casa tras aquel incidente, apenas podía verle.

—¡Cuánto te echaba de menos! —exclamé con absoluta franqueza mientras me levantaba y le daba un gran abrazo.

Había tratado de centrarme únicamente en el trabajo queriendo acallar mi subconsciente.

—Cualquiera lo diría teniendo en cuenta que no vienes a verme...

Verdad, pero no era solamente la excusa de que ahora vivía en casa de Edmond, sino que no deseaba terminar confesando lo que había sucedido y conociendo como conocía a Daniel, estaba segura de que me lo sonsacaría sin darme cuenta.

—Estelle te habrá comentado que andamos muy liadas en la oficina con la nueva colección, hay que entregarla en dos semanas.

—Y precisamente por eso estoy aquí, ya que no tienes tiempo de organizar el cumpleaños del pequeño, su tío Daniel le hará la tarta más impresionante que haya visto.

¡Joder!, ¡Su cumpleaños!, ¿Cómo me había podido olvidar de la fiesta?

Al menos no era tan mala madre de olvidarme completamente porque hacía semanas que había encargado su regalo, pero después de lo ocurrido hacía unos días y dado que solo quería olvidar todo, me había descentrado de lo verdaderamente importante.

—No sé que haría sin ti... ¡Si es que eres el mejor! —grité levantándome rápidamente del asiento y tirándome sobre él para abrazarle y darle un beso

en la mejilla.

En ese instante la puerta de mi despacho se abrió y unos ojos azules me escrutaron minuciosamente.

—Perdón. Lo siento, tu asistente no estaba en la puerta y pensé que no habría nadie dentro. Solo venía a traerte el muestrario que acaba de entrar, sé que habías pedido que te lo trajeran inmediatamente.

¿Y me lo traía él en persona? Bueno, cierto es que era algo importante, pero pensé que podría haber enviado a su secretaria.

—Estelle ha ido a por café —contestó Daniel sonriente mientras se metía las manos en los bolsillos—. He traído esas rosquillas con glaseado de fresa que tanto te gustan —añadió guiñándome un ojo y mi rostro se iluminó al escucharle.

—¡Ay!, ¡Llevo siglos sin probarlas porque nadie las hace como tú! —exclamé mientras sentía como mi estómago rugía al recordar que apenas había desayunado y en ese momento bendecí a Daniel por llegar a mi vida.

—Eso ocurre cuando dejas de visitar a tus amigos.

—¡Ya estoy aquí con el café! —exclamó de pronto la voz enérgica de Estelle—. ¡Y las rosquillas! —añadió antes de alzar la vista y ver a Edmond de la Court observando todo con los brazos cruzados cual modelo de revista, incluso tenía ese rostro marcado, serio y concentrado evaluando la situación.

No entendía porqué no se había marchado aún y luego me dije a mi misma que quisiera o no, quizá tendría que participar en la conversación.

—Daniel ha venido para organizar la fiesta de cumpleaños de Francois —admití mirando directamente a ese dios nórdico que ahora mismo ejercía muy bien su papel de fornido y musculoso hombretón al que solo le faltaba su martillo de hierro.

El alzó una ceja y después comprendió lo que acababa de decirle.

—¿La organizará él? —preguntó sin mirarle, sino que me observaba directamente a mi.

—Hasta ahora siempre lo hemos celebrado en su pastelería y él organizaba la decoración y le preparaba una gran tarta. Pensé que este año podríamos continuar la tradición ya que a él le encanta.

—Claro. Si eso es lo que quieres, aunque pensé que tal vez le gustaría dar una fiesta en casa con sus compañeros de clase y tienen todo el jardín para jugar.

En ese instante no supe donde dirigir mi mirada, porque tanto Daniel

como Edmond me observaban de tal forma que intuí que tendría que decantarme por una de las opciones que ambos me daban.

Era cierto que los dos años anteriores lo había celebrado en la pastelería de Daniel, pero entre otras cosas Francois no era tan consciente de lo que ocurría como lo sería ahora, ni tenía amigos de su edad a los que invitar, cosa que ahora sí podría. Quisiera o no reconocerlo, la propuesta de Edmond tendría más sentido dadas las circunstancias y tenía que admitir que él se estaba desviviendo por hacer todo lo posible para que mi hijo le aceptara, aunque no fuera consciente de que ya lo había aceptado.

—Quizá sea mejor organizar la fiesta en casa de Edmond —puntalicé mirando a Daniel—. No te importa, ¿Verdad?

—Por supuesto que no, yo solo quiero lo mejor para Francois.

No supe si era una frase hecha para no admitir que le sentaba mal o si realmente lo pensaba, pero de un modo u otro tanto Daniel como Estelle terminaron saliendo del despacho para quedarme sin saber como a solas con ese bombón nórdico.

—Aún no me has dicho cuándo es su cumpleaños —preguntó acercándose hasta mi mesa y el gesto hizo que me pusiera nerviosa.

—Es dentro de cuatro días —manifesté sabiendo que la fecha coincidía en ese mismo viernes.

—Será mejor que contrate a una organizadora de eventos, ella sabrá como decorar el jardín con la temática que a él le gusta y varias animadoras para que entretengan a los pequeños durante la fiesta.

¿Cómo podía ese hombre estar en todo?, ¿Cómo era posible que mirase hasta el último detalle?

«En el fondo es adorable y lo sabes»

—Le pediré a Estelle que haga las invitaciones y mañana las entregaré a las madres.

—Bien.

Observé que no se marchaba, que permanecía inquieto como si tuviera algún tema que plantearme y dudara si finalmente revelar lo que le rondaba la cabeza o no. En ese momento pensé que quizá podría ser algo referente a lo sucedido hacía ya varios días y aunque en un primer momento pensé que quizá lo había olvidado al no hacer hincapié en el tema, ahora lo dudaba, aunque básicamente lo hacía porque yo no podía quitarme de la cabeza aquello por más que lo intentara.

—¿Sucedo algo? —pregunté a pesar de que no sabía si quería o no saber la respuesta.

Cuando le había dicho que fue un error, cuando admití que no debí haber ocurrido estaba muy segura de mis palabras y cada día que había pasado me había repetido que esa había sido la mejor decisión, pero una cosa era saberlo y otra bien distinta que mi cuerpo lo aceptara.

Le deseaba. ¡Joder si le deseaba! Solo había que verlo allí plantado para no volverse loca por ese cuerpo, esos labios, esa esencia varonil que desprendía a cada paso. Me sentía una completa imbécil por rechazarlo a pesar de reconocer que quizá el dolor sería peor si hubiera decidido continuar en su cama.

—Llevo unos días preguntándome... bueno, más bien pensando en ello y no sabía exactamente cómo decirlo.

¿Decir qué?, ¡Ay Dios!, ¡Ay Joder!, ¡Ay que me da miedo escuchar lo que tenga que decir!

—Creo que es el momento de decirle a Francois que soy su padre.

En aquel momento algo en mi se revolvió y no sabía si era porque finalmente revelase a mi hijo quien era su padre o porque el motivo que le inquietaba había sido ese y no yo.

«Reconócelo Olivia, en el fondo te mueres de ganas por saber qué significas realmente para él, aunque no quieras reconocerlo»

—Me consta que Francois te ha cogido cariño y le gustas, pero quizá sea un poco precipitado. Te conoce prácticamente desde hace solo unas semanas y aún necesita tiempo para aceptar ese concepto que hasta ahora le ha sido desconocido.

No quería alterarme, ni parecer nerviosa, ni tampoco aceptar la idea a la ligera sin sopesar las consecuencias.

—Cuatro días —contestó haciendo caso omiso de mi respuesta—. Y si no se lo dices tú, lo haré yo mismo.

No esperó una contestación por mi parte, sino que sencillamente se marchó de allí dejándome cara de pánfila descompuesta.

¿Cuatro días?, ¿Y qué había de mi alegato en defensa?

«Evidentemente le ha entrado por un oído y le ha salido por el otro, querida Olivia»

Cuatro días era justo el límite del cumpleaños de Francois, imaginaba que de algún modo deseaba decírselo antes de que tuviera los tres años.

En cuanto Estelle entró por la puerta para saber si estaba bien, no pude evitar confesar mis pequeños temores en voz alta tras decirle lo que me había pedido Edmond.

—Entiendo tu postura y aunque no soy madre puedo comprender ciertos miedos, pero supongo que también hay que ponerse en su situación, imagina por un momento que fuera al revés, ¿No desearías que tu hijo supiera que eres su madre? —exclamó empatizando con el frente contrario.

Desde luego. Si tuviera que imaginármelo seguramente estaría estirándome de los pelos ahora mismo, pero no fui yo quien renunció a mi hijo, ni fui la que trató de quitárselo del medio lo antes posible, aunque tuviera que reconocer que no podía reprochar nada en su modo de proceder en cuanto supo que Francois era de él, no podía olvidar el pasado como si jamás hubiera ocurrido.

—Si. Desde luego que lo desearía, pero no fui yo quien no quiso saber nada del asunto y sé que algún día iba a llegar este momento cuando él decidió no luchar por la custodia para que Francois fuese mío... es solo que no sé como reaccionará y quizá siento que en cuanto lo haga, dejará de pertenecerme por completo.

Por muy absurdo que sonara, en cuanto Francois supiera que él era su padre ya no existiría solo yo para él, sino que tendría otro apoyo incondicional en el que refugiarse y no sabía como encajar aquella idea en mi cabeza cuando hasta el momento yo había sido todo su mundo.

—Sé que él renunció a tomar acciones legales y se conformó con el trato que ahora tenéis aunque bien podría no haberlo hecho, pero se consciente de que te guste o no; es su padre y es mejor para Francois que forme parte de su vida antes que sufrir esa carencia, más aún cuando él mismo parece tan interesado en su hijo por lo que demuestra.

Eso era indiscutible y quizá iba siendo hora de que finalmente mi pequeño disfrutara de tener de verdad un padre a pesar del rencor que yo pudiera guardarle. El niño no tenía culpa alguna de la situación y menos aún habiéndome confesado que le gustaba sin saber que por sus venas corría su sangre.

—Bueno, mejor hablemos de trabajo que necesito distraerme de todo este asunto, ya decidiré qué hacer. ¿Sabes si han llegado de taller los primeros modelos con el montaje?

—No, creo que hasta mañana no estarán listos y con todo esto casi se me

olvida el motivo por el que entré en tu despacho. Acabo de recibir un email donde indica que debes acudir a una reunión la próxima semana a Bruselas y no sé si quieres que reserve tus billetes de avión por separado o si prefieres que lo coordine con la secretaria de Edmond.

—¿Bruselas?, ¿Qué se me ha perdido a mi en Bruselas? —La frase salió de mi boca sin siquiera procesar la idea de que había mencionado a la secretaria de Edmond y eso indicaba que viajaría con él.

—Según parece es un potencial cliente que desea una colección exclusiva de Olive Dufort para su cadena de tiendas. De todos modos tienes una reunión el próximo martes para preparar la presentación, imagino que ahí te indicarán todos los detalles.

—Está bien, en ese caso coordina los billetes con la secretaria de Edmond, imagino que ella sabrá mejor cuanto durará la reunión y lugar exacto.

No le di más importancia de la que tenía ya que en mi cabeza había demasiadas cosas en las que pensar; el cumpleaños de Francois, el hecho de que aún no había encontrado ningún apartamento al que mudarme y que los pocos que encontraba terminaban siendo alquilados o apartados del mercado repentinamente, aún no podía creer mi mala suerte y ahora debía ir haciéndome a la idea de revelar la verdadera identidad de Edmond a mi pequeño sin saber exactamente como podría reaccionar a ello.

—Pues si no quieres nada más, me pondré con las invitaciones de la fiesta de cumpleaños y repasaré la agenda.

—Si. Por cierto, ¿Llamaste al piso que te comenté ayer? —pregunté recordando que lo había visto de camino a casa.

Estelle pareció pensativa y después hizo un gesto en negación que me dio a entender que debía descartarlo.

—Me dijeron que se había alquilado esta misma mañana y ya no estaba disponible.

—¿Es que no hay ni un solo piso en toda la maldita ciudad? —exclamé dejándome caer sobre la silla mientras me cruzaba de brazos.

—La verdad es que es muy extraño. El mercado debe estar muy saturado teniendo en cuenta que he llamado a cuatro agencias para que nos contacten en cuanto les entre algo y no he dejado de buscar por mi cuenta.

—No es extraño, es que a mi debió mirarme un tuerto o algo —susurré en voz baja y Estelle comenzó a reírse, de forma que la miré con ojos de asesina.

—Vale. Perdón —dijo tratando de mantener su boca cerrada—. Es que teniendo a semejante bombón deambulando por tu alrededor no sé por qué quieres irte tan apresuradamente. Tú misma admitiste que es una casa enorme y que hay espacio de sobra para los tres...

¡Precisamente por eso mentecata!

—¿De verdad tengo que decírtelo? —exclamé a pesar de que no había confesado mi pequeño desliz nocturno ni tan siquiera a ella.

Tenía que irme de aquella casa cuanto antes o yo misma no estaba segura de controlar mis manos y tenerlas alejadas de aquel dios nórdico que se paseaba por casa semidesnudo a todas horas.

«Seguro que lo hace a posta para tentarme» medité conmigo misma.

—Entonces tú y él no... ¿no? —preguntó haciendo gestos con los dedos que se unían y yo rodé mis ojos para no mirarla directamente cuando mintiese.

—Por supuesto que no —susurré casi sin aliento.

—Pero no será por falta de ganas —soltó así tan pancha mientras se sentaba en la silla sin que yo se lo dijera, aunque con Estelle había confianza suficiente para eso y mucho más.

—Vale. Sé que me vas a terminar pillando tarde o temprano así que confesaré —admití encogiéndome de hombros—. Me acosté con él hace varios días, ¡Pero ni siquiera sabía que de verdad lo estaba haciendo! Así que no cuenta y además le dije que fue un error que sucediera. ¿Comprendes ahora porque me urge tanto marcharme de esa casa?

En ese momento Estelle alzó una ceja y se quedó observándome.

—¿Qué ni siquiera sabías de verdad lo que estabas haciendo? Y qué creías que hacías, ¿Jugar a las casitas o a los médicos?

Para qué abriré la boca.

—Estaba dormida y creí que era... bueno, creía que estaba soñando.

—¡Ya! Y ahora me vas a decir que no te gustó... —concluyó cruzándose los brazos y esperando obviamente mi respuesta.

—No me gustó —negué—. Me encantó, pero eso no significa que esté bien.

Estelle pareció meditar mi respuesta y vi como se llevaba una mano al mentón mientras apoyaba los codos en la mesa.

—¿Y quien decide si está bien o no? —preguntó pensativa—. Porque yo creo que si te gustó significa que debió estar demasiado bien. Ya te dije hace

tiempo que quizá teniendo una aventura con él termines sacándole de tu cabeza o más bien todo lo contrario, pero creo que la situación en la que te encuentras es peor que lanzarte a sus brazos.

¿De verdad era peor?

Bien era cierto que no podía quitarme esa sensación de calor que había sentido. Mentiría si no confesaba que en mis más profundos anhelos deseaba repetirlo y eso me martilleaba al mismo tiempo la conciencia que me decía una y otra vez que debía prohibirme a mi misma sentir aquello.

¿Cómo podía separar lo moralmente correcto de aquel profundo y perseverante anhelo por un instinto de puro sexo?

«Tal vez no se pueda» me contesté yo misma.

Esa misma tarde me quedé observándole tras llegar a casa y ver como jugaba con Francois en el jardín. Oía sus risas y un sentimiento de nostalgia me invadió completamente por mirar al pasado y ver de qué modo habían sucedido las cosas. Sabía que por más que deseara no iba a confiar en ese hombre, pero comprendí que Francois se merecía saber la verdad por mucho que a mi me pesara y lo que aquello pudiera significar.

Capítulo 41

—¿Eso que estoy oliendo son gofres?

Sentir aquella voz tan cerca de mi hizo que diera un pequeño respingo. Estaba completamente abstraído imaginando como iba a trazar aquella conversación y desde luego no había esperado que precisamente él me interrumpiera.

—Si, lo son.

—¡Mami!, ¡Mami!, ¡Yo lo quiero con fresa! —gritó el pequeño intentando subirse por su cuenta a la banqueta de la cocina y en mi zona de visión pude apreciar como Edmond le cogía en brazos para finalmente asegurarse de que estaba bien sentado.

—Si el príncipe quiere sus gofres con fresa, serán con fresa —contesté sonriente mientras servía uno recién hecho en el plato y después lo bañaba en sirope de fresa para colocarlo delante de Francois—. Ten cuidado que aún está un poco caliente y puedes quemarte.

—¿Me puedo comer dos? —preguntó inocentemente.

—Si aún tienes hambre después de comerte ese, si.

Aquella escena parecía tan cotidiana, tan tradicional en cualquier tipo de familia y al mismo tiempo era consciente de que no tenía nada de tradicional ni de normal en nuestro caso.

—¡Si!, ¿Tú cuántos te vas a comer? —escuché que preguntaba a Edmond.

—Todos los que tu madre quiera darme —confesó alzando la vista para verme—. Es mi desayuno favorito.

¿De verdad lo era?, ¿Ese dios nórdico adoraba los gofres?

«A lo mejor por eso tiene los abdominales tan marcados... para que parezcan gofres» pensé sin evitar recordar dicha imagen y me reocriminé por hacerlo.

—¡El mío también! —gritó eufórico Francois.

Lo era, pero los gofres tenían demasiado azúcar y aunque había intentado hacerlos de otro modo, Francois no los quería, así que solo los hacía en ocasiones especiales como aquella; su cumpleaños.

«Hasta en eso tenían que ser iguales, manda narices»

—Que casualidad... —escuché decir a Edmond en un tono que no dejaba duda alguna que no existía esa supuesta casualidad.

—¿Tres es suficiente? —exclamé ofreciéndole un plato con tres gofres acompañado de una media sonrisa y con el bote de sirope de fresa en la mano.

—En absoluto, pero puedo conformarme —contestó de un modo tan sugerente que mis piernas temblaron completamente convirtiéndose en gelatina—. Y también me gustan con fresa.

«Para no variar»

Escuché la risa de Francois y le observé sintiendo cierta complicidad en ambos, comprendí que la había, que por más que yo no quisiera eran casi dos calcomanías.

—Francois —dije llamando su atención y vi aquellos ojos azules observándome con devoción—. La otra noche me dijiste que te gustaba Edmond, ¿verdad? —pregunté dejándome caer sobre la barra de la cocina para observarle mejor.

—Si, es mi amigo —contestó metiéndose un trozo de gofre en la boca.

—¿Y te gustaría que él fuera tu papá?

Ya está. Lo había dicho. Lo había soltado y sentía como si una descarga eléctrica me atravesara todo el cuerpo.

Los ojos de Francois se agrandaron repentinamente y pasaron de observarme a mi para irse directamente al aludido que permanecía completamente estático.

—¿Puede serlo? —exclamó el pequeño y comprendí que había esperanza en aquella vocecita infantil.

—En realidad ya lo es, Edmond es tu papá.

En ese momento volvió a mirarle y a pesar de permanecer igualmente quieto, afirmó con un gesto de inclinación de cabeza de forma que la carita de Francois se iluminó con una sonrisa enorme.

Un pequeño grito de euforia por parte del pequeño nos atrajo a ambos y después casi saltó literalmente hacia los brazos de Edmond de forma que éste le acogió entre ellos.

Quería llorar por la felicidad que él sentía en aquel momento y al mismo tiempo una parte de mí sentía que dejaba de ser completamente mío.

La felicidad de Francois era evidente en el momento que le dejamos en la

guardería para ir directamente al trabajo. La fiesta de cumpleaños sería esa misma tarde donde le daríamos todos los regalos, por lo que la mañana procedería como cualquier otro día normal.

—Gracias. —Su voz rompió el silencio del vehículo. Normalmente permanecíamos callados en el coche salvo por algún comentario de trabajo o algo referente al pequeño si alguno de los dos no recibía llamadas de trabajo, pero en aquella ocasión no sabía exactamente a qué se estaba refiriendo.

—¿A qué te refieres? —pregunté sin mirarle.

—A decirle que soy su padre.

Tampoco es que me hubiera dado mucha elección al respecto cuando me presionó para hacerlo.

—Parecía feliz al saberlo —contesté mirando hacia la ventanilla.

—Si —afirmó y noté que en su tono había una clara ilusión al ser consciente de que Francois no solo lo aceptaba, sino que era feliz por ello.

—¿Se lo habrías dicho tú si yo no llego a hacerlo?

Sabía la respuesta, pero aún así quería que él mismo me lo dijera.

—No —negó y entonces volví la mirada para observarle e intentar averiguar si me mentía—. En realidad habría esperado hasta que tú se lo dijeras, pero confiaba en que lo hicieras.

¿De verdad habría esperado?, ¿Y entonces porqué me había amenazado?

—¿Y porqué me hiciste creer lo contrario? —exclame sin poder evitarlo.

—Cuando me dijiste que ese tal Daniel organizaba sus cumpleaños y siempre había estado presente en la vida de Francois, supe que probablemente él le considere como a un padre. Supongo que me impacienté.

¿Esas habían sido sus razones para actuar así?, ¿Por eso se había quedado rezagado en el despacho para hablar a solas conmigo?

Me parecía absurdo su razonamiento, Daniel solo era el tío cariñoso que siempre le cuidaba y velaba por él, aunque en ese momento recordé aquella vez que me echó en cara que nos vio juntos y pensó que estaba con él.

¿Podría de algún modo que no llegaba a comprender estar celoso de él?

—Francois considera a Daniel como su tío, siempre tuvo claro que él no era su padre.

Era consciente de que no tenía porqué decirlo, podría dejarle con ese sentimiento de resquemor en su pensamiento, solo que las palabras fluyeron de mis labios antes de ser consciente de que las estaba diciendo.

—Puede que tengas razón, pero no puedo evitar pensar en lo que me he

estado perdiendo todos estos años.

¿Lo que se había estado perdiendo?, ¿De verdad lo sentía?

«Evidentemente solo se refiere a Francois, estúpida» me reiteré una y otra vez en lo más profundo de mis pensamientos.

—Hasta donde recuerdo tenías muy clara tu postura al respecto — mencioné sin entrar en demasiados detalles.

Si, aún seguía resentida, pero bien era cierto que estaba comenzando a intentar establecer una especie de tregua solo por el bien de Francois.

—Me equivoqué y me di cuenta demasiado tarde de mi error.

Quería creerle, de verdad que ansiaba creerle, pero ya le había creído una vez y fue el mayor error que cometí en mi vida cuando la decepción me avasalló por completo.

Guardé silencio. Ni siquiera sabía que responder ante aquello. El hecho de que él admitiera que se había equivocado no significaba un cambio en la situación que ahora nos acontecía, ¿O sí? Ni tan siquiera sabía en qué punto me hallaba y mucho menos hacia donde estaba dirigiendo mi vida. Era consciente de que lo quisiera o no, mi vida estaba vinculada a la de Edmond a través de nuestro hijo aunque él hubiera accedido a no interponer una demanda por la custodia. Había aceptado todos mis términos y condiciones, siendo más bien pocos los que me exigía a cambio, eso sin contar con el hecho de que nos había acogido en su casa de un día para otro y hasta la fecha no había mencionado en ningún momento que debíamos irnos.

Si. Ese dios nórdico se estaba portando demasiado bien y aquello me ponía nerviosa, porque ese no era el Edmond que navegaba en mis recuerdos y al que le había tenido tanto resquemor. Sabía que él era un interesado y sabía que si estaba haciendo aquello era por algún fin en concreto, solo esperaba que dicho fin fuera la felicidad de nuestro hijo y que de ahí radicara tanta amabilidad y razonamiento.

—Estelle me informó que habrá que viajar hasta Bruselas la semana que viene —mencioné cambiando de tercio y dirigiendo la conversación hasta otro tema en el que me sintiera más segura, es decir, hablar sobre trabajo.

Edmond pareció captar la idea porque no hizo referencia a lo que veníamos hablando.

—Si. Se trata de un cliente interesado en tus diseños. Si cerramos el acuerdo supondrá un incremento del veinte por ciento en las ganancias de la empresa.

¿Tanto?, ¿Cómo de importante era dicho cliente?

—¿De quien se trata? —pregunté ahora completamente asombrada.

—Es el consorcio de empresas Solier, están en todo el mundo y tienen tiendas en prácticamente todas las grandes ciudades. Están interesados en sacar una colección especial, se tratará de una línea que se pueda distribuir en varias tallas y a nivel internacional con stock limitado.

Conocía Solier, ¿Quién en este mundo no les iba a conocer? Eran famosos mundialmente.

«Mi sueño hecho realidad» pensé en ese momento sopesando la idea de que cualquier mujer de cualquier parte del mundo, pudiera llevar una prenda que hubiera diseñado yo misma y al mismo tiempo ser de colección.

—¿Y como es posible que se hayan interesado en mis diseños?

No esperaba que una empresa como Solier que trabajaban a escala mundial, estuviera interesada en alguien tan desconocida como yo.

—Tienes talento, no debería extrañarte que lo hicieran.

¿Eso era un cumplido?, ¿Edmond de la Court me había hecho un halago?

—¿Estás tratando de decirme que soy buena? —inquirí queriendo escucharlo de sus propios labios.

—Sería un necio si admitiera lo contrario. Imagino que eres digna sucesora de Francois de la Court.

En ese momento la respiración no llegó a mis pulmones, ¿Qué quería decir?, ¿Admitía que era la nieta de su abuelo?, ¿O simplemente se refería a que tenía su talento lo fuera o no?

Realmente me importaba poco lo que pensara porque no era algo que fuese a publicar a los cuatro vientos, únicamente se lo había dicho por temor a que intentara quitarme a Francois y de hecho seguía pensando en que era la principal razón por la que aceptó mis condiciones.

—¿De verdad me creíste cuando te dije que Francois de la Court es mi verdadero abuelo? —pregunté aún sabiendo que en unos minutos entraríamos en el aparcamiento de la empresa y se terminaría aquella conversación privada.

Noté su semblante serio y vi que no dudaba, solo que parecía debatir consigo mismo la respuesta que debía darme al respecto.

—El abogado de mi abuela tenía una copia de la carta que ella te dejó. Pude leerla y comprobar por mi mismo que decías la verdad. No tengo motivo alguno para no creer que es así.

Supuse que creer en mi palabra sin más prueba que la fe de la misma no iba a suceder, pero aunque lo hubiera comprobado por si mismo. ¿Eso era todo?, ¿No iba a decirme que no podía reclamar parte de la herencia?, ¿O amenazarme con llevarme a los tribunales por calumnias si lo hacía? Mi razonamiento no llegaba a comprender como de algún modo parecía sumamente tranquilo sabiendo que Francois de la Court tenía herederos legítimos que podían reclamar su patrimonio.

Había algo que no me encajaba en su actitud y de algún modo eso me tenía nerviosa e impaciente por averiguarlo al mismo tiempo.

—Por cierto, ya hablé con la niñera de Francois para que se quede con él la noche que pasaremos en Bruselas, me dijo que no habría ningún problema.

Espera. Espera. Espera. ¿Ha dicho noche?, ¿He escuchado algo sobre pasar la noche fuera?

¿Era implícito pasar esa noche fuera? Ni siquiera pude formular la pregunta porque entramos en el aparcamiento y había demasiada gente que podría escucharnos. Bastante mortificante era ya llegar todos los días acompañada del jefazo, para añadir encima la palabra explícita; noche y Bruselas en la misma frase.

Durante la mañana le hice a Estelle que sonsacara información sobre ese supuesto viaje y deduje que pasar la noche era una cuestión de practicidad al ser la reunión lo suficientemente tarde como para no tener un vuelo de regreso a una hora decente. Aquello me tranquilizo, aunque solo en apariencia, porque en el fondo no dejaba de pensar que pese a ser una cuestión de trabajo iba a estar a solas con ese bombón rubio que aún me nublaba la razón.

Pasé el resto del día sumergida en el trabajo siendo consciente de que a las tres pasaría a recogerme Daniel para ir directamente a casa y terminar de organizar los últimos detalles de la fiesta a pesar de que había personal cualificado que se encargaba. Realmente Edmond no había entrado en demasiados detalles al respecto, salvo que había reiterado que se encargaban de la decoración y la animación, imaginé que no estaría demás preparar algunos aperitivos por si algunos padres acompañaban a los niños aparte de todos los dulces que el propio Daniel traería de su pastelería.

—Son casi las tres y aún no has hecho una pausa para comer —mencionó Estelle entrando en mi despacho y vi que ya llevaba su bolso colgado al hombro.

¿Ya era la hora? Se me había pasado el tiempo demasiado rápido y lo cierto es que me había olvidado completamente del almuerzo.

—Con la cantidad de golosinas que habrá traído Daniel, me alegra haberme saltado una comida —advertí sonriente mientras dejaba lo que estaba haciendo y apagaba el ordenador para marcharme.

—Con lo que te gusta el dulce no sé como no has terminado casándote con él —La frase parecía completamente inocente, pero comprendí que había una especie de interés por su parte en conocer mi respuesta.

—Muy sencillo, me habría tenido que divorciar cuando te hubiese conocido a ti y me quedaría sin amigo y sin los mejores dulces de todo París, de esta forma salgo ganando

No sabía si aquella respuesta era la más acertada o no, pero por la risa de Estelle supe que pareció complacida con la respuesta, comprendía que la relación entre Daniel y yo podría no ser del todo razonable para según qué personas, pero nuestra amistad era sincera, jamás había habido una doble intención por ninguna de las dos partes y me llevaba mejor con ese hombretón argentino que con mis propios hermanos de sangre que debido a la distancia no les tenía tan cerca como a él. Yo le debía tanto a Daniel que para mi era más que un amigo y de ahí que le considerase como de la familia.

En el instante en que las puertas de la casa de Edmond se abrieron, supe que no fui la única que se quedó con la boca abierta al contemplar lo que allí estaba ocurriendo.

Era como ver un mini parque de atracciones en una casa privada, ¡Si hasta tenía una noria pequeña!

«No. Definitivamente a ese hombre se le ha ido la olla» pensé al ver la enorme colchoneta en medio del aparcamiento que se estaba terminando de inflar, pero ya se intuía que era un castillo gigantesco.

—Si hace esto por su tercer cumpleaños, ¿Qué hará cuando cumpla los dieciocho? —exclamó Estelle anonadada.

—Le regalaré un Ferrari —soltó Daniel.

Hice caso omiso de aquella conversación que mantenían en voz alta ante mi absoluta conmoción y me bajé del coche para verificar que aquello estaba sucediendo de verdad. No solo estaba aquella pequeña noria y la colchoneta gigante, sino que también había una piscina de bolas y un circuito de coches eléctricos infantiles.

Tenía muy claro que a Francois le iba a encantar y también tenía presente

que debía costar un auténtico pastizal, pero no sabía si Edmond hacía aquello por agrandar a nuestro hijo o por sentirse en cierta forma culpable de la ausencia de aquellos años después de su confesión esa misma mañana.

La fiesta fue comenzando conforme llegaban los invitados y para mi sorpresa entre ellos, apareció alguien que llevaba años sin ver; el hermano de Edmond.

—No puedo creer lo que ven mis ojos, ¿Cómo es posible que estés aún más bella que antes? —exclamó abriéndome los brazos mientras me dirigía una enorme sonrisa.

Siempre me había agradado Antoine, fue una persona con la que empaticé desde un primer instante y aunque apenas pude tener contacto con él durante el tiempo que estuve junto a su abuela, le debía haberme confesado los verdaderos planes del patán de su hermano.

—¿Será que te dejaste las gafas en el coche? —contesté mientras dejaba que su brazo rodease mi cintura y me diera dos besos.

Escuche su leve risa y después me miró directamente a los ojos.

—No me extraña que mi hermano esté tan...

—No recuerdo haberte invitado —La voz de Antoine se apagó por la de su hermano mayor que había hablado en el momento más inoportuno de toda mi existencia.

¿Qué iba a confesar Antoine?, ¿Qué puñetas me iba a decir sobre Edmond? Su hermano estaba, ¿Qué? Por más que me dijera que no quería saberlo, ardía en deseos de que lo dijera.

—Si debo esperar una invitación tuya me saldrán canas. Por suerte tu secretaria no opinaba lo mismo y tuvo la amabilidad de indicarme la existencia de esta fiesta.

¿No le había invitado Edmond?, ¿Por qué?, ¿Acaso no se llevaban bien?

El refunfuño de Edmond me hizo saber que así era y no pude evitar preguntarme cuáles serían las razones. Había tanto que no sabía sobre ese dios nórdico y al mismo tiempo tenía presente que Antoine podría resolverme todas esas preguntas.

—¿Por qué no regresas por donde has venido Antoine? —exclamó Edmond y en ese momento supe que debía intervenir.

—No es el momento ni el lugar para enfrentarnos sea cuales sean las razones. Es el cumpleaños de Francois y te guste o no, estoy segura de que la intención de Antoine no era otra que la de conocer a su sobrino y a él le

encantará conocer a su nuevo tío.

Aunque me agradaba la idea de que Francois conociera a su tío paterno, lo cierto es que una parte egoísta de mi misma sabía que era una forma de ganar tiempo para hablar a solas con Antoine.

—Gracias —admitió Antoine en cuanto Edmond se alejó tras asentir sin mencionar una palabra—. Por un momento pensé que me iría sin conocer a mi sobrino.

—¿Cómo supiste de la existencia de Francois? —pregunté creyendo que no podía saberlo del propio Edmond si se llevaban tan mal.

No tenía idea de qué podría haber ocurrido entre ellos, pero hasta donde sabía se solían llevar bien a pesar de sus diferencias.

—¿Es que no te dijo como supo que Francois era su hijo? —exclamó asombrado y ahora era yo la que me había quedado con las patas colgando.

¿Cómo lo supo?, ¿Acaso no era evidente el parecido físico?

—¿Qué quieres decir con como lo supo? —pregunté cuando el silencio me abrumó y necesitaba saber exactamente a qué se estaba refiriendo.

—Confesé a mi hermano que fui yo quien cobró el cheque que él mismo te había extendido. Todo este tiempo él creyó que te quedaste con su dinero. A mi favor diré que desconocía la situación y admito que fue un gesto egoísta porque necesitaba ese dinero, pero le hizo comprender que aquel día no le habías mentado cuando le dijiste que esperabas un hijo y que no querías su dinero.

No puede ser verdad, ¿Todo este tiempo Edmond había creído que solo quise su dinero?, ¿De verdad había creído que podría ser tan interesada como en cambio lo había sido él?

Capítulo 42

«He ahí la razón de haber confesado que se había equivocado» me dije recordando las palabras del propio Edmond esa misma mañana.

—Que te quedases o no con ese cheque no creo que hubiera cambiado la situación. Además, él mismo me dijo ese día que en caso de estar embarazada el hijo no podía ser de él... —admití cruzándome de brazos y en el fondo eximiéndole de parte de aquella culpa que sin decirlo parecía sentir.

Aunque en el fondo yo misma supiera que el propio Edmond había confesado que me vio junto a Daniel y él solo se había hecho sus propias conclusiones, nada le eximía de haberme engañado, de mentirme descaradamente diciendo que me ofrecería trabajo en su empresa a cambio de quedarme cuidando de su abuela, de aprovecharse de aquella ingenuidad para acostarse conmigo y que me había echo confiar plenamente en él por la ceguedad de mi enamoramiento.

—No hay más que verlo para saber que es una copia de él —admitió Antoine conforme nos acercábamos al pequeño corro de niños que tenían la misma edad.

Si. Eso era absolutamente indiscutible.

No conseguí sonsacar más información a Antoine, puesto que él y Daniel congeniaron demasiado bien al saber que ambos eran propietarios de negocios de hostelería y comenzaron a hablar de las gestiones que hacían para llevarlos adelante. Descubrí que el hermano menor de Edmond se había desvinculado completamente de los negocios familiares y se dedicaba al mundo de la noche, al parecer le iba bastante bien y bajo ningún concepto pensaba involucrarse en la moda como hacía su hermano mayor.

—¿Será que te equivocaste de hermano? —preguntó Estelle repentinamente con cierta complicidad cuando Daniel y Antoine se alejaron lo suficiente.

Observé que Edmond estaba hablando con el padre de uno de los niños que había asistido al cumpleaños y aunque no tenía gran relación con la mayoría, les conocía de vista por las veces en las que habíamos coincidido

cuando le dejaba en la guardería. En ese momento aquel dios nórdico alzó la mirada como si hubiera percibido que le estaba observando, pude notar de nuevo esa pequeña corriente que siempre me recorría cada vez que me miraba de aquel modo.

«No. Desde luego que no me había equivocado» me dije a mi misma sabiendo que nadie me hacía sentir lo que ese bombón parisino me provocaba.

Quizá me faltaba la experiencia de haber conocido a otros hombres, tal vez aquello que sentía solo era porque él había sido el único en mi vida, pero ¿A quien pretendía engañar? A lo largo de mi vida había conocido a muchos tíos y por ninguno había sentido una ínfima parte de lo que Edmond provocaba con solo mirarme o con el hecho de saber que estaba a unos metros de distancia. Ese magnetismo era único e inigualable, por mucho que pretendiera convencerme de lo contrario y sabía que no encontraría lo mismo en ninguna parte del mundo aunque lo buscara.

—Definitivamente Antoine siempre ha sido el más extrovertido de los dos —dije recordando el momento en el que le había conocido y su más que grata sinceridad. Algo bastante diferente al momento en que conocí a ese dios nórdico de mirada fría y cálida al mismo tiempo, pero que provocó que me derratiera solo con verlo.

—Desde luego mirándote como te mira ese jefazo tuyo que casi te devora con la mirada, es normal que no tengas ojos para nadie más.

No pude evitar dirigir de nuevo mi mirada hacia la fuente de aquellos ojos azules. Parecía formar parte de un círculo que hablaba, pero en realidad solo me observaba mientras dirigía su vaso hacia los labios para degustar aquella bebida. Parecía darle igual que le hubiera pillado mirándome, es más... mantuvo el contacto sin apartar la mirada y tuve que ser yo quien rodara los ojos para desviar su atención porque era incapaz de seguir observándole.

—Tengo que marcharme cuanto antes de esta casa —aullé en un susurro casi inaudito siendo consciente de que el sudor me recorría las entrañas solo con pensar en aquella noche en la que me dejé arrastrar por la pasión creyendo que no era real.

¡Joder!, ¿Cómo era posible que mi cuerpo reclamase tanto al suyo después de todo el resentimiento que aún le tenía?

No conseguía explicarme como podía tener dos opiniones tan contrapuestas entre sí mismas respecto a una misma persona, pero lo cierto es

que así era. No confiaba en Edmond de la Court, pero le deseaba de forma involuntaria con todo mi ser y era plenamente consciente de este hecho porque escapaba a mi propia moral.

—Sigo manteniendo lo que te dije semanas atrás. ¿No crees que es mejor sucumbir ante eso que sientes en lugar de reprimirlo tan perseverantemente? Tal vez así logres pasar página. Es evidente que él te desea y por lo que veo, no se quien de los dos tiene más tensión acumulada.

—No es tan fácil. No confío en él. Tú misma sabes que Edmond de la Court no suele hacer nada desinteresadamente.

—¿Quién dice que debas fiarte? Estamos hablando de sexo Olivia, no de amor eterno.

¿Amor eterno? Eso probablemente era la antítesis a Edmond de la Court y lo sabía, pero... ¿Podría ser capaz de separar mis sentimientos de mis deseos? Ya no era una chiquilla ingenua a la que engañar, ni tampoco me dejaría arrastrar por sus convicciones, ya había probado el intento de apartarle de mi lado y no había funcionado, quizá Estelle tenía razón y debía realizar todo lo contrario.

¿De verdad sería capaz de sucumbir a esa tentación después de haberlo rechazado con todas mis fuerzas?, ¿Realmente estaba planteándome acostarme con Edmond sabiendo lo que podría suponer eso para mi conciencia?

«Le deseas. ¿Por qué no hacerlo?» me dije a pesar de saber que nunca podría fiarme de él.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —exclamé algo nerviosa.

Mi pulso temblaba, realmente estaba diciendo en voz alta que no podía soportar más aquella sensación que me ahogaba por dentro, que me consumía y clamaba a gritos que anhelaba su contacto. ¿Tan absolutamente evidente era? Quisiera o no, era incapaz de evitarlo.

La sonrisa cómplice de Estelle me tranquilizó, sobre todo porque el hecho de que no tratara de juzgarme a pesar de la situación era un gran alivio.

—Sedúcele... —susurró de tal forma que mi piel se erizó—. No creo que sea capaz de resistir ni siquiera el primer asalto.

¿Seducir?, ¿Qué sabía yo sobre seducir?

El sábado Edmond se ausentó por trabajo y no regreso hasta el lunes por la tarde, al parecer una de las fábricas había sufrido un grave percance, aunque no sabía exactamente la gravedad del asunto. Al principio lo tomé

como una señal de que podía ser un error mi propia decisión de dejarme arrastrar por mi propio deseo, su ausencia solo me hizo convencerme aún más de cuanto anhelaba su contacto. Era la primera vez que estaba en aquella enorme casa completamente a solas con Francois y en cierto modo sentí la falta de su constante presencia, era como si tratara de buscarlo en cada rincón de aquel lugar y aquello en vez de alejarme de él, solo provocó que deseara que regresara cuanto antes para volver a verle, para escuchar el sonido de su voz y sobre todo necesitaba saber que estaba presente.

«Me estoy volviendo desquiciada» pensé mientras pensaba en ese nudo que sentía en el estómago cuando le vi aparecer por la puerta de casa y solo al contemplar su mirada azulada me tranquilicé.

—¿Ha ido todo bien durante el fin de semana? —preguntó después de dejar a Francois en la guardería y reprender el camino hacia la empresa.

Apenas habíamos podido hablar la noche anterior teniendo en cuenta el entusiasmo por el pequeño tras el regreso de Edmond y su emoción al saber que estaba de vuelta.

—Si. Francois preguntó por ti en varias ocasiones —admití sin reconocer que no solo el pequeño había sido el único en echar de menos su ausencia.

—Me alegro —sonrió—. No pude solucionar antes el problema, aunque mi intención había sido la de regresar el mismo sábado la situación se complicó.

—¿Has conseguido solucionar el problema? —pregunté algo curiosa y sobre todo porque de algún modo quería interesarme.

—Si. Al menos en la medida de lo posible —admitió—. Una de las máquinas se sobrecalentó y provocó un incendio de grandes dimensiones. Ha habido daños materiales, pero afortunadamente ninguno que no se pueda reparar. Habrá algunos retrasos en las entregas, pero pronto se reestablecerá la normalidad.

—¿No hubo heridos? —pregunté alarmada.

—El operario que manejaba la máquina sufrió algunas quemaduras en los brazos y el pecho, pero está fuera de peligro.

—¿Y tú estás bien? —pregunté entonces algo preocupada.

—¿Te preocupa mi bienestar? —inquirió entonces y observé que me miraba como si de algún modo quisiera ver mi expresión.

¿Qué debía responder? Si decía que no, sabría que mentía, pero si decía que si, le estaría dando a entender que me importaba, que no me era

indiferente y... ¿Acaso no era así?

—Si —admití sin consecuencia alguna—. No puedes desaparecer ahora que Francois sabe que eres su padre.

De algún modo debía mitigar aquella afirmación sin implicar demasiado mis propios sentimientos.

—No voy a desaparecer. No tengo ninguna intención de hacerlo y puedes estar segura de que no lo haré.

Comenzaba a ser consciente de ello, más aún por su comportamiento hacia Francois y la insistencia de que éste supiera que él era su padre, pero de algún modo escucharlo de sus propios labios solo hacía que un remanso de paz calmara mis oídos.

La reunión de aquel martes fue intensa, pero en ella supe la táctica que pensaba emplear Edmond para que finalmente el dueño del consorcio Solier accediera. Aquello solo era una toma de contacto y previo ensayo para la verdadera reunión que tendría lugar al día siguiente, por lo que no pude evitar estar nerviosa durante todo el viaje a pesar de que Edmond no dejaba de repasar los detalles. No tenía ni idea de como se hacían aquellos grandes negocios y mi experiencia solía ser nula en esos casos, aunque podía estar algo tranquila por la presencia de ese dios nórdico que sabía defenderse y teniendo en cuenta que yo solo asistía porque el contrato me vinculaba expresamente. Quería estar a la altura de las circunstancias, sobre todo por lo que podía cambiar aquello en mi futuro profesional. Sería como dar un salto gigantesco hacia la cima para que mi nombre se escuchara en todas partes, incluido en mi propio país.

Había pensado que el dueño de Solier debía ser un hombre mayor, o al menos que sobrepasara la edad de mi padre, no que tuviera más o menos la misma edad que Edmond.

—¿Es esta la promesa de la que todos hablan? —preguntó sonriente aquel hombre mientras se levantaba de su asiento y se acercaba hasta nosotros.

Su piel era bastante bronceada de forma natural y su cabello oscuro al igual que sus ojos me recordaba a uno de esos modelos griegos que había visto en alguna pasarela de moda. Era atractivo, de eso no había duda y con aquella sonrisa de dientes blancos cualquiera podría afirmar que era lo suficientemente seguro de sí mismo para saber el efecto que causaba en el sexo contrario.

—Ella es Olivia Damas o tan bien conocida como Olive Dufort —

aseguró Edmond mientras nos presentaba y aquel individuo no apartaba su mirada.

—No mencionaste que era tan hermosa, ahora entiendo porqué todos hablan de ella —afirmó sonriente ante mi silencio y probablemente enrojecí porque no había esperado aquella cercanía y más aún, su auténtico descaro al decirlo en voz alta.

¿Debía ofenderme por aquella afirmación? Si no fuera porque aquel tipo era el puente para un acuerdo mayor, le habría mandado con mucho gusto al mismísimo infierno.

En ese momento miré a Edmond que permanecía con el rostro serio y no parecía hacerle ninguna gracia aquel comentario. Lo cierto es que no sabía como interpretar aquel gesto, pero en cierto modo me agradó que no le riera aquella gracia.

—Si estoy aquí es por mi talento, no por mi supuesta cara bonita —contesté altivamente y en lugar de tomarlo como una ofensa, aquel tipo pareció entender que le había lanzado un reto.

—Me gusta... —dijo alzando un dedo y señalándome mientras dirigió su mirada a Edmond—. También se te olvidó mencionar que tenía carácter.

¿Y qué esperaba?, ¿Qué fuera una gatita mansa? Va a ser que no.

Me importó un comino el guion que había establecido Edmond después de aquel comportamiento, sino que mantuve mi carácter y mis decisiones hasta la última imposición a pesar de cierta postura inflexible por su parte al principio. Aquello lejos de decepcionarle a aquel tipo, pareció encantarle que alguien no le siguiera la corriente y aceptase sus términos, sino que le plantase cara e impusiera sus propias decisiones y ante la estupefacción de ambos, llegamos a un acuerdo mucho mejor del que había aspirado Edmond en un principio, Matthews Solier no solo quiso una, sino cuatro colecciones completas y pagaría por adelantado todas y cada una de ellas.

—Imagino que no me negarás una invitación para cenar y celebrar este acuerdo, ¿verdad? —preguntó Matthews Solier mirándome únicamente a mí —, aunque por desgracia tendrá que ser en otra ocasión, ya que debo coger un vuelo inmediatamente muy a mi pesar —añadió cogiéndome la mano y depositando un beso en el dorso.

—La próxima vez que nos veamos le daré la respuesta —admití para ganar tiempo y ante mi sorpresa aquel hombre me dedicó una sonrisa sincera, como si de algún modo le agradara mi respuesta en lugar de mandarme

literalmente a freír puñetas.

Cogimos de regreso al hotel el coche de alquiler y aunque Edmond permanecía demasiado callado yo estaba eufórica por que todo hubiera salido tan condenadamente bien.

—Un hombre peculiar ese tal Solier —mencioné pensativa.

—¿Acaso te gusta? —Fue su única respuesta.

—¿Habría algún problema en que así fuera? —contesté con otra pregunta.

—Esa no es una contestación a mi pregunta ¿Te gusta o no? —insistió y me mordí el labio porque de algún modo intuía en su forma de exigirlo que quería saberlo.

—Cuando tú contestes a la mía te daré una respuesta —respondí cruzándome de brazos.

—¡Maldita sea!, ¡Claro que hay un problema!, ¡Ese tipo solo quiere acostarse contigo!

—¿Y? —pregunté como si saberlo no cambiara nada.

—¡Entonces te gusta! —gritó fuera de sí.

—Yo no he dicho eso —contesté serenamente.

—No juegues conmigo Olivia, porque antes envió ese acuerdo al infierno que verte en brazos de ese tipo.

¿De verdad acababa de decir aquello?

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Ponme a prueba —afirmó retándome con la mirada y en ese momento no sé que tipo de corriente eléctrica recorrió mis venas, pero necesitaba sentir de nuevo aquellos labios.

El coche se detuvo de un frenazo a pocos metros de la puerta del hotel y la respiración de Edmond era acelerada, imaginé que la mía también. Era consciente de que las chispas de electricidad estaban a punto de saltar para incendiarnos, así que agarré el cuello de su camino y le acerqué hasta tener su boca a tan solo unos milímetros de distancia.

—Sabes que sería capaz de hacerlo —susurré, solo que jamás admitiría que no me interesaba en absoluto hacerlo.

Su respuesta no fue otra que fundir su boca con la mía con tanta intensidad que tuve la certeza de que no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar que no fuera en los brazos de ese dios nórdico aquella noche.

Capítulo 43

Era incapaz de abandonar el sabor de su boca fusionándose junto a la mía, de percibir la esencia que con tanto anhelo había extrañado y me rendí ante aquella caricia con evidente falta de delicadeza, pero que abrasaba mis entrañas hasta convertirme en puro fuego.

¿Cómo había pensado que podría alejarme de aquel sentimiento? Ni en mi más ferviente deseo de haberlo querido podría renunciar a lo que ese dios nórdico provocaba en lo más profundo de mi ser. Hacía que una parte de mi floreciese a pesar de todo el resentimiento que aún le tenía, como si una fuerza inexplicable me arrastrara hacia él del mismo modo que el cauce de un río arrastra la corriente.

Percibí como sus manos se aferraban a mi cintura para acercarme hacia él y el calor de su cuerpo rozó el mío de forma que jadeé entre sus labios al verme consciente de su cercanía, de esa inaudita sensación que solo él conseguía.

Sus labios se apaciguaron lentamente hasta que noté como aquella pasión remitía lentamente y cuando abrí los ojos para contemplar esa mirada azul brillante, cargada de un absoluto y tenaz deseo, pensé que enloquecería aún más si era posible.

—Dame una razón para que no te lleve hasta mi habitación y te haga mía.
—Su voz era grave, al menos un tono más grave de lo que solía serlo y aquellos ojos me observaban de forma intensa, como si me estuviera advirtiendo de los placeres carnales a los que me tentaba.

Podría haber dado muchas razones banales y absurdas para que aquello terminase rechazándole de nuevo, pero hacerlo no cambiaría las circunstancias y menos aún el incontrolable ardor que estaba sintiendo porque cumpliera cada una de esas promesas que veía en sus ojos.

—No puedo —admití para su absoluta sorpresa—. No tengo razón alguna para que no lo hicieras —añadí sin dejar duda alguna.

Repentinamente sus manos acogieron mi rostro acercándose al suyo y sentí su respiración agitada rozando mis labios. No era un beso, aunque palpaba el frescor de su aliento y aquella absoluta esencia de masculinidad que me enloquecía.

—¿Eres consciente de tu respuesta? —inquirió de forma explícita—. Porque no creo poder soportar de nuevo que me digas que ha sido un error y menos aún si percibo el deseo recíproco en tu rostro.

«Tocada y hundida» pensé sabiendo que negarlo solo confirmaría la evidencia.

—Lo soy —gemí y rocé sus labios instintivamente cuando de mi boca salieron aquellas palabras.

—Dime que no te arrepentirás mañana —susurró a la vez que el candor de sus labios me arrebatava un cálido beso—. Necesito escucharlo del propio sonido de tu voz.

No entendía aquella necesidad de que lo hiciera, ¿Cuáles podrían ser las razones?, ¿Acaso herí su orgullo cuando le dije que fue un error?, ¿Quizá de algún modo creyó que se habría aprovechado de la situación? Fuera cual fuera la respuesta no me importaba en aquel momento, solo quería volver a sentirme viva de nuevo, que me hiciera volar entre aquellos brazos para alumbrar el firmamento.

—No lo haré.

Comprendí que con esas palabras había cambiado todo. Acababa de marcar un antes y un después entre nosotros, pero a pesar de saberlo no me sentí diferente, ni tampoco maldecía mi decisión por sucumbir ante las tentaciones que solo podía darme la misma persona por la que sentía un infinito reproche. Era consciente de que esa sería la única forma de tenerle y rendirme ante lo inevitable; el amor que aún sentía por ese hombre.

—¡Oh Dios! —exclamó con fulgor mientras me apretó contra él y sus brazos rodearon los míos en un abrazo tan fuerte que sentí cada musculo de su anatomía pegado al mío—. No puedes imaginar cuanto he deseado este instante.

«Dudo que más de lo que lo hice yo» pensé mientras notaba como su boca volvía a fusionarse con la mía y era incapaz de mediar palabra alguna.

Apenas fui consciente de como llegamos hasta la habitación, solo se que Edmond le tiró las llaves al aparcacoches del hotel como si no le importase lo más mínimo haberlo dejado a demasiada distancia y literalmente me arrastró

a paso veloz hacia el ascensor, donde después de pulsar el botón de la quinta planta sus besos silenciaron el ruido de puertas que nos conducía hacia el único lugar que nos daría la privacidad que buscábamos.

No me importaba actuar como una adolescente en celo, sobre todo porque nunca había podido gozar de esa fase en mi vida. El único hombre al que había conocido como tal era a él y a pesar de no pretenderlo, seguía siendo el único que me excitaba lo suficiente para que mi comportamiento fuera tan desinhibido.

En el momento que noté la madera fría y dura tras mi espalda, supe que no había vuelta atrás, que aquel sonido que producía mi garganta solo era síntoma de lo que ese dios nórdico me hacía sentir en cada uno de los poros de mi piel mientras me acariciaba con sus manos.

Vestía un conjunto de dos piezas con falda plisada y camisa blanca, así que pude percibir como esos dedos ascendían por mis piernas deleitándome en cada suave caricia que a su paso me hacía, deseando que en cualquier instante rozase la fuente de calor prohibida. Abrí mis piernas y aquellos fuertes brazos me alzaron hasta que me enrosqué en su cintura a la vez que sentía mi peso liviano entre sus manos. Edmond no solo me depositó con delicadeza sobre aquel suave lecho, sino que su cuerpo envolvió al mío conforme sus besos candentes se propagaban a lo largo de mi cuello hasta perderse tras los botones de aquella camisa.

Era un deleite. Quería saborear cada espléndido momento como si temiera que tarde o temprano se terminase. Necesitaba vivirlo intensamente, ser consciente de que estaba sucediendo verdaderamente y aquellas caricias suaves que ese bombón del norte me hacía trastornaban el poco autocontrol que en mí ejercía. La presión de aquel sujetador se evaporó del mismo modo que lo hizo aquella prenda, tan rápido que apenas sentí la liberación de mis senos antes de que sus manos los acogieran y su boca engullera uno de ellos. La sensación no solo era inaudita, sino que no pude más que echar ligeramente la cabeza hacia atrás dejándome avasallar por aquella increíble percepción que evocaba un placer infinito.

Necesitaba sentirlo en todo su esplendor. Que me poseyera. Y antes siquiera de clamarlo en voz alta no importándome en absoluto lo que pudiera pensar al respecto, sentí como uno de sus dedos se adentraba en mi interior y gemí por puro instinto.

—Soy incapaz de controlarme cuando estoy contigo —susurró en mi oído

conforme sentía que aquella presión salía y volvía a entrar de nuevo.

Giré mi rostro hasta apresar su boca y mordí su labio siendo consciente de que necesitaba desahogar aquella sensación que me provocaba.

¿Él era incapaz de controlarse? Más bien parecía al contrario según mi propio juicio.

—No lo hagas —susurré anhelando verle en su condición más salvaje.

Jamás pensé que mi petición sería escuchada, de algún modo creí que no iba a descubrir más en él, pero noté su total abandono de sí mismo cuando de un solo movimiento se adentró llenándome por completo, haciéndome vibrar en los confines de mi cuerpo. Aquella pasión con la que percibía cada una de sus embestidas mientras me apretaba contra su cuerpo me abrumaba, sus manos se entrelazaban con las mías como si no quisiera que le abandonara y el sabor de sus labios me conducía hasta el paraíso. Era exquisito, sublime y absolutamente arrollador en cada fiel movimiento que me arrastraba poco a poco hasta la inmensidad de aquel orgasmo plausible.

—Ni en un millón de años podría cansarme de contemplar tu inaudita belleza —escuché cuando apenas abrí los ojos y visualicé de nuevo ese rostro que me observaba con absoluto asombro.

¿De verdad Edmond me consideraba tan hermosa para él? Quería creerlo, fervientemente deseaba hacerlo, pero era incapaz de dejar que mis pensamientos aflorasen para después decepcionarme y aquel momento se desvaneciera entre mis dedos.

Guardé silencio intentando ver la verdad en aquellos ojos azules, creyendo que de algún modo podría ser capaz de hacerlo.

—¿Hay verdad en tus palabras? —pregunté al no encontrar esa sinceridad en sus ojos que tanto buscaba, quizá porque nunca había sabido identificarla para saber si existía.

—Tanta como estrellas en el firmamento —susurró cogiendo mi mano y depositando un suave y cálido beso en el interior de la muñeca—, pero te lo repetiré las veces que sea necesario hasta que no tengas ninguna duda.

¿Podría ser Edmond de la Court un hombre sumamente dulce?, ¿Era posible que bajo toda esa fachada de seriedad y pulcritud se escondiera un alma noble? Jamás me había permitido verlo y desde luego podría ser todo un descubrimiento. Entonces... ¿Por qué sentía una apremiante sensación de que me ocultaba algo?, ¿De que aquello escondía un fin mayor como Daniel me había advertido desde un primer momento?

Obvié esa sensación desterrándola de mi mente, no quería creerla y pretendía hacer oídos sordos a ella. En aquel momento solo me importaba lo que estaba sucediendo en aquella habitación, en ese lecho en el que solo éramos dos amantes con un pasado en común que prefería no recordar. Quería ese instante. Saborearlo y degustarlo lentamente, lo demás no importaba... ni tan siquiera el rencor que aún pudiera tenerle porque ya tendría tiempo suficiente de reprochármelo a mi misma o de arrepentirme de esa coyuntura en mi decisión.

El silencio fue acallado por el sonido de sus labios sobre mi piel, llenándome de nuevo, sintiendo que para ninguno de los dos sería suficiente aquella noche y probablemente para mi pesar, no bastaría una vida para saciarme de aquel hombre. Jamás sabría porqué tenía que ser él y probablemente moriría sin saberlo, pero Edmond de la Court tenía algo que ningún otro hombre jamás tendría; mi alma.

En el instante en que abrí los ojos sentí el entumecimiento de mis músculos y ese latente dolor debido al desenfreno. Eran las cinco de la mañana cuando miré por última vez el reloj antes de quedarme dormida de puro agotamiento. Noté esa calidez junto a mi espalda y percibí aquel brazo que me tenía rodeada bajo mi pecho, apresándome en una cárcel de músculos demasiado confortable para mi cordura.

¿Era esa la primera vez que despertaba junto a Edmond en la misma cama? Pensé recordando años atrás, cuando él nunca estaba en el momento que la luz de la mañana me despertaba.

No. No era la primera vez si tenía en cuenta el momento en el que me acosté con él creyendo que solo era un sueño y aunque aquel despertar había sido delicioso por ver la escena tan tierna que compartía con Francois, debía admitir que nada se acercaba a ese sentimiento sobrecogedor en el que ahora me encontraba. Deseaba permanecer así solo un instante más para atesorar ese recuerdo, ese momento en el que por primera vez me sentía protegida entre sus brazos creyendo cada una de sus palabras, teniendo una leve y casi susurrante esperanza de que le importaba de verdad.

La alarma del teléfono comenzó a sonar y escuché el quejido de su garganta reclamar ante la insistencia de aquel aparato. Me quedé quieta esperando su reacción al estar en la misma cama, creyendo que de alguna manera se habría quedado dormido y huiría como tiempo atrás siempre hacía, pero una vez más erré en mis conclusiones y no solo volvió a colocar aquel

brazo sobre mi cintura, sino que me atrajo hacia él haciendo que sintiera su abdomen en mi espalda y el calor de su cuerpo embriagando por completo al mío.

Jadeé, ¿De que otro modo iba a responder ante un gesto tan íntimo?

—¿Te he despertado? —exclamó con esa voz ronca y dormida que casi me roba el aliento.

—No —susurré y percibí que mi voz sonaba igualmente extraña debido al deseo que él me provocaba.

Me hizo rodar lentamente hasta que observé aquel rostro algo adormilado, ese cabello rubio despeinado y una elocuente sonrisa que no llegaba a comprender a qué se debía.

—Hermosa y bella, más aún que la flor más majestuosa —contestó pasando un dedo sobre mi nariz y no sabía exactamente a qué atenerme.

—Encuentra esa flor y te diré si llevas razón —contesté con cierta rebelión.

En ese momento escuché su risa, ¿Podía ser aún más guapo cuando sonreía? No. Definitivamente era imposible.

—¿Acabas de lanzarme un reto, querida?

Espera. Espera. Espera. ¿Me ha llamado querida?

«Si. Acaba de hacerlo. No estas sorda. No. Lo ha hecho»

—Acabo de hacerlo —afirmé altiva y yo misma sin saber porqué sonreí con mi propia respuesta.

¿Qué estaba haciendo?, ¿Qué narices me estaba pasando y porqué estaba actuando de aquella forma?

No es que hubiera pensado crear un acercamiento, de hecho, ni tan siquiera había pensado en qué demonios iba a suceder en cuanto me acostara a sabiendas con ese dios nórdico, pero quisiera o no aceptarlo me sentía demasiado bien a su lado.

La vuelta a París se hizo definitivamente mucho más corta que la ida, sobre todo porque fui plenamente consciente de cada minuto del viaje en el que Edmond no soltó mi mano ni un instante, salvo para pasar el control de seguridad aéreo y supuse que fue porque no le había quedado más opción que hacerlo, pero incluso en ese momento percibí cuando llegué a su lado, como la cogió de nuevo para entrelazarla entre sus dedos como un gesto normal, liviano y tan cercano que era como si siempre lo hubiera hecho.

No sabía como sentirme y menos aún quería admitir que me encontraba

en las nubes de aquel extraño acercamiento que parecíamos estar teniendo.

—¿Qué te parecería si salimos todo el fin de semana en barco? — preguntó poco antes de bajar del avión—. A Francois le encantará.

Ahora la idea de pasar cuarenta y ocho horas metida en aquel barco a solas con mi hijo y él no me parecía tan obscena, de hecho, me resultaba de lo más apetecible teniendo en cuenta la noche de pasión y fuego que acabábamos de tener.

—¿Todo el fin de semana? —inquirí alzando una ceja—. Recuerdo que solo había un camarote—advertí.

Por toda respuesta Edmond se acercó lentamente, como si de algún modo estuviera estudiando mis movimientos y buscara atisbar algún alejamiento por mi parte o así lo entendí, pero en cambio permanecí inmóvil esperando que era aquello que pretendía hacer o decir.

—No tengo ninguna intención de apartarme de tu lado, ya sea con luz del día o sin ella —contestó de un modo que casi estuve tentada a desear que lo dejase por escrito para asegurarme de que así era.

Veía la tenacidad en sus ojos, la clara intención en sus firmes palabras y solo podía pensar en que quizá y solo quizá, algo en él había cambiado.

Capítulo 44

Francois estaba emocionado por nuestro regreso, así que decidimos pasar la tarde libre jugando en el jardín en lugar de asistir a la oficina. Después de todo, la reunión había sido exitosa y yo no tenía idea alguna de cuando regresaríamos de Bruselas, por lo que no había contado con esa tarde para adelantar trabajo y parecía que Edmond había tenido la misma idea o cambiado los planes para permanecer allí con nosotros.

—¿Ya se ha dormido? —pregunté cuando vi aparecer a ese dios nórdico a través del pasillo que conducía a las escaleras de la planta superior donde se encontraban las habitaciones mientras terminaba de secar los últimos platos de la cena.

—Si. Estaba rendido después de corretear toda la tarde —contestó sonriente y noté como se acercaba hasta donde me encontraba para quitarme el trapo y el vaso que tenía en las manos mientras lo depositaba en la encimera—. Eso puede esperar —aseguró cogiéndome de la mano y arrastrándome hacia el exterior de la casa.

—¿Dónde vamos?, ¿Y Francois?, ¿Y si...

—Cssh —siseó y del bolsillo se sacó una especie de móvil pequeño donde aparecía la imagen de Francois durmiendo apaciblemente en su cama—. Acabo de instalarlo, si se despierta lo veremos —añadió en voz baja conforme cerraba la puerta de casa y rodeábamos el jardín hasta llegar a la parte trasera.

No sabía exactamente cuáles eran sus intenciones, pero tenía que reconocer que no saberlo me excitaba más que el hecho de saber sus planes. En un principio pensé que solo se trataría de darnos un baño en la piscina, pero de pronto sacó unas llaves y vi que se dirigía hacia la casita que había justo al lado que siempre había pensado que serían los vestuarios o los baños.

—¿Por qué venimos aquí? —pregunté totalmente extrañada.

¿Tal vez pretendía que nos desnudásemos allí mismo? Si ese era el caso me parecía menos excitante que hacerlo en la propia piscina.

—Porque te gustará —advirtió guiñándome un ojo—. Y aún tenemos que brindar por ese acuerdo que cerramos ayer.

Por un segundo me dieron ganas de decirle que él mismo había admitido que sería capaz de renunciar al mismo, pero lo cierto es que no me importaba en absoluto, porque cuando divisé aquel enorme jacuzzi en medio de esa cabaña de madera, comprendí lo errada que había estado creyendo que aquel lugar podría albergar algo insignificante.

En ese momento solo pensé en una cosa; ¿A cuántas mujeres habría llevado aquel dios nórdico hasta ese lugar? Y no pude resistirme a preguntarlo.

—¿Has sustituido el apartamento al que me llevaste por este jacuzzi como lugar donde llevar a tus conquistas? —Las palabras habían salido de mis labios sin pensar mucho en ellas, pero sentía que si las guardaba en mi interior iban a producirme una ulcera gigantesca.

No esperé que su respuesta fuera una sonora carcajada. ¿Es que acaso causaba gracia mi pregunta?, ¿O es que acababa de pillarle y no sabía como responder sin que se notara?

—Tú eres la primera mujer que ha pisado este lugar, si debo exceptuar a la señora que viene a limpiar la casa por supuesto.

—¿De verdad esperas que me lo crea? Hasta donde sé estuviste casado...

En ese momento su semblante cambió y su ceño fruncido me hizo ver que el tema no parecía gustarle, aún así no hizo referencia a que no hablara de ello.

—Me mudé a esta casa después del divorcio. Siempre he vivido aquí solo... hasta que vinisteis vosotros.

¿No era la casa en la que había vivido con su mujer?, ¿Y porqué se había mudado a un lugar tan grande si estaba solo? No entendía nada del comportamiento de este hombre.

—¿Entonces no tienes este jacuzzi para impresionar?

—No —negó—. Lo tengo para intentar desconectar del trabajo ya que le dedico todo mi tiempo. Por eso está cubierto, para utilizarlo todo el año, pero si a ti te ha impresionado estaré más que satisfecho por haber decidido instalarlo.

Quería pegarme un punto en la boca y rectificar de principio a fin mis palabras, aunque una vocecilla me decía que muy probablemente podría estar mintiendo, aunque yo no era quien para juzgar lo que hacía o deshacía en su

vida, por lo que no encontré ningún argumento para que no me estuviera diciendo la verdad.

—Ya te diré si me impresiona después de probarlo —mencioné mientras metía una mano y comprobaba que el agua no era fría, sino más bien templada.

En algún momento sin que yo me diera cuenta, Edmond había ido hasta allí para prepararlo todo, porque hasta la botella de champán en su cubitera y las copas de cristal, permanecían listas para ser usadas.

El burbujeo constante era un placer sumamente relajante y el hecho de que solo se escuchase el agua, parecía aún más glorificante. Solo había algo que me hacía estar intranquila; él. Ese bombón andante con abdominales de infarto que permanecía desnudo a mi lado sabiendo que suponía toda una tentación por más que intentase apartarle de mi mente para relajarme en aquel jacuzzi.

—¿Por qué brindamos? —pregunté después de que descorchara la botella y yo sujetara ambas copas para que las sirviera.

—Por ti, por mi y por muchas más noches como esta —dijo sorprendiéndome mientras chocaba mi copa contra la suya sin dejar de mirarme a los ojos intensamente.

No hacía falta ser un genio para saber que aquel plausible deseo seguía intacto y que pese haber tenido una noche de pasión previa, no parecía ser suficiente para acallararlo. En cuanto bebí el contenido de aquella copa sin apenas degustarlo, la dejé en su lugar correspondiente justo antes de ver como él me arrastraba hasta colocarme en su regazo.

—Eres una tentación constante Olivia Damas —susurró jadeante en mis labios y sonreí de puro placer por saberlo.

Su boca se unió con infinito fervor a la mía, encontrándose y devorándose al mismo tiempo.

No existía ropa alguna que desvestir, ni cama a la que llegar, por lo que sus manos guiaron mi cuerpo a través del suyo hasta el momento en el que notaba como se introducía en mi interior conforme mi lengua se fusionaba con la suya en un ritmo sin precedente alguno.

Solo recordaba un lugar donde había estado en la misma postura que ahora, dentro de aquel coche en ese garaje a oscuras y ya fuese aquel recuerdo o esa pasión arrolladora, comencé a sentir como me abandonaba al placer que me otorgaba mientras mi cuerpo se acompasaba al suyo a un ritmo

salvaje, no me importara lo más mínimo otra cosa que no fuera el propio placer que obtenía a cambio de cada una de sus embestidas certeras y apasionadas.

Sentía aquella sensación recorrerme del mismo modo que sus manos frotaban mi cuerpo y apretaban mis senos fuertemente, de la misma forma en la que sus dientes mordían suavemente mis pezones haciendo que gritara de puro éxtasis. Quería más. Deseaba más y en consecuencia, exigí más de ese dios nórdico que comenzó a aumentar el ritmo en base a mis propios deseos.

—Quédate conmigo —jadeó cerca de mi oído y de mis labios solo salió un leve gemido.

Sus dedos tocaron el punto exacto de mi anatomía para que me derritiera ante las oleadas de placer que se acercaron justo después.

«Definitivamente es una sensación inaudita» pensé mientras me dejaba caer sobre su cuerpo completamente rendida.

Estuvimos mucho más tiempo en aquel jacuzzi literalmente abrazados como si el tiempo se hubiera detenido, como si ninguno quisiera que se terminara la noche y en algún momento cuando mis ojos comenzaban a cerrarse, sentí como aquel dios nórdico me elevaba entre sus brazos y me transportaba en mitad de la noche hasta su cama, esa misma que hasta el momento no había conocido y que solo días atrás pensaba que jamás conocería.

—¡Mami!, ¡Mami!

Los gritos de Francois me desvelaron y cuando abrí los ojos por un momento no supe donde me encontraba hasta que noté aquel cuerpo junto al mío, definitivamente esa era otra mañana en la que despertaba a su lado.

Salí apresuradamente de la cama no importándome estar completamente desnuda y en el momento que abrí la puerta encontré a mi pequeño rubio con su pijama y peluche favorito colgando de la mano mientras hacía pucheros por no encontrarme.

—Estoy aquí pequeño, ven —dije cogiéndolo en brazos mientras se abrazaba a mi entre ligeras lágrimas.

—¿Por qué no estabas en tu cama? —preguntó algo acongojado.

—He dormido en la cama de papá. ¿Recuerdas que una vez él durmió en la mía porque a mamá le dolía la tripita? Pues anoche le dolía a él —mentí descabelladamente y agradeciendo a Dios que a los tres años se tuviera una inocencia abrumadora.

Pareció consolarse, más aún cuando le prometí que desayunaríamos gofres. Estaba distraída mientras sentía el ruido del televisor de fondo donde Francois se abstraía completamente viendo sus dibujos favoritos a la vez que le preparaba el desayuno. Adoraba aquella ingenuidad en la que no era consciente de lo que estaba ocurriendo entre su padre y yo. Aquella noche había sido magnífica, apoteósica y podría jurar que me desvivía porque llegase de nuevo la oscuridad para que se repitiera de la misma forma.

Unas manos rodearon mi cintura y di un pequeño salto al no esperarlo, hasta que sentí la calidez de su cuerpo tras el mío y giré el rostro para comprobar que Francois seguía a lo lejos tumbado en el sofá completamente abducido.

—Me encanta este olor... y más si proviene de ti —jadeó mientras su nariz se posaba en mi nuca rodeando mi cuello y sus manos se aferraban a mi cintura estrechándome contra él con más ahínco.

—¿Es una forma de decirme que quieres que prepare gofres asiduamente?
—exclamé en un tono divertido.

—Quizás —contestó y sentí como sus labios se posaban en mi hombro.
—Aunque la próxima vez prefiero encontrarte en mi cama cuando despierte.

¿La próxima vez?, ¿Ya estábamos estableciendo próximas veces?

—Casémonos. —Su voz sonó tan firme y tan segura cerca de mi oído que en ese instante tuve que creer que no había sido real, que aquella palabra la debía haber malinterpretado de alguna forma.

—¿Qué? —exclamé completamente abrumada porque seguía sin ser consciente de que aquello hubiera salido de sus labios.

¿De verdad había mencionado matrimonio?, ¿Acababa de decir que nos casáramos?

—Casémonos —repitió ahora con más convicción si aún cabe que la anterior.

No podía ser verdad. No podía estar proponiéndome matrimonio de esa forma cuando apenas un día atrás guardábamos las distancias. En ese momento comprendí que debía haber una razón, un porqué y ese porqué no serían palabras de amor, eso lo tenía claro.

Se suponía que años atrás habría podido soñar con ese momento, con las mariposas que habría sentido, con el absoluto convencimiento de que sería el día más feliz de mi vida, solo que años atrás fui consciente desde el primer momento que Edmond de la Court jamás se fijaría en alguien tan

insignificante como yo.

—¿Por qué? —exigí de pronto y sintiendo como una furia en mi interior me carcomía—. ¿Por qué ahora te parece conveniente que nos casemos?

De pronto su semblante pareció dudar y le miré detenidamente mientras él parecía meditar qué responder en aquel instante.

—No entiendo a qué te refieres con que me parece conveniente —contestó finalmente.

—¿No? —exclamé cruzándome de brazos y todo aquel resquemor que sentía salió sin contemplaciones—. ¿Quizá sea porque puedo reclamar la herencia que me corresponde por derecho y no te conviene que lo haga?, ¿O porque es conveniente para la Court Royale retenerme después del acuerdo millonario que ha conseguido a mi costa?, ¿O tal vez sea un compendio de ambas cosas junto al hecho de que así estarás cerca de Francois?

—¿De verdad piensas eso? —preguntó asombrado.

—¿De verdad crees que no lo haría teniendo en cuenta como me trataste en el pasado? Ya confié una vez en ti y me engañaste. Te burlaste de mi inocencia y me mentiste a los ojos con algo que sabías que para mi era importante. ¿De verdad pretendes que no crea que hay dobles intenciones en tu propuesta? Hasta hace solo unas semanas me detestabas, es más, si hubieras podido me habrías echado tú mismo a patadas de tu querida empresa, ¿Y ahora pretendes que nos casemos como si no hubiera sucedido nada hace casi cuatro años?, ¿Pretendes que olvide que me usaste y tiraste como a una colilla sin importarte lo más mínimo? Por supuesto que pienso que esas son tus verdaderas intenciones y no otras. ¿Acaso estoy errando en mis conclusiones?

—No traté de engañarte. Al menos no del modo en que crees que lo hice —aseguró de una forma que casi estuvo tentada a creerle.

—Ah, ¡Es cierto! —exclamé de forma irónica—. Que tus intenciones eran ponerme a trabajar como limpiadora en lugar de comenzar mi carrera como aprendiz de diseñadora de moda... —admití con gran rencor.

—Sé que no vas a creerme, pero no decía la verdad cuando le dije aquello a mi hermano Antoine.

—Tienes razón. No te creo —aseguré firme.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas? Dime que debo hacer para que confíes en mi y lo haré.

«Demuéstrame que me quieres, que de algún modo inexplicable me

amas» susurré en mis adentros sabiendo que aquello era impensable, que en Edmond solo había pasión y deseo como me había demostrado en las últimas cuarenta y ocho horas, pero nada que hiciera referencia al amor. Quizá en él eso era razón suficiente para contraer matrimonio si sumaba el interés personal que le suponía aquel enlace, pero no para mi. Yo necesitaba mucho más de algo que él no podía darme.

Quería mucho más que aquella pasión que nos consumía. Deseaba infinitamente más que ese fuego que nos arrastraba, pero por sobre todas las cosas era consciente de que la única forma en la que podría romper con ese pasado era sabiendo que me amaba.

—Lamentablemente no hay nada que puedas hacer para que vuelva a creerte —admití siendo consciente que aquello jamás sucedería. Sabía que aquel había sido un amor imposible desde el primer instante en que mis ojos recayeron en los suyos cuando entré en aquella cocina.

Media hora después salí de aquella casa con lo imprescindible y cogí el primer avión de regreso a España. No tenía una razón por la que ir a casa de mis padres, ni tampoco sabía que iba a decir cuando mi madre me viera aparecer de improviso con las maletas, pero tenía que poner distancia y ser consecuente con lo que sucedería desde ese momento para el resto de mi vida.

Capítulo 45

EDMOND

La había perdido. Cuando parecía que volvía a ser mía, en el momento en que por un instante pensé que la vida me daba una segunda oportunidad, ésta se había desvanecido entre mis dedos haciendo que la perdiera para siempre.

—Soy un estúpido, ¡Definitivamente soy estúpido! —grité tirando lo primero que cogí sobre la mesa del despacho y rebotó contra la puerta justo antes de que se abriera.

—Pues sí que la cosa pinta mal...

La voz de Antoine hizo que le mirase fríamente. Sabía que no podía culparle porque yo era quien no obró bien desde un principio, pero si no hubiera abierto esa boca o si no hubiera cogido aquel maldito cheque, nada de esto habría ocurrido.

—¡Tú mejor te largas porque no estoy de humor para tus reproches!

—¿Se puede saber que ha ocurrido para que estés con ese humor de perros?

No me apetecía en absoluto contarle lo que sucedía, pero en el fondo sabía que necesitaba desahogarme con alguien o explotaría. Llevaba dos días sin dormir, sin saber donde demonios había ido Olivia con mi hijo y no me atrevía a llamarla porque sabía que me mandaría al diablo si lo hacía. Si no fuera porque sabía que lo estaba haciendo a conciencia, en esos momentos estaría en comisaría en lugar de tratar de matar el tiempo en mi despacho.

—Olivia se ha ido.

Admitirlo era aún más doloroso. La echaba de menos. Solo habían sido dos malditos días y les añoraba como si formaran parte de mi mismo. La quería de nuevo en mi casa, en mi cama y escuchar la risa de Francois cada mañana llenando el silencio de aquella casa. Quería volver a sentir ese olor a dulce que impregnaba mi cocina por las mañanas y el sabor de sus labios cada vez que la besaba... ¡Dios!, ¡No quería vivir sin ellos!, ¡Les necesitaba en mi vida!

—¿Se ha ido?, ¿Te refieres a que se ha mudado de tu casa porque ha encontrado apartamento? —preguntó Antoine algo confuso.

—¡Me refiero a que la he perdido joder! —grité sin poder controlarlo—. Es mi jodida culpa, por más que quisiera no puedo arreglar lo que hice.

—¿Por qué no te invito a una copa y me cuentas mejor todo lo que ha

ocurrido para que lo entienda? —inquirió Antoine y de algún modo sabía que tenía que confesar lo que me estaba oprimiendo el pecho.

No fue una copa, sino tres las que tuve que tomarme para contarle todo lo sucedido y qué significaba para mi aquello. Antoine no parecía juzgarme, ni tampoco pareció impresionado con cada palabra que fui relatando mientras mi copa se iba vaciando.

—¿Por qué le pediste realmente que se casara contigo?

—¿Tu también crees que lo hice por conveniencia? —exclamé ofuscado—. Sé que me casé con América porque era un matrimonio ventajoso para ambos, pero ya aprendí la lección una vez como para intentar cometer la misma estupidez dos veces.

—¿Y entonces?, ¿Por qué esa forma de precipitarte?

—La quiero —confesé—. Es la única mujer que he querido en toda mi maldita vida y tenía miedo de volver a perderla porque sé que no la merezco —admití—. La sola idea de pensar que puede llegar otro mejor que yo y llevársela me aterra. Pensé que si se casaba conmigo, que si me aceptaba... era porque nos estaría dando una oportunidad y porque de algún modo podría perdonarme.

—Ya era hora de que lo admitieras... ¡Joder Edmond!, ¿Por qué no se lo dijiste?, ¿Por qué no confesar que la quieres? Es la única forma de que ella se convenza que no tienes otras intenciones en tu propuesta.

—¿Es que no has oído lo que te he dicho? Me dijo que no creería nada de lo que le dijese.

—Si de verdad la quieres como dices, entonces demuéstraselo. Haz lo que tengas que hacer para que no tenga ninguna duda de que la amas.

¿Demostrárselo?, ¿Y como narices podía hacerlo? Ya le había preguntado que tenía que hacer para que confiase en mi y ella misma negó cualquier opción, pero sabía que no podía dejarlo estar, que me hundiría en un pozo de miseria si me resignaba a vivir aquella vida insulsa sin ella y aún más sin mi propio hijo cerca.

—¿Demostrárselo?, ¿Cómo? —pregunté completamente perdido.

—Eso solo lo puedes saber tu hermanito...

¿Qué podía hacer?, ¿De qué modo podría conseguir que ella confiara en mi sin tener una sola duda de que la amaba? En ese momento sopesé todas las posibilidades, su acusación particular para albergar esa desconfianza y la evidencia se mostro ante mi con todas las consecuencias que aquello iba a

tener.

—Sé lo que tengo que hacer —admití y por primera vez en días, una sonrisa iluminó mi rostro.

—¿Estás seguro? —La expresión de Antoine me decía que intuía mi propia decisión, pero iba a arriesgarlo todo, aunque tuviera que perder hasta el último de mis alientos en ello.

—No he estado más seguro de algo en toda mi vida, porque no deseo nada si no la tengo a ella —admití levantándome de aquella silla y vaciando la copa de un solo trago—. Te llamaré. Sabes que necesitaré tu consentimiento —advertí antes de marcharme de allí con el convencimiento de que si no me creía de aquel modo, removería cielo y tierra para hacer lo impensable con tal de que me creyera.

OLIVIA

Tres días. Habían pasado tres días desde que había regresado al hogar que me había visto nacer y en el que había pasado tantos momentos de mi infancia que ahora me parecían muy lejanos. Aunque mi padre insistió en saber qué había ocurrido, agradecí la afortunada intervención de mi madre al verme para aplacar aquella curiosidad y guardar silencio al respecto.

No tenía fuerza, ni gana alguna de revelar lo sucedido. Es más, la sola idea de decirles finalmente la verdad confesando quien era el verdadero padre de mi hijo y el causante de que volviera a encontrarme con el corazón roto me aterraba.

Hablaba con Estelle casi a diario, ella insistía en que me tomara un tiempo de descanso y no me preocupara por el trabajo, agradecía su gran preocupación, pero lo cierto es que no podía dejar de pensar en como había podido ser tan estúpida de volver a caer en sus brazos.

¿Acaso no aprendí la lección la primera vez?, ¿Es que no tuve suficiente con que me partiera el corazón una vez para repetir una segunda?

Sabía que mi juicio se iba al diablo en cuanto aquel hombre aparecía en mi vida y por eso comprendía que no podía volver. Cuánto más tiempo pasaba era consciente de que si lo hacía solo conseguiría empeorar las cosas porque era incapaz de sacarle de mi mente.

—Llevas dos días sin apenas probar bocado y por más que intentes ser fuerte delante de Francois, sé que te pasas las noches llorando. ¿Vas a contarme que ha ocurrido? Tal vez pueda ayudarte o al menos hacer que te sientas mejor si finalmente me cuentas que ha sucedido. —La voz de mi madre hizo que abandonara mis pensamientos. Intenté derramar lágrimas únicamente en la oscuridad de la noche creyendo que nadie me oiría, que de esa forma llevaría mi lamento por dentro.

—No lo entenderías —admití porque no era capaz de confesar como me estaba sintiendo.

—Soy tu madre. Creo que a estas alturas he comprendido que has querido hacer tu camino y he aprendido a dejar que hagas las cosas por tu propia elección aunque te equivocaras en tus decisiones, pero también debes saber

que estoy aquí para darte mi consejo o ayudarte si así lo necesitas.

En aquel momento comprendí que quizá tenía razón, que por más que quisiera ocultarlo al mundo y sobre todo a ellos, les debía una explicación. ¿De que otro modo hacerlo cuando me había refugiado en su propia casa a sabiendas de lo que aquello implicaba?

—Tal vez tengas razón, pero ni siquiera sé por donde comenzar...

¿Cómo decir quien era realmente Edmond y lo que eso implicaba?, ¿Cómo hacerlo cuando yo misma les había prometido que no me acercaría a la familia de la Court y mi hijo era de uno de ellos?

—¿Qué tal si empiezas por el principio? —inquirió mi madre y vi como se sentaba sobre la cama en la que durante tantos años había dormido y que numerosas noches había deseado con que llegara el día en que me iría de allí a cumplir mi sueño.

«Si hubiera sabido como cambiarían las cosas... aunque no cambiaría nada de lo sucedido si eso implicaba no tener a Francois en mi vida. Por él todo merecía la pena, incluso cada lágrima derramada»

Ni tan siquiera sabía si estaba preparada para afrontar las represalias que mi confesión tendría, aunque en el momento que decidí guardar silencio, supe que tarde o temprano tendría que revelar quien era el padre de mi hijo aunque no quisiera.

—Yo... —gimoteé buscando las palabras adecuadas, el momento exacto en el que comenzar a contar aquella historia que había marcado un antes y un después en mi vida—. Cuando murió la abuela me dejó una...

El sonido de la puerta acalló mis palabras cuando se abrió repentinamente y el rostro de mi hermano mayor se reveló ante la atenta mirada de mi madre y mía.

—¡Es que no tienes otro momento en el que interrumpir!, ¡Sal de aquí inmediatamente! —gritó histérica mi madre con ese genio que ninguno era capaz de hacerle frente.

—Lo haré cuando Olivia me diga quien es el tipo que se ha presentado en la fábrica preguntando por ella.

¿Preguntando por mi?, ¿Un tipo estaba preguntando por mi?

Por mi mente pasó la fugaz imagen del rostro de Edmond, pero debía ser imposible. Él no podría haberme encontrado tan rápido y menos aún cuando ni tan siquiera me había llamado para tratar de localizarme o hablar conmigo.

—¿Te ha dicho su nombre? —pregunté impaciente.

Realmente no sabía si quería o no descubrirlo. Por una parte, ansiaba que fuera Edmond y por otra deseaba fervientemente que no lo fuese porque no me sentía con la fuerza suficiente para enfrentarle y escuchar sus mentiras, engaños o justificaciones respecto a sus intenciones.

—No, pero destila dinero con solo verle y su acento no es que suene muy español...

—¡Oh Dios! —exclamé llevándome una mano para taparme la boca sabiendo que era él, que debía ser él. ¿Qué hacía allí?, ¿Habría ido por Francois?, ¿Se lo querría llevar? —¿Dónde está Francois?, ¿Él está bien?, ¿Está con papa? —grité completamente fuera de sí mientras sin esperar respuesta alguna de mi hermano salí de mi habitación sin mirar si mi madre y mi hermano me estaban siguiendo conforme corría a paso veloz hacia la fábrica.

Cuando me adentré en el viejo telar ni siquiera percibí la bofetada de olor a madera y tinte tan peculiar, ni tampoco sentí el ruido de fondo que hacían algunos de los telares mecánicos mientras hilaban y menos aún percibí cuanta gente había trabajando, sino que mi imagen se proyectó sobre aquella figura que permanecía agachada y completamente trajeada mientras hablaba con mi hijo y parecía decirle algo al mismo tiempo que éste sonreía.

—¡No te lo vas a llevar! —grité llamando su atención—. ¡Por encima de mi cadáver permitiré que lo hagas!

Capítulo 46

Su rostro se volvió hacia mi y una bofetada de realidad me dio de bruces. ¡Demonios!, ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente guapo?

—Olivia —susurró irguiéndose mientras no dejaba de obsérvame.

—¿Me has oído? —exclamé llegando hasta ellos y atrapando a Francois entre mis brazos como si de ese modo creyera que así estaría más seguro—. No dejaré que te lo lleves por más que sea tu hijo.

En aquel momento el pareció comprender a qué me refería y por su gesto supuse que parecía extrañado.

—No he venido porque pretenda llevarme a Francois —contestó en un tono calmado sin dejar duda alguna.

Si no estaba allí para llevárselo, ¿Para qué había ido?, ¿Para verlo? De ser así, ¿Por qué no me había llamado?

«Como si le hubieras dado a entender cuando te fuiste que le cogerías el teléfono» me dije a mi misma después de pensar en como me fui de su casa en apenas media hora.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —exclamó entonces mi padre y comprendí en ese punto que aquella confrontación que no era íntima, sino que precisamente había demasiados espectadores para mi absoluto bochorno.

¡Mierda!, ¿Cómo voy a explicarlo ahora? Pero salir indemne de aquel embrollo era impensable.

—Él es... bueno... él es...

—El padre de tu hijo —concluyó mi propio padre viendo que a mi me faltaban las palabras.

—¿El Holandés? —exclamó repentinamente mi hermano y maldije que me hubiera seguido solo para saciar su curiosidad y ansia de cotilleo.

¡En bendita hora nací en una familia numerosa encima en un pueblo pequeño!

—Soy Edmond de la Court —rectificó ese dios nórdico mirando a mi hermano fijamente—. Y no soy Holandés, soy francés.

¡Mierda!, ¿Por qué tenía que decir su nombre? ¡De aquí iré a la

crucifixión directamente!

La mirada de mi padre fue de absoluto reproche y sin saber porqué, busqué consuelo en mi madre que también estaba presente y para mi asombro había permanecido completamente en silencio pese a que aquello fuera muy extraño en ella.

—¿Por casualidad eres pariente de Francois de la Court? —preguntó mi padre en un tono poco amigable.

—En efecto, soy su nieto.

Noté como mi padre apretaba los puños y los cerraba con fuerza. Probablemente era como ver su peor pesadilla convertirse en realidad. Me había advertido que no me acercase a ellos, aceptó todas mis condiciones si no revelaba la verdad y yo en cambio incumplí sus advertencias tanto antes, como después de prometerle que las acataría.

«Soy una mala hija. Lo sé y por eso me merezco que ahora esté deseando rebanarme el pescuezo»

—Es mejor que te marches. Ya hablamos todo lo que tuvimos que hablar y ya has visto a Francois, así que puedes irte —solté en medio de aquella tensión palpable.

Sabía que en cuanto Edmond pusiera un pie fuera de aquella fábrica, las preguntas me atosigarían durante horas además de una buena reprimenda y puede que destierro por parte de mi padre.

—He venido hasta aquí para hablar contigo y no me iré sin hacerlo.

¿Hablar conmigo?, ¿Y qué tenía que decirme? Seguramente ya habría encontrado algún pretexto o mejor aún, convencerme de que las razones por las que me había propuesto matrimonio eran igualmente convenientes para mi.

¡Ni hablar!, ¡No pensaba quedarme a escuchar ninguna de sus banales excusas que estaba convencida de que serían absurdas!

—No tengo nada que...

—Solo unos minutos. No te robaré más tiempo, solo unos minutos a solas y me iré.

No era una de sus miles de exigencias, sino que en sus ojos pude ver aquel ruego y un sentimiento extraño atravesó mi pecho. Jamás me había pedido algo así y menos aún de aquella forma.

—Si crees que voy a dejar a mi hija sola contigo puedes venir por donde te has ido —soltó mi padre bruscamente.

Observé a mi progenitor algo furioso y a Edmond que solo me miraba haciendo oídos sordos a aquella amenaza.

—Te lo ruego —susurró ese dios nórdico y casi sentí que su voz acariciaba mi oído—. Solo unos minutos de tu tiempo y me iré.

—Está bien —admití finalmente sin saber porqué estaba accediendo a esa petición, pero probablemente no dejaría de martirizarme con saber que era lo que quería decirme si no lo hacía. Al menos de esa forma sabría el porqué de tanta insistencia—. Salid todos —mencioné lo suficientemente alto para que me escucharan—. Y llévate a Francois, mamá —añadí dándoselo a ella.

—¡No voy a irme! —rugió mi padre cruzándose de brazos—. Sabes lo que opino de...

—Papá por favor, voy a estar bien —inquirí sabiendo lo duro que debía ser para él aquella situación—. Te prometo que estaré bien.

Percibí como su semblante con carácter firme parecía relajarse parcialmente y dudó un momento, pero apreté su mano fuertemente para que al final cediese.

—No me apartaré de esa puerta —advirtió finalmente como si le estuviera amenazando ya que le miraba solo a él—. Y contigo hablaré luego —añadió observándome ahora solo a mi antes de avanzar hacia la puerta y ser el último en salir.

Estaba a solas en aquella enorme fábrica en la que tantos años de mi vida había pasado trabajando y de la que siempre quise huir para perseguir mi sueño. Lo había conseguido, realmente había logrado alcanzar cada uno de mis objetivos, solo que el camino había sido duro y difícil, más aún por aquel hombre que tenía frente a mi. Parecía que había regresado a mis orígenes para enfrentarme de nuevo a él y quizá debía hacerlo, era la única forma de intentar pasar página, de pretender olvidarle al fin aunque mi corazón se negase a intentarlo.

—Este sitio es mucho más grande de lo que imaginé cuando me contaste a qué se dedicaba tu familia —mencionó Edmond en mitad del silencio que de pronto nos había invadido después de que las máquinas se detuvieran tras salir hasta el último de mis primos.

—¿De verdad lo recuerdas? —ironicé—. Pensé que nunca te había importado nada sobre mi o en todo caso de donde provenía.

—Merezco que tengas esa opinión de mi —contestó sorprendiéndome y metiéndose las manos en los bolsillos—. La primera vez que te vi cuando

entraste en aquella cocina con ese pijama infantil creí que estaba teniendo una visión hasta que escuché tu voz sorprendiéndome en un idioma que había desechado por completo de mi vida. Mi madre era española, como tú —afirmó sin dejar de observarme—, en cierta forma me recordabas a ella aunque había tratado de olvidarla y si fui condescendiente contigo al principio solo era por el rencor que guardaba hacia su recuerdo, aunque en realidad oprimiera la indiscutible atracción que tenía hacia ti desde un primer momento —confesó dejándome absolutamente desconcertada por aquella confesión.

Era la primera vez que Edmond hablaba de su madre y lo había hecho para admitir que yo le recordé a ella de algún modo cuando aparecí.

—No sé que tiene eso que ver con...

—Lo tiene que ver todo. —Me interrumpió—. Mi madre nos abandonó cuando yo tenía diez años sin dejar siquiera una nota de las razones por las que se había marchado. Simplemente se esfumó como una brisa en mar abierto, desapareció sin más razón que la de su propia felicidad en brazos de otro hombre como después nos reveló nuestro propio padre. La odié por abandonarnos como si no le importáramos nada. Cuando mi padre se quitó la vida porque era incapaz de vivir sin ella me juré que a mi jamás me ocurriría lo mismo y que la desterraría de mi mente y de mi corazón sin ninguna reserva. Me prometí no sentir nunca lo que él había sentido por esa mujer, pero llegaste tú e hiciste que rompiera cada una de mis propias promesas —admitió guardando silencio, como si estuviera pensando en qué iba a decir a continuación y yo estaba demasiado absorta para tratar de decir algo coherente.

Era horrible conocer su pasado de esa forma, saber que las personas que debían haber estado a su lado apoyándole le habían abandonado, pero... ¿A qué se refería exactamente con el hecho de haber llegado yo?, ¿Qué quería decir con que le había hecho romper sus promesas?

—No entiendo nada... —susurré en mi propia incoherencia. Edmond no había sentido nada por mi, nada que no fuera un interés oportuno para saciar sus propias apetencias.

—Mi pasado no justifica mi forma de proceder contigo, ni me excusa de la forma en la que te traté desde un principio, pero necesitaba que entendieras que durante toda mi vida he creado un escudo para impedir que ninguna mujer pudiera acercarse hasta el punto de llegar a importarme. Creí que en tu

caso no sería distinto y es cierto que al principio traté de aprovecharme de la situación acercándome a ti para que permanecieras en aquella casa por el bien de Clarissa. Ella era una madre para mi, la única mujer que verdaderamente me importaba, pero egoístamente también lo hice porque te anhelaba, te deseaba de una forma inexplicable a pesar de que me recordaras tanto a esa madre que odiaba. Me convencí de que no serías diferente a ninguna otra mujer con la que había estado, pero cuando descubrí que era el primer hombre en tu vida quise creer por primera vez que verdaderamente podría haber una oportunidad para mi, tú me estabas devolviendo las ganas de vivir Olivia. Soñaba cada día de la semana con volver a verte, con retenerte de nuevo entre mis brazos. —La mirada de Edmond era tan intensa y tan fuerte con aquellos ojos azules brillantes que quería creerle por más que me dijera a mi misma que tenía demasiado poder de convicción y que aquello solo era una vil mentira.

—Pero me mentiste —logré decir—. Le dijiste a Antoine que...

—Sé lo que le dije —afirmó cerrando los ojos y volviendo la vista hacia otro lado—. Enloquecí de celos porque no podía admitir que fueras de otro, menos aún de mi hermano. Cuando le dije que permanecerías en aquella casa hasta que Clarissa muriera, él insistió en saber cuáles serían las razones por las que habrías decidido cambiar de opinión. No quería admitir que no quería perderte, menos aún que había una razón egoísta en mis actos y cuando te defendió de aquella forma solo pensé que lo hacía porque teníais una aventura —admitió y noté el cansancio en su rostro—, pero solo eran palabras de resentimiento, solo le dije aquello porque me dolía que pudieras estar con mi propio hermano y sabía que no tenía ningún derecho a reclamarte para que fueras únicamente mía.

—¿Mentiste a Antoine porque creíste que entre nosotros había algo?

No puede ser. ¿De verdad creyó por un instante que podría tener ojos para su hermano si estaba completamente enamorada de él?

«Nunca se lo dijiste» razoné en ese instante.

—Si —afirmó mientras veía como se pasaba una mano por el cabello—. Incluso llegué a convencerme de que te habías entregado a mi solo porque deseabas entrar en la empresa y tener un trato favorable dentro de ella, pero a pesar de tener ese convencimiento te busqué... quería enfrentarte y que me lo dijeras a la cara, necesitaba escucharlo de ti misma y entonces te vi abrazada a ese tal Daniel, vi con mis propios ojos como él te envolvía en sus brazos y

no lo soporté.

—Nunca tuve una relación que no fuera de amistad tanto con Daniel como con tu hermano Antoine —repliqué no terminando de creerlo, no asumiendo que durante todo ese tiempo él hubiera pensado eso de mi.

—Lo sé. Ahora lo sé, pero en aquel instante, en ese momento estaba ciego. Solo podía pensar que era un idiota por creer que podrías ser diferente a mi madre, que tus intenciones eran verdaderamente honestas, que solo eras una joven hermosamente ingenua y que era demasiado afortunado por tenerte. No podía ni imaginar que había verdad en tus palabras cuando me dijiste que estabas esperando un hijo mío, solo pensé que tu oportunismo no conocía límites después de saber que no formarías parte del elenco en la Court Royale y fue el error más grande que cometí en mi vida porque nadie me devolverá estos tres años que he pasado lejos de Francois y de ti solo por mi necedad ante lo que era evidente. —Había dolor en sus palabras, verdaderamente podía sentir ese resentimiento hacia si mismo y por un momento quise tocarlo para que entendiera que sus palabras ahondaban en mi pecho.

¿De verdad Edmond podía guardar todo eso para sí mismo?

—Sé que me dijiste que no podría hacer nada para que confiaras en mi —mencionó antes de que pudiera procesar tal confesión, ni siquiera era capaz de saber que decir ante aquello—. Y lo comprendo, si estuviera en tu lugar yo tampoco me perdonaría. Por eso no pondré objeción a ninguna de tus decisiones como no lo hice hasta ahora, pero necesito que comprendas que no existían segundas intenciones en mi propuesta. No hay nada que me importe más que el hecho de estar a tu lado y al de Francois.

En ese momento mi respiración se contuvo, no era capaz de asimilar que dijera aquello. Quería creerle, ¡Joder si quería hacerlo! Aunque una vocecita interior me gritase que no lo hiciese.

—No puedo hacerlo —negué apartando la mirada porque sabía que mis lágrimas se derramarían si no lo hacía.

Mi corazón no podría soportar otra decepción y aunque le creyera, sabía que jamás habría amor. Edmond había admitido que sentía atracción, pasión, pero yo necesitaba mucho más que eso. Escuché su suspiro, como si se hubiera resignado a mi contestación.

—Debía al menos intentarlo —mencionó. Alcé los ojos para verle y vi que sacaba un sobre del bolsillo interior de su chaqueta para entregármelo.

—¿Qué es? —pregunté imaginándome alguna demanda de custodia o poniéndome en la peor situación imaginable.

—Lo que te pertenece por derecho propio —afirmó y mis dedos temblaron tras coger aquel sobre—. Todo el legado de Francois de la Court es tuyo en cuanto plasmes tu firma en el documento.

¿Qué?, ¡No!, ¡No podía ser cierto!

Abrí aquel sobre y paseé mis ojos rápidamente sobre el documento sin leerlo detenidamente.

—¿Por qué? —exclamé sin comprenderlo, sin entender como podía estar entregándome todas sus posesiones.

—Es el único modo que tengo de demostrarte que no me importa nada si no te tengo. Si no puedo estar con la única mujer que he amado en mi vida, no quiero nada.

En ese momento no pude controlarlo y las lágrimas inundaron completamente mis ojos sin control alguno. No podía ser cierto que me amara realmente, me había convencido a mi misma de que jamás sería posible que lo hiciese. Sentí sus manos en mis mejillas, acariciando mi rostro y limpiando cada lágrima que inevitablemente derramaba sin poder controlarlo.

—Dame esperanza —susurró—. Dime que aún tengo una oportunidad, aunque necesites tiempo para lograr perdonar cada uno de mis errores. No quiero vivir sin ti Olivia. No te merezco, pero te quiero desde lo más profundo de mi alma y si existe un pequeño atisbo de clemencia por tu parte, me aferraré a ella con toda mi alma para demostrarte mi arrepentimiento.

¿Tener clemencia? Mi corazón casi había explotado de frenesí en el mismo instante en el que me había confesado que me amaba. No podía creer que aquel hombre pudiera sentir aquello por mi.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté sorprendida—. ¿Por qué no me confesaste todo lo que sentías cuando me pediste que nos casáramos?

—Porque fui un necio por creer que era evidente. Pensé que diciendo aquello dejaba claro cuáles eran mis sentimientos y después de tu reacción sabía que no me creerías si lo hacía.

Y probablemente tenía razón, no le habría creído por más que hubiera querido hacerlo.

—¿Entonces es cierto?, ¿Me quieres? —exclamé mirándole fijamente con una pequeña sonrisa en los labios por la felicidad que aquello me producía.

—Te quiero. Aunque no quisiera reconocerlo te quise desde el instante en

que esa joven de sonrisa intrépida se enfrentó a mi creyendo que no podría entenderla —confesó sonriendo y no pude evitar reírme al recordar cada una de las cosas que le dije cuando creí que no comprendería el significado.

—No puedo darte esperanza —admití repentinamente y su rostro se volvió completamente serio, como si en aquel momento le hubiera otorgado una sentencia de muerte—. Porque eso significaría que necesitaría tiempo y lo cierto es que no necesito tiempo alguno para saber que lo único que quiero es estar contigo.

En aquel instante sentí sus brazos agarrándome fuertemente y elevándome del suelo para sostenerme.

—Dime que no estoy soñando. Por favor, vuelve a decirlo porque necesito escucharlo de nuevo. —Su voz era esperanzadora, llena de un cálido y profundo sentimiento que me hizo sonreír de pura emoción al percibirlo.

¿Cómo podía no amarlo? Ahora comprendía cuanto había sufrido durante todos esos años, cuánto debía haber sido su dolor al darse cuenta de su error por todo aquel pasado que había arrastrado. Si Edmond de la Court había cometido errores, pero también los había pagado.

Sonreí mientras le acariciaba el rostro y me inclinaba sobre él hasta rozar sus labios.

—Te amo —confesé—. Y no hay lugar en el mundo donde quiera estar, sino es contigo a mi lado.

Su única respuesta fue besarme tan intensamente que agradecí estar entre sus brazos para derretirme completamente.

Capítulo 47

Mi padre terminó aceptando que su nieto llevaría el apellido que él mismo no había llevado, aunque al principio creyó que Edmond y yo éramos primos, le saqué de su error tras decirle que no teníamos lazos sanguíneos que nos unieran y después de conocer que deseaba transferirme todo el legado de la Court, pareció apaciguarse comenzando a ver con otros ojos a ese dios nórdico que parecía ganarse el corazón de todos.

No quería firmar aquel maldito papel en el que Edmond me legaba toda la fortuna de mi difunto abuelo, pero prácticamente me condicionó a hacerlo ante un notario nada más regresar a París para que todo fuera debidamente legal y ese patrimonio ahora estuviera a mi nombre. A su modo de verlo, decía que era una forma de romper con el pasado haciendo que mis dudas se evaporasen para siempre y además me concedía lo que nuestro propio abuelo habría deseado; que su legado perteneciera a quien heredó su talento para la moda.

—¿Qué se siente al saber que ahora eres la dueña de todo esto? —preguntó Estelle sonriente.

Todavía no podía creer que ahora la Court Royale me perteneciera, es más, parecía que nada había cambiado porque decidí quedarme en el mismo despacho y Edmond se mantendría al frente de la dirección para que todo siguiera del mismo modo sin ningún cambio.

—Si soy sincera no me siento diferente, salvo por el hecho de que Edmond me haya demostrado de esa forma que me quiere. Eso es lo que me hace feliz y no poseer esta empresa de mi abuelo que algún día será de nuestro hijo.

Estelle conocía mi verdadero parentesco con Francois de la Court y aunque aquello parecía una historia de amor sacada de una novela, lo cierto es que era mi pasado y me gustaba que así lo fuera.

—Ya iba siendo hora de que ese bombón rubio lo admitiera. ¡Me alegro tanto por ti! —exclamó sincera—, pero si crees que vas a ser la única en nadar por el mundo de la felicidad estás muy equivocada...

Mi cara debió ser de absoluto desconcierto cuando dijo aquello y entonces vi como inclinaba su mano sobre el escritorio de mi despacho y dejaba a la vista un pedrusco en su dedo.

—¿Qué?, ¿Cómo?, ¿Cuándo?, ¡En qué maldito momento Daniel no se le ocurre decirme nada! —grité emocionada y evidentemente sonriente por la alegría que aquello suponía.

—Le supliqué ser yo quien lo hiciera —confesó sonriente—. Así que no le culpes por no decírtelo antes —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Culparle? —exclamé—. Lo que le daré es un buen achuchón cuando le vea por hacerme caso y permitir que una mujer logre conocerle.

En ese momento Estelle dejó caer sus manos hasta entrelazar sus dedos y supe que iba a decir algo importante.

—Es difícil estar a tu altura, Olivia —admitió con un pesar que no comprendía.

—¿Estar a mi altura?, ¿A qué te refieres?

Por un momento creía que no estaba entendiendo nada y que parecíamos estar hablando de otra persona y no de Daniel.

—No quiero que pienses cosas que no son. Daniel no está enamorado de ti ni nada de eso —admitió alzando las manos como si intentase frenar mis pensamientos.

—Claro que no está enamorado de mi, ¡Si somos como hermanos! —exclamé con evidencia aunque era cierto que la relación entre Daniel y yo podía escapar a la comprensión de algunas personas, pero muchas veces me reproché no haberme enamorado de él en lugar de Edmond para no haber sufrido aquel dolor que solo Daniel consolaba.

—Lo sé, pero él te admira de una forma en la que es difícil evitar que haga comparaciones. Inconscientemente busca en otra mujer lo que ve en ti y cuando me enfrenté a él para decirle que jamás iba a lograrlo porque solo existía una Olivia Damas, admitió que era cierto —contestó Estelle con profundo sentimiento y aquello me oprimió el pecho.

No sabía como reaccionar. ¿Podría ser esa la razón por la que Daniel hubiera tenido un largo historial de relaciones que no llegaban a ningún fin?

—No sé que decirte Estelle...

—Tu no tienes que decir nada —dijo cogiéndome las manos para que sintiera la cercanía de sus palabras—. Es normal que sienta esa admiración por ti, yo misma la siento porque he visto como has conseguido cada uno de

tus propósitos y me has permitido estar a tu lado en cada uno de tus pasos hasta lograrlo sin dejarte vencer, es más, gracias a ti voy a casarme con el hombre más bueno, generoso e increíblemente amable que he conocido —sonrió con lágrimas en los ojos y me levanté para abrazarla.

—Conozco a Daniel lo suficiente para saber que si te ha pedido matrimonio es porque te ama profundamente —dije estrechándola entre mis brazos.

—Lo sé —afirmó separándose lentamente—. Después de decirle que nunca encontraría una mujer como tu, me confesó que en realidad ya lo había hecho —admitió riéndose tontamente sin evitar que sus lágrimas se derramaran—, con la diferencia de que su amor por mi era muy distinto al que sentía por ti y por eso quería pasar el resto de su vida a mi lado.

En ese momento sentí como la tensión abandonaba mi cuerpo y me alegraba infinitamente de que ambos hubieran encontrado esa felicidad en el amor que compartían.

—¡Soy tan feliz por vosotros! —admití volviendo a abrazarla—. ¡Mis dos mejores amigos van a contraer matrimonio! —exclamé sonriente y sin poder creerlo—. Esto hay que celebrarlo, ¡Champán! —grité.

—Tendrá que ser con zumo o algún refresco —contestó mientras se llevaba una mano al vientre.

—¡Oh!, ¡Oh!, ¡Oh! —exclamé repetidamente abriendo los ojos abruptamente—. ¿Lo sabe? —pregunté señalando su panza inexistente y comprendiendo que estaba esperando un hijo de Daniel.

—Aún no —admitió con una risa nerviosa—, pero sé que se desvivirá con este pequeño como lo hace con Francois.

—No —negué sonriendo—. Lo hará más, infinitamente más porque será su propio hijo.

Era inmensamente feliz por saber que Daniel y Estelle iban a comenzar una vida juntos, se merecían el uno al otro y toda la dicha que aquel pequeño pudiera traerles. La idea de saber que formaban parte de mi vida me llenaba de alegría y más aún cuando en cierto modo actué de celestina.

Edmond entró en mi despacho solo unas horas más tarde, como siempre hacía para regresar a casa juntos y esta vez sonreí de emoción al verle. Ahora las cosas eran tan diferentes entre nosotros, ya no existían dudas, ni rencores, ni resentimiento alguno del pasado.

—Hola míster musculitos —mencioné con cierto tono de diversión en mi

VOZ.

Su respuesta fue reírse porque sabía exactamente a qué estaba haciendo alusión en ese instante.

—Si quieres puedo enseñarte para que utilizo cada uno de esos músculos ahora mismo —sugirió acercándose peligrosamente y antes de que pudiera alcanzarme me lancé sobre él sabiendo que me cogería en el aire.

Así fue. Sus manos se aferraron a mis nalgas hasta dejarme caer sobre aquella mesa de mi despacho mientras empujaba todo a su paso no importando cuanto ruido hicieran las cosas al caer.

—Solo quiero ver uno en concreto —gemí en sus labios antes de volver a apresar su boca y dejar que su lengua se adentrara en mi cavidad para fusionarse con la mía en un vaivén sensualmente placentero—. Y lo quiero ver ahora —jadeé en cuanto sentí como su entrepierna se rozaba con la mía.

No hubo preludeo alguno, sino que sentí como sus dedos apartaban a un lado mi ropa interior bajo aquella falda arremolinada en mi cintura y se hundía completamente dentro de mí llenándome profundamente. Grité de placer al sentir como ese dios nórdico colmaba cada recóndito espacio de mi cuerpo y me llevaba directamente al culmen de mis propios deseos.

—Si vas a recibirme así cada vez que venga a tu despacho, ten por seguro que vendré más asiduamente —confesó Edmond cuando aún no se había apartado de mi cuerpo y me tenía entre sus brazos.

—¿Está tentándome señor de la Court? —inquirí sonriente robándole un beso.

—¿Funciona? —exclamó respondiendo a mi demanda.

—Ya lo creo... —admití sin ningún rodeo.

Esa complicidad y carencia de secretos hacía que me sintiera completamente libre para decirle cualquier cosa, incluso mis propios deseos y el hecho de que ambos éramos conscientes que la noche no nos bastaba para saciarnos plenamente.

De regreso a casa le revelé la gran noticia del compromiso entre Daniel y Estelle, algo que sorprendentemente a Edmond pareció agradaarle incluso más que a mí si es que eso era posible.

—No me mires así —admitió finalmente—. Sé que para ti es importante y Francois lo adora, pero saber que será un hombre felizmente casado con otra me tranquiliza, por más que me dijeras que era como un hermano no podía evitar pensar que él te quisiera de otro modo.

—¿Acaso tenías celos de Daniel? —pregunté con retintín.

—Búrlate cuanto quieras, pero no me culpes por pensar que cualquier hombre se rendiría ante ti como lo hice yo.

—¿Te has rendido ante mi? —inquirí con la misma sorna.

—Con esos ojos verdes y esa sonrisa, ¿Acaso me dejaste otra opción? Aunque debo confesar que fue ese carácter rebelde y lleno de ingenio lo que me enloqueció.

A pesar de no estar habituada a que Edmond me dedicara tan hermosas palabras, siempre lo agradecía. Quizá no debí dudar jamás de él cuando yo misma había visto como cuidaba de los suyos. Se había asegurado del bienestar de Clarissa y permitió que Antoine prosiguiera su camino mientras él se sacrificaba por la familia. Si. Debí haber supuesto que existía un pasado oculto que había forjado su carácter y le había hecho ser tan hermético, pero afortunadamente aquello solo formaba parte de un recuerdo que nos había dejado a una criatura hermosa. Probablemente no cambiaría nada del pasado, absolutamente nada porque gracias a éste me había llevado hasta donde ahora me encontraba; junto al hombre que amaba y lo más importante de todo; que él me correspondía.

Solo unas semanas más tarde descubrí que algo me estaba ocurriendo, que aquellos síntomas que sentían no eran producto de un resfriado o alguna especie de intoxicación alimenticia.

Siete semanas. Estaba embarazada de siete semanas y aún no podía creerlo. No es que hubiera buscado aquel embarazo, pero tampoco habíamos puesto medio alguno para evitarlo si era sincera. Entre Edmond y yo no habíamos hablado de aumentar la familia y lo cierto es que tampoco había salido a relucir de nuevo el tema de matrimonio ahora que lo pensaba. Era feliz así y no necesitaba aquel papel firmado para serlo aún más, aunque en mi interior existiera una vocecita que me gritase todo el tiempo la envidia que sentía por Estelle mientras la ayudaba a organizar su propia boda y le diseñaba un traje infinitamente hermoso para ese día.

Tras confesarle a Daniel la noticia de su embarazo, decidieron adelantar la boda y realizarla antes de que a ella se le comenzara a notar la barriga. Así que Edmond decidió regalarles una organizadora de bodas y yo me puse manos a la obra con el vestido para tenerlo listo en los tres meses que pensaban dar de margen para aquel enlace.

No sabía como iba a revelarle a Edmond que estaba esperando un hijo,

¿Reaccionaría bien a la noticia? No tenía buenos recuerdos de la primera vez, pero la situación no podría ser más distinta y estaba inmensamente feliz de saber que Francois tendría un hermano o quizá una hermanita. Aquella mañana me levanté más temprano de lo habitual a pesar del sueño que arrastraba los últimos días y preparé el desayuno que tanto le gustaba a mis dos hombres, pero esta vez solo lo hacía porque tenía un inmenso y gigantesco antojo por comerlos yo misma.

—Buenos días mi amor... —gimió esa voz rota por el sueño mientras rodeaba con sus manos mi cintura y yo sonreí al hacerme cosquillas con su nariz en mi cuello—. ¿Qué celebramos hoy para que prepares gofres entre semana? —preguntó posando sus labios sobre mi garganta y sin apartarse ni un solo momento.

Podía notar su figura a mi espalda, apretándome contra él mientras sacaba la masa ya hecha de la gofrera y los dejaba sobre el plato.

—En realidad me he levantado con ganas de comer gofres —admití mordiéndome el labio—, pero tienes razón... hoy celebramos algo.

—¿El qué? —preguntó rodeando con sus manos mi cuerpo haciendo que me diera la vuelta y quedara frente a él—. ¿Se me ha olvidado alguna fecha importante?

Me dio auténtica nostalgia ver que parecía preocupado y comprendí que cuando se lo dijera su reacción iba a ser muy diferente a la primera vez en que lo hice, tanto que quería degustarla lentamente para grabarla en mi memoria y hacer que borrara aquellos malos recuerdos.

—No se te ha olvidado ninguna fecha importante —admití sonriendo—, pero dentro de aproximadamente siete meses habrá otra fecha que tener muy presente —añadí llevando sus manos hasta mi vientre y la sorpresa en su rostro fue evidente.

—¿Estás... tú... estás? —No sabía porqué no lograba decir la pregunta completa, pero cuando hice un gesto afirmativo cayó de rodillas al suelo ante mi absoluto asombro y se abrazó a mi cintura enterrando la cabeza en mi vientre.

—¿Edmond? —exclamé no sabiendo qué estaba ocurriendo.

—Gracias... ¡Oh Dios!, ¡Gracias por darme otra oportunidad!, ¡Por vivir esta vez cada uno de los momentos contigo! —exclamó aún con la cabeza enterrada en mi vientre de forma que era incapaz de poder verle.

Si tenía alguna duda, definitivamente se había ido a freír puñetas.

Edmond no podía ser más feliz con la noticia y yo aún más de saber que ahora éramos una familia.

—¿Debo intuir que te hace feliz la noticia? —pregunté acariciándole el cabello.

—¿Feliz? —exclamó segundos después cuando se apartó para alzar su rostro y verme—. No creo que exista alguien más feliz ahora mismo que yo en este instante.

Capítulo 48

La boda entre Daniel y Estelle fue íntima y preciosa. Ella estaba hermosa con aquel vestido de gasa y tul que simulaba muy bien la pequeña silueta en su vientre. Francois llevó las arras y como regalo personal hacia Daniel, hice que toda su familia viniera al enlace desde Argentina, era lo menos que podía hacer por él cuando había sido mi punto de apoyo en los peores momentos de mi vida.

—Nunca te agradeceré lo suficiente que hicieras posible que mi familia estuviera aquí en este día tan importante —mencionó Daniel apartándome a un lado cuando la velada estaba finalizando.

—Después de todo lo que hiciste por mi, de estar a mi lado en cada momento y alentarme a seguir adelante es lo mínimo que podía hacer para demostrarte mi gratitud.

Daniel me abrazó por un instante para después apartarse y evaluarme con aquellos ojos verdes.

—No cambiaría nada de lo que dije o hice porque supe desde el primer momento que serías alguien importante en mi vida. Sé que si él no hubiera aparecido en tu vida es probable que entre nosotros hubiera ocurrido algo más que una sincera amistad, así que a mi manera de verlo agradezco que lo hiciera porque de otro modo no tendría una verdadera amiga y tampoco hubiera podido conocerla a ella —mencionó dirigiendo sus ojos hacia Estelle que charlaba tranquilamente con algunos de los invitados—. La mujer de mi vida.

—Yo también me alegro de que apareciera —admití buscando con mis ojos a ese dios nórdico, hasta que finalmente le encontré sentado en una silla mientras Francois se había dormido en su regazo y veía que no apartaba su vista de la mía.

Sonreí y percibí como me devolvía aquella sonrisa. Si. Definitivamente agradecía el día en que mi abuela cometiera aquel desliz en su vida para dejarme aquella dirección y hacer que mi historia de amor fuera diferente a la suya.

De regreso a casa guardábamos silencio ya que Francois dormía plácidamente en el asiento de atrás. Edmond aferraba su mano firmemente a la mía y la idea que llevaba días rondándome por la cabeza surgió de nuevo.

—¿Qué te parecería si nos fuéramos a vivir al centro? Francois pronto comenzará a hacer actividades por las tardes y me encantaría remodelar el apartamento de Clarissa para satisfacer nuestras necesidades.

Edmond parecía pensativo, como si estuviera meditando mi pregunta y eligiendo las palabras adecuadas para responder.

—Antoine y yo nos fuimos a vivir allí cuando nuestra madre se fué. No conozco otro lugar al que llamar hogar más que ese, por eso me negué a desprenderme de él en todos estos años. Si ese es tu deseo, estaré enormemente agradecido de complacerlo.

—Si es tan importante para ti, ¿Por qué lo pusiste también a mi nombre? —pregunté no sabiendo que ese había sido durante años el hogar de los hermanos de la Court.

—Porque era de mi abuelo. Él vivía allí antes de casarse con la abuela Clarissa y le encantaba aquel enorme apartamento. Comenzó siendo su estudio donde solía llevar a sus musas para enseñarle sus creaciones — contestó guiándome un ojo porque sabía que se refería al hecho de que mi abuela Fernanda debió alojarse allí al ser una de sus muchas amantes.

¡Por eso tenía la dirección! Parecía increíble que durante todos esos años lo hubieran conservado sin desprenderse de él.

No podía creer que aquel enorme apartamento escondiera tanta historia y atesorara tantos recuerdos incluidos el de mi propia abuela Fernanda. Aquellos muros habían sido testigo de numerosas pasiones y en ellos, Francois debió crear sus más famosas creaciones.

—Entonces está decidido. ¡Nos mudaremos! —exclamé alzando la voz y repentinamente me silencié tras darme cuenta de que podía despertar al pequeño rubio que dormía atrás.

En un par de semanas iban a comenzar la reforma del apartamento y supe que habría que vaciar el desván para conservar algunos de los muebles que queríamos restaurar. Edmond me aseguró que allí solo había cosas inútiles que su abuela se había negado a tirar, pero antes de desprendernos de ellas, quería ver con mis propios ojos si podría haber algo de valor o que atesorara algún recuerdo del pasado.

Había arrastrado a Estelle conmigo porque cuatro ojos veían más que dos

y más aún de la mano de otra diseñadora como lo era ella. Dudaba que a Edmond se le hubiera pasado inadvertido algún recuerdo de la vida de Francois que fuera útil para la Court Royale, pero aun así no estaría tranquila si no lo revisaba yo misma.

—Recuérdame por qué me has traído hasta este lugar en el que solo huele a polvo y humedad para ver muebles viejos —reiteró Estelle cuando apenas llevábamos diez minutos en aquel desván.

Estelle se había ataviado con mascarilla, guantes y una mini aspiradora portátil a batería que se había traído de casa por si acaso.

«Desde luego me recuerda al inspector Gadget. Solo le falta la gabardina y el sombrero para completar el look» pensé al verla.

—¿Por qué no quería venir sola? —exclamé encontrando una caja detrás de un espejo que parecía escondida—. Anda deja de quejarte y ayúdame a apartar esto —dije mientras arrastrábamos el espejo y sople para que el polvo se evaporase de la tapa.

En ese momento Estelle presionó el botón de su aspiradora y comenzó a hacer aspavientos mientras yo me reía por sus pintas de loca sacada del manicomio en mitad de aquel desván viejo.

«Debería haber sacado el móvil para grabarla y después chantajearla con enseñárselo a Daniel» me dije mientras ella seguía tratando de cazar el polvo.

Cuando abrí la caja vi lo que parecían ser libros antiguos en varios tomos.

—¡Genial! A lo mejor es una edición limitada y cuestan una fortuna... —mencionó Estelle rodando los ojos y dirigiendo sus pasos hacia otra parte—. Mejor me voy a rebuscar entre los baúles, quizá allí si encontremos algo útil.

Seguramente Edmond tenía razón y en aquel desván no había nada de utilidad, pero por alguna razón saqué un par de libros y bajo la tercera capa divisé algo que brillaba, parecía de metal y cuando terminé de sacarlos todos pude apreciar una caja cuyo relieve estaba elaborado en estaño con las iniciales F.C. Sin duda debía ser de Francois.

Estelle parecía entretenida rebuscando en aquel baúl así que no la avisé de que parecía haber encontrado algo. Solo la caja de madera con aquel relieve en estaño era preciosa y desde luego deseaba conservarla, no sabía porque su destino final habría sido aquel desván, pero cuando la abrí pude ver numerosos sobres de lo que parecían ser cartas viejas. Todas tenían remitentes escritos a mano y debía haber cientos de ellas.

Cogí la primera y sentándome sobre mi regazo la abrí mientras

desdoblaba delicadamente entre mis dedos aquel fino papel. ¿Cuántos años podría tener aquella correspondencia?

En mis ojos se visualizó la delicada letra femenina de la que indiscutiblemente era una mujer.

Mi querido Francois.

Apenas han pasado tres días desde nuestro furtivo encuentro y no logro olvidar lo que me hiciste sentir entre tus brazos.

Eres un amante cándido y...

—¡Ay no! —grité apartando los ojos de aquella carta y cerrándola bruscamente. Eran las cartas de sus amantes, probablemente de todas las musas que había tenido Francois de la Court y con las que había compartido su lecho. ¡Dios! Allí debía haber cientos de cartas...

«Parecía inexplicable que no hubiera tenido numerosos hijos» pensé mientras le daba la vuelta al sobre y el nombre de Nicole aparecía en el reverso.

Eloise, Francesca, Marguerite, Lucia, Anna, Gloria, Elisabetta... de algún modo seguía leyendo aquellos reversos en las cartas pretendiendo encontrar un nombre en concreto; Fernanda. Creí que tal vez ella le escribiría, que podría encontrar en una carta lo que de verdad sintió por mi verdadero abuelo, pero no había rastro alguno de su nombre en ellas.

—Si son las cartas de sus amantes, ¿Por qué hay entre ellas una de su hijo? —exclamó de pronto la voz de Estelle cuando le pedí que me ayudara a buscar el nombre de mi abuela en ellas.

Cogí el sobre que me ofrecía y efectivamente en el reverso recitaba *Gaspard de la Court*. Eso era extraño, más que extraño era raro porque el resto de cartas eran solo de mujeres y me atrevía a adivinar que todas eran de origen amoroso.

La curiosidad me hizo abrirla y cuando desplegué aquella hoja de papel tan fina vi que el texto no era excesivo, sino que apenas ocupaba media hoja con una caligrafía cuidada y bien escrita.

—Querido padre —comencé a decir en voz alta para que ella también lo escuchara—. Me dirijo a ti desde el más profundo sentimiento de arrepentimiento. Nunca fui un buen hijo y ahora sé que tampoco fui un buen padre para mis hijos. Sé que intentaste que cambiara y abandonara mis

adiciones, ahora más que nunca lamento haber hecho caso omiso de tu insistencia al decirme que el juego no me llevaría por un buen camino, pero ya es demasiado tarde para mi, la culpa acentúa mi amargura y no puedo dejar que mis errores repercutan en tu nombre y en el apellido que un día decidiste otorgarme. Mi esposa Esperanza no se fugó con otro hombre como os hice creer a todos en un acto desesperado por ocultar lo sucedido, sino que discutimos cuando me aseguró que me abandonaría para regresar a España junto a mis hijos porque no podía ver como echaba a perder nuestro matrimonio. Enloquecí, pero nunca tuve intención de hacerle daño, aunque justificarme en decir que fue un accidente tampoco me salvará del infierno al que estoy seguro de que iré en cuanto abandone esta vida por haber terminado con la suya. Por favor, haz que los restos de Esperanza sean enterrados en el panteón de su familia, es lo que a ella le habría gustado. Cuida de mis hijos por mi, dales todo el amor que su madre y yo no podremos darle, pero sobre todo no dejes que crean que fui un monstruo, no permitas que me odien como me odio a mi mismo y sobre todo no dejes que cometan los mismos errores que cometió su padre. Espero que un día pueda perdonarme. Hasta siempre, padre. Gaspard de la Court.

El silencio se hizo presente durante al menos los dos minutos siguientes al terminar de leer aquella carta. Aquel contenido era tan absolutamente escalofriante que ni Estelle ni yo éramos capaces de decir algo al respecto.

—Esto no puede saberlo nadie —dije en un aullido del que apenas salía sonido de mi garganta.

—Mis labios están sellados. Puedes confiar en que ni siquiera se lo diré a Daniel —contestó rápidamente y supe que comprendía la gravedad de lo que aquella carta escondía si esa información salía a la luz.

—Tengo que encontrar la forma de decírselo a Edmond. Él no puede vivir toda su vida odiando a su madre por algo que jamás sucedió.

Aquello era un secreto de dimensiones gigantescas, incluso más aún que el secreto de mi abuela si me ponía a hacer comparaciones. ¡Dios bendito!, ¡Su padre mató a su madre aunque fuese un accidente y Francois lo ocultó al mundo! ¿Por qué no le dijo la verdad a Edmond antes de morir?, ¿Por qué al menos no confesar los pecados de su hijo? No entendía que le podía haber llevado a ese hombre dejar que sus propios nietos creyeran que su madre les había abandonado, pero comprendí de algún modo que revelar lo ocurrido provocaría el efecto contrario y que odiaran en cambio a su padre.

Probablemente Francois debió creer que Gaspard tuvo suficiente pagando sus pecados al quitarse la vida y algo que no había tenido en cuenta hasta el momento es que con toda seguridad, Francois quería proteger a Clarissa del escandalo que supondría el hecho de que a su hijo le llamaran asesino allá donde fuera.

—Esperanza... —susurré recitando su nombre mientras atesoraba aquella carta y la guardaba cuidadosamente en mi bolso.

Un nombre tan hermoso no debía ser olvidado y menos aún por la que debió ser una gran mujer. No tenía más que ese nombre sin apellido como punto de partida, pero algo me decía que la encontraría y averiguaría quien era realmente la madre de Edmond.

«Te prometo que te encontraré y devolveré tu recuerdo a la vida de tus hijos» me prometí a mi misma.

Capítulo 49

—¿Me vas a decir finalmente a donde vamos? —insistió por tercera vez mientras yo tenía en el móvil en las manos para tratar de indicarle la dirección exacta.

No quería que viera el destino final, probablemente si lo sabía no cambiaría nada porque dudaba que supiera de su existencia, pero aun así no quería correr riesgos, no lo había hecho desde el primer instante en que planifiqué aquel viaje con la excusa de venir a España para el cumpleaños de mi padre alegando que deseaba reunir a toda la familia.

—Tú sigue conduciendo y deja de preguntar tanto —insistí mientras me pasaba la mano por el vientre ahora mucho más abultado en mi cuarto mes de embarazo.

Edmond lejos de ofuscarse sonrió por mi perseverante cabezonería y muy a mi pesar debía reconocer que era una pésima guía a pesar de seguir las indicaciones de aquel chisme infernal que parecía burlarse de mi poca experiencia.

Había contratado a un investigador privado en España y tardo exactamente tres semanas en localizar el panteón familiar de la madre de Edmond, el mismo hacia el que nos dirigíamos ahora y que se encontraba en un pueblo pequeño cerca de Granada. No podía creer que precisamente mi dios nórdico que debía ser del norte tenía una madre propiamente del sur para mi absoluta contradicción. Al parecer y por lo que había indagado aquel investigador privado, los padres de Esperanza eran de una familia adinerada y murieron en un accidente de tráfico cuando ella tenía apenas dieciséis años. Al ser hija única se trasladó a Francia para residir con sus tíos, eran la única familia que le quedaba, pero sus padres habían sido enterrados en España y por lo que me había indicado aquel investigador por teléfono, ella también estaba en aquel panteón junto a ellos como reflejaba la lápida.

Me parecía una historia triste y más aún que su legado quedara en el olvido, por eso me había afianzado a mi misma para hacer aquello sin medir las consecuencias que podría tener sacar a la luz aquel horrible pasado, pero

no solo lo estaba haciendo por Edmond, sino porque mis hijos se merecían conocer a la que habría sido su abuela paterna.

—Creo que es aquí —dije cuando divisé una enorme verja negra entre paredes blancas y al fondo había una vieja iglesia.

—¿Hemos venido a ver una iglesia? —bufó Edmond conforme salía del vehículo y ajustaba la vista al sol de media tarde—. ¿De verdad he conducido tres horas para ver esto? Dime que es una broma... hijo mío, creo que tu madre se ha vuelto loca. En París hay iglesias mucho mejores que ésta.

En ese momento me entró la risa nerviosa porque no sabía como afrontar la situación de ninguna de las formas.

—No seas quejica y coge a Francois del coche. Voy a ver si está el párroco —mencioné no esperando una respuesta sino que directamente entré y para mi desgracia estaba completamente vacía.

—¡Hola!, ¿Hay alguien? —exclamé.

—Mi amor, creo que aquí no hay nadie ¿No has visto que ni siquiera nos hemos encontrado a una persona por este pueblo abandonado? A saber qué se te ha perdido en este sitio.

—Tal vez esté en el jardín —dije saliendo y rodeando la iglesia para llegar a un precioso y cuidado césped lleno de rosales y flores silvestres. No habría nadie, pero era evidente que aquello lo cuidaba alguien.

Comencé a vislumbrar las tumbas conforme avanzaba y me adentraba en aquel hermoso jardín trasero. Llamaba especialmente la atención un templete central formado con columnas circulares que se elevaba del suelo. Era majestuoso porque toda la estructura estaba construida de mármol vetado y saltaba a la vista que estaba muy cuidado. Conforme mis pies me acercaban a ese lugar, intuí que ese era el sitio, que sin lugar a duda se trataba del panteón familiar de la madre de Edmond y efectivamente cuando subí los dos escalones que lo separaban del suelo, contemplé las tres lápidas que allí había.

—Se puede saber que hacemos viendo tum... —La voz de Edmond se apagó repentinamente y supe que debía ser porque había leído con sus propios ojos el nombre allí escrito—. ¿Qué es esto? —exclamó ahora y supe que estaba enfadado, increíblemente enfadado por haberle hecho aquella encerrona—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque necesitas saber la verdad —contesté lo más calmada posible—. Porque has estado creyendo una vil mentira todo este tiempo.

En ese momento Edmond volvió su vista hacia el suelo, imaginé que para leer lo que allí había escrito y no había que ser un genio para saber que la fecha de la muerte era el mismo año en que su madre había desaparecido.

—Ella se fue con otro hombre. ¡Nos abandonó! No hay ninguna mentira en eso —insistió y entonces saqué aquella carta escrita por el propio Gaspard de su puño y letra para entregársela.

—Encontré esta carta entre los documentos de nuestro abuelo —admití porque ya no era capaz de llamarlo mío o suyo, sino nuestro al ser de ambos—. Sé que te va a doler en el alma saber la verdad, pero no podrás perdonarte a ti mismo si no lo haces.

En cuanto Edmond cogió aquella carta, cargué a Francois en brazos que estaba medio dormido del trayecto y algo absorto por lo que allí estaba sucediendo. Pensé en irme, en dejarle a solas para que procesara la información que aquella carta iba a proporcionarle, pero mi inquietud era mayor porque temía cual iba a ser su reacción.

Aguardé en silencio durante minutos que me parecían horas hasta que bajé de mis brazos a Francois y comenzó a jugar por los alrededores de aquel jardín mientras Edmond seguía impertérrito ante aquella carta que le había entregado.

—No puede ser verdad. —Su voz carecía de sentimiento alguno—. No puedo haber vivido una mentira todo este tiempo.

—Francois de la Court solo trató de protegernos a tu hermano y a ti de lo que la verdad supondría para vuestra familia —advertí acercándome a él y haciendo que apartara sus ojos de la carta para observarme a mi.

—¡Hizo que venerara a un asesino y odiara a su víctima! —gritó enfurecido—. ¿Sabes las veces que la maldije?, ¿La multitud de ocasiones que la culpé porque mi padre se suicidara? Deseo que estuviera en el infierno ¡Maldita sea!, ¡Condicioné mi vida porque creí que mi propia madre me había traicionado y solo murió por protegernos de él!

—Lo sé —afirmé tratando de calmarle.

—¡Cobarde!, ¡Si no se hubiera quitado él mismo la vida desearía en estos momentos ahorcarle!, ¿Cómo pudo hacerlo?, ¿Cómo fue capaz de arrancarle la vida a la mujer que.... ¡Dios! —gritó roto por dentro y podía percibir el dolor en sus palabra.

En ese momento supe que quería llorar de rabia, que sus ojos brillaban de pura impotencia y solo tenía una forma de aplacar aquello así que me abracé

a él.

—Sé que esto pasaría, pero no podía dejar que vivieras toda tu vida odiando a una mujer que dio la vida por sus hijos. Perdóname...

—No tengo nada que perdonarte a ti mi amor, sé perfectamente cuáles han sido tus motivos al traerme hasta aquí y créeme que, aunque ahora ardo de rabia al conocer la verdad, entiendo demasiadas cosas de mi pasado y la poca información que tuvimos cuando ella desapareció de nuestro lado —contestó abrazándome a él y aquello me tranquilizó—. No puedo creer que todo este tiempo haya estado aquí mientras creía que nos había abandonado y rehecho su vida junto a otro hombre. Pensé tantas veces que probablemente le había dado su amor a otros hijos mientras que de nosotros se habría olvidado...

Mi corazón se sentía en paz sabiendo que ahora Edmond conocía la verdad. Sabía que solo era cuestión de tiempo que tampoco le guardara rencor a su padre, que expió sus pecados afrontando su culpa por aquel accidente, pero sobre todo era consciente de que al fin podría hacer las paces consigo mismo y con todo el rencor que reservaba hacia la mujer que le dio la vida.

—¿Me hablarás al fin de ella? —pregunté apartándome lentamente para ver su rostro.

—Era como tú —dijo con una vaga sonrisa—. Alegre, divertida, risueña... recuerdo que siempre nos hacía reír y nos contaba un cuento antes de dormir, incluso defendía nuestras travesuras delante de papá para que él no nos regañara. Para mi era la mejor madre que podía existir hasta que desapareció. No podía aceptar que se hubiera ido repentinamente, debí creer que ella no haría algo así, que sería incapaz de abandonarnos de aquella forma, debía haber confiado en que nunca nos abandonaría...

—Me habría gustado conocerla —admití.

—Te habría adorado, casi tanto como yo lo hago —jadeó mientras me acogía entre sus brazos y me acercaba hasta depositar sus labios sobre los míos suavemente.

—¿Casi? —inquirí.

—Nadie te adora más que yo, puedo asegurarlo.

En aquel momento sonreí de felicidad y giré el rostro para verificar que Francois seguía jugando en el jardín completamente abstraído de nosotros.

—Siempre estaremos juntos, ¿Verdad? —pregunté mirándole los ojos,

como si necesitara repentinamente saberlo.

—¿Es ese tu deseo? —contestó con otra pregunta y supe que trataba de decirme algo con la mirada, como si me estuviera poniendo a prueba para saber cuáles serían mis palabras.

—No hay otro que anhele con más fervor —admití sonriendo.

—Llevo esperando este momento semanas. Ni tan siquiera sabía cómo hacerlo o cuál sería el momento oportuno y reconozco que me daba terror intentarlo, pero no creo que haya un lugar más propicio que este, donde mis temores se han esfumado por completo y tengo a la mujer que me dio la vida y con la que deseo pasar el resto de ella aquí presentes.

No tenía ni la más remota idea de qué estaba haciendo o a qué se estaba refiriendo, pero cuando dio un paso atrás para separarse de mi y después dio otro con la pierna izquierda a la vez que inclinaba la rodilla en el suelo frente a mi, creí que no estaba sucediendo que de verdad aquel momento debía estar imaginándolo en mi cabeza.

—Eres la mujer más fuerte, tenaz y persistente que he conocido. Adoro tu alegría, tu sonrisa, tu ingenio y me pierdo en esos ojos verdes cada vez que me miras. Sé que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, eres única en el mundo y me sobran demasiadas razones para pedirte o más bien rogarte que me aceptes. Así que allá va... Olivia Damas, ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

En ese momento casi quise reírme porque observé como Edmond tenía un ojo completamente cerrado y el otro apenas era capaz de mantenerlo abierto por temor a mi respuesta. Imaginaba que la reacción de la última vez en la que hablamos de matrimonio era la razón de que estuviera así de nervioso.

—¡Si!, ¡Por supuesto que si! —grité dando pequeños saltitos de emoción y Edmond me cogió en volandas mientras dábamos vueltas por aquel templete a la vez que gritábamos de emoción. Francois nos escuchó y al vernos enloquecidos, decidió unirse a la diversión en la que pasamos al menos media hora dando vueltas sobre aquel panteón familiar que estaba segura de que volveríamos a visitar.

Epílogo

Dos años después...

¿Quién me habría dicho a mi de pequeña que un día me casaría en la catedral de Notre Dame? Casi no podía creerme que fuera a ocurrir de verdad, que después de tantos meses el día finalmente había llegado y lo haría a lo grande.

Aplazamos el enlace hasta que la pequeña Esperanza era lo suficientemente grande para caminar de la mano de su hermano mayor. Así que allí estaba, en aquel salón que se había convertido improvisadamente en el lugar donde me preparaba para mi propia boda y rodeada de todas las personas que más me importaban en el día más feliz de mi vida.

Lo tenía todo, incluso el vestido más increíblemente hermoso que jamás soñé tener y que era una creación mía.

—Estás preciosa —mencionó mi madre mientras me terminaban de colocar el velo y esparcían la cola del vestido que pese a no ser kilométrica casi lo parecía por la sala.

Me sentía especial y eufórica al mismo tiempo. Si en algún momento creía que los cuentos de hadas podrían hacerse realidad, no podría estar más convencida de ello. Yo estaba viviendo mi propio cuento y era feliz de hacerlo porque no cambiaría absolutamente ninguna palabra para llegar hasta ese momento.

—¿De verdad vas a llorar? —pregunté a mi madre sonriente.

—¡Ay!, ¡Si es que eres mi única hija!, ¡Si no lloro el día de tu boda no sé cuando voy a llorar! —exclamó apartándose mientras hacía aspavientos con las manos para tratar de que las lágrimas no brotaran de sus ojos. Aquello me causó un profundo sentimiento de estremecimiento por saber que le emocionaba.

—Tu madre tiene razón. Estás increíblemente preciosa —inquirió ahora la voz de mi padre—. Sé que hace tiempo formaste tu propia familia, pero

hoy no deja de ser un día emocionante para todos. Parece que fue ayer cuando nuestra pequeña tozuda y perseverante se marchó de casa para perseguir su sueño. Nos diste a todos una lección al ver como lograste conseguirlo a pesar de todo lo que tuviste que afrontar para hacerlo y eso me llena de infinito orgullo como padre.

—Gracias papá —admití abrazándole porque significaba mucho para mi que dijera aquello.

En el momento que vi el reflejo en el espejo sonreí. Había soñado con ese momento y me sentía la mujer más feliz del universo. Solo esperaba el instante en el que cuando caminara junto a mi padre por aquel pasillo de esa enorme catedral, cierto dios nórdico me estuviera esperando y en sus ojos solo pudiera contemplar que aquello era el comienzo del resto de nuestra vida.

Después del acuerdo con Solier mi nombre se hizo aún más conocido mundialmente, por lo que me había convertido en una diseñadora estrella al recibir ciertos encargos para artistas no solo en Francia, sino en el mundo entero. Era indiscutible que la prensa estuviera cubriendo aquel reportaje y por eso el evento había adquirido mucha más importancia de la que me habría gustado que tuviese.

La música comenzó a sonar mientras esperaba tras aquellas puertas de madera y cuando se abrieron de par en par comprobé por mi misma que la luz de la catedral era espectacular. Francois caminaba junto a Esperanza hacia el altar delante de nosotros y cuando vi el rostro del hombre que me esperaba erguido al final de aquel pasillo, mi respiración se detuvo un instante perdiéndome en aquella sonrisa. Sabía que podría enfrentarme a cualquier abismo si él estaba a mi lado, protegiéndome, cuidándome y siendo mi compañero de vida. No podía amar a otro que no fuera él, lo supe en el mismo instante en que le vi y lo sabía ahora que estábamos sellando nuestro destino frente a todos.

La ceremonia duró aproximadamente una hora, aunque a mi modo de verlo apenas fue un instante antes de concedernos los votos y declarar ante todos los presentes que éramos marido y mujer.

—Olivia de la Court —susurró Edmond acercándose a mis labios—. Mi esposa —jadeó antes de apresar esta vez mi boca y darme un beso demasiado ardiente para estar en el interior de una iglesia.

—¡Querido hermano! —gritó la voz de Antoine propinándole un golpe

seco en la espalda que provocó que se apartase de mi lado—. La noche de bodas comienza dentro de unas horas, así que reserva tu energía para luego y ahora prepárate para el aluvión de felicitaciones —añadió con una sorna sonrisa antes de abrazarle y felicitarle por su nuevo estado.

No podía creer que después de meses preparando la ceremonia, hubiera terminado tan rápido. Apenas había probado bocado por estar pendiente de tanta gente y asegurarme de que todos los invitados disfrutaban del banquete.

—¿Eres feliz? —preguntó Edmond mientras me llevaba en brazos hasta la suite nupcial del hotel que habíamos reservado para pasar la noche.

Mis padres se alojaban en nuestra casa para cuidar de Francois y Esperanza durante los diez días que estaríamos fuera en nuestra luna de miel.

—Lo soy —sonreí atrapando con mis manos su rostro y acercando mis labios a los suyos para acariciarlos suavemente—. ¿Y tú?

—Tú eres mi felicidad Olivia.

La pasión me cegó aquella noche como tantas otras lo había hecho, pero había un matiz diferente, una discrepancia en el resto de noches apasionadas que habíamos tenido precedentes y es que en aquella ocasión era plenamente consciente de que ese dios nórdico era mío. Absoluta y únicamente mío.

Sentía como recorría con sus labios cada palmo de mi ser, como me hacía enloquecer con sus dedos y sus manos acariciaban mi piel. Me deleitaba en cada caricia, beso o contacto de la pasión con la que lo hacía. Parecía increíble que pudiera colmarme de aquel modo y que siempre anhelaba el fervor de aquel ardor con el que me hacía suya.

—¿Qué te parecería ser familia numerosa? —preguntó repentinamente y abrí los ojos para ver esa mirada azul tan brillante que parecía rogar que accediese.

¿Estaba realmente preguntándome si quería tener otro hijo?

—Me parece una idea estupenda —contesté alzando mis caderas para sentir como se adentraba profundamente en mi interior y gemí de placer al ser consciente de que nadie como él sería capaz de llenar ese vacío que él colmaba.

Nos fuimos a la polinesia francesa como viaje de luna de miel ya que lo único que nos apetecía a ambos era encerrarnos en una cabaña durante aquellos diez días sin que nadie nos molestara. Sin trabajo. Sin llamadas y sobre todo con la única compañía del otro para saciar nuestra apoteósica felicidad.

—Espero que tengas hambre —mencionó Edmond después de instalarnos en aquella cabaña preciosa sobre el mar donde bajo nuestros pies se podían ver las aguas cristalinas del Océano Pacífico.

—Tengo mucha hambre. De hecho, estoy por morderte a ti para que lo sepas —dije acercándome a él para fingir darle un bocado en el brazo y noté como su brazo se aferraba a mi cintura.

—Me alegro, porque he pedido cantidades industriales de sushi para cenar.

¿Sushi?, ¿Había pedido sushi?

En ese momento le miré fijamente y vi la sonrisa reflejada en su rostro mientras de su bolsillo trasero se sacaba un pañuelo rojo y del otro un cinturón de cuero.

—No.... —mencioné riéndome mientras daba un paso atrás recordando perfectamente aquella noche y mi inesperada reacción para que no creyera que era una cateta de pueblo que jamás había probado la comida japonesa.

—Dicen por ahí que la mejor experiencia para comer sushi es sin manos y con los ojos vendados...

No lo había olvidado, ese dios nórdico no había olvidado ni un solo instante que habíamos compartido juntos a pesar de todos los años que habían pasado. Supe que aquellos diez días serían intensos junto a él y era consciente de que viviría cada momento apasionadamente hasta el fin de mis días sabiendo que el corazón de Edmond de la Court me pertenecía.

Fin.

Biografía de la Autora



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación y diseño de interiores.

Comenzó a escribir sus primeros relatos en Marzo de 2017 compaginando con su actividad profesional la pasión por la lectura que siempre la había acompañado, obteniendo una gran audiencia por la demanda de sus libros.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, entre ellas destacan “La novena hija del conde” o “El séptimo pecado” y sus últimas publicaciones “La Perla rusa” de género erótico o “Besos con sabor a fresas” de género humorístico alcanzaron los primeros puestos en las listas de venta de Amazon colocándose como una de las escritoras emergentes del momento.

Actualmente tiene varios proyectos en curso y sigue activa en sus redes sociales o

plataformas de lectura donde se comunica con sus más de doscientas mil florecillas.

Phavy Prieto; alegre, divertida, risueña y con mucho humor, son diversas características que definen a esta autora eternamente agradecida con sus bellas florecillas que así es como define a sus lectoras.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones y todas sus obras, visita su página web o sus redes sociales:

www.phavyprieto.com